CR – 65 - 2013

TÍTULO:

IMPOLUTO AMOR

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

MATILDE MIGUEL

LUCÍA

ANDREA ISIDRO

ANTONIA CASIMIRO

Me es muy difícil narrarles los hechos tal y cual habían acaecidos en aquel pueblo de mucha cristiandad y poca sabiduría humana para que pudiesen discernir la mayoría de sus habitantes sobre qué actos en sí eran buenos y cuales eran malos.

Lo cierto fue que nuestro protagonista principal nació de una familia acomodada, dentro de la sociedad de aquel pueblo, en donde todo o casi todo estaba mal hecho: Cualquier acto o cualquier hecho por parte de una persona se miraba mucho por otras personas, y hasta por la misma personas que cometía ese acto; ya fuese bueno o fraudulento para la cultura general y espiritual de aquel pueblo. Pero créanme, que si el acto que cometía una persona era malo y dañaba a la susceptibilidad de las demás personas, lo terminaba pagando la persona que cometía tal acto impuro.

Pues bien: Yo en mi edad más joven, me limité a jugar con los demás niños en mi calle y las calles más cercanas a mi hogar; ya que mis padres no me dejaban alejarme mucho de la puerta de mi casa, me tenían que estar viendo en cada momento lo que yo hacía, como así mismo con quién pudiese estar yo toda mi permanencia en la calle.

Y la escuela: ¡AY!, la escuela. Aquello era cosa de haberlo hablado antes, pero no teníamos la suficiente fuerza moral y física como para oponernos ir a una escuela donde se colaba el aire por las ventanas y por la puerta de la misma, haciendo un frío de espanto en ella. Y menos mal que a mí me preparaba una especie de brasero en un utensilio de metal atado a unos alambres como asas del mismo, y al llegar a la escuela me hacía compartir el carbón incandescente el señor maestro con otros chicos que llevaban en su infiernillo menos carbón que yo.

¿Libros?: ¡Qué va!; solamente llevaba una cartera con una pizarra y un poco de trozos rodados, cogidos en un monte donde abundaba tal elemento rocoso: pues su estrato se componía de rocas de pizarras.

Yo cogía esos trozos que se desprendían de la pizarra para con un movimiento de mano de ti para mí en otra roca, ir poniendo aquel trozo en forma redondo y así poder escribir en la pizarra; ya que la única tiza que había era la que proporcionaban las autoridades en la escuela.

¿Tiempos?: ¡UF!; casi habíamos salido de una contienda fraternal, para ir poniendo las cosas en orden. Había paz, había vergüenza, había dignidad; teníamos con qué comer, las gentes se dirigían de una parte a otra, de un sitio a otro sin miedo a que le pasase nada; ya fuese a causa de presión política, o de miedo a prevención.

Claro que los chicos de mi edad no sabíamos de dichas cosas; más bien jugábamos a las canicas, al trompo, a la pelota cuando no estábamos en la escuela; pues las tareas llegaron más tarde, todo se desarrollaba en la escuela.

Y como todo termina, terminó mi enseñanza reglamentaria en la escuela; teniendo que salir fuera de mi pueblo, por no haber Instituto en la misma urbe que había nacido. Y como las carreteras eran de tierra, en donde no volaban ni las Águilas, me tuvo que acoger en su casa mi tía Juana, para que pudiese estudiar el bachiller allí donde ella vivía; que era un pueblo comercial y alegre como él mismo. De esos pueblos de la piel de toros en donde se daba de todo: Salchichas, jamones, chorizos, quesos, vinos y un sin fin de viandas para hacernos la vida más grata y favorecernos la existencia en la Tierra, donde la madre naturaleza nos daba el resto de los alimentos que necesitábamos para nuestro sustento cotidiano.

Enseguida empecé hacer amistades entre mis condiscípulos, apuntándome en el equipo de fútbol de ingreso en el bachiller elemental; y ¡ay! que bien lo hacía, pues

gracias a mí ganábamos algunos que otros partidos y hasta nos echábamos un pulso en el juego con los cursos inmediato superior.

Así trascurría mi juventud, sin pena ni gloria para mí, hasta que estando ya en el último año de bachiller, el sexto, llegué a casa de mis padres en aquel verano de mucho calor; pues en aquella región donde yo vivía hacía muchos más grados de temperatura que en otros pueblos de aquella comarca, pues dieciocho grados era ya demasiado.

Mi padre era uno de los dos Médicos que había en el pueblo; pues el pueblo no era tan pequeño como se cree, ni tan demasiado enorme como para que fuese ciudad: No, no se le podía considerar uno de los pueblos mayores de la provincia, pero sí tenía un censo considerable de personas como para formar una urbe agrupada dentro de la configuración de pueblo.

Sí; aquel verano fue cuando me atreví ir a los bailes que se hacían en mi pueblo, y allí conocí a una chica inocente como ella misma, por ser la primera vez que iba a un baile y se relacionaba con un chico, y eso que ya tenía diecisiete años; pues en aquel tiempo no se podían juntar los jóvenes de distinto sexo hasta cumplir la edad de mocedad, como para poderse relacionar y adquirir una amistad de novios.

Entré en la sala de baile, llamada guateque; una especie de personas que se reunían para poder pasar un rato entre ellos solos; pero que para cobrar un dinero y hacerse con un poco de capital para celebrar otros eventos tenía que ser así, debido a la falta de billetes circulante entre la sociedad.

Allí estaba: Majestuosa, implacable como ella misma con respecto a los chicos que la rodeaba; pero al verme a mí abrió unos ojos descomunales, como queriéndome decir, por fin veo a alguien diferente al grupo con el que salgo.

Me fui derecho a ella sin pensarlo; pues al irme arrimando a su persona se estaba poniendo un chico bastante nervioso: Sería su enamorado, que al verme dirigirme a su chica hacía muecas con la cara y gestos con las manos de no gustarle nada mi decisión.

Ella dio dos pasos hacia delante, como queriendo alegarse de su chico para recibirme a mí, buenamente.

No quiero decir nada, como se puso aquel chico cuando la tenía delante de mí; tan cerca, que casi nos estábamos tocando la cara el uno al otro sin saber lo que hacíamos, ni lo que queríamos el uno del otro.

Me quedé sin palabras, sin saber lo que decirla; así que cuando me repuse de mi asombro, por ver aquella cara angelical mirándome de frente y fijamente a los ojos, no pude por menos que abrir la boca para emitir un vocablo.

-. Bailamos.

-. Ni siquiera sé cómo se llama usted.

MIGUEL -. Me llamo, Miguel. ¿Y usted, cómo se llama?

LUCÍA -. Me llamo, Lucía.

MIGUEL -. Bonito nombre, el que usted tiene, Lucía.

Yo veía que los demás chicos me miraban hablando entre ellos y como queriéndome aceptar; era así tanto, que arrimándose un chico a mí me preguntó por mi condición humana, diciéndole yo que no se confundía, que era el hijo del Doctor Garrido. Cuando marchó el chico para comunicárselo a sus amigos, éstos me rodearon queriéndome saludar, preguntándome si yo iba a seguir estudiando.

Mi contestación no tardó en llegar a los oídos de aquellos chicos, y para hacerme el interesante les dije que quería ser Médico como papá. Aquello que les dije, fue el

detonante para hacerme un hueco entre ellos; ya que si estudiaba un chico se le veía con buenos ojos y se le aceptaba en el entorno de la sociedad donde vivía uno.

Aquel día me fui sabiendo el nombre de la chica que me interesaba, pero no así el nombre de otros chicos allegados a su grupo de amistad más estrecha; quedándome un pesar por no haber sabido cómo se llamaba algún que otro chico de su entorno.

Aquello no me tenía que preocupar, pues ya lo sabría; y era así tanto, que yendo al estanco para agenciar un sello me abordó uno de aquellos chicos, que el día anterior vi en la sala de baile. No le hice esperar, y dirigiéndome a él le salude cordialmente.

MIGUEL -. Me alegra verle; pero me escarba el subconsciente el interés por saber su nombre.

Tal vez quería hacerme el interesado hacia aquellos chicos, queriendo que saliesen de mi boca palabras cultas hacia sus oídos; no sabiendo cómo me iba a portar ante ellos.

CASIMIRO -. Me llamo Casimiro, y estoy yendo hacia la casa de Lucía, donde se encuentran mis amigos.

MIGUEL -. ¡AH!, sí.

Y como yo dije aquello con sumo interés, como para que me invitase ir Casimiro a la casa de Lucía, cazó la indirecta que le había echado al hacer un punto de inflexión en mis palabras.

CASIMIRO -. ¡Bueno!; ¿Si quiere ir usted también, sígame?

Así lo hice, entrando en la casa de Lucía un poco cohibido; pero deseoso por ver aquella cara angelical una vez más. Allí estaba; de pie y mirándome fijamente a la cara, como diciéndome que no tuviese miedo en entrar en su casa, que ella me recibía con sumo agrado.

Era así tanto, que me presentó a sus padres, teniendo que presentarme yo también; más bien se trasformó en un formulismo de relaciones superficiales, como vi en el saludo de sus padres, como ella decía: Pero cuando tuve que dar mi estatus social, dije que mi papá era el Doctor Garrido, y aquella palabra de papá la volví a repetir una vez más para que surtiera efecto entre los padres de Lucía.

Quería yo tocar las fibras del corazón de los padres de Lucía y para ello me tenía que hacer el interesante, llamando a mis congenitotes: Papás. Pero no vi yo ese interés de poner oídos a los padres de Lucía, como yo hubiese querido; pues se quedaron impasible ante mis palabras de, papá.

Pero lo que sí vi un cierto atisbo de nerviosismo en el chico que al parecer quería a Lucía. Se estaba poniendo nervioso del todo; de tal manera que no lo pudo resistir saliéndose a la calle sin decir una sola palabra, permaneciendo en la calle como si fuese una estatua de cantería.

No sabía yo qué haría allí aquel chico, o qué había pensado hacer al estar quieto en aquel sitio, si el tiempo no era benigno para la persona aquel día; ya que el estío de ese año era muy fuerte: Caía el calor con mucha fuerza en aquel día, y en general en el resto del verano.

Cuando hicimos las presentaciones, los unos con los otros, yo me quise escabullir de aquel entorno familiar, como así pude comprender yo, despidiéndome de los padres de Lucía y de ella misma, así como de todos sus amigos, para salir a la calle,

habiendo demostrado interés por ir a cualquier parte para ejecutar cualquier cosa que se me ocurrió decir para evadirme de aquel grupo de amigos.

Y ya en la calle me siguió aquel chico, enamoradizo de Lucía, dándome el alto a cierta altura de la calle, cuado vio que nadie nos veía. Yo me paré para ver lo que me quería decir, y en su cara vi el mayor de los odios hacia mi persona.

MIGUEL -. ¿Qué me quieres decir?

-. Con esa chica estoy saliendo yo.

MIGUEL -. Y yo; ¿cómo se llama usted?

ISIDRO -. Me llamo Isidro.

MIGUEL -. Pues no parece que estés saliendo con Lucía.

Al decirle yo eso, me agarró por la pechera de la chaqueta y por poco me tira al suelo, si no hubiese sido porque yo me sostuve en la pared y pese que aquel chico demostraba el más horroroso panorama de nervios desatados, yo me retuve para no dañarle más en sus adentros; eso fue causa de entender mal mis aspiraciones con él, creyéndome fuese un cobarde que no hacía frente a las provocaciones en la vida.

Aquello le desarmó, bajando la ira a más y mejor; y cuando se fue a retirar de mí le extendí la mano en señal de amistad, dándome un golpe en ella, iniciando su camino a ninguna parte; hasta que tal vez pensó que sería mejor tenerme como amigo que como enemigo, volviéndose sobre sus pasos para estrecharme la mano.

Así me estaba haciendo con la amistad de aquel grupo de chicos tan buenos y tan hacendosos, como ellos solos; pues yo veía en ellos que la bondad era su arma arrojadiza hacia otras personas ajenas al grupo.

Me fui a casa para estudiar, tenía pendiente la reválida de sexto y no quería me distrajese nada ni nadie; pero cuando me disponía a estudiar vi a una componente del

servicio doméstico, de las tres que había en casa, sus carnes rosadas, ya que estaba agachada fregando el portal de la casa.

Aquella chica me atraía a mí, no dejándome concentrar en mis estudios; ya que no hacía por fijarme en el libro que tenía delante de mí y sí en sus glúteos intermedios, así como en sus piernas rosadas.

Y llegó; claro que llegó el examen de reválida aprobando la misma, teniendo que formalizar la matrícula en la facultad de Medicina; pues en aquellos tiempos pasábamos directamente a estudiar la carrera, una vez que habíamos hecho la reválida terminando el sexto curso de bachillerato.

Mi alegría llegó al límite, no sabiendo lo que hacer; así que pedí a mis papás dinero para poder celebrar mi aprobado y en un bar cercano a mi casa los invité a todos mis amigos una buena merienda, hecha por el ama de aquel bar; ya que era conocida de mi papá, así que resultó bastante buena aquella comida.

Tanta alegría tenía metida en mi Alma, que me pasé un poco en la bebida, y eso que era solamente bebidas flojas; pero conteniendo un tanto de alcohol.

Llegué a casa un poco mareado y para que se me pasase el efecto de aquel mareo me sacaron al patio, una especie de césped con dos árboles; y al verme una de las señoras domésticas, vino a mi vera para ayudarme con la mala suerte que nos caímos al suelo.

Yo caí encima de ella y como aquella doméstica no usaba ropa interior me facilitó para que yo consumase el acto más impuro con aquella doméstica, y eso que ella me había anunciado que aquel día estaba fértil: No retirándome de ella para nada, y al tiempo de echar mí esperma me suplicó que me saliese de sus entrañas.

¡Qué va!; en vez de salirme, la arqueé un poco para que recibiese mejor mi segregación, y como oímos llegar otra doméstica al lugar de los hechos, me pidió que hiciese un esfuerzo para separarme de ella, creyendo yo que la haría daño.

DOMÉSTICA-. No; es el hombre el que sufre.

Así hice un esfuerzo para retirarme de ella, viendo en general que era yo el que sufría el dolor y al levantarse exclamaba: -.Tal vez me has quedado en estado, pues no me puedo lavar; ya que ésta se daría cuenta -.

Al cabo de un buen rato la vi, en un rincón del patio, entrándose los dedos para sacarse parte de mi esperma personal, y al referirse a mí, me volvió a decir lo que ella sentía -. Estoy embarazada -.

Aquello que me dijo la doméstica me despertó de mi mareo; aunque yo había estado consciente en todo momento de lo que estaba haciendo y me daba cuenta de mis actos y las consecuencias que ese acto pudiese acarrear.

Aquella mujer era un poco mayor que yo, no pudiendo dejar de pensar en la posibilidad de haber embarazado aquella mujer; pero como la juventud todo lo tapa, tapó mi corta edad aquel acto inmoral donde los haya: ¡MEA culpa!.

La vida siguió alrededor mío, marchándome a la facultad para recibir las enseñanzas del TEXTIL; la anatomía suficiente como para que fuese un buen Médico.

Hice algunas amistades entre mis condiscípulos de facultad, al punto de buscarme una chica allí dónde yo iba. No sabía muy bien quien seria aquella chica, ni lo que quería de mí; lo cierto fue, que un día me encontró en plena calle, estando solos ella y yo; invitándome un café en una cafetería que había allí cercana.

Era la mar de simpática aquella chica; pues hasta algún que otro chiste se atrevió a contarme, riéndome yo mucho por su chascarrillo, y hasta me empezó a coger las manos con no sé qué sentido.

Como yo me mostraba un poco retraído, aquella chica me comentó, -. Que me había cogido las manos para que me centrase mejor en la conversación; ya que me veía un poco despistado en lo que ella me estaba diciendo -. ¡Ya!; ya me di cuenta que aquella chica no era mala, solamente quería me centrase en su conversación.

Habíamos quedado en tomar un café aquella misma tarde, cuando me crucé, por casualidad, a un condiscípulo hablándome de aquella chica tan simpática para mí; ya que al parecer era lo único que hacía: Buscar caza fortuna para sus intereses privados.

Según me dijo mi compañero de estudios, la chica era de una ciudad mediterránea, que se había acoplado donde yo estudiaba para casarse con algún chico que se viese podía terminar la carrera. Fue bastante lo que me dijo mi compañero de estudios, y como yo era un caballero acudí aquella misma tarde a la cita que tenía contactada con la chica.

No la saludé tan siquiera; solamente me limité a sentarme en la mesa donde ella estaba tomándose un café, pues había llegado antes que yo, empezándola hablar concienzudamente y con aplomo; para que no cupiese dudas de que la dijese aquello que yo sentía dentro de mí. Y por respeto a esa chica no repito lo que aquella tarde la dije.

Pues con todo y eso hubo algún conato para acercarse a mí aquella chica, rechazándola en toda ocasión mi persona, y mi persona se estaba poniendo nerviosa por completo al ver el mucho interés que tenía aquella chica en entablar unas buenas relaciones conmigo; pero superfluas.

Yo me centré más en mis estudios cada día, así que escuchaba las explicaciones del catedrático y estudiaba lo que me decían los libros; ya que era privilegiado, pues había comprado todos los libros que me hacían falta en primero de medicina a precio de oro, por lo que pude ver.

La cirugía iba avanzando, pero la medicina se quedaba atrás; eran siempre los mismos conceptos que tenían nuestros antepasados; así que decidí sacar el doctorado en alguna rama de la anatomía humana. Y para ello aproveché unas vacaciones, que teníamos en unas fiestas religiosas que estaban muy arraigadas en toda la nación; y así se lo pude comunicar a mis papás.

Aquella decisión que yo había tomado les sentó bien a mis papás, dándome el consejo; que primero terminase la carrera y después hiciese lo que a mí me gustase de ella, así que se quedó en nada aquella propuesta que les hice a mis papás.

Tenía tres días para disfrutar del pueblo y de mis amigos, y aquella misma mañana me llegó la señora doméstica, que ya se encontraba sin trabajar, pues la baja no existía, muy apurada. Al parecer el feto la estaba pegando muchas patadas en la tripa, y al verme me instó para que yo la pusiera las manos en la tripa; pues tal vez aquel feto se calmaría.

A mí me daba reparos ponerla las manos en la tripa; no fuese a ser que hiciese daño al feto que llevaba dentro de ella, pero a base de rogármelo accedí a sus pretensiones.

MIGUEL -. ¡UHY!: ¿Parece que le trasmito algo al feto?

DOMÉSTICA -. Se ha calmado.

MIGUEL -. Y lo bueno no es eso sólo; pues me da la sensación de que el feto me trasmite a mí, también, algo de él mismo.

Así me tuvo las manos un buen rato, hasta que percibió el feto totalmente calmado, yéndose con la tranquilidad que da a una madre ver calmado el feto que lleva en sus entrañas metido.

No quedó ahí todo, pues al siguiente día llegó por la noche a casa diciendo que como pasaba por allí, entraba para saludarnos ofreciéndose para ir a comprar unas viandas, que nos hacían falta para la cena de aquella noche. Accedió ir para comprar a la tienda siempre que yo la acompañase, y así fue.

Iniciamos el camino a penas con luces en la calle y cuando ya estábamos por unos descampados, sin ninguna luz, me echó manos al prepucio diciéndome que -. El Feto tiene que comer -.

Al parecer ella se sentía mal, porque el feto se sentía, también, mal: Y para saber si era que necesitaba el feto algo de mí nos tiramos en una parva de paja que había en un cercado haciéndonos el amor en plena calle.

Cuando se levantó la señora, comencé a sacudirla las pajas que tenía en sus espaldas; ya que percibí una forma humana a lo lejos llegar a donde nos encontrábamos, y metiéndola prisa conseguimos llegar antes que la otra chica doméstica a la tienda de alimentos, donde nos dirigíamos.

CHICA DOMÉSTICA -. ¿Cuándo habéis llegado?

DOMÉSTICA -. Hace ya tiempo.

Menos mal que la señora de la tienda se encontraba en un cuarto que tenía allí mismo buscando lo que la habíamos pedido; ya que la pieza entera la conservaba en dicho cuarto, y así pudimos evadirnos de lo que hubiese sido un secreto a voces.

Hacía ya tiempo que dejamos el camastro de paja para llegar al comercio de alimentación de la señora que nos asistió amablemente, y al comprar lo que queríamos nos volvimos para casa.

Yo volví a la facultad siguiendo mis estudios como buenamente podía, ya que entre fiestas y jolgorios de unos y tener que asistir a casas de otros para relacionarme con la sociedad que me rodeaba, era ya causa de no poder emplear más tiempo en mis estudios.

Y lo bueno no era eso solamente, que en muchas fiestas me pedían medio esmoquin; teniéndome que alquilar alguno de ellos, pasando una vergüenza enorme en una de las fiestas, al reconocer uno de mis condiscípulo el traje que había llevado puesto hacía ya quince días en otra fiesta: Pues en su forro existía, todavía, una mancha de vino de borgoña. Se le había derramado dicho vino, a mi compañero de estudios, en el forro del medio esmoquin y le habían alquilado sin llevarle al tinte.

¡Qué vergüenza que pasé!; pasé aquel día una vergüenza supina, al verme con el traje que hacía unos días había llevado otro condiscípulo mío en otra fiesta: Así que llamé a mi papá para que me mandase dinero, ya que me iba hacer un esmoquin a mi medida; pues había un sastre en aquella ciudad, donde yo estudiaba, que tenía el mejor de los talleres de sastrería para que yo luciera uno de los mejores esmoquin en aquella ciudad y sobretodo en las fiestas de la sociedad.

Pues sí señor; había contactado con la clan de la clan de aquella ciudad; estaba participando dentro de la crema más culta y más elevada de la sociedad de aquella ciudad estudiantil.

Hay que ver lo que pasa en el Mundo; pues yo quería que me invitasen a otra fiesta tardando llegar dicha invitación, parecía como si todos me hubiesen reprochado

aquel gesto que había cometido al mandar hacerme un esmoquin a mi medida, y sobretodo con aquel sastre tan afamado.

No podía estarme quieto y un día pregunté por las causas de no haber celebrado más fiestas en aquella ciudad.

MIGUEL -. ¿Sabes tú, por qué no se celebran fiestas en esta época del año?

ROGELIO -. ¡Cómo que no!; pues claro que se celebran.

Me quedé un poco cortado al decirme mi compañero de estudios que sí se celebran fiestas al no saber yo las causas por las que no se me invitaban.

MIGUEL -. No me he enterado.

ROGELIO -. Ni te enterarás.

Me chocó un poco aquello que me dijo Rogelio, que no me enteraría; no sabía yo por qué, ya que siempre me habían llamado para que participara en aquellas fiestas y en aquellas reuniones.

MIGUEL -. ¿Y eso?

ROGELIO -. ¿No comprendes que estas gentes quieren reírse de las personas de pueblo?

MIGUEL -. ¡No!.

ROGELIO -. ¡Pues claro que sí! Mientras no has tenido traje te estaban haciendo la corte para que los sirvieses de distraimientos; ahora que tienes trajes, los haces tú de menos: Compréndelo.

Pues estaba buena dicha sociedad; desde entonces pensé que mi mejor ambiente era terminar la carrera y relacionarme con las gentes de mi pueblo, que esas sí me tomaban en serio.

Para ello tuve que estudiar mucho y no salir de mí habitación, en el colegio mayor donde yo vivía como pensionista; pues comía y dormía en dicho establecimiento, y eso que todos no tiene todas las prestaciones que ese colegio mayor tenía.

Fue en farragoso una vez que me llegó un amigo de estudios pidiéndome fuese a su fiesta de cumpleaños; pues a las creencias que ya había desarrollado yo con aquellas fiestas, se unió el repulsivo pavo que me subió por el cuerpo, notándoseme en la cara de tal manera que tuvo aquel chico la amabilidad de preguntarme por tal estado de ánimo.

MIGUEL -. ¿Quién va asistir a dicha fiesta?

SEBASTIÁN -. ¿Ya comprendo?

Yo esperaba que me dijese quién iba asistir a dicha fiesta, pero Sebastián se quedó callado, sin pronunciar ni una sola palabra; por lo cual yo cogí aquella invitación, que me estaba haciendo mi compañero, como otra guasa más hacia mi persona. Pero como la respuesta humana es muy rápida, le dije que se lo agradecía y que estaría en su fiesta el día que él me decía.

¡Ahora sí que era la mía!; y yéndome a una casa de campo alquilé las vestimentas del labriego, así como las medias, pues calcetín aquello no se podía llamar; ya que habían sido confeccionadas por su mujer, guardándolas en mi habitación hasta el día de la fiesta.

Abrí la puerta de mi habitación en el Colegio Mayor poco a poco mirando para todos los lados y cuando no vi a ningún compañero de estudios en el pasillo me atreví a salir con aquella indumentaria puesta para tal fiesta.

Llegué a la fiesta al tiempo que todos lo estaban celebrando, entrando sin llamar y, ¡UF!, cuando me vieron aparecer de tal guisa mis compañeros: Fue todo lo contrario que yo quería se hiciese, aquella repercusión social no se dio; pues acercándose a mí mis compañeros me alababan la idea que había tenido para vestirme así.

Se adelantó Rogelio y cogiéndome de las manos me dio unas vueltas para que todos me viesen mejor.

ROGELIO -. ¿Le veis bien?; pues no es él solamente el culpable de haber aparecido con estas ropas, ya que el otro día le alerté yo de lo que pasaba en la alta sociedad.
MIGUEL -. Sí, es verdad. Perdonadme todos, no sabía que fuese tan sincera dicha invitación hecha a mi persona.
ROGELIO -. ¿Y tú, habías creído que se irían a reír de ti, verdad?
MIGUEL -. Verdad.

Salí corriendo al colegio mayor para cambiarme de ropa, apareciendo en la fiesta normalmente vestido, ya que aquellos chicos iban vestidos normalmente: Sin tanto esmoquin, ni tanta pala frenaría e indumentaria como se daba en las fiestas de la alta sociedad.

Me encontraba paladeando todavía los buenos sabores y los buenos ratos de la fiesta del día anterior, cuando vi dirigirse a mí a la chica del mediterráneo que al parecer me quería decir algo.

Yo hice como que no la había visto, pero de nada me sirvió aquella esquiva que ardid para evadirme de ella; pues cogiéndome de un brazo me paró en mi marcha hacia la facultad.

Sí, me quería decir algo y ese algo era que estuviese atento y precavido; pues sus amistades me requerirían para que asistiera a una fiesta, pero vestido de labriego con motivo de reírse de mí. Por lo tanto se lo agradecí en el Alma queriendo proseguir mi camino, pero solo.

Comencé a dar unos pasos hacia delante, cuando observé que detrás de mí venía la chica del mediterráneo, y su interés no era solo seguirme; pues poniéndose a mi altura comenzó la plática de algo que ya me sonaba rancio.

CHICA -. ¿Si crees que quiero una amistad súper fuga, te confundes?

La miré con cara de asombro y de circunstancia, pero puse oídos a lo que me pudiese decir aquella chica; ya que me parecía me lo decía de corazón.

MIGUEL -. ¿Qué quieres decir?
CHICA -. Quiero una amistad firme y sincera contigo.

Aquello que me estaba diciendo la chica me pareció que me lo decía con todo su corazón, y volviendo la cara la miré con sentimientos; cosa que nunca lo hubiese hecho, pues desde aquel día no me dejaba, ni a Sol ni a sombra.

Vi la puerta abierta cuando el catedrático de anatomía me llamó un día, después de explicar magistralmente el corazón, ya que se quedó rezagado como poniendo en orden unas cuartillas de apuntes.

Aquel día estaba saliendo solo del aula donde impartía dicho catedrático sus lecciones a los pupilos, cuando al pasar por donde se encontraba dicho catedrático me llamó la atención para que le escuchase.

DR. PACHECO -. Haga usted el favor de escucharme un momento.

MIGUEL -. Usted dirá.

Claro que dijo, me dijo que si quería ser su ayudante en el Hospital, yéndome con él para servirle de esparring en todo lo que él me mandase. Empleó un término boxístico al que me asocié yo; ya que comprendí lo que quería decirme: Sería el chico que llevase y trajese el agua del botijo, así como el chico de los recados. Otra cosa no podía ser en primero de medicina; pero con tal de librarme de la chica del mediterráneo acepté de buenas ganas ser el ayudante del doctor Pacheco.

De esa forma pasaron los meses que faltaban para el final del curso, y así llegaron las notas y con ella me pude dar cuenta que había pasado el curso, hasta con notas.

Había llegado el comienzo del verano y con el mis vacaciones en los estudios, yéndome al pueblo de inmediato, para que mis papás no pagasen tanta estancia en el colegio mayor; pero no antes de querer reservar plaza en el mismo para el siguiente año.

Los amigos del pueblo me recibieron cordialmente y ya me tenían preparada una fiesta en otro pueblo; pues iría uno de los mejores cantantes de aquella época a actual en su población.

Cuando me despedí de mis amigos hasta la tarde, me quedé solo en la calle no sabiendo lo que hacer hasta horas de la comida, y estando en esas divagaciones pude ver a Lucía que llegaba casi corriendo a donde yo me encontraba.

Los saludos se alargaron unos minutos, pues entre cómo estás tú y tú cómo te encuentras; que si te veo bien, que si te conservas de maravillas y así un sin fin de admiraciones personales se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta de ello. Y al saber que nos teníamos que despedir, nos pusimos serios los dos; pues nuestro interés hubiese sido seguir y seguir hablando sandeces, pues nada decíamos, el uno con el otro.

Aquella chica iba de frente y con afecto a mi persona; así que yo tenía que tener mucho cuidado de no fallarla en sus intenciones y en su estado más profundo de ánimos para tratarme como ella me trataba.

También era verdad, que yo la correspondía a sus afectaciones como debía ser; pues me mostraba de lo más complacido e interesante en aquello que ella me decía: Por lo tanto no había dudas de que a mí me caía bien aquella chica, Lucía.

Lucía estaba cogiendo bastantes confianzas conmigo y yo con ella, hasta el punto que me estaba entrando por los ojos completamente.

Un día vino a casa la señora doméstica trayendo un bebé en los brazos, y como yo no veía si era niño o niña por medio de la mantilla; descubrió un poco los paños que tapaba al bebé para que yo le viese y arrimándomelo me decía.

DOMÉSTICA-. Es una niña.

MIGUEL -. No he dejado pensar en ello; desde ahora hacia delante pensaré en ella todos los días de mi vida, aunque sea en secreto.

Y desde luego, desde aquel día no dejé pensar en aquella criatura nunca más, teniendo el dolor en mi cuerpo por no podérselo trasmitir a alguien de mi familia o algún amigo de la infancia. A parte, yo tenía que ocultar aquel hecho a causa de la honra de su madre. ¿Que sería en el pueblo tal acontecimiento?; iría de boca en boca el

nombre de su madre despellejándola por completo y eso era lo que yo no quería que pasase por nada del Mundo.

Mi boca se quedó sellada para siempre, teniendo conocimiento de dichos hechos su madre y yo solamente en La Tierra; pues en el Cielo, Dios diría la última palabra.

Pero como mi edad no era para mucho pensar, siguió mi vida hacia adelante y entre fiestas y entre idas y venidas con los amigos se estaba pasando el verano y con el mis vacaciones en los estudios.

Yo veía que Isidro hacía frente a lo que le decía Andrea, una amiga suya y también nuestra; pero la verdad era que Andrea también le presentaba una cara bonita a todo lo que Isidro decía.

Aquello me sentó mejor que nada; pues nunca más molestaría Isidro a Lucía con intenciones de seducirla amorosamente, pero con todo y eso yo tenía que hablar con Lucía sobre dichos hechos, de haber estrechados lazos fraternales entre Andrea e Isidro.

Para ello esperé un momento determinado y cuando vi la posibilidad de hablar a Lucía de Isidro, comencé la plática por derecho.

LUCÍA -. ¡Venga!; suéltalo.

MIGUEL -. ¿Te has dado cuenta, verdad?

LUCÍA -. Si salta a la vista que tú me quieres decir algo importante hoy.

Claro que la quería decir algo importante a Lucía, y para que no se me fuese el Santo al Cielo comencé hablándola de Isidro, el chico que la cortejaba antes de yo llegar a ella.

La hablé de la posibilidad que había para que Lucía volviese a salir con Isidro, diciéndome ésta -. Que no había ninguna posibilidad, que estuviese seguro que ella no iría a volver con él nunca más -.

Aquellas palabras me conformaron un poco y se me calmaron los nervios, viéndome en un estado de ánimos tales como para seguir abordando dicha conversación; pero ahora, sobre nosotros dos.

MIGUEL -. ¿Y qué piensas sobre nosotros dos?
LUCÍA -. ¡AH!; ¿Pero hay que pensar algo?

Lucía estaba dando por hechas nuestras buenas relaciones, según pude entender en aquellas frases que me dijo sin pensar. El conformismo más humano me entró en mi cuerpo, para no volver nunca más a dudar de sus afectos; como así mismo, ella no debía dudar de los míos, pese a que haya vaivenes entre nosotros dos al ser lógico que cuando se está junto con una persona, se discrepa algo de ella.

Y desde entonces trascurría nuestras vidas juntas, e íbamos a todos los sitios juntos, sin querernos separar por nada, ni por nadie. Pues desde entonces ya se estaba formando la configuración entre el seno de los amigos: Yo con Lucía, Isidro con Andrea y Casimiro seguía con Antonia.

No serían chicos de estudios, aunque el que más y el que menos hizo el bachillerato completo; pero por falta de dinero no siguieron estudiando más por no tener medios económicos de sus padres: Y eso, que en La Normal solamente se implantaba dos años de estudios y salías de Maestro Nacional. ¡Dos años!; pero ni por esas siguieron sus estudios, ya que tenían que desplazarse a la capital y contratar una habitación en una pensión; pues por libre no podía hacer Maestro Nacional una persona.

Y yo con mis aspiraciones de hacer la tesis doctoral en alguna rama del saber en anatomía: ¡Qué diferente era todo! Me refiero a las capas estatuarias dentro de la sociedad en la que vivíamos.

Pero eso sí: Tenían un corazón y una nobleza como una plaza de toros todos ellos: Si te veían apurado en la vida llegaban a tu lado todo ellos para poderte ayudar en lo que fuese.

No era todo alegrías y diversiones; también eran penuria y agobio en las casas de mis amigos, ya que uno de ellos, y no digo quien, me estaba mirando fijamente como yo me comía un bocadillo de manteca de la matanza del guarro que matamos en casa.

Ni cortó ni perezoso le alargué el bocadillo que yo me estaba tomando cogiéndomelo, arrebatándomelo enseguida de las manos para empezar a comérselo con un ansia enorme. Desde entonces supe que no todos éramos iguales, que había algunas casas donde les faltaban los alimentos, así como lo más mínimo para su subsistencia, y aquella experiencia que tuve ese día me marcó por completo mi vida.

Se me estaba poniendo, quisiera o no quisiera, dentro de la vida real; todo aquel evento que yo iba descubriendo solo en mis relaciones con aquellos chicos: Tal vez fuese lo mejor, que yo supiese lo que era la vida y los sacrificios que hacen las gentes para salir cotidianamente en ella. No en todos los hogares abundaban los víveres y cualquier clase de enseres, como así la capacidad adquisitiva monetaria para hacer frente a la compra del día en alimentación.

Pero mis amigos pasaban de todo eso, haciendo caso omiso a cualquier conversación que hiciesen en el pueblo alguna persona mayor; por lo tanto nuestra amistad no se resquebrajaba por nada ni por nadie, creía yo.

Aquel mismo día decidimos ir a un pueblo cercano para ver un teatro en especial; pues nos gustaba ver dicha representación a todos, ya que al parecer se trataban de buenos actores y buena obra escénica.

Montaron perfectamente la obra, así que salió a pedir de boca la representación, no así el haber sido receptivos los señores espectadores con la obra; pues a la salida de dicha representación había discrepancias entre nosotros. Pues mientras unos decían, que la obra había sido tomada de hechos reales, otros decíamos otra cosa, y es que la mitología griega hace a las personas ver dichos hechos como reales.

CASIMIRO -. Te digo que son hechos reales.

MIGUEL -. ¡Parece mentira!: Esta obra ha sido montadas en otras plazas de España y todas las personas han salido sabiendo, que dichos hechos que se desarrollan en la obra son hechos tomados de la mitología griega.

CASIMIRO -. ¿Si tú crees saber más que los demás, te equivocas?; porque estés estudiando en La Universidad no te da derecho hacerme de menos.

Y dando media vuelta se fue alejando de mí sin decirme adiós ni volverse a saludarme para nada. Yo creía que aquel pronto que tuvo Casimiro aquella tarde conmigo se le pasaría, pero nada más lejos de mi pensamiento; pues pasaron los días y cuando nos cruzábamos por la calle miraba para otra parte, no queriéndome saludar para nada.

Pues qué bien: No sabía yo si le había hecho de menos a Casimiro de tal manera para que no quisiera saber nada de mí; comenzando analizar mis palabras que le dije aquel día, para ver si había en ellas alguna señal de desprecio delante de los demás amigos, no viendo yo nada incorrecto en mis palabras: Solamente discrepé con él

correctamente diciéndole, que eran hechos ficticios, producto de la imaginación de una persona lo que habíamos visto en escena.

No vi nada de maldad en mis palabras, de modo que ahora me tocaba a mí hacer las paces con Casimiro; ya que se estaba comentando en todo el pueblo nuestras desavenencias personales, y lo malo era que se decía había sido por creerme superior a Casimiro, un chico querido en todo el pueblo.

Buscaba la manera de hablar con Casimiro, cuando estando yendo yo a casa de Lucía para saber si iríamos por la tarde a la piscina, me crucé con el cura Párroco de nuestro pueblo, saludándome cordialmente; pero a la vez me crucé con Casimiro, que saludó al Sacerdote con suma cordialidad, pero de mí pasó de largo: Llamándonos el cura a su lado, con intención de mediar en nuestro conflicto personal.

DON ARTURO -. ¡Venid!, ¡venid!: Daros la mano.

Al decir aquello el cura, se sobrecogió un poco Casimiro, como si estuviese receloso de mi comportamiento el otro día.

Pero con todo y eso extendió la mano para saludarme y perdonar la incorrección que tuve con él, al llevarle la contraria en sus conocimientos en la lectura de los libros clásicos.

Yo admitía todos los hechos que pasaban en la sociedad; pues no era yo el que tenía que poner coto para que no pasasen actos malos, pero sí ponía mucho cuidado en mi vida para que no me pasasen a mí. De esta manera me encontraba a gusto conmigo mismo y no renegaba de las gentes que me rodeaban.

Cuando llegué a mi casa pensé que era penoso haber visto así a mi amigo Casimiro, por querer que él supiese la verdad de la mitología griega; pero con todo y

eso comprendí que le hice de menos al quererle refutar sus ideas en el seno de nuestros amigos.

Pensé también en el cura, un hombre bueno al que le seguía los actos nobles y sublimes, como para hacer que Casimiro y yo nos diésemos la mano en señal de amistad perdurable: ¡Qué bueno era dicho cura!

A pocos días nos llamó don Arturo a todos los amigos con idea de que formásemos un grupo, bastante considerable, de personas para la acción apostólica; cosa que nosotros no sabíamos lo que significaba eso, ni para qué servía. Hasta que por fin tuvimos la posibilidad de saberlo al agrupar a un cierto número de personas en el apostolado de las demás gentes.

Pensándolo bien, me pude dar cuenta porqué nos había vuelto a unir como amigo aquel cura días anteriores: Pues desde el obispado le instaron para que reuniese a personas que estuviesen en todo momento al servicio de La Iglesia.

Vuelvo a decir, que el pueblo no era pequeño; por lo tanto reunimos a una treintena de personas a lo primero, sin conocer nada de lo que el cura quería de ellos y con todo eso allí estaban trabajando altruistamente para La Iglesia.

Teníamos nuestras reuniones dentro de La Iglesia, más tarde buscamos un local para reunirnos todas las personas y exponer nuestro punto de vista al cura y a las demás personas que asistían a las reuniones; pues poco a poco se fue incrementando el número de personas que asistían a dichas reuniones eclesiásticas.

¡Qué buenos!, ¡qué buenos!; nos decían todas las gentes del pueblo, que éramos buenos para dar y tomar por haber formado dicha acción pastoral dentro de nuestra iglesia del pueblo.

Se iba para ver a los enfermos y a las personas necesitadas se las llevaba alimentos y mantas; hubo alguna vez que también las llevó algún dinero para la

dispensa personal de los medicamentos que les hiciesen falta. Más tarde, ya se las pagábamos nosotros, por aquello de la picaresca humana.

Verano, ¡AY, verano!: con sus calores y sus achaques de las personas mayores para no poder resistir tanto agobio de temperatura tan elevada como hacía aquel año, y pese a tan altas temperaturas me enteré que se casaba la señora doméstica que habíamos tenido en casa. ¡Vaya por Dios!

Sí, porque de esa manera perdería de vista a la niña para siempre; pero con todo y eso asistí a la ceremonia nupcial. Primero en La Iglesia, y al decir el cura que si alguien ponía impedimentos para que no se celebrase dicha boca que lo dijese ahora o lo callase para siempre. Mirando hacia donde estaba yo aquella señora, por si acaso se me ocurría decir algo; haciéndola yo una simple indicación con los ojos y moviendo un poco la cabeza que no diría nada: Aquel secreto estaba sellado.

Sí, estaba sellado pero no olvidado por mi parte; ya que la niña que tuvo la señora doméstica fue fruto de un desliz personal, entre ella y yo. Pero con todo y eso no dejé pensar nunca más en la niña de la señora doméstica, y hasta el fin de mi vida estaré pensando en ella: Porque la quiero.

Terminaba el verano y yo me tuve que ir del pueblo para formalizar la matrícula de segundo de carrera, y nada más entrar en la facultad me di de bruces con la chica del mediterráneo.

MIGUEL -. ¿Qué haces aquí?

CHICA -. ¡Ya empezamos!

MIGUEL -. ¿Si solamente te he preguntado por tu estancia en ésta facultad?

CHICA -. No me has entendido. Te quiero decir, que ya empezamos mal el curso; cuando intentan echarte una buena zancadilla.

No sabía yo a qué se refería aquella chica, ni lo que en sí quería decir con aquello de; que me irían a echar una buena zancadilla en mis estudios.

Ya digo, que yo admitía todo lo referente a los actos fuera de mi persona, los que yo no los pudiese dirigir; pues esos actos eran incorregibles para mí, pero nunca doblegaba por un revés en mi vida: Así que poniéndome en guardia, luché como buenamente pude para que se me respetase en mis estudios.

Y sí, en mis estudios me respetaban; por lo tanto no sabía yo qué clase de zancadillas me querían echar y quién sería tal portentoso en ello, como para que tuviese la fuerza suficiente en la sociedad para hacerme daño.

Lo supe bien pronto, o me lo imaginé por medio de una persona cuando estaba formalizando la matrícula de segundo de medicina; ya que alrededor mío habían un grupo de compañeros de estudios queriendo formalizar ellos, también, la matrícula.

Empezaron hablar de lo que quería hacer cada uno de ellos, una vez terminasen sus graduaciones en medicina; y cuando me preguntaron a mí respondí incongruentemente a la pregunta.

Me limité a decir: Que mientras no terminase la carrera nadie podía saber qué rama de la anatomía podía elegir. Aquello fue el repulsivo dentro de las relaciones entre mis condiscípulos; ya que ellos alegaban que ya sabían muy bien lo que querían seguir estudiando: Unos cirujanos de estómago, otros de corazón, otros de glándulas. . .Y así unos detrás de los otros fueron diciendo lo que querían hacer, después de terminar medicina. En fin, que se fueron mis condiscípulos sin decirme ni adiós, quedándose un profesor a mi lado con idea de que yo le dijera lo que más me gustaba.

Al expresar mi decepción por la conducta de mis condiscípulos, me contestó aquel profesor que -. Yo nunca haría especialidades en medicina -. ¡Pues qué bien!; que

bien se me estaba recibiendo en aquel día y en aquella hora en secretaria de La Universidad.

No podía dar crédito aquel profesor, que hasta el otro año era adjunto a cátedra y no un verdadero catedrático: Por eso se le dejó ir aquello de que yo no podía hacer especialidad alguna en medicina.

No me arredré, pero sabía ya que tendría muchos inconvenientes para seguir el doctorado en otra rama del saber médico. Pero siguieron mis ilusiones por todo lo alto y estudiaba como si fuese hacer mi tesis doctoral, una vez que terminase mi graduación en medicina general.

No estaba conforme con los apuntes que tomé del catedrático y los cuadernos que me agencié de fisiología, que me fui a comprar el libro de fisiología: El Hardware, para estudiar mejor las enseñanzas de fisiología en el.

Y dio la casualidad, que en la librería científica donde fui para agenciarme el libro de fisiología estaba el profesor Pacheco, saludándome muy cordialmente y deseándome un buen curso en aquel año. Yo también le saludé cordialmente, como él se merecía, alegrándome de haberle visto.

Una vez más me invitó para que fuese su ayudante en dicho año, aceptándolo yo de buenas ganas; por que ese cargo me venía muy bien para darme a conocer entre mis condiscípulos y los demás profesores de la facultad.

Viniéndome enseguida la chica del mediterráneo, anunciándome que aquel cargo no me beneficiaba para nada; ya que cada profesor pagaba a un individuo de la clase baja para que le ayudase a llevar los instrumentos necesarios al hospital, como así a la facultad y los limpiase como yo hacía.

MIGUEL -. ¿No me digas?

CHICA MEDITERRÁNEO -. Pues sí, que te digo.

Una vez más vi el poco decoro que tenían conmigo la clase alta de la sociedad, invitándome hacer aquello que ellos no querían hacer para nada, entrándome un frío por todo mi cuerpo; que hasta me puse malo no asistiendo a las clases de la facultad en un par de días.

Cuando volví a clase, ya me estaba esperando el doctor Pacheco con un quintal de instrumentos, para que los llevase de su casa a la facultad; ya que le hacían falta para impartir la materia a los discípulos suyos.

No repliqué ni un solo instante, portando dichos instrumentos de casa del señor catedrático a la facultad, como si fuese un chico de transporte, sin obtener remuneración alguna, ni yo lo pedía.

Pero yo veía, que aquel catedrático me iba apreciando cada vez más; por ser obediente y por portarme bien con él, hasta el punto que cuando me daba las notas se ajustaba a lo que yo había puesto en los exámenes: No en sí, con otras notas; que siempre me rebajaban la misma, según creía yo.

Cuando me preguntaban los condiscípulos en qué sentido estaba de ayudante con el profesor Pacheco, yo siempre contestaba con evasión y para que los sirviesen a mis compañeros de estudios de iniciativa a ellos.

MIGUEL -. Pues os diré una cosa: He pedido yo el ser el ayudante del profesor Pacheco, para que me conozcan todos mis condiscípulos y el resto de los profesores.

Siempre que los decía yo esto a mis condiscípulos abrían unos ojos como de interés al tema; pensando alguno de ellos el hacer otro tanto de lo mismo con cualquier otro profesor, y así darse a entender en dichos medios estudiantiles.

Así iba librando las puntadas que me iban echando unos y otros por ser de pueblo, y no haberme criado en la capital; cosa que eso era de bastante peso, como para raspármelo yo mismo: Me tenían que admitir la sociedad estudiantil y sobre todo el profesorado; pero yo no sabía dónde tomaban la información para saber cómo se tiene que tratar a un estudiante o a otro.

Seguí admitiendo la vida tal y cual me venía; no luchaba para dirigir mi vida a tal o cual sitio, más bien luchaba, con legalidad, para ser yo mejor y ganarme el favor de todos los señores profesores de la facultad y con ello el respeto de mis condiscípulos.

Un día tuve una carta del cura Párroco de mi pueblo, diciéndome que me mandaba una lista para que eligiese la persona adecuada como tesorero de nuestra acción apostólica. Yo no sabía muy bien a quién elegir, y para ello idee una treta por medio de la centralita de teléfono que teníamos en el pueblo; llamando uno por uno a las personas que estaban reseñadas en dicha lista. Unos me conocían, otros no, ya que esforzaba la voz para no ser reconocido; como se hace en carnaval, preguntándoles cómo lo harían en caso de ser elegido tesorero de la acción apostólica.

Claro que aquel mes no pude salir a ninguna fiesta, ni dar ningún paseo con los compañeros de estudios por haberme gastado todo mi paga en las llamadas telefónica, para poder darme cuenta quién de los componentes de la acción apostólica que habíamos formado en el pueblo estaba más ducho para llevar las cuenta.

Un día se me presentó la amiga del mediterráneo pidiéndome que fuese con ella al médico; ya que sentía molestias abajo y no sabía por qué era. Mis sospechas

comenzaron de inmediato: ¿Pues no iba a sentir molestias abajo?, si aquella chica iba a cazar a un estudiante que ella supiese que iba a terminar la carrera.

También me lo pidió; con tanta maña y tanta amabilidad que no pude negarme a ello, yendo con ella al médico, más bien al ginecólogo. Pues al entrar en consulta nos miraba mucho el ginecólogo a la cara, a ella y a mí; como queriéndonos preguntar por el parentesco que teníamos: Qué lazos fraternales había entre nosotros dos; ya que como se sabía no éramos matrimonio.

Cuando aparecieron los dos, el doctor y mi amiga, se sentaron en la mesa de consulta que tenía el doctor en su despacho; pues yo ya estaba sentado en ella por orden expresa del doctor. Mi amiga estaba nerviosa pérdida viendo al doctor escribir algo y extender unas recetas para la posible cura de la chica; pero lo sorprendente para mí, fue cuando empezó hablar el doctor.

DOCTOR -. No comprendo; Si está usted sin desflorar: ¿Cómo ha cogido usted estos hongos?

Ahora sí que en denantes no; pues me tuve que agarrar a la mesa para no caerme, viendo en mí, tanto el doctor como mí amiga, ese estado de ánimos cuando se ha sufrido un revés en la vida. Yo me estaba creyendo que aquella chica no era virgen.

Cuando salimos de la consulta, mi amiga iba que no podía contener la respiración y sin poder hablar ni una sola palabra; hasta que la estallaron los nervios, para comenzar a decirme cómo estaba su estado físico antes de entrar en la consulta del ginecólogo y qué pensaba de mí.

CHICA MEDITERRÁNEO -. ¿Qué te creías?

MIGUEL -. Yo nada.

CHICA MEDITERRÁNEO -. ¿Pero si has puesto una cara de sorpresa enorme al saber que estoy sin desflorar ?. . . ¿Qué te creías?

MIGUEL -. ¡Ole ahí por ti!

CHICA MEDITERRÁNEO -. ¡Pues eso!

No sabía lo que hacer con aquella chica, que se juntaba con la clase alta de la ciudad, y con todo y eso se conservaba en estado perfecta, y por otra parte no tenía más confianzas en nadie más que en mi persona, y mi persona la estaba clasificando mal y pensando mal en ella; por las habladurías que me dijo un día un condiscípulo mío.

No juzgue y no serás juzgado. . . ¿Qué verdad era?; pues hasta que no fui con aquella chica al ginecólogo no supe la verdad de sus andanzas por aquella ciudad, en donde algunos parecían lobos de presa, acechando a la oveja que se descuidase.

El curso estaba dando fin, y yo me encerré en mi habitación del colegio mayor con la sola idea de estudiar, y estudiar mucho; pues las pruebas eran muy fuertes y los exámenes más: Aunque yo había tenido una trayectoria en el curso bastante buena, aprobando todos los exámenes, pocos pero contundentes que me habían puestos los señores catedráticos. ¡Y OH sorpresa!: La peor nota fue en anatomía, la asignatura del catedrático al que ayudaba yo en todos los menesteres.

Aquello me decayó un poco la moral, pero enseguida me vine para arriba al saber que había pasado el curso y en algunas asignaturas con notas. . .

El pueblo: ¿A sí?, el pueblo; cómo no. No había dejado pensar en mi pueblo y en los amigos que tenía en el. Aquel pueblo dicharachero, alegre y bonito donde los haya; en donde una perra chica valía más que un real por no ser sus habitantes celosos los unos de los otros. Sí se veían las ganas de los habitantes de aquel pueblo que querían

ir hacia adelante, formando alguna que otra empresa para elevarse en la sociedad; pero no para saberse más que los demás.

Tres días, hacía ya tres días que estaba en el pueblo y todavía no había visto a Lucía; no sabía yo dónde se encontraba dicha chica, por lo tanto aproveché cuando nos quedamos solos Casimiro y yo para preguntar por ella, diciéndome dicho chico, que la tenían estudiando maestra nacional en la capital, y que no sabía cuando volvería al pueblo. Aquello me quedó derrumbado; pues tal vez la amistad de entre los dos no volvería a ser la misma.

Me fui a casa cabizbajo pensando en aquella chica, lo mucho que nos habíamos apreciado y lo mucho que nos echábamos de menos, cuando me estaba esperando mi mamá para que la acompañara a casa de la señora doméstica; se encontraba su niña mala; pues había estado muy mala y se esperaba no buenas noticias de su estado físico.

Cuando entré en la casa de la señora doméstica, pasé un pasillo corto para llegar a una habitación donde existía una mesa camilla, estando la niña recostada en una mecedora, y nada más que nos vio dicha señora entrar en su casa se levantó para saludarnos llorando a mares y explicándonos lo mala que había estado su hija.

Mamá, a instancias de una vecina se fue con ella a una especie de patio que tenía la casa en las traseras para que viese unas plantas de macetas que tenía la señora doméstica en el, y cuando me quedé solo con ella, mirándome me suplicaba.

SR. DOMÉSTICA -. Tienes que dar la sangre a la niña; porque es mejor que se la des tú. ¿O no se la quieres dar?

MIGUEL -. No te preocupes, que si hay que dar la sangre a la niña se la daré yo, en cualquier momento; ya que no hace falta que nos analicen la sangre. . . ¿O Sí hace falta?

Se cayó y bajando la cabeza, no sin antes mirar para los lados; por si lo había oído alguien, fruncía el ceño como llorando.

MIGUEL -. Pues ya que no hay duda, me llamas en cualquier momento.

SR. DOMÉSTICA-. Pero con todo y eso, os harán un examen de sangre.

MIGUEL -. Lo acabo yo de pensar ahora, que así será.

La culpa la llevábamos dentro los dos y volviendo a casa recé devotamente a Dios para que se recuperase aquella niña; que ningún pecado tenía en su Alma, solamente había existido y nada más, con tan buena suerte que en un par de días oí en casa que la niña de la señora doméstica se estaba recuperando por completo de su enfermedad.

Respiré profundamente cuando oí aquello, que se recuperaba la niña de la señora doméstica rápidamente y sin saber las causas de tal evento en su enfermedad, asistiendo a misa aquel Domingo con una gran devoción dentro de mí, y pidiendo que no volviese a recaer aquella niña para nada; que si tenía alguien que pagar la culpa, ya era bastante con no poder decir que aquella niña era mía: Ya que el sufrimiento era doble y doblemente me mataba.

No podía dormir y me levanté temprano, como presintiendo alguna cosa extraordinaria en mi vida; y claro que pasó cuando me dirigía a la plaza para buscar a Casimiro, al retorcer una esquina pude ver a Lucía hablando con una señora. Esperé para que terminase hablar con dicha señora Lucía y cuando lo hizo me dirigí hacia ella como exaltado por el ánimo de volverla a ver: Ella hizo otro tanto de lo mismo, saludándonos muy cordialmente los dos.

Lucía se tenía que ir a casa por motivos familiares, ya que acompañaría a su madre al médico aquella misma mañana, despidiéndonos hasta la tarde; pues me dijo que había un evento entre los amigos, se lo había dicho Andrea, la chica de Isidro. Mientras tanto yo me dirigí para ver si podía coger una de las dos becas que tenía el Excelentísimo Ayuntamiento, enterándome que ya estaban dadas esas dos becas; y además, para la facultad no eran, me había confundido el señor que me informó de ellas.

Cuando llegó la tarde me reuní con los amigos, pero no en sí con Lucía; pues faltaba a la cita de todos nosotros, no sabiendo yo lo que la estaría pasando. Por lo tanto, sin pensarlo me fui a casa de Lucía preguntando por ella y al saber que hacía media hora había salido en nuestra búsqueda me quedé perplejo del todo; pues en aquel pueblo era difícil perderse una persona.

Cuando pasé por la casa del compañero de mi papá, el otro médico, pude darme cuenta que Lucía estaba sentada en el pasillo de la casa en una silla; como esperando para que saliese una persona de la consulta del doctor, y así fue. Había llevado al doctor a una anciana que se había caído al suelo a causa de un mareo cerca de la casa del doctor, ya que ella pasaba por aquella calle camino de la reunión de amigos y su humanidad no la permitía dejar en el suelo a la anciana. Cosa que me agradó ver que Lucía cumplía con las reglas de la sociedad por completo, viendo en ella una mujer cabal donde las haya.

Nos fuimos Lucía y yo al lugar donde habíamos quedado con los amigos y allí no había nadie; no sabíamos las causas de dicha falta, pero lo cierto era que habíamos llegado unos cinco minutos tarde y no podía ser que se hubiesen marchado nuestros amigos a otra parte para celebrar el evento que tenía que desarrollarse en aquella tarde.

Esperamos unos minutos más, y allí no llegaban nuestros amigos para nada, hasta que vimos pasar a toda prisa, a lo lejos, a Antonia, la chica de Casimiro,

intentando darla alcance en plena calle y por poco lo logramos; ya que se entró en mi casa con suma rapidez. Nos miramos Lucía y yo, como diciéndonos que allí pasaba algo y no bueno.

Al llegar a mi casa estaba mi papá auscultando a Andrea, que había recibido un mareo en plena calle sin saber las causas de ello, y para no molestar esperamos para que papá dijese la última palabra: Y la última palabra fue un bombazo para todos los amigos; ya que se debían llevar a dicha chica al especialista con una nota reseñada por mi papá.

Nos asustamos todos los amigos, por lo tanto cuando yo pude pregunté a mi papá por las causas de aquel mareo que había sufrido Andrea me quedé más tranquilo, sabiendo que era causa de la falta de potasio, según mi papá. Y mi pregunta era: ¿Cómo lo sabía mi papá sin haberla hecho un análisis?

Todo el pueblo lo decía: Papá era un buen médico y los especialistas leían las notas que llevaban los pacientes detenidamente; era así tanto, que cuando leyó la nota que le entregaron de mi papá al especialista, no pudo por menos que exclamar: -. Éste médico no se confunde nunca-. Lo oí claramente; pues había ido por mí cuanta al especialista, encontrándome allí cuando dijo el doctor aquellas palabras, sentándome las mismas a las mil maravillas, pues era mi papá y un padre tiene una repercusión enorme con las cosas que hace para sus hijos, viéndole como un portento.

Llegué a la ciudad donde tenía la consulta el especialista con mi amigo Casimiro; pues su padre tenía un camión, pequeño como los de antes, y él tenía que ir a dar un porte a un pueblo cercano al nuestro, que no distaba más de doce kilómetros, pero al llevarme a la ciudad donde se encontraba Andrea en la consulta del especialista ya tuvo que pagar él la gasolina para que no se diese cuenta su padre.

CASIMIRO -. Ahora sí que me la he liado.

MIGUEL -. ¿Por qué?

CASIMIRO -. Mi padre tiene las ganancias ahorrando gasolina, y ahora he gastado tres veces más al traerte a esta ciudad.

MIGUEL -. Así sabemos que la pasa a nuestra amiga Andrea. Por otra parte, yo tengo ahorrado un dinero que te servirá para repostar el depósito del camión en nuestro pueblo.

Al llegar a nuestro pueblo, Casimiro se quedó parado con el camión en las afueras del pueblo, mientras yo iba a por mi cartera, el dinero que había ahorrado en mis estudios, al no salir a las fiestas por estar pendientes de mis libros y de mis apuntes cogidos por las explicaciones de los catedráticos.

No pasó nada; solamente una regañona que le echó el padre de Casimiro a éste por haber tardado tanto en volver con el camión a casa. No dando yo crédito a tanta economía como tenía el padre de mi amigo Casimiro; y era que aquellos tiempos no estaban las gentes como para despilfarrar nada de dinero en cosas banales.

No volví a ver a Lucía, ya que había cogido un constipado y no podía salir a la calle por prescripción médica: ¡AY!, mi papá; me estaba privando de la visión de mi amiga Lucía sin saberlo, y eso que él conocía mis andanzas con aquella chica por el pueblo, sabiendo que no nos portábamos mal: Pues todo el pueblo nos veía decentemente pasear por las calles.

Yo no podía más y llamé a Antonia para que me acompañase a preguntar por Lucía y cuando llamamos a la puerta salió su padre, diciéndonos que, -. Podía pasar Antonia para verla, que yo esperase en la calle; pues estaba en la cama metida -.

Haciendo lo que me dijo su padre para no caerle mal, pero teniendo un pesar en mi corazón por no saber cómo se encontraba mi amiga Lucía.

Cuando salió Antonia de la casa de Lucía, corrí a ella para que me diese noticias de Lucía; diciéndome que por algo estaba en la cama, ya que había sido un gran constipado lo que había tenido mí amiga y que tuviese paciencia que pronto la vería en la calle juntándose conmigo y con los demás amigos.

Cuando llegué a casa tenía carta de mis amigos de la facultad, Sebastián y Rogelio; contándome algo de sus vacaciones, también me contaban algo de mi amiga, la chica del mediterráneo; cosa que yo esperaba leer en dicha carta, y también pude leer una llamada que me hicieron mis amigos en aquella carta para que nos pudiésemos ver un par de días en la bonita ciudad estudiantil. ¡Claro!: Me llamaban a la vista de mi amiga, tal vez influenciados por ella; pero mí economía no era muy boyante y así se lo hice saber a mis dos amigos, pues tal vez se lo comunicarían a aquella chica, para que supiese que yo quería ir a dicha ciudad, pero la economía no me dejaba.

Me quedó un pesar por no haber ido a la llamada de mis dos condiscípulo, que estuve pensando en ella toda la noche; levantándome como sonámbulo por falta de sueño, no pudiendo asistir al encuentro de mis amigos del pueblo hasta la tarde, cuando ya había descansado un poco de mi sueño del día.

¡OH!; bella entre las bellas: ¡Aleluya!, se encontraba entre mis amigos Lucía que me estaba esperando con ellos para poder estar un rato juntos los dos, y eso sin saberlo su padre: Ya que entonces no hubiese podido venir a nuestro encuentro por oponerse su padre a tal salida de Lucía aquella tarde.

Bien poco duró Lucía entre nosotros por estar todavía constipada; ya que de vez encunado tosía y tosía con bastante fuerza de acopio pectoral, quedándome yo con mis

amigos en la casa de Isidro; ya que le fuimos a ver en señal de amistad, para conformarle en su pesar de tener a su amiga mala en su casa.

MIGUEL -. No te preocupes; eso se pasa, pues es joven y lo han cogido a tiempo.
ISIDRO -. Te doy las gracias por darme tales ánimos; pero ya sé yo que esa enfermedad es muy mala.

Así me hablaba isidro, con la voz entrecortada y como no pudiendo tragar la saliva de su boca para nada, sabiendo él muy bien lo que significaba dicha enfermedad en su amiga Andrea: Con la falta de potasio se quedan las personas como idas de éste Mundo; se caen al suelo de repente teniéndolas que asistir rápidamente un médico.

Cuando volví a ver a Andrea me di cuenta el por qué papá sabía de su enfermedad: Si lo decía en la cara y en el color de la piel; hasta las mismas palabras que pronunciaban eran indescifrable. Recé por nuestra amiga en aquel preciso momento y no era en La Iglesia donde recé yo aquel día, estaba rezando en plena calle por ella; siendo una oración entrañable -. Dios, que no la vuelva a pasar otra vez dicha enfermedad a mi amiga Andrea: Yo te serviré lo mejor que pueda, ofreciendo una misa por ella, por su enfermedad -. Y así creí se pusiera buena Andrea, con aquel triste pensamiento que hice yo al Altísimo.

Tenía metido en la cabeza ir de peregrinación al baptisterio un día y en el Altar Mayor ponerle unas velas, aunque no las encendiese; se me metió tanto en la cabeza dicho acto, que así lo hice, alegrándome más tarde por aquel hecho.

Era una especie de capilla que había en la sierra para que orasen los senderistas en ella; pues aunque había algunos santos todavía no había sido declarada santuario de

algunos de aquellos santos que se encontraban dentro de la capilla; teniendo unas rejas en las puertas para que viésemos el Altar de la misma y a los santos.

Como me quedé extenuado al subir tanta pendiente aquella mañana estuve descansando en casa, lo poco que quedaba de ella, entreteniéndome con la carta que había recibida hacía pocos días de los condiscípulos de la facultad, viendo en el fondo del cajón de la mesita de noche una fotografía de la chica del mediterráneo; comenzando a pensar en ella, la mucha amistad que había hecho con aquella chica, siendo, tal vez, peligrosa la amistad entre ella y yo: Pues siempre que se estrechan lazos de amistad con una persona se cree la otra persona con derecho a todo con respecto de la primera persona.

Estuve en esas divagaciones hasta la hora de la merienda, cuando me llamó mi mamá; pues habían puesto la mesa las chicas domésticas de la casa y no era propicio para hacer esperar más la hora de la comida. No lo pensé más, soltando la fotografía donde la había encontrado antes yéndome rápido a la mesa.

Mis papás me hablaban, pero yo no los escuchaba; mis sentidos estaban puestos en aquella fotografía que había encontrado en la mesita de noche, recapacitando por qué la tenía allí: Fue una fotografía que sobró al sacarse el carné de conducir mi amiga; pues la había acompañado yo para que formalizase la matrícula en una autoescuela.

Hablaban y hablaban mis papás, hasta que mis sentidos volvieron a sentir los sonidos del medio ambiente, contestando yo con una pregunta a aquello que me estaban diciendo mis papás; quedándose enteramente extrañados los dos, pues en vez de contestar con una respuesta a eso que me preguntaban contesté con una pregunta a la misma, sobrecogiéndome yo también al verme tan alejado de la realidad.

Y volviendo mi cordura a mí mismo, aquella tarde me fui a buscar a mis amigos; teniéndome que andar casi todo el pueblo por no verlos en ninguna calle. No sabía

donde se habían metido mis amigos y me estaba poniendo nervioso; al comprender que alguno de ellos le había pasado algo malo: Hasta que vi cruzar una calle a Andrea; ya sabía yo que aquella chica no había recaído en su enfermedad, y que tal vez estarían metidos mis amigos en alguna casa, no sabiendo yo en cual sería.

Pensé esperarlos en un banco en la plaza hasta que llegasen a dicho lugar, y así fue; pues al cabo de un buen tiempo los vi llegar al fondo de la calle que daba a la plaza alegrándome por aquella vista que se ponía delante de mí: Eran mis amigos, los que yo estaba esperando con sumo interés en aquella tarde.

Hablamos de organizar un baile el domingo, y para ello teníamos que ir para alquilar un local apropiado para el baile; haciéndolo tal y como lo habíamos pensado todos. Esperando que nos saliese bien aquella decisión que habíamos tomado todos sobre el baile del domingo.

Poco más o menos hicimos en aquella tarde, echándosenos la noche encima; decidimos marcharnos a nuestra casa cada uno, y al llegar yo a la mía comencé a pensar en la condiscípula de los estudios; pues compañera de estudios no podía decir, al no estar matriculada en la facultad, y eso que tenía el bachiller superior.

Al día siguiente me levanté temprano, por haber estado desvelado desde las cinco de la mañana, y como no me dormía decidí salirme de la cama para hacer unos ejercicios de gimnasia en el patio y al prepararme para ejecutar los movimientos me di cuenta que estaba en el sitio donde habíamos traído aquella niña la señora doméstica y yo, no pudiendo ejecutar muchos ejercicios por acordarme de aquella criatura; pues no sabía lo que la estaba pasando: Si la vida la iría bien, o carecía de alguna cosa sustanciosa para su crianza.

Su padre tenía trabajo en el pueblo, aunque su madre no había vuelto a ir para mi casa, debido a que la niña no se encontraba bien, todavía, estando cuidándola en su casa

su madre, con mucho esmero. Pero con todo y eso me entró ganas de ver a aquella criatura, para saber en qué grado se encontraba su enfermedad.

No pude ver a aquella niña por más que pasaba por su puerta, estando siempre cerrada; no pudiéndome ver su madre que pasaba por allí para nada, por no asomarse a la puerta de la casa. Aquel estado de ánimos me estaba decayendo, y para que no se diesen cuenta las gentes no volví a pasar por la puerta de la casa de la señora doméstica en mucho tiempo.

Los días sucesivos los pasé pensando en la niña de la señora doméstica, pero también los pasé haciendo proyecto con los amigos del pueblo; ya que iba a llegar uno de los mejores cantantes de aquellos tiempos a un pueblo cercano, queriendo ir para verle todos amigos, y estando en tales proyectos vimos llegar al cura hacia nosotros con no se qué intenciones.

DON ARTURO -. ¿Vosotros cuando pensáis ir a La Iglesia?

ANDREA -. Don Arturo, vamos todos los domingos.

DON ARTURO -. Os necesito ya; pero que ¡YA!, en La Iglesia. Quiero reuniones periódicas entre todos vosotros: Llevarme las gentes que podáis a dichas reuniones.

Con uno que lo diga, vale; y allí que estábamos una treintena de personas al siguiente día para ver qué nos quería decir aquel cura, que era cosa sencilla: Quería que fuésemos a otro pueblo para reunirnos con las gentes de La Parroquia en unas charlas eclesiásticas, y así poder contactar con las ideas de los demás pueblos; pues nos cumplimentarían en la visita haciéndonos otra a nosotros en cualquier otro día.

Cuando llegamos al pueblo todos nosotros, unas veinte personas, ya nos estaban esperando en el salón parroquial hecho para tales eventos; en donde se implantaba las

doctrina católica a todos los feligreses de aquel pueblo. Aquella idea la llevábamos en la cabeza todos, una vez que estábamos volviendo a nuestro pueblo; pues el encuentro con las gentes de aquel pueblo donde habíamos ido no era cosa de contar, ya que nada pasó en dicha reunión: Fue todo tan sencillo; solamente nos preguntábamos por nuestros nombres y poco más se puede decir de aquella reunión pastoral.

Nada más que volvimos al pueblo hablamos con nuestro cura Párroco, ya que por aquellos días le habían mandado un coadjutor para que le ayudase en sus menesteres. Otro cura, pero más joven, recién salido del seminario; pero con las ideas muy claras: Ese cura sí que no dejaba pasar ni una a nadie, todos teníamos que asistir a La Iglesia, y sobretodo los domingos a La Santa Misa.

Un cura, que estaba siempre con nosotros dirigiéndonos nuestra vida a la manera evangélica, para que no nos perdiésemos en el mar de tanto pecado como había en La Tierra. Cada uno, cada uno teníamos que decir nuestras faltas, leves o graves, a todos los demás cuando formábamos las reuniones; y menos mal que no teníamos faltas graves entre los amigos: Porque entonces no sé qué hubiese sido de nosotros.

Don Antonio, que así se llamaba el cura coadjutor, nos reunía en la sacristía de la parroquia casi todos los días; pues los que no teníamos reuniones era por que iba dicho cura acompañado de uno o de dos de nosotros para visitar a los enfermos, dándoles palabras de alivio en su enfermedad.

Un día que no me llevó a mí, aquel cura, di una idea a mis amigos para salir al campo a pasear aquella tarde yéndonos a las afueras del pueblo, donde comienza el campo, en un camino de tierra pero apelmazada y con flora frondosa por todo el contorno del camino; como así por todos los montes aledaños al camino. Aquel paisaje era de ensueño, ya que se veían todos los campos totalmente verdes, y eso que era verano; teniendo un rato agradable los que fuimos a pasear por dicho terreno.

Cuando llegamos al pueblo, a últimas horas de la tarde, se encontraba Don Antonio con Isidro en un banco de la plaza sentados, esperándonos a los demás amigos; pues aquel cura ya era un amigo más de nosotros, pero sin apearle el tratamiento: Siempre le llamábamos de usted y para nombrarle le decíamos Don Antonio.

DON ANTONIO -. ¡Qué!: ¿Lo habéis pasado bien?

LUCÍA -. Perfectamente, padre.

DON ANTONIO -. Pues se me olvidó deciros antes, que hoy llega un cine diocesano al pueblo para evangelizar al que está remiso en la fe cristiana.

Supimos que ya habían dado el pregón, por parte del Excelentísimo Ayuntamiento, en todo el pueblo, acudiendo al local, de una persona afable para con La Iglesia, casi todo el pueblo, por no decir que allí estaba todo el pueblo; pese que aquel local era un almacén enorme para guardar el grano y los productos fitosanitarios del plantío de aquella persona. Y pese a los sacos de abono que había en el local acudió casi todo el pueblo con sus sillas, resultando aquel montaje de la película al gusto de todas las personas que habían asistido a la misma.

No sé si para celebrarlo o para que se nos calmase el Espíritu nos entramos en un bar de aquel pueblo pidiendo el cura un refresco y nosotros algo más fuerte y como llegaba la feria del pueblo fue la conversación de todos.

Qué haríamos de extraordinario, para atraer a los feligreses a La Iglesia, sobretodo a La Santa Misa del día de la feria y a la procesión que tendría lugar por el pueblo llevando a La Virgen a hombros. Unos decían una cosa, otos decían otra; hasta que dio uno de nosotros en la clave; más bien en el quid de la cuestión. Fue Lucía, que

abordó la idea de engalanar la entrada a La Iglesia para parar en ella a La Virgen, una vez que saliese de procesión y poder cantarla algo a La Custodia, y a La Virgen.

La idea que tuvo Lucía nos gustó bastante; pues se alejaba de las fórmulas antiguas y cubría un espacio dentro de los nuevos tiempos que corrían entre nosotros: No todo el trayecto de La Virgen iba a ser igual, sin mostrar nada a nadie, sin que tuviesen las gentes un motivo para personificarse en ese lugar y poder ver a La Virgen parada entre nosotros, mientras se la canta una canción religiosa; pues otra cosa no nos dejaban las autoridades de cantar.

Así se quedó que lo hiciésemos, yéndonos raudos a nuestra casa para descansar, ya que eran horas de recogimientos, sobretodo las chicas. No pudiendo dormir yo aquella noche mucho; ya que pensaba en la forma de montar dicho acontecimiento, no teniendo una peseta en los bolsillos de todos nosotros, y cuando me levanté consulté con mi mamá diciéndome ésta, -. Que formásemos una rifa en el pueblo para tener medios económicos y engalanar la entrada de La Iglesia, así como a La Virgen -.

¡Eso!: ¡Ahí va!, si se nos había olvidado La Virgen; que también tenía que ir engalanada en la procesión aquel día de feria. En ello tendríamos dobles gastos que se nos habían ocurrido la tarde anterior a todos nosotros.

A penas desayuné saliendo raudo a la calle para poder juntarme con mis amigos, pero como eran horas tempranas del día no había ningún amigo en la calle, yéndome a La Iglesia donde estaba celebrando Misa Don Antonio; pues la primera Misa la decía él, y cuando terminó me hizo una señal con la mano para que me estuviese quieto en mi banco. Tal vez quería él decirme alguna cosa que yo no supiese y allí permanecí hasta que Don Antonio salió de sacristía llevándome a las afuera de La Iglesia.

DON ANTONIO -. He pensado, que vosotros no tendréis el suficiente dinero como para hacer frente al gasto para embellecer la portada de La Iglesia y para adornos de La Virgen; de modo que he pensado hagáis una rifa entre todos de algo valioso que tengáis.
MIGUEL -. ¿No sé yo qué podemos tener valioso entre todos los amigos?
DON ANTONIO -. Piensa un poco y lo encontrarás.

Y como aquel cura me vio dubitativo un cierto tiempo, me quiso ayudar en mis pensamientos, abordándome la idea de dejar en depósito la vieja máquina de escribir; ya que él había oído me iría a comprar una nueva, así como Isidro podría añadir al lote los juguetes que había tenido en su infancia, Lucía sus muñecas, ya que tenía infinidad de ellas y así sucesivamente. No siendo mala idea lo que decía aquel cura y cuando vi a mis amigos les comenté lo que me había dicho el cura momentos antes, entregando dichos objetos en sacristía para su custodia y adquiriendo unas papeletas de rifa en una imprenta de un pueblo cercano al nuestro. Y como la feria sería en pocos días, buscamos en el pueblo quién nos pudiese vender los utensilios prestados, hasta que se celebrase la rifa; ya que hasta el mismo día de feria, por la mañana no se rifaría dicho lote y así podíamos recopilar más dinero en el lote.

Mi mamá aportó unas baratijas que tenía como si fuesen buenas; ya que no la hacían falta tales abalorios por estar demasiados vistos en todo el pueblo; así mismo aportaron algo las madres de mis amigos: Y así pudimos coger una cantidad módica de dinero para embellecer la entrada de La Iglesia y hasta a la misma Virgen.

Al hacer el recuento del dinero recolectado en la rifa vimos, que con un poco más llegaríamos hacer algo nuevo en el pueblo, y así nos lo dijo Don Antonio; de modo que anunciamos en el pueblo, que la rifa no se haría hasta adquirir una cantidad módica para hacer algo nuevo en el pueblo.

DON ANTONIO -. ¿Habéis visto la cantidad de dinero que hemos recolectado en la rifa?

LUCÍA -. Sí, padre.

DON ANTONIO -. Si no hacemos la rifa antes de la feria y seguimos vendiendo papeletas; tal vez tengamos para un manto nuevo para La Virgen.

Se pensó y se hizo tal y cual dijo aquel cura, aceptando todas las personas del pueblo dicha idea; así que cogimos el dinero suficiente como para comprar un manto nuevo a La Virgen. Dicho manto no costó mucho; ya que era sencillo, pero para adquirirlo tuvimos que ir a La Capitalísima, en un comercio que había en el centro de la misma: ¡Y tan en el centro!

Nos enseñaron telas de todas las clases, hasta que no pude más y le hablé claro al dependiente; de que se estaba confundiendo con nosotros, ya que éramos poco pudientes económicamente: Pues lo que queríamos era un manto sencillo y ya confeccionado; pues la feria la teníamos en unos días.

No hizo falta que le dijese más al dependiente, que entrando en una habitación salió con un manto ya confeccionado por no haberlo querido una congregación de religiosos por ser demasiado sencillo; viendo la posibilidad nosotros de comprar aquel manto, que aunque sencillo tenía sus bordados perfectos y muy bien hechos. Y según el dependiente, confeccionado por una persona particular.

DEPENDIENTE -. Éste manto ha sido confeccionado por una persona en particular, no por nuestro taller.

Y como en el pueblo sabíamos algo de ello, se nos abrieron unos ojos al ver el bordado tan perfecto que tenía para lo poco que nos estaba costando aquel manto: Si en el pueblo bordaban y hacían toda clase de ganchillos, así como bolillos a la perfección; siendo el mejor bordado que existía en el Mundo, el que hace una persona a mano.

Parece ser que aquello no había llegado todavía a dicha tienda, especializada en ropa eclesiástica, como en mantos para La Virgen: El día que llegase a los oídos del tendero, ese manto estaría puesto en nuestra Virgen.

¡La feria!, sí; la feria llegó y con ella un ramillete de colores en todo su esplendor, pues adornamos la entrada de La Iglesia todo lo bien que pudimos: Con guirnaldas, farolillos, serpentinas, flores de todos los colores y un cuadro enorme de la Virgen en el jastial de la puerta.

Y, ¡UF!; cuando salió La Virgen a la puerta: Aquello era ya el morirse de gusto ante el cuadro inacabado de La Virgen, al verla con su manto nuevo. Y como las personas de aquel pueblo sabían muy bien lo que era un buen bordado a mano, se quedaron extasiadas y sin poder pronunciar palabra alguna; por lo tanto cuando yo vi que se habían quedado todas las personas con la boca abierta, no oyéndose ni una mosca volar por aquellos alrededores, sin más ni más me atreví a decir en voz alta: -. ¡Viva La Virgen!

Cuando oyeron aquel grito de, ¡viva La Virgen!; todos los asistentes a la procesión respondieron con un ¡viva!, que les salían de lo más profundo de la garganta y con nobleza de corazón.

Pero con todo y eso, habían gentes que no se habían percatado de que La Virgen llevaba un manto muevo, sobre todo los más rezagados en la procesión: Aquello fue un exitazo, pues los parabienes de unos, el regocijo de los otros y el darnos la enhorabuena todas las personas del pueblo, fue lo que más se oía después de la procesión.

Don Antonio estaba que no cogía en sí, mirándole de reojos Don Arturo, el cura Párroco, para ver lo que hacía su coadjutor, y aquel cura joven saltaba de júbilo al ver La Iglesia llena de gentes y todos los aledaños de ella; así que Don Arturo se frotaba las manos al ver tal aglomeración de personas honrando a La Virgen.

Fue un día entrañable; pues cuando terminó la procesión era ya de noche y estaba la feria en todo su apogeo, llevándonos a los curas para tomar algún refrigerio en una de sus terrazas en la feria, y más que un ¡viva!, se oyó dar para los curas por parte nuestra; y era verdad, pues sin ellos nada hubiésemos hecho: Así que los curas estaban que no cogían en su piel de contentos; pues hasta los menos creyentes se arrimaban a nosotros para felicitar aquellos curas tan bondadosos con el pueblo.

No quiero contar cómo estábamos todos al siguiente día por la mañana cuando salimos para tomarnos el vermú en una terraza; pues en esos pueblos se estilaba hacerlo a las doce del día. Llenándose todos los bares de los alrededores la feria, brindando con los amigos y con los parientes que habían venido para participar en dicho evento.

Cucañas, tiro al pichón, carrera de sacos y un sinfín de participaciones para los atletas del pueblo, en general era la juventud; pero que las personas mayores también participaban aplaudiendo con todas sus ganas y viendo toda su cultura atlética y todo su derroche de energía de aquellos jóvenes atletas. Hasta hubo una persona mayor que pidió participar en las carreras de sacos, y créanme que aquello no le vino nada de bien, resultándole grande la carrera de saco en la que participó.

Pasó la feria y con ella la ilusión que teníamos todos por hacer cosas; la normalidad siguió entre nosotros y el pueblo seguía trabajando, cada uno en lo suyo, y ahora tocaba hablar de lo que íbamos hacer de aquí en adelante, una vez que habíamos tenido un exitazo con el manto de La Virgen y en adornar la entrada de La Iglesia.

Era así tanto, que cuando me encontré a solas con Lucía, comenzamos hablar lo que haríamos para reencaminar nuestras vidas; y por lo que vi, Lucía no lo tenía nada claro: Por ciertas circunstancias maltrechas.

MIGUEL -. ¿Seguirás estudiando en la normal el primer año de maestra nacional?
LUCÍA -. Tengo que repetir el ingreso en la normal, pues he cateado. Mis padres me llevaron tarde a la capital para que estudiase.

No sabía nada de lo que me estaba diciendo Lucía hasta el día de la fecha, en el que me expresó sus sentimientos al catear el ingreso en la normal; ahora tenía yo que explicarla lo que iría hacer al terminar el verano, tal vez antes.

MIGUEL -. Yo tendré que ir a formalizar la matrícula de tercero de carrera.
LUCÍA -. El ecuador de tu carrera.
MIGUEL -. Justamente.

Como seguimos hablando de mi carrera, Lucía me preguntó por la asignatura más fuerte que tendría aquel año; diciéndola yo, que era farmacología. No entendiendo el significado de dicha palabra Lucía, teniéndoselo que explicar yo con palabras sencillas, al decirla que era la composición de los medicamentos: De qué elementos constaban.

Aquella chica se quedó con la boca abierta; pues todavía no había entendido muy bien qué era lo que yo la quería decir, viendo en ella un grado de incultura y a la vez, como que aquella chica no me interesaba para que formase parte activa de mi casa. Por lo tanto se me cayeron los palos del entablado encima, según se dice: Aquella chica

era corta de entendimiento y no podría hablar mucho con ella, sobretodo de cultura; aunque fuese de cultura en general.

Cuando me quedé a solas en mi habitación aquella noche, comencé a pensar en la amiga de la facultad, en Matilde; sí, porque así se llamaba aquella chica a la que yo denominaba: La chica del mediterráneo. Y cogiendo la carta que me habían mandado mis amigos, la volví a leer una vez más; pues me parecía que me llamaban, sobre todo Matilde a través de ellos.

Sopesaba en una balanza imaginaria los pros y los contras de formalizar mis relaciones sentimentales con una o con la otra, cayendo dicha balanza a favor de Matilde, mi amiga de la facultad; pero por otra parte eran verídicos los proverbios de los pueblos: Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Al día siguiente lo veía todo de color de rosas, no echando parecer a nada de lo que yo había pensado la noche anterior; buscando a Lucía con todas mis fueras del corazón, parecía como si tuviese un pensamiento nuevo con respecto a dicha chica, dándola más valía que lo que tenía. Pero a la vez pensando en las posibilidades que tenían una u otra para que yo desarrollara mi carrera con éxito.

Y sin saberlo, habían elegido a la parroquia para que parte de sus feligreses fuesen hacer unos cursillos espirituales, en un colegio de un pueblo cercano al nuestro; ya que iríamos varios pueblos a la vez para formarnos mejor en la fe cristiana y no decayésemos en cosas banales, que nada nos servirían en la vida, pues según los curas, éramos soldados de Cristo y le teníamos que servir como tales.

No estábamos muy conforme en cuanto nos habían separados a los chicos de las chicas. A las chicas se las habían llevado a otro colegio de niñas; pues en aquellos años estudiaban separados; pero nada más volver al pueblo ya comenzamos a estar juntos los

unos con las otras, para deleite de una buena convivencia entre todos los amigos y amigas.

Poco más quedaba para que terminasen las vacaciones estivales y yo tenía que formalizar la matrícula de tercer curso de carrera en la secretaría de La Universidad, yéndome a dicha ciudad sin falta de tiempo; para que no se me pasase el plazo de matriculación en la facultad.

Cuando llegué al lugar de mis estudios no me estaba esperando nadie, ya que no había dicho nada a mis amigos de mi venida a la ciudad estudiantil; cosa que a mí me aplacó los nervios, pues los tenía a flor de piel por causas que en el transcurso de alguna ida y venida vería una vez más a Matilde.

Entré en secretaría pidiendo saber quién era el último de la fila para formalizar la matrícula, poniéndome detrás del chico que estaba siendo el último. Y como había bastantes chicos en la fila, a mí me tocaría bastante tarde para llegar a la ventanilla y entregar mi documentación con la tasa correspondiente. Por aquel entonces, la tasa se entregaba en mano.

Pasaba el tiempo y aquello se hacía interminable; pues no era tan fácil formalizar la matrícula, ya que tenían, los señores funcionarios, ver si habías aprobado el siguiente curso y en caso contrario cuantas te habían quedado: Pues con una que te quedase no era posible hacer la matriculación de todo el siguiente curso.

Me faltaban siete compañeros de estudios para que yo llegase a la ventanilla; pero antes de todo eso, llegó Matilde poniéndose la última en la fila, haciendo yo caso omiso a dicha presencia.

Pero no hubo manera de evadirme de la presencia de Matilde, ya que dicha chica me vio puesto en fila, viniéndose rápidamente donde yo me encontraba.

MIGUEL -. ¿Qué haces aquí?

MATILDE -. Formalizar mi matrícula en segundo de carrera.

MIGUEL -. ¿No digas?

MATILDE -. Como no me lo preguntaste, no te lo dije: Me dio vergüenza cuando me hablaste algo de que no estaba matriculada, y el otro año me matriculé en primero.

MIGUEL -. ¿Y aprobaste?

MATILDE -. Todas las asignaturas.

No sé si sería para mí aquella chica tan espabilada pero a la vez tan melosita; lo cierto era que ya estábamos matriculados ella y yo en nuestros cursos correspondientes: Matilde en segundo de carrera y yo en tercero de carrera de medicina, saliendo juntos a la calle entre tanta piedra granítica.

Y para agradecérselo al Cielo nos entramos a rezar un rato en La Catedral, saliendo de allí como dubitativo; ya que sin ser realidad, nos sonaban unas gaitas en el oído, a Matilde y a mí.

Y sin saber por qué nos encontramos cogidos de la mano, como dos hermanos que habían hecho un acto grandioso en su vida: La matriculación en el curso que iban a estudiar cada uno.

Cuando me di cuenta de que la llevaba de la mano cogida a Matilde, con mucho disimulo me separé de ella como para limpiarme las narices, sacando mi pañuelo de tela del bolsillo para sonarme flojamente las narices. Pero aunque aquella chica hizo por volverse a coger de mi mano, yo hice como que estaba en otra cosa.

Pese a que no la cogí de las manos, Matilde no hacía más que quererse coger de mí, sobretodo; que la viesen de mi mano todos los condiscípulos de la facultad, no sabiendo yo lo que hacer: Unas veces me agachaba, como para coger algo del suelo,

otras veces volvía a sacar el pañuelo, sin saber lo que hacer con el; hasta que fui cogido por la pechera de la chaqueta por Matilde atrayéndome hacia sí. Muy cerca me quedó de su cara, pero no pasó nada de nada; solamente quería que pusiese un poco de interés a lo que me decía ella.

Más bien que decir, era a lo que ella quería: Cogerse de mi mano, e ir por la calle como buenos amigos; ¡vamos!, que diría yo: Más bien que buenos amigos. Y como no lo consiguió, pasamos desapercibido entre la multitud de gentes que había en aquella plaza. No eran tiempos como para significar algo que no se era; y sobre todo el ir una pareja de chicos cogidos de la mano por la calle.

Matilde no se separaba de mí ni un solo instante, hasta el punto que vimos llegar hacia nosotros a Rogelio y a Sebastián con la firme propuesta de saludarme, ya que acababa de estar ausente mi persona todo el verano; poniéndose delante de ellos Matilde, sin saber lo que hacía, teniéndola que pedir el favor mis amigos de la facultad para que se retirase un poco de mi lado y poderme saludad como se debía.

Como se debía hacer, era el estar toda aquella tarde juntos mis amigos y yo; no permitiéndosela entrar en casa de Rogelio a Matilde; ya que las chicas no se las permitían entrar en casa de algún chico, sobretodo si en ella se encontraban sus papás. Y cuando me estaba alejando de ella, la vi con una cara larga y como queriendo llorar.

No debía mirar para atrás, no fuese a ser que se quisiese venir con nosotros de todas las maneras, y como en casa de Rogelio se encontraban los papás de éste chico, no la dejarían entrar en ella, sino iba acompañada de otra chica. No sé cómo lo hizo; pero lo cierto fue que al llamar a la puerta estaba delante de ella Matilde con otra chica.

Cuando estaba de vuelta a mi pueblo se me estaba ensanchando los pulmones, ya que iba solo, sin Matilde; pues a poco que la hubiese dicho algo se había ido, conmigo aunque tuviese que dormir en casa de una amiga mía. Y cuando llegué al pueblo ya me

estaba esperando Lucía en la parada del autobús, aunque hacía un frío enorme, no pudiéndose resistir una persona por mucho tiempo en la calle; pero Lucía lo hacía.

Había en mi pueblo una calle sin salida, pareciéndome que me invitaba a ser como ella: Eso, una calle sin salida; más bien, un callejón sin salida como se suele decir entre las personas. De modo que apreté el paso para no fijarme en ella cuando la crucé, llegando a mi casa cinco minutos más tarde por haberme parado con una persona mayor, ya que me estaba saludando, jactándose por conocer a mi papá: -. Un médico formidable -. Decía esa persona de mi papá.

Faltaba pocos días para que comenzasen las clases, más bien a primeros de mes, por lo tanto mi papá no iba a pagar todo ese mes por unos cuantos días en el colegio mayor; así que me fui al pueblo.

Como me había dado alcance Lucía, al llegar a la puerta de mi casa despedí a dicha chica, que al parecer se marchó a su hogar para poder tomar un bocado aquel mediodía; pues era ya hora de la merienda, teniendo yo unas ganas de comer monumentales, para recostarme en la cama una vez que había merendado. Pero como mi mamá sospechaba que a mí me pasaba algo, entró en mi habitación preguntándome si me pasaba algo; ya que no me veía en el sillón del salón reconciliando el sueño un rato.

A la negativa que di a mamá, de que a mí no me pasaba nada se añadió otro problema en mi vida; pues comencé a llorar a lágrimas vivas, sin saber por qué; y ahora sí que se preocupó mamá de mí, por no saber qué me pasaba con tantas lágrimas. Y para que mamá no se molestase más que estaba, me limpié enseguida las lágrimas diciéndola que me acordaba de un pobre inválido que vi pedir limosna en la estación de autobús.

Mentira piadosa que eché a mamá, pero a la mañana siguiente no fue ninguna mentira; pues me llegó Lucía diciéndome que la había dado un conato de falta de

potasio a Andrea yéndonos a su casa los dos y cuando llegamos a ella ya estaban allí los demás amigos, y hasta Casimiro se encontraba con su camión por si hacía falta llevarla al hospital. No, no hizo falta llevar a Andrea para ninguna parte, pues enseguida se recuperó; parece ser que fue un conato de bajada de potasio.

Aquí paz y aquí gloria; ya que aquella misma tarde estábamos todos juntos en la plaza del pueblo, contándonos nuestras vidas; nuestras pobres vidas que ningún hecho de ellas valía la pena narrarlo, pero la narrábamos. Y como no queríamos movernos mucho por Andrea, ya que se la veía como mareada la llevamos pronto a su casa para que descansase en ella. Y como Lucía no se quería ir a su casa tan pronto, nos quedamos hablando en la plaza de algo sustancial para nuestra relación; ya que tenía ella sospecha de que pudiese tener alguna amiga en la ciudad donde estudiaba mi carrera.

LUCÍA -. Y digo yo: ¿No tendrás alguna amiga en la ciudad donde estudias?

MIGUEL -. No te quiero engañar: Sí la tengo, pero solamente como amistad personal.

Quería ir preparándola, por si acaso decidía formalizar las relaciones con Matilde en vez de con ella; quedándose Lucía muy seria al oír que sí tenía una amiga en la ciudad donde yo estudiaba. Y el pasado es, porque estoy narrando esta historia ya jubilado y con la cabeza despejada.

LUCÍA -. ¿Es guapa?

MIGUEL -. No tanto como tú.

No la quise hacer de menos y la dije que no era más guapa la amiga que tenía en la ciudad donde yo estudiaba; pero con todo y eso no se quedó conforme yéndose rápidamente a casa como enfadada, comprendiendo yo que nunca se lo debía haber dicho a Lucía, eso de que tenía una amiga en la ciudad donde yo estudiaba.

Los diferentes días los pasó Lucía sería, muy sería; como para que yo no me pasase con ella, no fuese a ser que se rompiesen las buenas relaciones que teníamos entre nosotros. No digo yo que se terminase nuestra amistad; pero sí que mermase las buenas relaciones que conservábamos entre ella y yo.

Y llegó el día que me tuve que ir a la ciudad de mis estudios para comenzar el nuevo curso, el paso del ecuador; no sabiendo dónde iríamos para celebrarlo todos los condiscípulos o parte de los condiscípulos. Pero cuando recapacité me di cuenta que era mal asunto que comenzase a pensar en el viaje del ecuador, cuando apenas había comenzado el curso nuevo: Lo primero sería estudiar, y estudiar mucho para poder aprobar las asignaturas del nuevo curso.

Para ello, para poder estudiar me encerré en mi cuarto y hablé con Matilde que saldríamos tan sólo los sábados, así estudiaríamos ella y yo; pues segundo de carrera no era tan fácil y mucho menos tercero de carrera que era el que había empezado yo, quedándose dicha chica seria del todo, como para comenzar a llorar. Tal vez la hice un favor no queriendo salir todos los días de paseos hasta que llegasen los sábados; así me decía ella, que tenía buenas notas: Si no hacíamos los dos más que estudiar.

Recuerdo que un sábado salimos tarde, pues me había atrasado yo en mis estudios; estaba repasando unos elementos en su constitución para mezclarlos con otros de su mismo peso específico, cuando me llegó mi condiscípulo Sebastián diciéndome: -. Que la tienes en la puerta hace ya dos horas a tu chica -. No le quise contestar, para no molestarle, yéndome rápidamente a la puerta del colegio mayor para salir con ella, con

Matilde, que según todos los condiscípulos me decían que era mi chica.

Mi chica, según mis condiscípulos, me estaba esperando con la sana intención de que nos fuésemos a un sitio que ella sabía por habladurías de unos y de otros, donde existían unos ocalitos enormes, con una hierba en su terreno que parecía de ensueños; así como unos montes de película.

No la quise contradecir, montándonos en un autobús que iba derecho al pueblo donde existía dicho paisaje de ensueño, como nuca lo había visto yo: Y así era, pues todos los montes de aquel terreno era un compendio de verdor in confuso, alejándonos un poco más para dar con los ocalito que ella decía. No sé si Matilde sabía muy bien el camino, era un instinto el que tenía para seguir la senda hacia los ocalitos; ya que se estaban viendo desde el camino.

Me asaltaba una duda al respecto y no me podía callar por más que quisiera; pues ella me había dicho, que sabía la existencia de aquel bosque de ocalitos por oído, pero mis dudas eran mucho más fuertes que mi conformismo.

MIGUEL -. Me has dicho, que este sitio lo sabes de oído.

MATILDE -. Claro.

MIGUEL -. Entonces: ¿Por qué me has traído rápidamente a el, y sin pensarlo?

Matilde se me quedó mirando fijamente a la cara y sobretodo a los ojos, para ver el grado de incredibilidad que había en ellos. Y tal vez vio algo inequívoco: un alarde de incredibilidad supina; por lo tanto refutó mi pregunta.

MATILDE -. ¿Pues sabes lo que te digo?: Que han sido tus condiscípulos, Roberto y Sebastián, los que me han indicado este sitio, así cómo llegar a el.

MIGUEL -. Comprendido.

MATILDE -. Pues compréndelo antes.

Antes no podía haberlo comprendido, debido que cuando a un chico le asalta la duda de la veracidad en la conversión de una chica, el chico no piensa; no puede pensar para nada, debido que teme, ese chico, le están quitando a la chica. No hubo dudas de que así no era.

MATILDE -. Con la alta sociedad, me dejé de juntar a mediados del otro año: Que lo sepas.

Hice una inclinación de cabeza como afirmando lo que me estaba diciendo, ya que yo no la había vuelto a ver hacía ya mucho tiempo con la clase alta de aquella sociedad estudiantil. Nos habían dejado a ella y a mí en paz; no queriéndonos molestar más, ya que nos veían formando una buena pareja.

Y como yo puse mala cara, ella se echó sobre mis hombros para que viese lo mucho que me apreciaba; cosa que yo no lo veía, o por lo menos no lo veía muy bien por falta de tacto con aquella chica, Matilde.

Pero sí estaba viendo, muy bien, que la estaba haciendo sufrir con mis indecisiones y mis dudas ante su persona, ante su voluntad de apreciarme como a nadie lo había hecho en la vida.

Aquella chica comenzó hablarme y hablarme sin parar, pero mis sentidos estaban lejos de allí; puestos en Lucía, en la otra chica del pueblo: ¿Qué sería de ella, si yo la iba con el recado de que tenía novia en la facultad? Mis dudas eran, si lo resistirían

o no: Nunca se sabe como va a responder una persona al enterarse de un hecho trascendente en su vida.

Estaba en estas zozobras cuando, sin previo aviso, comenzó a llover con mucha fuerza, buscando un cobijo para los dos y al cabo de algún tiempo lo encontramos a varios metros de donde estábamos. Era una choza, echa por algún pastor para cobijarse; pero que estaba casi derrumbada, por falta de mano de obra, o por que el pastor había desistido volver a dicha choza.

El Cielo se nubló tanto, que apenas se veían los árboles y hasta el mismo suelo a más de cinco metros lejos de nosotros. Parecía como si no fuese a dejar llover en aquel día y cuando miramos el reloj de pulsera, vimos que íbamos a perder el autobús sino nos dábamos prisa en salir a su búsqueda.

Por más que corrimos al pueblo cercano, ya había salido el autobús hacía unos minutos y para volver a la ciudad de nuestros estudios, hasta la mañana siguiente no había más autobús.

MATILDE -. ¿Qué hacemos?

MIGUEL -. ¿Tú tienes dinero?

MATILDE -. Ni una peseta.

MIGUEL -. Entonces volvamos, rápidamente, a la choza, antes que se haga de noche.

Así lo pensamos, y así lo hicimos; pues volvimos a la cabaña con una poca luz del día, empleándome yo en acarrear ramas secas para que nos sirviesen como la puerta de entrada a la choza; pues al ser un habitáculo sencillo, sólo había un espacio en el centro valiendo como morada y alojo del ganado, sobre todo el ganado recién nacido, ya

que otras chozas tenían una entrada en forma de ese para resguardar al personal dentro de ellas.

Cuando miré a su cúpula pude ver una especie de claraboya, como para dejar pasar al humo; yéndome a por unas ramas secas de ocalitos, con alguna que otra hierba fina, encontrando en dicho lugar moho y líquenes que al parecer arden muy bien.

Con mucho esfuerzo hicimos que ardiesen los palos de los ocalitos, ya que se habían mojado ardiendo bastante mal. Y para demostrar Matilde que tenía frío se acercó a mí dejándose caer sobre mi pecho, y poniendo la cara sobre mis hombros. Yo estaba siendo complaciente, en aquella hora fatídica, porque así me lo pedía mi religión: Ayudar al necesitado.

Matilde hacía como que estaba dormida, poniéndome una mano en mis partes púdicas, quitándosela yo de inmediato para que no hubiese dudas de que yo no quería eso: No quería que pasase nada entre nosotros, que pudiese alterar nuestra manera de ser y nuestra conducta personal del uno para con el otro: Mal entendidos yo no quería.

Así como a media noche comenzó a moverse mucho Matilde, echándome una pierna por lo alto para bajarla y dejar solamente me tocase su muslo: Y como aquella chica irradiaba confianza y exhalaba un hado altamente contagioso, ya que hasta su respiración lo decía, estuve a punto de sucumbir en la atracción que me brindaba Matilde en aquellas altas horas de la noche.

Era una chica que daba confianzas al verla y que atraía mucho por sí misma. Tan sensible, tan femenina, tan humilde, tan obediente con el hombre al que quería; que por poco me dejo llevar por el impulso de la atracción humana, y hubiese sido así si yo no supiese que por una sola vez se traía descendientes al Mundo.

No, yo quería que aquel acto fuese hecho dentro del matrimonio, como nos decían los curas en aquel tiempo; puesto que si no era un pecado mortal, al que había

que confesar. Así estaban las cosas en aquel tiempo, se confesaba todo, hasta los mínimos hechos que pudieses hacer en tu vida. Y el miedo a que se enterase el cura era doble, y máxime si el cura era amigo tuyo.

Nos dirigimos, a primeras horas de la mañana, al pueblo más cercano para coger el autobús que nos llevase a la ciudad donde residíamos notros dos, y para que no se nos volviese a escapar, nuevamente, el autobús apretamos el paso, viendo con asombro al llegar al pueblo, que todavía faltaba algo para que llegase el autobús que nos llevaría a nuestra ciudad en un tiempo prudencial.

Aprovechamos para tomar un café, en un bar que se encontraba abierto en las cercanías de la parada del autobús, anunciándonos el barman del bar que era allí donde tenía la parada dicho autobús, y hasta que él no cogiese la saca de correspondencia de dicho autobús no proseguiría su trayecto dicho autobús.

¡Pues qué bien!; de ese modo nos tomaríamos el café tranquilamente; pues era el primer líquido que nos produjese calor dentro del cuerpo, sustentándonos hasta la hora de la merienda; y aunque aquel establecimiento tenía las puertas cerradas, hacía frío dentro de el, pese a la calefacción que había en su interior. Pero hacía poco tiempo que había sido puesta la calefacción en el bar.

No tuvimos que esperar mucho tiempo, ya que llegó el autobús montándonos en el esperando que llegásemos a nuestra ciudad de estudio, y mientras transitaba el autobús por la carretera comarcar, yo iba mirando a Matilde, que iba recostada a mí como durmiendo y sin darse cuenta de mi mirada. Hasta el punto que la desvié con la mano el pelo que la caía en la cara, no viéndosela toda su faz a la suma perfección.

A Matilde no la despertaba nada, ni nadie, así cayese ya un rayo en el autobús de aquella línea regular de pasajeros; pues Matilde iba recostada a mi sobre mi pecho y una vez que se movió algo sobre un costado, dejo plantadas las “domingas” en mi pecho,

sintiéndolas todas a la perfección. Hasta llegar a punto de echarme toda su respiración, dándola yo una sacudida a su cuerpo para que dejase respirar sobre mi cuello; pues sentaba muy mal recibir dicha exhalación en el mismo cuello de uno.

Yo la llevaba los brazos sobre sus hombros, y en el movimiento que hizo la quedé las manos casi en sus pechos, y ni con esas se despertaba; parecía que estuviese admitiendo dicho hecho por parte mía. Tal vez admitía que si era yo, sí la podía llevar así, de esa manera tan pueril y a la vez tan fraternal; como era un abrazo ente familia.

Hasta el punto estuve, que cuando llegamos a la ciudad deseada la tuve que despertar para que se bajase del autobús; pues habíamos llegado a nuestra ciudad, una ciudad encantadora, llena de personar joven, estudiando en las diversas facultades que existían en dicha ciudad bella y bonita como ella sola.

Cuando llegamos a nuestra preciosa ciudad se bajó Matilde y sin despedirse de mí comenzó andar camino de su casa; por lo tanto di una carrera para ponerme a su altura y ver lo que pasaba. Llevaba mala cara, como si a dicha chica la pasase algo malo, con un impulso de nervios contenidos.

MIGUEL -. ¿Qué te pasa?

MATILDE -. ¿Te parece poco, lo que me pasa?

MIGUEL -. ¿Pues no sé?

MATILDE -. Haber pasado la noche a solas con el chico que te interesa y no haberme tocado ni un sólo pelo.

Aquello que dijo Matilde me cogió descuidado, no pudiéndola refutar sus sugerencias tan desastrosas, tanto para mí como para las relaciones entre ella y yo. Pero

cuando recapacité pensé que la tenía que decir algo al respecto y no quedarme callado; ya que sería contraproducente en nuestras relaciones.

Comencé diciéndola: Que había sido una decisión acertada; no por falta de interés como para no tocarla, que si lo hubiese hecho no me lo perdonaría nunca, pues nuestro afecto era mutuo y compartido por los dos. Que las relaciones que teníamos entre los dos no era para tirarlas a la cuneta de la carretera en un momento: Debíamos conservar esa relación, un poco sentimental, para toda la vida.

MATILDE -. ¿Y ahora dices, que nuestra relación es un poco sentimental? ¡Madre!: ¿Con quien estoy saliendo yo?

MIGUEL -. Tranquilízate, mujer.

MATILDE -. Si yo estoy tranquila; el que tiene que tranquilizarte y poner tus conocimientos en regla eres tú.

Desde entonces supe qué clase de conocimientos tenía aquella chica conmigo; pues eran más profundos que lo que yo pensaba. Ella se imaginaba otra cosa de mi, ¡vamos!, que creía fuésemos más que amigos, y al ver el poco interés que puse con ella la noche anterior, explotó su dignidad por todos los conceptos y por todos los sentidos que pudiésemos pensar.

Era mejor dejarla ir y no volverla a decir nada más; pues no fuese que liase cada vez más su enfado monumental, que había cogido con respecto a mi persona, y mi persona se alejó de allí como temblando de miedo; al saberme rechazado por ella.

El enfado que cogió Matilde, por haber dejado pasar todas las posibilidades que tenía yo para amarla la otra noche, era doblemente fuerte; pues al siguiente día no la vi

por la calle ni en la plaza. Yéndome a mi casa totalmente decaído y cabizbajo, no queriendo saludar a nadie en mi paso; no fuese a ser que me notase tan decaído.

Y para que no faltase nada, me enteré por mis amigos Rogelio y Sebastián, que la había hecho de menos un condiscípulo nuestro a Matilde delante de toda la clase; pues estaban allí casi toda la clase que hay en tercero de medicina.

Sin pensarlo me fui derecho a donde creí yo que debía estar dicho chico, encontrándole entre cinco condiscípulos jactándose de haber tenido algunas conquistas amorosas entre las amigas de estudios. Aquello que estaba diciendo aquel chico me sentó a mí bastante mal; pues un hombre no tiene que hablar nada de una mujer; y sobretodo cuando lo que dice es falso.

Le llamé a solas, no queriendo separarse del resto de los amigos; como si le diese miedo hablar conmigo a solas, ya que todo lo que decía era falso.

MIGUEL -. Alejandro: ¿Tal vez has molestado a Matilde?

ALEJANDRO -. No ha sido tal vez; es que la he recriminado.

MIGUEL -. Tú no tienes por qué recriminarla algo, la censura en algún acto se la ponen sus papás.

ALEJANDRO -. Lo haré siempre que yo quiera, porque es una chica mala, engreída y lo que es más importante: Una chica tonta, tontorrona y mal educada.

MIGUEL -. Delante de nuestros condiscípulos no debías hablar así de Matilde.

ALEJANDRO -. Yo hablo como quiero: Esa chica es una perversa.

MIGUEL -. Esteban, tú lo has oído como yo y como todos los condiscípulos que estamos oyendo lo que dice Alejandro, no lo olvides.

ALEJANDRO -. Ya sabes: No lo tienes que olvidar.

MIGUEL -. ¡AH!; y el perverso eres tu, malvado y maligno; que lo sepas Alejandro.

Esteban era un condiscípulo mío, muy allegado a mí amistad; no formaba el grupo de mis mejores amigos porque dicho chico apenas salía, pero yo le alerté para que no olvidase las insidias que había tirado Alejandro delante de todos los condiscípulos aquella misma mañana.

De allí me fui derecho al Juzgado de guardia para ponerle a Alejandro la correspondiente denuncia; cosa que me costó lo suyo, ya que los señores del Juzgado me decían que correspondía a Matilde poner la denuncia y no a mí, pero que si yo la quería poner lo podía hacer: No siendo habitual dichas práctica en términos de denunciante. Con todo y eso que me decían los señores del Juzgado, yo tenía cerrados mis conocimientos para recapacitar en lo que me dijese otra persona; pues mi intelecto me decía que debía poner yo la denuncia y así lo hice.

En el momento de poner la denuncia se levantó de la silla un señor, que hasta ahora había permanecido callado diciéndome algo así; como que era conveniente tener abogado. Tal vez era que él sería abogado y quería tomar dicho caso judicial; pero yo no le hice caso, sobre todo cuando me insinuó que debía de tener algo de dinero para llevar a buen fin dicha querella judicial.

A la negativa que le di se volvió a sentar en su silla, diciéndome algo así, como que se me nombraría un abogado de oficio, y después de coger los impresos que había rellenado el señor del Juzgado se refirió a mí, en estos términos-. Lo siento; tiene usted todas las de perder con éste señor -.

Cuando me estaba yendo para casa, ya que aquel día no tenía yo los ánimos para asistir a clase, se me estaban aproximando mis amigos, juntos con Matilde que venía como exaltada de ánimos al ver que yo la estaba defendiendo ante todos los condiscípulos de la clase, para que volviese a ella la honra quitada por un desaprensivo.

El saludo que me dio Matilde fue monumental, pues al llegar a mí me abrazo efusivamente como si fuese algo mío, viendo yo que a los otros dos chicos, Rogelio y Sebastián, se los estaba saltando las lágrimas al ver dicho acto en Matilde.

Todos ellos coincidieron en que quitase la demanda a aquel chico; y acordándome lo que me dijo aquel señor, que estaba a la expectativa en el despacho donde yo puse la denuncia a Alejandro, me fui derecho al Juzgado para retirar la denuncia, y así lo hice.

A la semana me llegó un requerimiento del Juzgado por habérseme puesto una querella por parte de Don Alejandro, siendo el condiscípulo mío, que se había querellado en contra de mi persona; por haberle quitado su honra delante de los demás condiscípulos nuestro, afectándole mucho en su Moral, en su Ética y en su sensibilidad como persona.

¡Pues qué bien!; que bien para él, ya que no solamente era un fiasco de persona dicho chico, si no que se estaba querellando conmigo por una exaltación de nervios que me había dado a mí, en aquel preciso momento de charla con él mismo. Pero esas personas fracasadas en la vida eran las peores; ya que no sabían para qué estaban en la vida siendo el látigo de las demás personas: Así se sienten grandes entre las personas que los rodean.

No tengo nada que relatar sobre el litigio que me puso Alejandro; solamente le diré que ganó él, pues hasta el mismo Esteban estuvo a favor suyo: No se sabe si por miedo, o por aludirle sumisión a su persona en la primera ocasión que tuvo para hacerlo. Corriéndose la comidilla, de que yo era un embaucador y de los grandes; dejándome hablar algunos de mis condiscípulos.

Aquel estado significativo para mí, de que era un fullero, un bribón, no me venía bien para mi persona hundiéndome en mi moral y en mi manera de ser; y menos mal

que me extendió la mano Matilde y mis dos compañeros: Hablándome recto y directamente a la cara, como si fuesen familiares míos. Me decían que no desistiese en mis estudios y en mis relaciones con respecto a los demás condiscípulo, en una palabra; que no sucumbiese en mi desgracia, puesto que sería peor para volverme a levantar de donde yo había caído moralmente.

Cuando se marcharon aquellos dos chicos de mi lado, Rogelio y Sebastián, se quedó conmigo Matilde infundiéndome ánimos de moral para que siguiese hacia delante con los estudios, y que no viese aquel evento tan negativo para mi persona, como lo estaba viendo yo. Que no era para tanto, el poner ese interés de resarcirme de mi mal que me aquejaba; pues dicho mal era ínfimo para lo que tuvo que sufrir Jesús en La Cruz clavado, por haberle difamado los sayones del sanedrín. ¡Pues eso sí era fuerte!

No era por nada; pero una mañana tuve que pasar a la sala de disección, a la mesa de disecación, donde se encontraba Matilde estudiando anatomía en un cadáver; más bien eran los huesos: Sus conductos donde circulaban las pequeñas venas sanguíneas. Quise irme derecho para donde se encontraba Matilde haciendo una incisión en el tórax a un difunto, y digo quise ir; porque en el trayecto de la puerta de disección a donde se encontraba Matilde estaba el doctor Pacheco, explicando a sus pupilos la anatomía humana. Me invitó para que desistiese ir para buscar a Matilde, ya que me comenzó a saludar cordialmente.

Aquel doctor parecía como sino tuviese un ayudante efectivo, para que le llevase y trajese el instrumental a dónde él quisiera; así como supiese bien la anatomía humana para que explicase a los condiscípulos parte de las lecciones que se daba en aquellos cursos de primero y segundo. Pues en segundo se termina la anatomía estudiando el corazón humano, que es lo último que se estudia en anatomía; por lo menos en aquellos días de tanto estudio y pocas fiestas.

Matilde no hacía más que mirarme; sabía que si yo había entrado en aquella sala era por algo, y no se confundía; pues una vez terminaron los saludos con el doctor Pacheco me fui rápidamente para donde estaba ella, dándola una mala noticia, no deseada por ella. Y como no sabía cómo dársela, se la di sin ninguna clase de rodeos.

MIGULE -. Matilde, te tienes que marchar a tu pueblo cuanto antes, así verás enterrar a tu abuela materna; ya que no le has podido ver viva.

Aquella chica se echó las manos a la cabeza emitiendo unos gritos de espantos, pero sin pronunciar palabra alguna, y quitándose la bata que llevaba puesta por estar en la mesa de disección y quitándose los guantes los soltó junto con el bisturí encima de la mesa de disección para salir corriendo a más y mejor a la calle.

Y menos mal que en la puerta de la facultad la estaba esperando Casimiro, a pie de calle, ya que le había llamado yo para que la llevase a Matilde a su pueblo; pues no podía entrar en aquella calle el camión, como no fuese por la calle que había más elevada a la salida de la facultad. Yo salí, también corriendo, antes que se llevase Casimiro a Matilde en su camión al pueblo donde vivían los padres de ésta chica.

Los tres estábamos camino del pueblo de los papás de Matilde, cuando oímos como un zumbido seguido de un silbido agudo, para en un momento determinado dar bandazos por la carretera Casimiro con su camión.

MIGUEL -. ¿Qué ha pasado ahora?

CASIMIRO -. ¿No ves que ha sido un reventón de la rueda?

MIGUEL -. Hemos pinchado.

CASIMIRO -. ¡Como tú digas!

Se bajó del camión Casimiro, siguiéndole nosotros dos, Matilde y yo; para ver si le podíamos ayudar en algo. ¡Y qué va!; si apenas podía él solo quitar la rueda para poner la de repuesto y no lo hubiese conseguido sino para otro camionero cerca de él, ofreciéndole su ayuda.

En cambiar la rueda del camión tardamos mucho tiempo, pues apenas sabía hacerlo Casimiro, y siempre que lo intentaba se iba para un costado su camión; parecía que se iba a caer el camión hacia ese lado. Y era que subía demasiado el gato no calzando ni siquiera al camión, e intentando quitar los tornillos de la rueda, sin freno de manos, y en pleno aire por así decir, al estar la rueda sin sujeción alguna en el suelo y totalmente suelta.

Pero llegamos a tiempo de poder asistir al entierro de la abuela materna de Matilde, después de unas buenas horas de marcha, viéndose muy bien que era un pueblo mediterráneo, y una vez que habíamos consolado a su mamá nos dispusimos para marcharnos a nuestro destino, que era el estudiar mucho y con ahínco; ya que sería los exámenes dentro de poco tiempo: No había que perder ni un día de estudio; por eso se volvió con nosotros Matilde, quedando a su mamá en buenas manos, ya que tenía una hermana mayor, aconsejando a dicha hermana que mirase mucho por su mamá. Y desde luego, como confiaba en su hermana, se volvió Matilde con nosotros a la ciudad de estudios.

Matilde no podía salir a la calle, por guardar duelo; pero como yo me estaba quedando lánguido de tantos estudios y un poco pachucho en mis fuerzas físicas, me sacaron un día los compañeros de estudios para que me despejase un poco ¡Y valla que si me despejé!.

La tuna; con sus clavelitos y Margarita se llama mi amor, con su plato fuerte como era eso de pasa la tuna, me prestó un poco de aire nuevo a mis pulmones y como yo cantaba bien tuve que ejercitar mi voz al aire libre en aquellas graníticas calles, en donde los enamorados se cuentan por miles y los casados con los dedos de una sola mano.

Terminamos todos en un mesón tomando el vinillo de la tierra, que aunque agrio pasaba muy bien por el cuello hasta el estómago, pero que te quedaba como una especie de venda en la cabeza, para que estuvieses mareado casi toda la tarde. Y así pasé unos de mis mejores día; pero una vez en mi habitación, en el colegio mayor comencé a llorar a mares sin poderme sujetar.

No sabía por qué lloraba, ni por qué me encontraba serio; pero lo cierto era, que aquella noche no concilié el sueño ni un solo minuto de ella, levantándome de la cama tal y como me había acostado: Con los ojos abiertos de par en par y sin haber podido dormir nada en aquella noche de frustraciones personales y de desvelo.

Sí, estaba totalmente frustrado por no haber guardado duelo a la abuela materna de Matilde; ya que ésta sí lo estaba guardando, y cuando se enterase de mis correrías el día anterior, no sé como respondería delante de mí: Pero lo cierto fue, que Matilde no me dijo nada de aquella fiesta del día anterior, y eso que ya estaría enterada, y bien enterada de mis correrías en aquel día; así como haber dado larga a mi voz en plena calle, cantando a otra chica que no era ella.

Así que yo estaba avergonzado, muy avergonzado, delante de aquella chica, noble y buena donde las hubiesen; pero que sólo me quedaba un atisbo de prudencia en aquel día para pedirla perdón por dejarme llevar por mis instintos personales. Y pese a que yo estaba totalmente avergonzado, pues se me veía en la cara, me atreví a pedirla perdón por lo que yo había hecho el día anterior.

MATILDE -. No, hijo; no hay que perdonarte nada: ¿No dices tú, que te dejaste llevar por tus instintos personas?. . . ¡Pues eso!

MIGUEL -. ¿Y eso que es?. . . ¿Qué significa?

MATILDE -. Lo que tú quieras. No te atan ninguna clase de ligaduras; puedes hacer o no hacer lo que se te antoje.

MIGUEL -. ¡UI!, ¡UI!, ¡UI!; que eso me está oliendo a mí a una buena regañona.

Pues sí señor; que aquel día me echó una buena regañona Matilde, seguida de una retahíla de defectos que veía ella en las personas: Y uno de esos defectos, el mayor, era el no saber corresponder a la otra persona en sus pretensiones, o en su estado anímico y moral como estaba teniendo ella en dicho día.

Al día siguiente puso el catedrático de fisiología un examen parcial sin esperarlo, de modo que sin haberlo esperado me saqué un aprobado ramplón, teniendo la amabilidad el señor catedrático de dar una nueva posibilidad aquellos señores que habían sacado notas bajas en el examen. Y cuando yo iba saliendo del aula, me llamó la atención el catedrático, diciéndome algo que nunca olvidaré.

CATEDRÁTICO -. Es la manera más fácil de tener que repetir el examen en Septiembre. No saque, usted, la voz a pasear.

¿Cómo se había enterado aquel catedrático de mis andanzas el otro día, si apenas hablaba con alguien de mis condiscípulos?; eso era un enigma para mí, pero pronto se deshizo tal enigma al verle aquella misma tarde ir camino de su casa acompañado de Matilde.

Nada más que vi a Matilde la pregunté, por qué conocía aquel catedrático; diciéndome ésta que era su tío, por parte paterna. Ahora comprendía yo el interés que se había tomado por mí en cuanto a los estudios aquel catedrático; aceptando yo la nueva posibilidad que me brindaba para volver a efectuar el examen en unos días, sacándome más notas que en la primera vez.

Yo me recluí en mi cuarto para estudiar, no queriendo saber nada de fiestas ni de cantos a las chicas al amparo de la luz de La Luna viendo las estrellas; por si acaso tuviese que repetir alguna asignatura en Septiembre, y eso que se estaba diciendo que los exámenes de Septiembre los iban a quitar.

Salía poco a la calle, pero una vez que lo hice fui enterado por mis dos amigos, los más allegados, que había recibido algún improperio Matilde por parte de otro condiscípulo mío, y sin esperar a las explicaciones salí corriendo para ver si veía a dicho condiscípulo; y como estaba Matilde presente, ya que no me había dado cuenta de tal presencia de dicha chica, me instaba para que me quedase quieto y no la liara, todavía, bastante más la madeja. Yo no escuchaba bien a Matilde, o por lo menos no la hacía caso a sus ruegos para que me quedase quieto y no fuese a buscar aquel chico tan obsceno y tan vanidoso, con respeto a su persona.

No hubo manera de sujetarme, y en una plaza encontré aquel chico; que era de la clase alta de la sociedad en aquel entonces, y sin él esperarlo y yo sin recapacitar en ello le cogí por la solapa de la chaqueta vapuleándole como si fuese un pelele. Cosa que hice sin darme cuenta alguna de las consecuencias que me acarrearía aquel acto en mis estudios; estando a punto de tener los exámenes de fin de curso.

Los exámenes llegaron pasando el curso felizmente y hasta con notas, yéndome a mi pueblo radiante de alegría por haber pasado el ecuador de mi carrera. Allí estaban

todos mis amigos, esperándome; y sobre todo, Lucía que vestía sus mejores vestidos en aquel día, para que yo la viese guapa, más guapa como ninguna.

Al bajar del autobús me saludaron todos mis amigos, quedándose Lucía un poco rezagada; como queriéndome decir algo que ella no quería se enterasen los otros amigos, y acercándose a mí me dio un beso en un carrillo diciéndome: -. He aprobado el ingreso en la Normal -.

Pues qué bien, la felicité por sus notas alegrándome con ella de haber aprobado el ingreso en La Normal: Dos años, dos años quedaba para que Lucía fuese Maestra Nacional y a mí tres para que fuese Médico, doctor en medicina general.

El verano empezaba bien para nosotros; ya que los amigos de mi pueblo me tenían preparado un viaje a otra provincia lejana a la nuestra, más bien era la sociedad de evangelización que formamos el año pasado, en cuanto a una acción apostólica dentro de nuestra congregación católica en La Iglesia. Y para que no faltase morbo al asunto de ir lejos, muy lejos a otra provincia, tuvo su poquita pimienta cuando empecé a oír los cantos que se habían cantado en el pueblo por algunas fiestas.

Entre medio de alguna letrilla mentaban a Lucia relacionándola conmigo, para que no hubiese duda alguna de que Lucía estaba comprometida con mí persona, y yo iba en el asiento del autobús más colorado que un pimiento morrón. La amistad que yo tenía con aquella chica, bien la estaban afianzando ellos con aquellos cantes juglares, alegando en ellos que estábamos paseando calle arriba, calle abajo nuestras relaciones sentimentales.

Y sí había relaciones sentimentales dentro de nuestra amistad, que era el respetarnos y llevarnos bien entre los dos, Lucía y yo; pero nada más. No sabiendo yo cómo encauzar dicho entuerto con respecto a la amistad entre Lucía y mi persona, y mi

persona estaba que no podía más; pero haciendo un acto de reflexión me callé para no liarla más aquel dicho que lo que en sí estaba.

Llegamos a una provincia lejana a la nuestra para asistir alguna charla en especial, no dejándonos participar en ella para nada; solamente participaban los oriundos de aquella provincia , que al parecer no estaban duchos en el tema: “María como camino hacia cristo, en una buena devoción mariana”.

Sí vimos monumentos y buenos edificios en aquella capital, como también asistimos a un buen cine que estaban proyectando, en uno de las salas de películas como existían en aquella gran ciudad. Teniendo muchas ganas por volver a nuestro pueblo, para poder descansar y charlar, un poco, entre nosotros en el salón parroquial de aquello que habíamos oído en las charlas que tuvimos días anteriores en la provincia lejana a la nuestra.

Que si les faltaba un hervor a las personas que nos habían recibido en aquella provincia, por falta de buenos conocimientos en la materia de la madre de Cristo, intercalando a Cristo con su padre. Dios. Y para qué decir más, si empezamos a narrar cosas y no terminábamos de numerar sus fallos.

Comenzamos a salir juntos todos los amigos, como lo hacíamos todos los veranos, sin saber, ni sospechar la visita que tendría yo en aquel día. Sí; pues me encontraba en la plaza con todos mis amigos, y con Lucía, cundo vimos que aparcó allí mismo un coche, saliendo de el varios chicos con una chica.

¡Jesús y María!; si eran Rogelio con Sebastián siguiéndolos Matilde, y para que no hubiese duda alguna que era a mí al que me venían a visitar se dirigieron los tres para donde yo me encontraba; dándome un beso en el carrillo Matilde, los otros dos compañeros míos de facultad me dieron la mano como saludo pertinente.

No sabía yo a qué se debía tal visita, pero pidiendo permiso a los demás amigos del pueblo, me llevaron a parte para decirme algo que yo no esperaba, pero que me cayó como un jarro de agua fría encima de la cabeza. Aquella noticia que me dieron fue fatal para mí; pues lo que me anunciaban no era de recibo alguno.

ROGELIO -. Está siendo el plazo para trasladar la matrícula.

MIGUEL -. ¿Y qué?

SEBASTIÁN -. Que la debes trasladar en estos días.

MIGUEL -. Estoy muy bien entre vosotros.

Sin mediar palabra se vino hacia mí Matilde, ya que permanecía más retirada que mis dos condiscípulos, y sin previo aviso me comenzó hablar de algo que yo no entendía muy bien; pero que al final lo entendí por hablarme rectamente y sin rodeos algunos en sus palabras.

MATILDE -. (Cogiéndome de una mano comenzó hablarme). Hijo, se te ha considerado persona no grata en la facultad de dicha ciudad; debes trasladar tu matrícula para otra plaza, a otra facultad.

MIGUEL -. ¿Y a donde?

MATILDE -. A La Capitalísima.

Se me había declarado persona no grata en la facultad donde yo compartía enseñanzas con mis otros condiscípulos, por haber zarandeado a un señor, un chico, que al parecer era el hijo de una persona pudiente en La Nación. Y eso que solamente le había zarandeado; pero sus abogados dijeron que fue una reyerta en orden, propinándole

sendos golpes delante de los demás condiscípulos de estudios, y eso estaba mal hecho: Que debía tener más calmados mis impulsos en la vida y sobre todo en la sociedad donde vivía.

Me aplicaría el cuento para otra vez, no sacando mis impulsos a flor de piel; pensaría diez veces y hasta veinte si eran necesarias antes de dar riendas sueltas a mis nervios. Y como no había tiempo que perder, una vez que presenté a mis condiscípulos a mis papás me fui con ellos en el coche de Rogelio para trasladar mi matrícula al centro de La Nación.

Cuando estaba en la ventanilla de secretaría de La Universidad donde había compartido clases con mis condiscípulos, pude ver en la otra ventanilla a Matilde, que estaría preguntando algo de su expediente académico.

Me fue muy fácil cambiar la matrícula, parecía que ya me estaban esperando para formalizar dichos impresos, y como a mí me urgía prisa, llevé yo mismos los impresos en las manos a La Capitalísima Ciudad, donde haría el cuarto, quinto y sexto de mi carrera. Y al salir de aquella ciudad, en el tren la estaba cantando: “Adiós con el corazón, que con el Alma no puedo”, cayéndoseme sendas lágrimas de mis ojos al ver la prepotencia que tiene alguien con respecto a otra persona.

Yo volví otra vez a mi pueblo, no sin antes haberme asegurado el encuentro con Lucía; pues iba con paso corto y como asustado por no saber cómo me iba a recibir aquella chica, y aquella chica me recibió como responde una mujer dañada en su amor propio y en su corazón.

LUCÍA -. No me habías dicho, que tenías novia.

MIGUEL -. Y no la tengo: Son tres condiscípulos míos, que han venido para alertarme de una cosa.

LUCÍA -. ¿Qué cosa?

MIGUEL -. Algo que he tenido que hacer.

No la dije más, saliendo a paso agigantado dicha chica, para alejarse de mí cuanto antes mejor; no fuese a ser que la convenciese yo y volviese a mí con la culpabilidad en su Alma metida, como la que ha hecho un acto malo y lo tuviese que dirimir por su cuenta.

A Lucía no la dije nada del cambio de matrícula; pues estaría ya más lejos de ella que lo había estado hasta ahora: Ya la diría yo lo que había tenido que hacer por medio de la visita de mis condiscípulos; pero no eran tiempos propicios para ello: No fuese a ser que lo contase despechada por mí querer.

Yo no dejaba acudir a las citas cada día con mis amigos del pueblo, así como a las citas parroquiales; entrando un día Don Arturo, el cura Párroco, en la sacristía con los ánimos elevados hasta la bóveda de la misma sacristía. Pues se calló hasta el mismo coadjutor, Don Antonio, que era el que nos estaba dirigiendo la charla en aquel día desastroso para todos nosotros, al ver a Don Arturo de esas maneras tan exaltadas, ya que nunca le habíamos visto así.

DON ARTURO -. Esto es una acción apostólica, no recrearse en la plaza por ser la feria del pueblo. Tienen ustedes que tomarlo más concienzudamente las indicaciones de Don Antonio; que para eso está aquí, para ayudarme en La Parroquia, y: ¿Qué han hecho hasta hora?.

El silencio más profundo se masticaba en la sacristía, nadie decía ni una sola palabra, nadie quería mover ni un solo miembro de su cuerpo y pese que aquel cura ya era viejo, todo el mundo le tenía respeto y hasta le guardaba distancias, ¡por si acaso!.

Don Antonio se quiso levantar, sentándole Don Arturo con la presión de una mano, mirándole fijamente a la cara.

DON ARTURO -. No he terminado todavía. . . Yo les he dicho a los feligreses de la parroquia, ¿qué han hecho?; pero no le he dicho a usted, Don Antonio: ¿Qué ha hecho usted?.

DON ANTONIO -. Con todos mis respetos y mi obediencia, Don Arturo: No le entiendo.

DON ARTURO -. Quédese en sacristía cuando salgan los feligreses de La Parroquia, Don Antonio.

Parece ser que aquello de tratarle de tú, a Don Antonio, no gustaba mucho a Don Arturo; cosa que a nosotros nos encantaba las relaciones que estábamos teniendo con aquel cura, el coadjutor de La Parroquia, que no de Don Arturo, como todos pensábamos y como tal vez así sería: Sobre todo, para los vecinos del pueblo. Nadie quería que se rompiesen aquellas relaciones entre Don Antonio y nosotros.

Desde aquel día las relaciones entre Don Antonio y nosotros, no digo yo que cambiasen mucho, pero le comenzamos a llamar de usted y con eso le poníamos antes de su nombre el Don. Hubo otra cosa que varió un poco, pues en las reuniones que se convocaban en la sacristía se nombraba en la lista que había a cada uno para saber quién era el que no asistía a dichas reuniones, así como tenerlo que tomar todo el tema seriamente; fuese lo que fuese correspondiente al asunto parroquial. Y sobretodo, en los

viajes que hiciésemos, teníamos que poner, cada uno, un dinero para pagar el autobús, que no era de balde.

Pues sí; aquello se había puesto serio, pero que muy serio, ya que no nos dejaban pasar ni una: Bromas, las justas.

Y al vernos así el resto de las gentes del pueblo, que no eran muy adictas a tales menesteres, fueron tomando conciencia de que las cosas de La Iglesia eran serias, comenzando a ir esos incrédulos a Misa todos los domingos. Tomando conciencia las personas del pueblo que debían participar en los actos que se convocaba en el Templo: Y allí estaban, sentadas en los bancos y la que no había podido coger un sitio en los bancos permanecía de pie cerca de las paredes de La Iglesia.

Recuerdo que un día caía aguanieve; pues con todo y eso no teníamos frío, aunque no había calefacción en el Templo: Con tan sólo el calor humano nos bastaba para sudar un poco dentro de La Iglesia parroquial. ¡Cómo sudaban las personas!; aquello parecía una sauna a la que se le había subido la temperatura al máximo.

Nuestro cura Párroco estaba contentísimo al ver el Templo lleno de personas, y sobre todo personas fieles donde las haya; pues se las veía una gran devoción en su Alma metida, que es digno de contarse. Y hasta algunos ¡viva!, se comenzaron a oír en las charlas que nos daba Don Arturo; para terminar las vivas con aplausos a su sermón de los domingos, o de las charlas que nos daba dicho cura.

Las gentes comenzaron a quererle tanto como a Don Antonio al cura Párroco Don Arturo, por la devoción que infundía a los feligreses dentro de La Iglesia y hasta fuera de la misma; aunque ya fuera del Templo la acción pastoral la ejercitaba Don Antonio que era más joven: Yendo a visitar las casas de los enfermos con algunos de nosotros o con tal vez la mayoría de nosotros, para infundir ánimos al enfermo, o a la

persona menos pudiente del pueblo; llevándoselos comida o cualquier otro utensilio que pudiese valerle para resolver su vida y pasar algunos días feliz con lo que le llevábamos.

Aquello estaba todo muy bien y perfecto, pero la juventud necesitábamos estar a solas entre nosotros; así que un día decidimos marcharnos de marcha senderista a un paisaje casi desconocido por nosotros, pero precioso como el solo; donde había una compenetración de árboles con la hierba que existía en el suelo y hasta con la misma fauna: Pajarillos pintarrajeados y piando a más y a mejor; como dando gracias por haber llegado el nuevo día.

Era el más bello paisaje que jamás he visto; solamente faltaba un gran río, pero a falta de ello había un arroyo que serpenteando el agua por eludir las rocas y las piedras que se encontraba en su camino, hacía una especie de salto de agua de vez en cuando al llegar a un declive del terreno, saliéndole unas burbujitas al agua que parecían copos de nieve caída en el mismo arroyo.

Hasta me atreví a entrar los pies en el arroyo para refrescarme un poco y prepararme para hablar con Lucía a solas; pues hasta ahora no había tenido la suerte de poder hablar con ella, por encontrarse siempre lejos de mí. Parecía que Lucía se escondía entre los amigos, como si me estuviese esquivando mi persona, y al parecer aquello era así. Hasta que las demás parejas de mis amigos se fueron retirando de donde nos encontrábamos nosotros: Ya estaba yo a solas con Lucía. ¡Ahora o nunca!; como se suele decir, así que me lancé para hablarla de nosotros dos.

MIGUEL -. Nosotros dos. . .

LUCÍA -. ¿Qué dos?

MIGUEL -. Tú y yo.

LUCÍA -. ¡Ja!.

Pues empezábamos bien; antes de comenzar hablarla ya estaba cerrándose en sí para no creerme nada de lo que yo la dijese; y no era eso lo malo, que lo malo era que tal vez no me lo creería ni yo lo que hablase con Lucía. Así que tomé una bocanada de aire para llenar los pulmones y hacerme el valiente en la conversación que sostuviese con Lucía aquel día.

A mi voz de. -. Mujer, párate un poco y escúchame -. Apretó el paso haciéndome apretarlo a mí también, pese a que llevaba una china dentro de mi zapato que me estaba matando; ya que no había tenido la ocasión de podérmela quitar por no encontrar una roca elevada o algún que otro asiento en el campo donde estábamos.

Lucia se dio cuenta que no la podía seguir disminuyendo la marcha tan acelerada como llevaba, con la idea de que yo la diese alcance en aquel mismo camino; ya que venía unos matorrales enormes, donde podíamos hablar sin que nadie nos oyera, y lo que es más, sin que nadie nos viese.

No hizo falta que la dijese nada, que volviéndose hacia mí me instó para que no la siguiese; pues ella estaba mejor sola, y al decir eso se dejó caer sobre mi pecho besándola yo la frente efusivamente, ya que no nos veía nadie. Ella por su parte hizo otro tanto de lo mismo, pues también me besó en la frente para bajar la boca y besarme en un carrillo, no sabiendo yo si ese acto tendría repercusión en aquella chica; pero pronto pude darme cuanta que sí lo tendría, pues me abrazaba como nunca.

LUCÍA -. Perdóname por haber desconfiado de ti, pero: ¿No la habrás hablado algo de amor a esa chica?

MIGUEL -. Ni una sola palabra.

Yo no la mentía; de mi boca no había salido una palabra de amor para Matilde, pero tampoco había salido para Lucía; y además en aquellos tiempos decir la verdad era como enterrarte en vida con la persona a la que se lo contabas: Eran otros tiempos, era otra manera de pensar en la sociedad.

Y como yo estaba seguro que no volverían más mis condiscípulos a mi pueblo, tenía las espaldas respaldadas por el mutismo de aquel secreto: Que estaba saliendo con las dos al mismo tiempo. Y para que no hubiese dudas la dije a Lucía que se estilaba juntarse con los dos géneros de personas en la facultad; ya que aquella chica era muy buena y decente, nunca la había cogido en un fallo moral en su vida.

Aplacó su Espíritu, su manera de estar en aquellos tiempos conmigo; ya que su carácter se le estaba volviendo receloso y esquivo, parecía como si ella presintiese algo malo en nuestras relaciones por tener yo otras relaciones sentimentales con otra chica.

Como también nos había ido entre la alameda, propuse ir al mismo lugar que fuimos el otro día, a la frondosidad del bosque y de hierba verde en todo su suelo, aceptándolo todos los amigos; ya que ellos lo habían pasado muy bien el día que fuimos a dicho sitio.

Claro que era frondoso aquel lugar de ensueño, ya que apenas se veía a unos metros de nosotros por tanta arboleda, lleno el suelo de líquenes e hierba verde que parecía una alfombra todo el. Era precioso aquel lugar donde se nos ocurrió ir en ese día de tanto Sol, que parecía mentira radiase de esa manera el Sol en aquel día.

Lucía comenzó a correr y correr por entre los ocalitos sin saber que cada vez se estaba alejando más de mí y del resto de los amigos, hasta que oí un grito de espanto dado por Lucía. Algo había visto o algo la pasaba, indicándola yo con mi voz el camino que tendría que desandar para llegar a mí; pero aquella chica me oía mal, entrándose cada vez más en la espesura del bosque.

¿Qué la habría puesto tan nerviosa a Lucía?; lo tendría yo que averiguar, y en vez de ir a buscarla, ya que entre todos daríamos con ella, me fui hacia donde yo la había oído dar dicho grito desmesurado y al llegar a ese sitio pude darme cuenta que una pareja estaba haciendo el amor sin recatarse de nadie. Y ahora sí que me tocaba buscar a Lucía; estuviese donde estuviese, pues cada vez se perdería más de todos nosotros.

Tardé un cierto tiempo en dar con ella, y en un regazo de un arroyo la vi sentada llorando a más y mejor; así que me acerqué a ella preguntándola las causas de aquel lloro tan enorme como traía en ese momento de desaliento para ella.

MIGUEL -. ¿Qué te pasa?

LUCÍA -. Allí; allí estaban. Eso yo no lo quiero.

Sí, allí estaba una pareja haciendo el amor a la vista de aquella chica inocente, pues no había salido de su casa para nada; aunque había pasado unos meses en La Capital no se podía considerar que estuviese muy espabilada, porque cuando las enseñanzas morales las lleva una persona en la cabeza metida, no se las quita nadie en tan poco tiempo.

Supe de inmediato que me había confundido al llevar a la chica para ese lugar de ensueño, pues si hubiese sido en otro día menos movidito para Lucía, así lo estaría viendo: Un lugar precioso para hacer una excursión a el y pasear por entre sus ocalitos.

Vi como desvaída a la chica y como no segura de sí misma por aquello que había visto entre los ocalitos esa misma tarde, dándome sensación de ingravidez personal delante de la sociedad; y la sociedad siempre hecha una mano cuando ve así a una persona. ¡Pues bien!; yo la eché una mano a Lucía en su decaimiento moral y físico

diciéndola que, no se preocupase de nada, que aquello no era normal: Solamente era que existían algunas personas sin escrúpulo para ejecutar esos actos sin recatarse para nada, y al decirla yo esto a Lucía, la chica me miraba con una cara angelical y unos ojos de cría pequeña, como no dando crédito a lo que oía.

Aquello me dio hincapié para decir la verdad, todo lo que había entre Matilde y yo, sentándola en una piedra que había allí mismo, en medio de esa espesura del bosque; pues me estaban ofuscando mis pensamientos no pudiéndome expresar muy bien delante de Lucía.

MIGUEL -. ¿Sabes, Lucía?

LUCÍA -. Como tú no me lo digas, no lo sé.

MIGUEL -. Sobre esa chica. . .

LUCÍA -. ¡Tu compañera de estudios!

MIGUEL -. La misma.

Sigo diciendo que eran otros tiempos, otra manera de pensar y de ser; así que se me quitaron las ganas de contarla nada a Lucía en cuanto vi en ella ese interés que pone la mujer cuando el hombre la habla de otra señora. Si yo la contaba a Lucía algo sobre mi condiscípula, aunque fuese parte de la verdad, nuestra amistad, entre Lucía y yo, se perderían para siempre: Así era y nada más; pues la experiencia de la vida nos estaba enseñando por otros casos que se habían dando antes.

LUCÍA -. ¿Dime?, sigue hablando.

No, no seguí hablando sobre aquel tema, desviando la conversación de término, al decirla, que no tuviese cuidado; pues ya la había dicho yo a ella lo que representaba para mí: Una simple compañera de estudios, sin quererla decir que aquella chica estaba en un curso inferior al mío, no fuese que se pusiera nerviosa Lucía.

Lo malo era, que no se lo creyó; ya que ¿por qué había sacado yo la conversación sin ton ni son?. Desde entonces me comenzó a mirar Lucia por el rabillo del ojo, como queriendo ver en mí algo que me delatase y como tardaba yo en decirla algo, sacó ella la conversación.

LUCÍA -. ¿No me cuantas nada más de tu compañera?.
MIGUEL -. Te lo he dicho, por si te queda alguna duda en tu cerebro metida.
LUCÍA -. ¡Ya!.

¡UI!, ¡UI!, ¡UI!; esa expresión en forma de admiración no me gustaba nada, pues al parecer se estaban empañando las relaciones de amistad, a un paso de gigante, entre Lucía y yo. No sabía si seguir hablando, y entonces la tenía que contar alguna mentira piadosa, o callarme por los restos de mi vida.

Lucía se levantó de la piedra yéndose hacia donde se encontraban los demás amigos con un color en la cara que no me gustaba nada, pero que nada; pues al llegar a donde estaban sus amigas comenzó a llorar a más y mejor; significando que yo la estaba engañando con otra chica.

ANTONIA -. ¿No te digo?

¡Haber!, haber qué era lo que había querido decir aquella chica, con aquella forma despectiva para mi persona, acogiéndola en sus brazos Antonia a Lucía, para hacer que reclinase su cabeza en su hombro; dándola unas palmaditas, como para que Lucía tomase confianzas en sí misma.

Me di cuenta que tenía todas las de perder; puesto que la otra amiga, Andrea, me miraba con cara de asco y como no queriéndome ver, así que yo me adelanté un poco pidiéndoles algo a mis amigos y amigas en aquella hora tan fatídica para mí.

MIGUEL -. ¿Nos vamos al pueblo?

ANTONIA -. Estamos aquí muy bien: Vete tú si quieres.

¡Qué situación!; qué situación madre, que situación se me formó en aquella hora y en tan poco tiempo: Solamente faltó que llorase Lucía un poco más para considerarme de momento una persona no grata entre las amigas, ya que los amigos permanecían callados; por si acaso les tocaba a ellos algo de aquel desbarajuste para mi persona.

Pues claro que me quedé; me quedé con ellos pero me tenían al margen de sus conversaciones y hasta un poco alejado de ellos, así llegamos al pueblo para irme a mi casa todo decaído, como si me hubiese pasado algo malo, muy malo para mi persona: No siendo poco lo que me había pasado con Lucía; ya que tal vez me había entendido mal o yo no me había sabido explicar delante de esa chica.

Lo cierto fue que me encontraba solo, muy solo en aquellos días; pues ninguna amiga me llamaba y cuando me cruzaba con mis amigos hablaba con ellos bastante poco, alegando que iban a buscar a sus chicas, no sabiendo yo si saldría con ellos Lucía o se quedaba en casa, guardándome la ausencia como amiga.

Yo no hacía más que pensar en lo solo que iba a estar de aquí en adelante; pues en el pueblo estaba perdiendo mis amigos y en los estudios los había perdido yo al cambiar la matrícula a La Capitalísima Ciudad, encantadora donde las haya, pero que en sus calles me sentiría solo, muy solo.

Salía de casa para disimular, pero lo único que hacía era dar paseos por las calles: En una me metía y de otra salía, quedándoseme la cabeza como un tambor al pensar y pensar en miles de cosas: Era en Lucia y en Matilde en las que pensaba, dos chicas a las que había perdido en pocos días por mi mala cabeza, al no saber guardar un secreto. A parte que mis amigos del pueblo se debían a sus chicas y no a mí, era lógico pensar que así fuese; y para paliar aquella soledad que me había puesto la vida merqué una cámara fotográfica para fotografiar el campo con cualquier cosa que existiese allí, como eran las flores y los arroyos: Haciéndome de una cantidad de fotografías paisajísticas que era la envidia de toda la persona que lo veía.

Y sin esperarlo, un día, me llegó Casimiro con una buena noticia para mi persona tan decaída en medio de la sociedad que parecía un trapo viejo.

CASIMIRO -. Espera, espera, (poniéndome una mano en el pecho), que te quiero decir una cosa.

MIGUEL -. ¿Tú dirás?

CASIMIRO -. Sal esta tarde con nosotros.

MIGUEL -. Gracias; pues ya lleváis compañía.

CASIMIRO -. No; si la vas a llevar tú también.

Se fue Casimiro no muy convencido de que yo asistiese ese día por la tarde a las juntas de los amigos; así que a media hora de ver yo a mi amigo Casimiro se me presentó,

donde yo me encontraba, Antonia con Andrea para comunicarme algo sobre una buena noticia.

ANTONIA -. Sabemos que te ha invitado a salir con nosotras Casimiro; pero aquí estamos nosotras para recabarte el favor de que te dignes reunirte con nosotras esta tarde.

Aquello iba en serio, ya que primero uno y más tarde las dos amigas me invitaron para que pasease por la tarde con ellos; no sabiendo yo el interés que tenía dicha invitación: Tal vez los daría pena y me estaban extendiendo la mano para que me juntase con ellos; ya que éramos amigos de la infancia y no se podía cortar aquellas amistades de repente, pues hasta el pueblo estaba hablando de lo mismo.

Cuando llegó la hora de asistir al requerimiento que me hicieron mis amigos, no sabía muy bien si ir a su encuentro o quedarme en casa como todas las tarde, leyendo un libro o repasando mis apuntes de estudios. Pero era mucha la amistad que habíamos cogido mis amigos y amigas de la infancia, que pudo mucho más la invitación que se me hizo por parte de mis amigos, que la vergüenza en sí se acabó; esa vergüenza que pasaría al juntarme con todos ellos, yendo de escoba y sin compañía alguna.

Allí estaban, estaban hechos una piña; pues a penas se distinguía quién era quien. Si uno o una chica, si Isidro, Casimiro o Antonia y Andrea; pero cuando me fui aproximando a ellos se fue destacando la fisonomía de Lucía entre todos ellos.

Lucía esquivaba mi presencia y desde luego se veía que no quería saber nada de mí, ya que cuando me iba acercando a ella se retiraba para otro sitio; como queriendo estar más cobijada con sus amigas.

Desde luego que Lucía quería estar con sus amigas, se sentía más respaldadas por ellas; pero ellas, a la vez, la reexpedían hacía mi persona, y mi persona no veía el momento de estar con ella, con Lucía.

No era para tirar campanas al vuelo, pero en un momento determinado, cuando en un descuido la cogí en un renuncio, me acerqué tanto a ella consultándola algo del tiempo; ya que pese a que estábamos en pleno verano hacía frío aquella mañana de estío en la calle. -. Hace frío -. La dije para romper el hielo que nos embargaba toda el Alma.

Lucía contestó con un "sí" escuetamente, como no queriendo seguir la conversación conmigo; pues se veía a dicha chica totalmente contrariada conmigo, ya que no la había dicho la verdad sobre Matilde, la amiga de mis estudios, aunque ésta estuviese en un curso inferior al mío.

Y para amenizar aquella sesión de amistad y de reunión entre todos los amigos, decidieron ir al campo para dar unas vueltas por el observando todas clases de pájaros y toda clases de flora, como hay por esos contornos del pueblo; pues nada más que se aleja alguien de las últimas casas ya empieza la flora exuberante de ocalitos y de líquenes en el suelo.

En el campo Lucía podía ampararse menos en sus amigas, ya que los ocalitos no permitían ir en pareja más de dos personas; pues entre la hierba que había en aquel sitio, donde fuimos, y la espesura del bosque no era propicia para marchar en grupo todos nosotros.

Hacía ya bastante tiempo que nos encontrábamos sumido en aquel vergel de frondosidad en el bosque, cuando la veía cansada a Lucía de dar tantas vueltas alrededor de sus amigas, sin poderlas alcanzar y se iba quedando rezagada del grupo; aprovechando yo la ocasión para poderla hablar, aunque fuese del tiempo.

Del tiempo no la hablé a Lucía, pero sí la dije, -. Que me parecía más bonita en aquella hora de ensueño, debido a que incidía en su cabellera los rayos del Sol -. No dando ninguna clase de fiabilidad a lo que yo la estaba diciendo, con tanto empeño y tanto cariño para su persona. Pero yo no me arredré y seguí sus huellas, unas tras otras, por donde ella iba: Allí donde ella iba, allí iba yo; con el sólo empeño de quererla arrancar algunas palabras de su boca, y su boca no se abría para nada del mundo. Estaba como sellada, aquella boca, a cal y canto para no decir nada al respecto.

Y como su cansancio llegó al máximo se sentó en una piedra a la sombra de un ocalito, para salir pronto a buscar los rayos del Sol, que parecía una bendición en aquel día. Venía bien coger un poco de calor de aquellos rayos tan agradecidos para nosotros en nuestro paseo campestre.

Yo estaba también cansando, pero para demostrar más poder que ella permanecía de pie; no me quería sentar, pese a que había holgura para hacerlo en aquel sitio tan estrecho de exuberante espesura del bosque. No queriendo dar su brazo a torcer Lucía, permaneciendo seria y sin emitir una sola palabra; no fuese a ser que se rompiese ese hado permanente de mutismo, como ella traía conmigo en aquel día.

Hubo un tiempo, en el que creí ver a Lucía mirarme con el rabillo del ojo; permaneciendo yo atento a todos sus movimientos. Y claro que me miraba con el rabillo del ojo; pues en un tiempo determinado comenzó a mirarme fijamente a la cara, sin saber yo qué significaba en ella esa mirada.

MIGUEL -. ¿Tengo algo en la cara?

LUCÍA -. ¿Es que no te puedo mirar?

MIGUEL -. ¡Mujer!; tú sí me puedes mirar, cuando te plazca.

LUCÍA -. ¿Y la otra?

MIGUEL -. He dicho, que tú sola me puedes mirar.

Vi un atisbo de conformidad en Lucia por aquello que yo la había dicho, permaneciendo atenta a lo que yo la siguiese diciendo en aquella hora, en la que se estaba abriendo para mí esa segunda posibilidad en el querer; entre Lucía y yo.

Lucía parecía como si me quisiera decir algo, pero su intelecto no la dejaba hablar para nada; hasta que abrió la boca emitiendo un falso parecer, según yo.

LUCÍA -. ¿Qué la ves de bonito?

MIGUEL -. Tú tuviste ocasión de verla: ¿Tú sabrás que tiene de bonito esa chica?

LUCÍA -. Quien me lo tienes que decir eres tú.

Tal vez sería buen síntoma que Lucía estuviese un tanto inquieta, al saber que yo tenía una amiga en la ciudad donde estudiaba, una condiscípula de estudios al que su físico la agraciaba mucho; por ser enjuta y alta, de cabellera nórdica, de mirada serena con Espíritu calmado y palabras buenas.

Sí, aquello era lo que la estaba inquietando a Lucía, que tal vez no sería tan guapa que ella; pero tenían un algo en su cuerpo que la trasformaba delante las personas en un hada de cuento.

Lucía se levantó de la piedra donde estaba sentada para en un impulso de coraje irse más cerca de sus amigas, como queriendo que la protegiesen de mí dichas chicas; que por otra parte estaban las dos chicas atareadas, muy atareadas. Y al ver el ajetreo que llevaban sus amigas dio marcha atrás Lucía, para no querer saber nada de ellas.

Así como a la hora se levantó una de donde estaba, o estaría sentada diciendo que -. Ya es la hora de marcharnos -. ¡Vaya!; se había quedado conforme del todo y ya

quería irse a su casa, tal vez para lavarse un poco: No queriendo que su madre supiese de sus andanzas con el chico que salía.

Todo se daba, entre los jóvenes, a escondidas; pese a los sermones del cura y a los Ejercicios Espirituales que hacíamos en el pueblo; pues si se encontraba algún cura de algún colegio libre se le llamaba, por parte de nuestro cura Párroco para que compartiese unas charlas entre las gentes del pueblo en tiempo de Semana Santa.

Y al mentar a los colegios cercanos de nuestro pueblo, sobre todo en la ciudad donde yo había cursado los estudios de medicina hasta el tercer año de carrera, allí que nos llevó Don Antonio con el beneplácito de Don Arturo, para que viésemos una película que montaban en aquel colegio de curas aquel mismo día.

Película, como película no sabría decir bien; pero sí sabía decir lo mucho que nos influyó en nuestras mentes aquella película, saliendo todo el pueblo queriendo ser como aquel niño, que hablaba hasta con Cristo, creyendo ver una contestación física por parte del Divino; al llevarle todos los días el pan y el vino para que comiese el hombre que había clavado en La Cruz.

Al llegar al pueblo, ya tarde; pues eran bien entradas la noche, nos llevó Don Antonio a La Iglesia, para que Don Arturo nos explicase a todos los feligreses la parte moral de aquella película para irnos a nuestras casas bien tarde aquella noche.

Por la mañana salí en busca de mis amigos, viendo a todos menos a Lucía en un banco sentados, ya que en aquella plaza no había nadie más que ellos. Y antes de llegar a mis amigos me paré como pensando, -. ¿Qué haría yo allí; si no fuese el payaso?; ya que no se encontraba entre los amigos Lucía: Yo sobraba de allí; para nada me querían aquellos chicos si no llevaba compañía, no iba a ser el guardián de todos ellos.

Pero en vez de volver sobre mis pasos me senté en otro banco al lado de mis amigos esperando mejor ocasión, viendo levantarse a Antonia y a Andrea para dirigirse a cualquier sitio del pueblo.

Y sí se dirigieron: Se dirigieron a casa de Lucia, llamándola para que saliese con ellas aquella mañana; no consiguiendo que diese Lucia un paso a la calle para nada: Parecía que sospechaba algo sobre mi persona. Lucía estaba segura que yo me encontraba entre mis amigos esperándola y no desistía de su empeño para no salir a la calle con sus amigas.

Sí, que sí, me tuve que ir sólo a mi casa no sabiendo lo que hacer; y para no aburrirme cogí un libro para leerlo y cuando me di cuenta que aquel libro solamente costaba de puntos y seguidos le dejé de inmediato, para que no me embaucase en sus pretensiones de una mala praxis en la escritura: pues al final no iba a saber ni hilar una conversación en orden, al no desarrollar mi idea, ni saber dónde llevar el concepto que quería expresar. Escribiría a base de telegramas y hablaría encasquillándome por no saber desarrollar mi idea principal.

¡Jesús y María!: Eso también me oyó decir Casimiro, que había permanecido un buen rato en mi habitación sin darme cuenta de que estaba allí mi amigo; poniendo una cara de asombro.

CASIMIRO -. ¿Y eso?

MIGUEL -. ¿El qué?

CASIMIRO -. Ese genio para dejar el libro: Si a ti siempre te han gustado los libros.

MIGUEL -. Los que cumplen con las reglas ortográficas y la práctica de la escritura.

CASIMIRO-. ¿Cómo es eso?

MIGUEL -. Es muy claro: En la escritura hay coma, punto y coma, dos puntos, punto y seguido, punto y a parte; pero no solamente punto y seguido. . . Punto y seguido. . . Punto y seguido. . . Punto y a parte sin saber por qué ha dado el autor ese punto y a parte si sigue la misma explicación o la misma conversación.

CASIMIRO -. ¡Vamos!; un puritano en la escritura.

Y al verme Casimiro metido en trance inició el camino de la calle. Pero antes de salir Casimiro de mi casa, alzó la voz diciéndome, -. Así se aprende mejor otras lenguas al no tener la nuestra propia -. Recordando yo en el colegio de curas cuando se expresaba algún chico a bases de puntos lo que me decía un cura, -. Eso es una aberración para la escritura -.

Me tuve que ir a dar un paseo por las bellas calles de mi pueblo, para descansar un poco de la violación que vi en la escritura aquella mañana; cuando me crucé con uno de los maestros nacionales que había en aquel pueblo.

SR. MAESTRO -. Hay que defender nuestra cultura, sí señor.

Ya estaba enterado aquel maestro nacional, de cómo había tenido yo los nervios por la mañana temprano al leer un libro sin reglas de escritura. Y como yo no era para formar reyertas, me retiré de puntillas, como para no hacer mucho ruido y para que no se me notase la presencia allí.

Llevaba el miedo dentro de mi cuerpo; pues no quería que se enterase nadie del sobresalto que había recibido al leer aquel libro y mucho menos que supiesen había protestado yo por la escritura; que cada uno haga lo que quiera, y máxime los escritores. Seguí mi camino intentando no pensar nada en ello.

Aquel día merendé pronto y deprisa, quería ver a Casimiro; pues mamá entraba en casa a todos mis amigos que preguntasen por mí, así se pudo darle cuenta a dicho chico del estado nervioso que yo me encontraba por la mañana, en mi casa.

Encontré a mis amigos donde yo no lo esperaba, al cabo de dar vueltas y vueltas por todo el pueblo; estaban visitando a un enfermo en su casa, pues también se encontraba con ellos Don Antonio. El cura se fue nada más terminar la visita y ayudarle al enfermo con alguna dádiva para su sustento entre todos nosotros. Ahora teníamos que saber dónde ir, y para ello comentaron entre todos mis amigos, donde ir aquella tarde y aquella tarde calurosa de estío nos fuimos a la alameda que había cerca del pueblo; no sin antes pasar por la casa de Lucía para llamarla.

Cosa rara; pues mientras yo creía no fuese a salir Lucía, la chica salió a la llamada de sus amigas y poniéndose entre las dos, Antonia y Andrea, comenzaron a caminar hacia la alameda, mientras los chicos las seguíamos de cerca contándonos nuestra cosas, algunas en forma de chascarrillo.

Se desimanaron por la alameda las chicas y los chicos, quedándonos nosotros dos, Lucía y yo, en el mismo sitio de acampada la primera vez que llegamos allí aquella tarde, a la sombra de un ocalito; y para que no hubiese duda de que Lucía sabía lo que hacía la comencé hablando del tiempo para disimular.

Al principio de mi conversación Lucía no hablaba nada, pero al paso del tiempo fue torciendo su cabeza para mirarme poco a poco, como teniendo un algo de recelo sobre mí persona, y mi persona esperaba que dijese alguna cosa dicha chica. Yo la miraba a la boca, y en un memento determinado pude observar que los labios se la despegaban para emitir un sonido, débil, pero inteligible. Con un, -. ¡Qué calor! -. Lo arregló todo: Aunque yo esperaba otra cosa de ella; algo así como, una pequeña conversación entre ella y yo.

Yo di hincapié a aquella interjección para comenzar una charla entre Lucía y yo diciéndola el mucho calor que hacía, y que tal vez nos habíamos confundido con venir a la alameda; mientras en el pueblo había calles con sombras a donde podíamos estar mejor todos juntos. Al terminar decirla yo aquello, me asombró por completo, al decirme algo que yo no esperaba.

LUCÍA -. ¿Pero no podíamos haber estado juntos?

Ahora era la mía, no podía dejar pasar aquellos vocablos emitidos por su boca y en un relax de mi pensamiento comencé hablándola como si nada hubiese pasado entre ella y yo; como si el tiempo no hubiese trascurrido entre los dos.

MIGUEL -. Ya me he dado cuenta la trama que han urdido nuestros amigos.

LUCÍA -. ¿Y no te gusta?

MIGUEL -. ¡UF!, sí. Me gusta mucho que nuestros amigos nos hayan ayudado entre todos ellos.

LUCÍA -. Pero no te espabiles; que primero tendremos que hablar los dos.

Lucía no se quería comprometer mucho hasta que supiese la verdad, toda la verdad sobre la chica que me había visitado hacía unos días, y para ello me instó para que la hablase de aquella chica tan despampanante, como en sí la había visto ella.

No sabía yo lo que decirla; pero pensándolo muy bien la dije la verdad, que aquella chica no era la novia de ninguno de mis amigos, ni tan siquiera era mi novia, solamente era una forma de ser que teníamos en la facultad: Llevarnos todos como buenos amigos, y nada más.

Con todo y eso no se lo creía Lucía, mis palabras estaban cayendo en un saco para cuando terminase yo de hablarla cerrar ese saco y no volverse acordar más de el. Me veía en un callejón sin salida con Lucía; pues a nada daba crédito, y eso que yo la estaba hablando con el corazón en las manos.

Poco a poco pude darme cuenta, que Lucía se iba acercando a mí con mucho sigilo, como para que yo no me diese cuenta alguna que su interés era saber de mí; por si acaso merecía yo una segunda oportunidad con ella.

Tanto se acercó a mí Lucía, que la eché los brazos por los hombros estándose quieta dicha chica, que al parecer quería ver en mí ese aliento de saberme sin faltas y no culpable delante de ella, por no tener nada que ver con la otra chica. Y para ello la puse la cabeza sobre mi hombro, como en señal de que podía confiar en mí: Lo malo era que no sabía yo si podría confiar en mi persona, tanto como confiaba Lucía: ¿La estaba diciendo la verdad, o a caso fingía decirla?.

Ni yo mismo sabía a quien quería de las dos chicas, si a Lucía o tal vez a Matilde, siendo la una bella como ella sola y la otra exuberante donde las haya, pero con un trato exquisito y una conversación acorde conmigo mismo. No podía elegir entre una u otra, de modo que no sabía ni lo que quería; tal vez por ser joven, muy joven, y no tener esa experiencia que hace falta para paliar los escollos de la vida con soltura.

Lucía parecía que se estaba calmando, hablando más conmigo; sobre todo de sus asuntos, de lo mal que lo había pasado al no poder salir conmigo de paseo y al no haber hablado ni una sola palabra en ese tiempo conmigo. Yo la correspondía en sus sinsabores en la vida, diciéndola, que también me había acordado mucho de ella, pasándolo muy mal al no poder salir con los amigos para que no me viesen sufrir. Calmando a Lucía con dichas palabras, salidas de mí con ese efluvio de pasión que pone un chico para retener a una chica.

Y cuando pude comprender que la podía agarrar de la mano, la apreté fuertemente una de las suyas; como queriendo que no se fuese nunca más de mi vera; no sabiendo yo, con qué sentido la estaba diciendo eso a Lucía, si tenía en pocos días delante de mí a Matilde cuando fuese a ver si me habían trasladado mi matrícula y en condiciones a La Capitalísima Ciudad.

LUCÍA -. ¿Hacemos las paces?

MIGUEL -. Hagámosla.

Con un beso sellamos nuestra grandiosa amistad, como era la que llevábamos Lucía y yo en aquel pueblo, mi pueblo; que a parte de ser bonito era satisfactorio para vivir en el. Meigas desde luego no había; pero sí había ese hado de misterio que rodea a esos pueblos sinceros, donde todo se sabía, donde uno era un par si se quería, donde se daba la sinceridad a raudales, donde se era humilde y sencillo pero noble de corazón, como para no desconfiar de sus gentes bonachonas.

Una vez más estábamos juntos Lucía y yo, para poder disfrutar de nuestra presencia delante de todo el pueblo y sobretodo, delante de mis amigos; ya que habían sido ellos los que nos volvieron a unir trayéndome hacia mí a Lucía, pues sin mis amigos no hubiese logrado nada.

Lo peor fue cuando anuncié a Lucía que tenía una baga sospecha e iría a secretaría de la facultad de La Ciudad donde había cursado estudios hasta ahora, Aquello ya fue el colmo, pues se la desataron los nervios a Lucía; según ella no hacía falta que fuese para preguntar por mi matrícula, ya que la había trasladado hacía poco; así que no podía contrariar a Lucía por estar ella segura que sí había trasladado mi matrícula a La Capitalísima: Todavía más lejos de nuestro pueblo.

Pero el que no estaba muy seguro era yo; ya que había tenido que trasladar la matrícula por imposición rectoral, pues había tenido un mal encuentro con el hijo de un diplomático de otra Nación.

Sin pérdida de tiempo me fui a La Ciudad de mis estudios hasta ahora, diciéndome la señora de ventanilla que debía recoger un impreso que había allí para mí, y sin falta de tiempo llevarlo a La Capitalísima Ciudad, donde yo había trasladado mi matrícula de mis estudios. Así lo hice, enterándome que me quedaban cinco días para formalizar bien el traslado de mi matrícula; pues el plazo del traslado de matrícula estaba ya casi agotado: Menos mal que llegué a tiempo, por mi decisión de saber si me faltaba algún que otro impreso, o si había hecho bien el traslado de mi matrícula.

No conseguí ver a ninguno de mis amigos, ni a Matilde; no sabía yo dónde estarían ellos, dándome cuenta que ya había perdido los amigos que tenía en aquella bella ciudad estudiantil; ahora conocería a otros condiscípulos y harían nuevas amistades en La Capitalísima Ciudad.

Me fui a mi pueblo con el Alma decaída y el semblante muy serio, como si me hubiese abandonado el Mundo a mi suerte, y mi suerte era negra a la vez que comprendí el vacío tan enorme que había provocado al separarme de mis dos amigos y sobre todo con Matilde; ahora sí que la echaba de menos, pues no dejaba pensar en ella.

Cuando llegué al pueblo no tenía ganas de salir para nada, no me atraía la amistad con los amigos, ni tan siquiera me atraía ver a Lucía; dándome cuenta que debía poner más interés en aquella chica, o la perdería para siempre: Pues sino me dejaba ella lo tendría que hacer yo, por no interesarme dicha chica lo suficiente como para formar una pareja estable.

Decepción que sufrí al darme cuenta lo mucho que pensaba en Matilde y lo poco que pensaba en Lucía; y eso que todo el pueblo lo daba por hecho de que yo sería su

pareja de derecho, no solamente de hecho, al vernos tan acaramelados a los dos cuando paseábamos por el pueblo.

Pero como la vida sigue, siguió rodando la historia de mi vida en mi pueblo; haciendo lo que mis amigos decían, aunque me consultaban a mí para ejecutar o hacer algo nuevo. Y eso que me estaban viendo serio, pero que muy serio; sin saber las causas de ello.

Tan serios me veían mis amigos, que estaba decayendo el carácter abierto que tenía Lucía; se estaba volviendo más hurona, ya no me trasmitía sus problemas hundiéndome yo cada vez más en un mar de lágrimas cuando me encontraba solo.

Yo veía que por ese camino no podía seguir, el camino de la amargura; pues los estaba preocupando a los amigos, no solamente a Lucía, y hasta el pueblo comenzó a darse cuenta del ánimo tan decaído que yo tenía en aquellos días.

LUCÍA -. Pronto se te pasará.

Yo no había escuchado a Lucía; pues estaba pensando en Matilde, en aquella chica maravillosa, que por haberla defendido un día me estaba viendo fuera de aquella plaza de ensueños, con sus casas de granitos, la mayoría, y su amabilidad entre ellos, entre un cutelo, una sela, una barruñeira, que si chuvia feble. . . No sé, no sé qué decir al respecto; pero lo cierto era que ya estaba fuera de aquella plaza para seguir estudiando.

Y como no contesté aquello que me dijo Lucía, ésta me daba con el codo en un brazo para que pusiera interés; ya que veía ella me encontraba como ausente aquel día.

MIGUEL -. ¡EH!.

LUCÍA -. ¿Pues no te digo?; estás como ausente en tus pensamientos.

MIGUEL -. Te tengo que decir una cosa.

LUCÍA -. ¿Tú dirás?

MIGUEL -. No quiero que te molestes; pero he trasladado la matrícula a La Capitalísima Ciudad.

LUCÍA -. ¡AY!; madre mía.

No hablamos más aquella tarde, solamente nos limitamos, Lucía y yo, a dar unos paseos por las calles del pueblo llegando hasta la plaza para sentarnos en un banco, pelando unas pipas que habíamos comprado en un establecimiento que existía en nuestro camino hacia la plaza. Y cuando nos pareció nos levantamos del banco para iniciar nuestra marcha hacia nuestras casas: Lucía se fue camino de la suya y yo me dirigí a la mía sin decir una sola palabra.

Comencé a pensar, aquella misma noche; una vez que me quedé solo en mi habitación en lo último que había dicho Lucía: Eso de, -. ¡AY! -. Pues lo otro era añadidura de la interrogación dada a tal término. Pero lo cierto era que ya no me quedaba otra chica que Lucía; pues a Matilde ya la había perdido, por faltas de no volvernos a ver en todo el año.

Para congratularme con Lucía la invité a un circo ambulante que llegó a finales de verano, viéndolo bien las gentes del pueblo; y hasta su padre se encontraba en la puerta del circo hablando con otro señor, de modo que le saludamos cordialmente siguiendo nuestro camino, entrándome a mí un algo especial dentro de mi cuerpo, que no sabía yo lo que era.

Mientras nos íbamos alejando del circo, yo fui pensando en el hecho fortuito que tuvimos Lucía y yo para encontrar al padre de ésta en la misma puerta del circo; pues tal vez aquel fortuito encuentro no se estaba dando la posibilidad de que fuese casuístico:

Mal hecho por su padre de Lucía, que nos tenía que haber dejado ir a nuestro modo y manera; pues así molestó a todas las gentes del pueblo, el saber que el padre de Lucía nos seguía los pasos para ver lo que yo hacía con su hija. Era así tanto, que aquel acto molestó a mis papás; aunque no me dijeron nada, pero yo lo intuía por las caras tan serias que me ponían: Hasta el punto que me habló mi mamá de la conveniencia de invitar a alguna chica al teatro o a cualquier otra atracción cultural en el pueblo.

Tuve que marchar a La Capitalísima Ciudad para hacer mi matrícula en cuarto de medicina, y estando en la fila de la ventanilla del paraninfo de La Universidad de aquella gran ciudad estuve escuchando a dos chicos hablar de la fiesta que habían hecho en La Ciudad donde yo había cursado estudios de carrera hasta el día de la fecha: Que si había sido por todo lo alto, y que terminado el curso habían marchado unos días a Roma, como prólogo del paso del ecuador; había sido una fiesta más sonada que nunca la que había hecho tercero de medicina en aquel año en aquella Ciudad; pues se lo había dicho un primo suyo, que había estudiado ese año allí.

Hasta eso me perdí; las amistades se cortan y se cortan de repente, entendiendo por qué no había visto a ninguno de mis amigos en dicha Ciudad, ni tampoco a Matilde; Aunque no serviría para nada ver a dicha chica, ya que no la volvería a ver más en sus estudios.

Decaído marché, después de formalizar mi matrícula en cuarto de medicina, por las calles tan extensas de aquella gran urbe; sin amigos y sin tener con quién hablar, aunque fuese del tiempo o del fútbol. Solamente me distraía mirando los innumerables escaparates que hay en la metrópoli española. Y al tiempo convenido marché en el tren a mi pueblo: Donde me estaban esperando todos mis amigos de la infancia, hasta Lucía vestía aquel día sus mejores prendas, estaba radiante de felicidad por mi vuelta; ya que

me iba a ver y saber que había formalizado la matrícula en cuarto de medicina, diciéndoselo a todas las gentes que se cruzaba a su lado.

No estaba yo muy satisfecho con aquella chica; pues cada día me parecía más vulgar, pese a que fuese la más bonita del pueblo. Pero hacía por aceptarla; ya que hasta mis papás estaban a gusto con ella, por ser la heredera de una gran fortuna.

En general, quien me había metido la idea en la cabeza de salir con Lucía era mi mamá; que veía ahí una mina a cielo abierto y una buena economía para mis intereses el día de mañana.

Poco a poco me fui avergonzando de mí mismo, por haber acepto aquella imposición que mamá me había impuesto, por así decir. No viendo una escapatoria a las relaciones que tenía yo con Lucía: Y mucho menos, decírselo a Lucía; pues se enredaría más la madeja, rompiendo toda clase de relaciones las dos familias, no sólo entre Lucía y yo.

Los días que me quedaba en el pueblo, antes de marchar a tierras lejanas, los pasé estudiando a Lucía; que al parecer tenía sentimientos buenos, pero que muy buenos, sufría por todas las personas que estafan enfermas, ayudándolas como ella buenamente podía.

Pero con todo y eso, llegó el día de mi marcha a la gran metrópolis despidiéndome de mis amigos y de Lucía con la pena y el sentimiento metido en mi cuerpo; era tanto así, que cuando iba en el tren camino de donde yo cursaría mis últimos años en medicina, se me estaban cayendo sendas lágrimas de mis ojos.

Y como todo llega, llegué a la gran Ciudad sin conocer nada de ella, ni tan siquiera dónde me iría a alojar; y como la intuición era mucha, en aquel entonces, se me ocurrió llevarme la maleta a la facultad, pues allí me daría un condiscípulo alguna dirección donde me pudiese alojar.

Me alojé en un piso que tenía alquilado un condiscípulo de la facultad con otro chico y cuando llegó la noche lloré como nunca había llorado. Me veía solo y sin nadie para poderle contar mis pesares, que eran muchos en mi vida; no tenía ningún amigo para trasmitirle mis problemas, mis necesidades, así que lo pagó todo la almohada ya que la empapé de lágrimas aquella noche de desesperación para mí.

Cuando me levanté, ya no existía nadie en casa; pues los dos compañeros de piso se habían levantado antes que yo saliendo de casa sin haber desayunado, ya que en la cocina no se veía movimiento alguno de haber usado ninguna vajilla.

Salí rápido a la calle dirigiéndome a la parada del autobús con idea de llegar a la facultad antes que empezase el señor catedrático sus explicaciones, lográndolo por unos segundos; ya que nada más entrar yo entró el señor catedrático cerrando la puerta de entrada a aquella aula tan enorme, pues era en forma de graderías a especie de un campo de fútbol.

Allí me di cuenta que no debía haber corrido mucho para llegar a la gran urbe; pues era el comienzo del curso, en donde se nos daba la bienvenida a todos los pupilos por parte del señor catedrático, teniendo una junta en la sala rectoral al día siguiente para celebrar la apertura del nuevo curso.

Aproveché aquel par de días que tenía para establecerme bien en mi lugar de acogida visitando las calles de la gran urbe; así las podría conocer mejor y no me perdería en ellas, ya que con los compañeros de piso era imposible salir con ellos, pues no sabía yo dónde se meterían o dónde irían dichos compañeros: Lo cierto era, que no paraban en el piso, teniendo que agradecer a uno de ellos que me hubiese acogido en el piso.

El primer día de clase: ¡AH!, sí; el primer día de clase pasé sin decir nada a nadie a la aula y me subí como a media altura para poder ver la pizarra tan enorme que

había al fondo, pues eran varias pizarras sobrepuestas las unas sobre las otras, para no tener que borrar mucho y así no perderían el señor catedrático el tiempo.

Antes de la pizarra había una mesa con un par de sillas, donde se colocaba el señor catedrático para impartir sus explicaciones; y yo no sé cómo vería a los condiscípulos míos que se ponían en la última grada, en los asientos que había en ella, pues la distancia era mucha. Y sobretodo los nombraba a cada uno por su nombre en pocos días; eso ya me despistaba un poco, pues si hubiese sido yo me costaría un año el nombrar a algunos pocos.

Era tanto así que salimos aquel día sin habernos preguntado la lección a ninguno de nosotros y de este modo un día tras otro. Llevábamos ya cinco días sin que preguntase el señor catedrático a ningún pupilo suyo, estando yo en mi asiento a media altura de aquellas graderías, cuando se me ocurrió volver la cabeza hacia un lado para divisar a mis condiscípulos y saber el interés que estaban poniendo en las explicaciones que se estaban dando en aquel preciso momento y ¡UF!, forma viva.

Allí se encontraban sentados, dos gradas más abajo que yo, Rogelio y Sebastián: ¿Qué era aquello, Dios?; si parecía que había revivido mi Espíritu, mi Alma se estiró por sorpresa y mis sentidos se abrieron a la luz del día.

¡No podía ser!; pues claro que no, y restregándome los ojos seguían viendo las figuras inconfundibles de Rogelio y Sebastián atentos a las enseñanzas del señor catedrático.

Y como yo salí antes que ellos, al saber ya los vericuetos de aquella aula, los esperé a la salida de la puerta principal de aquella aula. Y, ¡OH!, la que se formó: Saludos de unos, abrazos de otros para saber yo que ellos habían trasladado la matrícula a la gran urbe, para estar conmigo.

Todos fueron parabienes aquel día de gracia para mí; pues me encontraba con mis amigos, mis condiscípulos de La Ciudad donde habíamos cursado los tres primeros años de carrera, unidos como una piña.

Al alejarnos del paraninfo de la universidad, nos fuimos a la parada de unos de tantos autobuses como tenían allí su parada, y al parecer dejamos pasar dos sin habernos montado en ninguno de ellos, cosa que a mí me extrañó mucho; pues llevábamos esperando en dicho lugar como unos veinte minutos: Eso sí, hablando entre nosotros y contándonos nuestras cosas, para quedar aquella misma tarde ir a ver un piso que estaba de alquilé; no sabiendo yo si mi papá podía sostener el alquiler del piso y la manutención mía en la gran urbe.

Nos despedimos en las primeras calles de esa gran ciudad, pensando yo que era mejor irme a pie a mi lugar de residencia, que motarme en un autobús; así tendría el dinero de ese autobús para el siguiente día cuando tuviese que ir a la facultad. Pero no había dado más de tres pasos cuando me abordó una joven, vestida de esa época, con los vestidos actuales, con gafas de sol y con un pañuelo al cuello, pese a que no hacía mucho frío.

Yo quería zafarme de ella, pero no lo conseguía; pues siempre que veía un hueco para seguir mi camino se ponía delante aquella chica con la idea de querer hablar conmigo. Ya no podía más, y mis nervios estaban a punto de estallar; cuando me cogió por la solapa de la chaqueta aquella joven hacia sí, acercándome a su cara para en un momento determinado decirme algo que me quedó helado.

MATILDE -. Qué mal fisonomista eres.

MIGUEL -. ¿No me digas?

MATILDE -. Sí que digo.

Nos fundimos en un abrazo sentimental por lo menos dos minutos, sintiendo yo un peso que se me quitaba de encima de mí: Era como si yo me encontrase sin ninguna atadura humana, como si estuviese totalmente relajado en mi Espíritu y en mi manera de pensar; como sino me pasase nada.

No sabía lo que hacer, así que me cogió de las manos Matilde llevándome para donde se encontraban mis amigos, esperándonos en una esquina bien pertrechados para que yo no los viese.

MIGUEL -. ¡Ya decía yo!; que no podía ser despedirnos en el primer día que nos hemos encontrado en la gran urbe.

Y desde luego no podía ser que aquellos dos amigos se fuesen nada más salir de clase hacia su lugar de acogida, si era que la tenían. Pues claro que la tenían; la tenían en todo el centro de aquella bonita y gran ciudad, en donde las noches eran de día y los días eran maravillosos para pasear por sus calles viendo escaparates y tantas gentes como había en sus aceras de aquellas calles.

No se quedaba atrás la iluminación que había por la noche en aquellas calles de ensueño; ya que invitaban a pasar toda la velada nocturna paseando en sus aceras viendo y viendo escaparates con aquella luz de neón, como tenían todos ellos.

Aunque debíamos tener mucho cuidado con los autobuses, los taxis y los tranvías; además con los coches particulares que ya eran muchos circulando por aquellas calles largas y anchas a la vez. ¡Qué barbaridad!; si parecía que todo el mundo tenía prisa, mucha prisa por llegar a su destino para hacer o deshacer tal o cual cosa.

Yéndonos aquella misma tarde a un piso en el centro para tomar yo posesión de una habitación que se me había asignado en dicho piso: Un cuarto pequeño, ya que el piso no era tan mayor como estaban siendo los pisos del centro de aquella gran Capital.

Después de ir a por mi maleta, al piso donde yo me alojaba con los condiscípulos que contacté a lo primero, me puse a deshacer la maleta con mucho cuidado, para colocar bien las prendas de vestir, mis pantalones, mis camisas, mis chaquetas y hasta mis trajes para poder salir los días de fiesta, o si me invitaban algún evento los condiscípulos de la facultad.

Estaba yo tan enfrascado en poner bien mis cosas, que apenas oía a mis condiscípulos hablar; pero en un momento determinado oí una voz femenina pareciéndome que sería la voz de Matilde: Pero no podía ser, ya que en aquellos tiempos las chicas no vivían dónde los chicos.

Donde estábamos alquilados vivía Matilde con otras chicas, en el mismo rayano de la escalera. Tal vez hecho fortuito, pero insólito; puesto que las chicas buscaban estar a solas, para que ningún chico las molestase en sus estudios, que para juntarse ya había medios para ello, en las fiestas domingueras, o en los guateques que formaba alguno de ellos cuando sus padres se encontraban lejos de casa.

Yo tuve que dar la dirección a mis papás y también a mis amigos, dándosela a la vez a Lucía, que se presentó un día en el piso diciendo que era mi novia: Y eso se lo decía a Rogelio, que fue el que abrió la puerta para saber quien era la persona que llamaba al timbre. Oyéndolo Matilde, ya que tenía la puerta entre abierta de su cuarto, saliendo al rayano de la escalera y dándose de bruces con Lucía.

LUCÍA -. ¿Tú aquí?

MATILDE -. Yo aquí.

Lucía no pudo más y dando un empujón a Rogelio se entró en el piso donde vivíamos los chicos con idea de verme; y como yo no estaba, eso que me salvó de una buena regañona por parte de Lucía, alegando ésta chica que se disponía a llamar a sus amigas, ya que se habían quedado en la puerta la calle por si acaso no vivía yo en el número que la habían indicado. Lucía llenó todo el piso de gentes; pues iban con ella las dos amigas del pueblo con los dos amigos, y cundo llegué yo recibí una grata sorpresa al ver allí a todos mis amigos.

No fue así para Lucía, que se encaró conmigo por haberme ido a vivir cerca de Matilde, la condiscípula mía; aquella chica de ojos serenos y mirada dulce; saliendo a mi favor Rogelio.

ROGELIO-. Tú ya me conoces, aunque nos hayamos visto una sola vez. Te digo, que ha sido un caso fortuito habernos venido a vivir frente a Matilde; ya que se encontraba aquí antes que nosotros.

Lucía me echó una mirada de incredibilidad, pero bajando la cabeza intentó seguir escuchando lo que la dijésemos nosotros dos, saliendo de su cuarto Sebastián para rubricar lo que la había dicho Rogelio, en pocas palabras; pero contundentes para que Lucía se enterase bien de la pura realidad.

SEBASTIÁN -. Te han dicho la verdad, Lucía: Créelos, te lo digo yo.

Lucía levantó la cabeza mirándonos a los ojos a los tres chicos, Rogelio, Sebastián y yo, para una vez estar segura de lo que se la había contado sobre los hechos, alegar algo por su cuenta.

LUCÍA -. ¿Pero os cambiaréis de piso?

Mis dos condiscípulos se hicieron para atrás como asustados, por la decisión que había tomado Lucía; ya que entre nosotros no se daba eso, el desconfiar el uno del otro si había lazos sentimentales por medio de esas dos personas.

Y como exaltado respondió enseguida Sebastián con una negación contundente, que la cogió descuidada a Lucía; pero cuando se repuso a quien se le encogió los nervios fue a nosotros tres, que apenas respirábamos. Yo oía una respiración rápida a Rogelio y veía que Sebastián hacía muecas con la cara acompasándose con retorcerse los dedos de la mano, encogiéndoseme a mí el corazón al ver a Lucía como exaltada por la furia que tenía al verme cerca de aquella chica, Matilde.

¡Qué vergüenza!; qué vergüenza pasé aquel día, viendo tan excitada a Lucía; ya que nunca la había visto yo así: Con ese genio que saca la enamorada, pero doble fuerzas que las demás mujeres, y para que no siguiese molestando a mis condiscípulos la saqué a ver la gran urbe; visitando algún que otro museo de esa bonita y gran Ciudad.

Habían venido a la gran Ciudad para ver un encuentro de fútbol que en esos días estaba de boca en boca de todas las gentes del pueblo; pues eran muy seguidores de un equipo de fútbol, que en el día de la fecha se jugaría el ser el primero en la liga, para no dejar la liga en manos de otro equipo.

Yo no tenía esa hinchada como traían ellos, mis amigos de la infancia, que parecían se les iban algo porque ganase su equipo o perdiese; a mí me daba igual hiciese

lo que hiciese; por lo tanto apenas me di cuenta del juego de aquellos dos equipos, salí del campo de fútbol como sino hubiese entrado, y eso que a mí me gustaba mucho el fútbol, pero en otras condiciones. Y como a la salida del estadio me preguntó Lucía si me había gustado el encuentro de fútbol, la tuve que contestar que sí, que me había gustado mucho: Y para que no sospechase que había estado pensando en ella, la tuve que narrar algunas jugadas realizadas en dicho encuentro de fútbol.

Lucía y mis amigos de la infancia se volvieron al pueblo, una vez que se terminó el encuentro de fútbol; yéndome al piso de acogida donde yo pernoctaba, y al llegar al piso nos dejamos caer los tres en el sofá del comedor, pues las voces que se habían dado en el campo de fútbol nos resonaban todavía en los oídos.

Sebastián se fue a poner bien unos apuntes, quedándonos Rogelio y yo en el comedor, sin ganas de oír la radio para nada; pero con el Espíritu muy elevado igual que siempre, viendo a Rogelio que de vez en cuando me miraba con ganas de preguntarme algo o de decirme alguna cosa interesante para mí.

Y como no dejaba mirarme Rogelio, yo me empecé a poner inquieto; no hacía más que mover las piernas de un lado a otro y los pies los balanceaba como si fuesen un tiovivo. Aquella situación, entre los dos, no podíamos sostenerla por más tiempo, y en una de esas miradas le pregunté algo a Rogelio.

MIGUEL -. ¿Tú me quieres decir algo, verdad?

Rogelio no contestó, se limitó a seguir mirándome con cara de desaliento; tal vez sería hacia mi persona, ese desaliento que mostraba Rogelio en aquellos momentos de relax para los dos sentados en el sofá del salón. Y en un momento determinado se

incorporó, poniéndose recto en el sofá para decirme lo que le roía por dentro; pues le estaba picando algo en las entrañas a aquel chico, así que tuvo que echarlo afuera.

ROGELIO -. ¿Es así siempre?

MIGUEL -. Tiene ese carácter.

ROGELIO -. ¿Pues no sé. . .?.

Yo me quedé mirándole, siendo ahora yo el que miraba con cara de extrañado por aquella contestación, no queriendo que dejase pasar aquella indirecta Rogelio y me explicase lo que había querido decir.

MIGUEL -. ¿Qué quieres decir?

No estaba siendo muy comunicativo mi condiscípulo en esos momentos de angustia para mí: Al creerme que me quería decir algo malo y no se atrevía Rogelio a decírmelo. Y cruzando las manos, se dispuso hablarme claro sobre Lucía.

ROGELIO -. Que si te trata así de novio; que no será de casado.

Aquello me hundió la moral más que la tenía; ya que las palabras dichas por Rogelio ni siquiera se debían analizar, ni esperar a pensarlas bien. Solamente era así, y nada más: Tal vez sería su manera de ser sin darse cuenta de ello; pues Lucía me apreciaba mucho y me quería más, pero la realidad estaba ahí, en frente de nosotros: Pues aquella mañana había hecho un cuadro con su comportamiento delante de mis condiscípulos, siendo ese cuadro para enmarcarlo.

Menos mal que no se encontraba delante Matilde; pues si no hubiese tenido que ver Lucía con él, así que le pedí el favor, a Rogelio, para que no lo contara delante de Matilde: No era para romper el fatuo que había entre ella y yo; esa vanidad que siempre tienes para la persona a la que amas.

Cuando nos despedimos Rogelio y yo, dándonos las buenas noches, me fui a mi cuarto para estudiar un rato en los apuntes que había cogido por la mañana al señor catedrático, pero no pude hacerlo por falta de concentración; no me concentraba en nada, así que me acosté boca arriba en la cama y a penas me desnudé pensando en una y en mil cosas; sobre todo en Lucía, la chica del pueblo, mi amiga de la infancia, a la que debía respetar y tenerla el suficiente afecto como ella se merecía.

Aquella chica era buena, guapa, afable cuando se lo proponía, y tenía un hado en la cara no sabiendo yo como describirlo; pero la mataban los nervios, ¡o tal vez los celos!, no sabía yo qué sería lo que la pasaba en ciertas ocasiones, que se la subía un pasmo a la cabeza terminando siempre en un derroche de nervios.

Si tal vez lograse dominar el embelesamiento que le daba a lo primero, lograría dominar sus impulsos, a causa de los muchos nervios que la afluían después de pensar algo ella. Pues aquello no era de recibo y tal vez tendría razón mi condiscípulo Rogelio cuando me dijo, “qué no será de casado”, el trato que me diese.

Sopesaba el pro y el contra que tenían aquellas relaciones de amistad, entre Lucía y yo; no viendo claro ninguna salida a nuestra forma de ser para seguir con aquel afecto que tenía yo para esa chica. Tal vez merecía una segunda oportunidad, si yo la hablase y ella comprendiese que hacía mal hablándome de la manera que se dirigió a mí delante de mis condiscípulos. Y sí, tal vez merecía la pena, por ella y por mí, que hablásemos en perfecto estado de orden nada más que llegase yo al pueblo; pues todas las gentes del pueblo estaban viendo bien dichas relaciones, entre Lucía y yo.

No había dejado muy bien dichos pensamientos, cuando recibí una carta de mamá diciéndome que había visitado a la madre de Lucía, encontrándola sumamente complaciente con ella; pues había sido una visita de cortesía, ya que al cruzarse con ella en la calle hablaron de cuando iban a tener un rato de charla. Me hablaba también que los padres de Lucía eran muy ricos, ya que tenían una finca con muchos ocalitos, a parte de productos de huertas, muchas brezas que dejaban un dinero adicional a lo que nosotros pidiésemos ganar.

Ahora sí que me revelé en la parte que yo podía, al saber tan interesada a mamá sobre mi posible economía el día de mañana, no dando crédito a lo que estaba leyendo; y eso que era letra del puño y mano de mamá. Pero en vez de acometer alguna fechoría, que me fuese arrepentir el día de mañana, invité a Matilde al cine, sin más ni más.

Cuando estábamos yendo al cine indicado, comenzó hablándome Matilde de algo que yo no entendía muy bien, pidiéndola que se especificase un poco con aquello que me estaba contando y lo que me estaba diciendo, era algo que ya me sonaba a mí en los oídos y en la vista; por habérmelo dicho varias veces mamá.

MATILDE -. Yo soy muy gustosa venir contigo al cine: Pero haz el favor que no me sienta desplazada.

MIGUEL -.¿Qué quieres decir?

MATILDE -. Que no me hagas de menos, trayéndome y llevándome de un sitio a otro como si fuese una marioneta, o lo que es lo mismo una muñeca de trapo.

La miré a la cara fijamente para ver en ella si lo que me estaba diciendo se lo estaba creyendo ella, y al parecer, según yo, no se creía nada de lo que ella me estaba

contando en aquellos precisos momentos de tanto agobio para mí; pues el que se veía desplazado era yo de todas las personas del Mundo.

Tenía que contestar, no me podía estar callado, pues entonces sería dar mi brazo a torcer en aquello que me estaba diciendo Matilde.

MIGUEL -. ¿Cuándo te he tratado yo a ti como una muñeca de trapo?

Bajó la cabeza Matilde como avergonzada prosiguiendo nuestro camino hacia el cine que previamente habíamos elegido. Yo, por mi parte, me sentía extraño de mi mismo, si tal vez aquello fuese verdad: Que la llevaba al cine por una rabieta que había tenido al leer la carta de mamá.

Matilde no me dejaba mirar, ya que ella me veía como dubitativo, pensando en otra cosa y no en el cine que íbamos a ver dentro de unos minutos, y cuando llegamos a la ventanilla de aquel local, me cogió de un brazo parándome para ver si yo quería entrar en el cine con ella.

MATILDE -. Me parece que sería mejor dar un paseo, y así me cuentas todo lo que te está pasando; que al parecer no es poco.

Y tirándome del brazo me llevaba calle abajo para buscar un parque y sentarnos en un banco; así podíamos hablar mejor: Largo y tendido. No sabiendo yo si aquello fuese bueno, que se enterase Matilde de mis cosas; y sobre todo de mis asuntos con Lucía a través de lo que me decía mamá en la carta.

Pero con todo y eso cruzamos la calle, sin saber yo cómo la habíamos cruzado; ya que no me di cuenta si el policía nos había dado paso o no.

Y en un banco, de los muchos que había en aquel parque, nos sentamos para poder hablar mejor el uno con el otro. No siendo impedimento el estar solos en aquel sitio de recreo oyendo a los chicos jugar con la pelota.

Pese al mucho vocerío que estaban dando los chavales, comenzamos la plática de nuestra conversación: Sobretodo a lo que concernía a Matilde; ya que era parte activa entre nosotros tres, Lucía, ella y yo. Y cuando Matilde comenzó hablar, lo hizo en los términos de saber algo más de Lucía, la chica de mi pueblo según ella.

MATILDE -. Cuéntame algo que yo no sepa de Lucía.

Matilde quería saber algo que ella ignoraba, pero yo me tenía que cerrar en banda sin que se diese cuenta dicha chica; por lo tanto la comencé a decir lo buena que era Lucía y lo agradable que se estaba con ella, haciendo un inciso en mis palabras para tomar aliento y fuerza prosiguiendo mi relato de Lucía: Pero cuando iba a comenzar a relatarla algunas más de sus virtudes me asombró Matilde con un, ¡anda ya!.

No sabía muy bien qué era lo que había querido decir Matilde con esa interjección de negación; por lo tanto la tuve que preguntar por el significado de aquel acto de procacidad que ella había emitido en contra de Lucía. No contestándome Matilde para nada, haciendo como que me seguía escuchando para no perder detalle alguno de aquello que yo la dijese de Lucía.

En un momento determinado, la vi cambiar de color en la cara; como si estuviese reteniendo los nervios dentro de ella, por lo tanto no pude por menos que preguntarla por aquel acto que estaba haciendo para contraer los nervios.

MIGUEL -. Matilde: ¿Te pasa algo?

MATILDE -. Si yo te he traído aquí es para que me cuentes la verdad y no lo que tú quieras contarme.

Cogiéndome las manos se puso mirándome a la cara, dando media vuelta a su cuerpo para que yo la viese bien; ya que estaba siendo incrédula y no receptiva como yo me creía de ella en aquel momento, donde me debatía explicando a Matilde algunas virtudes que tenía Lucía y otras que me las inventaba yo para que ella no sufriese.

Yo bajé la cabeza en un acto de cobardía, al no haberla sabido decir la verdad sobre Lucía, y ella se creció un poco más en cuanto me vio abatida mi moral; pues ya no tenía ninguna moral que yo pudiese defender en aquella hora de preocupaciones para mí, en cuanto me estaba yendo de la realidad con respecto a Lucía.

MIGUEL -. No sé qué decirte.

A mí se me había cortado todo repertorio para seguir hablándola a Matilde de Lucía, ya que Matilde no me estaba creyendo a penas nada, y en un espasmo de nerviosismo que hizo ésta chica, pude ver en ella el desaliento que tenía con mi persona aquella tarde.

MATILDE -. Lucía te está asfixiando. Te trata con mal genio y como si tuviese sobre ti el completo dominio de la amistad más estrecha que nunca se ha visto. Es una chica dominante, que no acepta se la vaya en contra para nada. . . ¿Y sigo?

MIGUEL -. No hace falta.

MATILDE -. ¡Oye!; ¿pero si tú la quieres?, ¡para adelante!

Hablaba bien Matilde; ya que la decisión la tendría que tomar yo, si a caso estaba queriendo a Lucía: Ella no me delimitaba para nada el que pudiese seguir con aquella chica; solamente me decía, que tuviese cuidado para no hacerla daño alguno, que si la quería siguiese con ella pues todo se tapaba.

Como empezó a oscurecer, decidimos irnos de aquel sitio; en donde los árboles abundaban por completo y en donde los setos se multiplicaban por miles delimitando el paso a las personas hacia el césped sembrado y la alameda tan verde.

Cualquiera diría que estábamos en La Capitalísima Ciudad de encanto y de ensueño, con tanto verdor cerca de nosotros; pero pese a que allí nos encontrábamos bien, nos tuvimos que alejar de aquel lugar por estar llegando la noche; era tanto así, que cuando llegamos a la parte baja, a lo más llano, ya había oscurecido.

Nos fuimos al piso, ella al suyo y yo al mío, entrándome en mi cuarto para poder estudiar un par de horas, y cundo vi que ya era bastante lo que había estudiado decidí acostarme para dormir un poco. ¡Qué digo yo dormir!; si comencé a pensar en la niña que había tenido la señora doméstica: ¿Si acaso lo estuviese pasando mal?; aunque yo no podía hacer gran cosa al respecto, por no decir ninguna, para poderla remediar sus males en esos años, ya que yo me encontraba estudiando. Y como su madre no había dicho ni una sola palabra sobre la niña con respecto a nosotros dos; yo no iba ahora a descubrir la relación esporádica que habíamos tenido su madre y yo.

Aunque quería dormir no podía hacerlo, pensando siempre en aquella niña; y siempre caía de mi pesadez cuando pensaba que la niña tenía a su padre adoptivo: Pues siempre la defendería y siempre la buscaría un trozo de pan que echarse a la boca. Y no era eso sólo; que cuando iba su madre a mi casa, siempre la ayudaba mi mamá con comidas o con dinero para que fuese a un pueblo cercano, mayor que el nuestro, y poderse curar sus enfermedades, de ella como de su familia.

¡Sangre!; toda la que quisiera, pero nunca más me volvió a pedir el espécimen la señora doméstica para la niña: Cosa que yo creía se hubiese curado del todo, no sabiendo nunca qué clase de enfermedad había tenido la niña.

Al siguiente día, cuando me despejé con una buena ducha, salí deprisa a la facultad, quería ver a Matilde y preguntarla si había descansado aquella noche de sueño decadente para ella, por estar pensando en lo que hablamos la tarde anterior en el parque, diciéndome la chica que había dormido perfectamente.

Pues qué bien; me alegraba por ella si había dormido sin haberse despertado ninguna vez por la noche. Yo la dije, que por el contrario había dormido muy mal al saberme no grato de sus confianzas, al quererla dar otra imagen de Lucía que no tenía; ya que Matilde la conocía bien, pese haberla visto un par de veces.

Otra vez la estaba despistando a Matilde; pues en vez de pensar en ella, estuve pensando en la niña de la señora doméstica. Otra vez que me salió la bilirrubina a la furia y a los carrillos como si fuese un capullo rosado toda mi cara. Y otra vez que se volvió a dar cuenta Matilde de que allí pasaba algo, que en realidad no fuese verídico lo que yo la estaba contando.

MATILDE -. ¡Vaya!; vaya hijo, vaya.

Mal asunto tenía yo con Matilde; pero como aquella chica era modosita y haciéndose caso sumiso a lo que yo la decía, me puso su cabeza en mi hombro, como queriéndome decir, que siguiese hablando pues ella me escuchaba fuese como fuese.

MIGUEL -. ¿No?

MATILDE -. Pues no. No tienes que hacerte un lío con Lucía y con respecto a mi persona; que yo sé esperar. Tú cuéntame la verdad y nada más: Es muy sencillo, sabes, hombre; sabes, la verdad y nada más que yo sé escuchar y aguantar todo lo que tú me digas con respecto a Lucía.

Lucía, una chica que si yo la dejase no la quería ningún chico del pueblo por haber paseado con otro chico por las calles, y sobretodo, cuando las gentes del pueblo nos consideraban novios. Tiempos; tiempos difíciles para las chicas: Si te veía alguien dar dos pasos con un chico en la calle, ya debías desaparecer si no seguías con ese chico, que ningún otro llegaría a ti hablándote de amor.

A solas pensaba mucho; pues también pensé en Matilde, ya que me seguía a todas las partes como si fuese algo mío, y lo que es más grande sin negarse nunca; aunque de vez en cuando la mintiese para salir con mis amigos a los futbolines y billares que había subiendo la calle, la cuesta. ¡AY!; el señorío del barrio viejo, de lo más viejo que hay en aquella Capitalísima Ciudad, en donde las noches se hacen días para surcar el mar del etílico pensamiento, en donde se promete por derecho y se jura por motivos. Aquellas noches estudiantiles, cuando no teníamos que estudiar por ser día de fiesta a la mañana siguiente: Yéndonos al siguiente día a la facultad, ya los lunes, como una pavesa hecho todo nuestro cuerpo.

Tuvimos un examen parcial aquel día pareciéndome que lo había hecho bien, yéndome al piso encontrándome en el buzón una carta de Lucía, diciéndome que cambiase de piso o vendría ella a mudarme la maleta de ese piso.

Sin enseñarlos la carta a mis condiscípulos, Rogelio y Sebastián, les dije los detalles más característicos de ella, quedándose mis dos compañeros de piso como

quien ve visiones. No daban crédito a lo que yo les decía; pues aquello estaba saliendo de nuestros planes para poder estudiar mejor y aplicarnos en las materias.

Se levantó de repente Sebastián, como si fuese algún sitio del piso; pero cuando vimos que se quedaba quieto, de pie, delante de nosotros, pusimos oídos a lo que éste nos pudiese decir, y claro que dijo.

SEBASTIAN -. Previendo esto he buscado por toda la gran Ciudad un piso a nuestro acomodo y a nuestro bolsillo.

ROGELIO -. ¿Y qué?

Preguntándonos si Lucía sabía dónde se encontraban las calles de aquella gran Ciudad, yo le dije que no; afirmando con la cabeza las pesquisas que había hecho por su parte. Había buscado un piso cerca de donde estábamos viviendo; así no nos alejaríamos mucho de Matilde, que era lo más principal: Seguir con la amistad de dicha chica, por más que se opusiese Lucía.

Y a finales de mes estábamos en dicho piso viviendo, dándola yo las nuevas señas de la calle y el número a Lucía; pues a vuelta de Correos me escribió diciéndome, que si estaba, dicha calle, muy retirada de donde nosotros vivíamos antes.

No sé qué iba hacer con Lucía, pues aquello no se lo quería decir a mis condiscípulos; pues ya era salirse de conceptos dicha chica. Y aunque me dijo Rogelio un día, que si me trataba así de novio, que no me haría de casado: ¡Pero si era que ni siquiera éramos novios!. ¡Madre mía!, ¡madre mía!: Aquello yo no lo podía aguantar por mucho tiempo. ¿Qué hacer?, en dicha situación; si eso no era de recibo.

Mis sospechas tenían fundamento: Si acaso viniese a la gran Ciudad Lucía; tenía que tener mucho cuidado para entrarla a la calle por el lado contrario a donde yo vivía,

así no se daría cuenta de lo cerca que estaba mi piso al otro piso anterior. Para ello no me podía coger de improviso su visita, teniendo mucho cuidado en saber el día que llegase a la gran Ciudad Lucía.

Tuve una contrariedad en el examen parcial que había hecho dos días antes; pues lo había aprobado solamente; cuando en La Ciudad anterior me sacaba notas altas: Se veía que tenía que estudiar más y poner más empeño en lo que hacía, de modo que mis salidas las delimité solamente a los sábados.

Una decepción tuve un día, cuando supe que más de la mitad de aquel aula no habían formalizado la matricula: ¿Ya decía yo?; que para estar en cuarto de medicina, éramos muchos los estudiantes: Cuando en sí se necesitaba trabajar en aquellos tiempos, quisieran mis condiscípulos o no; pues los llamaban los padres a los negocios familiares y el que no los tenía se ponía a trabajar donde encontraba su lugar para desarrollar algunas jornadas, que fuese una pequeña remuneración económica para casa. Dándome cuenta que la rareza que había observado en las aulas no eran tales; de esa manera nos preguntaban siempre a los mismos: No había otra lista.

Tal vez con un aula menor, nos vendría bien a los condiscípulos que estuviésemos estudiando el cuarto de medicina; ya que en aquel enorme espacio se nos iban las palabras del señor catedrático de vez en cuado.

MIGUEL -. ¿No sé por qué admite la Secretaría de La Universidad se llenen las aulas de personas que no están matriculadas en los diferentes cursos?

ROGELIO -. No preguntes, que será mejor.

SEBASTIÁN -. Tú, a estudiar: No te preocupes de más.

ROGELIO -. En tal caso, sería la rectoría de La Universidad la que se tendría que preocupar de dicho tema.

A la salida de clase, un día encontré a Matilde muy seria, pues había suspendido un examen parcial, yéndonos a repasar la copia del examen a una grada en pleno Paraninfo de La Universidad, no encontrando grandes errores en lo que aquella chica había contestado en aquel examen. Sí; solamente había dos errores de escritura y uno de materia preguntada, ¿sería tal vez por aquellos fallos?, que la pusieron un cuatro en su examen a Matilde: No sé.

Tardé poco con ella; pues lo único que quería era llegar al piso, donde estarían ya mis condiscípulos, para preguntarlos por sus notas; encontrando a mis dos compañeros de piso haciendo la comida, pues el primero que llegaba hacía la comida.

Nos sentamos a la mesa sin apenas hablar, buscando yo un posible apoyo para preguntarles por sus estudios, hasta que vi un hueco en la poca conversación para que me informasen los dos compañeros de piso, Rogelio y Sebastián, por sus estudios.

MIGUEL -. ¿Qué tal habéis hecho el examen del otro día?

ROGELIO -. Me he sacado un notable bajo.

SEBASTIÁN -. Yo, un notable alto.

Les pedí la copia que al salir hicimos de nuestro examen, tal y como le habíamos desarrollado, viendo en los dos exámenes de mis condiscípulos un parecido asombroso al mío. A mí un aprobado y a ellos un notable; cuando yo me sacaba, en la ciudad donde estudiábamos, un sobresaliente de vez en cuando.

Puede ser que haya cambiado yo; ¡pero tanto!. Eso no se daba ni en los cuentos de hadas, pues yo tenía la misma capacidad de estudios que antes había tenido: ¡Veremos a ver!, si estudiando más me sacaba mejores notas.

¡Mejores notas!; que va, si siempre iba la regleta por el mismo rayero: Un aprobado, debiendo dar gracias a la mucha suerte que estaba teniendo en mis estudios; según un catedrático, al que había hablado momentos antes para que me indicase lo que yo estaba haciendo mal. Y en vez de indicarme mis fallos, me preparó para que supiese por donde iría mi vida académica de aquí en adelante: Aprobados y con suerte.

Mal veía yo el poderme sacar una especialidad; puesto que la nota media no valía más que para ser un médico de pueblo y de los más corrientes. Pero mi tesón era mucho; ya que tenía una fuerza de voluntad enorme, no cesando en lo que me proponía, y lo que en ese momento me proponía era sacar la carrera de medicina para especializarme en cualquier rama de la anatomía humana.

Cuando me volvió a ver Matilde, al siguiente día, no daba crédito al verme con tantos nervios, y tanto pesar metido en mi corazón; como era el no saber lo que me estaba pasando en mi intelecto; pues hasta ahora había sido listo, torciéndose esa listeza en un mediocre intelecto: ¡Vamos!; que no llegaría al coeficiente medio de las personas.

Yo no salía del piso ningún día de la semana; solamente salía los sábados y no mucho, pues así como a las once de la noche me recogía para poder estudiar las materias asignadas. Yo lo sentía por Matilde, que también se iba a su piso a la misma hora; puesto que yo la llevaba hasta la pureta de su piso, llamando al sereno.

Mi papá me había mandado un giro postal para que comprase los apuntes necesarios, para que pudiese acceder mejor a la capacidad de aquellas fuentes del saber, adquiriendo mejores conocimiento de las materias en el cuarto curso.

También se alegraron tener dichos apuntes mis dos compañeros de piso; ya que Rogelio tenía otros apuntes, pero menos desarrollados que los míos, por ser la síntesis de mis apuntes.

Llegó, llegó el sábado y con el nuestra pequeña diversión; saliendo al campo de fútbol por la tarde para ver un encuentro de primera división, un clásico al que nadie se lo debía perder. Y cuando salimos del estadio, ya era de noche; yéndonos a las reuniones de jóvenes en las calles a done siempre se juntaban todos ellos.

Cuando llegamos al barrio deseado, sobre todo a las calles donde posiblemente íbamos a divertirnos un poco, vimos una reyerta entre dos jóvenes estudiantes, a consecuencia de una chica: Que si la había dicho tal, que si la había molestado a la chica y el chico que la acompañaba no le había agradado nada, que si yo te hago, que si yo te digo; en consecuencia, que la chica se fue con el otro chico quedando a su acompañante solo como la una. Al parecer estaba ya amañado dicho episodio, y la chica estaba por el otro chico; aunque no se atrevía a dar el paso hasta ese mismo instante.

Aquello que había visto yo no me gustó nada, pero que nada; pues las personas tienen que ser más equitativas y medir sus actos: Si la había sacado el primer chico a la chica, era ése chico el que debía haberla acompañado a su casa inmediatamente. Pero no; aquel chico se quedó serio y como con ganas de llorar, al ver la prepotencia en su cuerpo y la poca decencia en la persona de la chica.

Claro que era una zona a la que se denominaba con un nombre clásico por todos los jóvenes de aquella gran Ciudad, y por medio de esa denominación ya se sabía a lo que iba allí cada chico; sino fuesen bien acompañados para pasar un buen rato en aquellas calles de innumerables chiringuitos.

Eran tiempos difíciles: Un mes con una y otro mes con otra, un mes con uno y otro mes con otro; y así, suma y sigue. Yo no sabía si se tenían afecto; por lo menos eso, que se tuviesen un poco de afecto, y así se respetarían los unos a las otras y las otras a los unos.

Aquella noche había dado una rondalla los tunos de la facultad de farmacia, viniéndose a las calles donde se encontraban la mayoría de los jóvenes de dicha gran Ciudad divirtiéndose en aquella noche de luna llena y de Espíritu estudiantil. Así que nos agasajaron con sus canciones más populares y su música de siempre: La rondalla y laúd. Sus capas se movían al son del viento, aunque hacia poco aquella noche pero lo bastante para hacer que aquellas capas se moviesen de un lado al otro, enseñando las cintas que llevaba cada componente de aquella tuna con sus nombres puesto de las chicas a las que conocía aquel joven.

Hasta participamos nosotros de dicho cante, ya que repetíamos con ellos la canción, sirviéndonos de regocijo aquella noche de ensueño y de estrellas; en donde más valía cantar que estar triste, en donde la diversión se daba por añadidura a toda la persona que se encontraba en aquel sitio, en aquella calle, o en aquel chiringuito metido tomando un refresco.

Fue un sábado inolvidable, de esos que marcan huellas en la vida de cada uno que lo vive. Yéndonos a una hora prudencial a casa, y todavía se quedaban nuestros condiscípulos disfrutando de la fiesta. Y como yo había sacado a Matilde, también se vino conmigo a su piso.

Pese a ser domingo al día siguiente yo me quedé en casa estudiando para paliar las bajas notas que estaba sacando en los distintos exámenes parciales que estaba haciendo, al igual que Matilde; pues no nos vimos en todo el día siguiente, por estar estudiando ambos, cada uno en su piso.

Aquella semana recibí carta de Don Antonio, diciéndome que, “según Lucía me tenia que apuntar en una excursión que se iba hacer en Semana Santa a los Sanos lugares”. Decidía por mí Lucía, al pedir a Don Antonio que me apuntase a dicha excursión, y éste señor no quiso pecar, sustituyendo mi santa voluntad por la de Lucía,

diciéndomelo por carta para saber lo que yo decidía: Hizo bien aquel cura; pues Lucía no tenía que decidir por mí.

Yo no sabía si iba al pueblo en Semana Santa debido a mis muchos estudios y a los esfuerzos y sacrificios que estaba haciendo para poder aprobar las asignaturas; difíciles ya en sí que tenia en aquel año, cuarto de medicina.

Nada más que se enteró de mi contestación Lucía me escribió a vuelta de Correos una carta de ordeno y mando; sin pensar tan siquiera en mis estudios, ni en lo mucho que me costaba aprobar todas las asignaturas que tenía encomendada en aquel cuarto año de carrera en medicina.

Aquella carta me valió como un repulsivo en mi intelecto para decidir quedarme estudiando La Semana Santa en La Capitalísima Ciudad y no asistir a dicha excursión; que por otra parte no dejaría acarrearme los problemas ante el pueblo, pensando las gentes que ya éramos novios Lucía y yo: Con lo que conlleva dicho apelativo familiar para los pueblos en la extensa Nación.

Sí que sí, la había formado buena al mandarla a Lucía una carta de renuncia para asistir a dicha excursión tan apetitosa para cualquier creyente, y yo no iba a ser menos; así que levanto pies en polvorosa, diciéndome que aprovecharía el viaje que iba a dar su padre, a la gran Ciudad, para visitarme en una fecha concreta. Yo la mandé un telegrama, acto seguido, diciéndola que la iría a buscar a la estación de ferrocarril, a la misma hora que ella me decía por carta.

No dejé de comunicárselo a Matilde la decisión brusca que había tomado Lucía, aprovechando que venía su padre a la gran urbe en un par de días; diciéndome Matilde, que había hecho bien decidiendo ir a buscarlos a la misma estación de ferrocarril; pues así despistaría a Lucía entrándolos al bloque de pisos donde yo vivía por el lado

contrario a donde estaba viviendo ella, que era donde había vivido yo antes. Así no se daría cuenta Lucía lo cerca que estábamos el uno del otro.

Así se hizo, llegando a donde vivía yo por el lado contrario de donde vivía antes; ya que dicho bloque de pisos estaba muy cerca del de Matilde. No se enteró; Lucía creía que mi piso se encontraba muy lejos de donde vive Matilde, quedándose enteramente satisfecha. No sin antes haberme alertado para que fuese a la excursión en Semana Santa a Tierra Santa, tal y cual lo denominaba muchos pueblos, en aquel entonces, a los lugares de donde se desarrollaron las escenas con la cruz a cuesta por parte de Jesús de Nazaret.

Imposición una vez más por parte de Lucía hacia mi persona, y delante de su padre; que es lo peor. No sabiendo yo qué camino escoger: El de la resignación o el huir de ella para siempre; lo ultimo que cogería sería huir de ella para siempre, ya que tenía por medio a mamá y a todo el pueblo; pero con todo y eso estaba mi felicidad, el vivir bien con una mujer y no tener sobresaltos algunos, al creerse la mujer con dominio del hombre por tener tales o cuales tierras y casas a la vez.

Yo creía que se irían al pueblo por la tarde su padre y ella, pero me equivoqué; pues su padre había venido a La Capitalísima para pedir una subvención, ya que tenía una extensa plantación de olivar en el pueblo; y buscaba la manera de que le financiasen parte de los abonos empleados en dicha plantación, ya que para más no daría dicha subvención. Y mientras tanto, aquella tarde nos fuimos al cine, pagando yo la entrada, de los tres, en aquel cine; poniéndose en el medio de los dos el padre de Lucía, el señor Paco.

Pasé toda la película sin poder hablar con Lucía, ya que cuando lo quería hacer me tenía que echar casi encima de su padre y cuando terminamos ver el celuloide, se me

presentó otra situación comprometida: Eran horas de cenar, no sabiendo yo dónde los iba a llevar para tomar un bocado, que nos sirviese de tentempié.

Pues sí que los llevé; los llevé dirigidos por el padre de Lucía, que al parecer sabía ir a los sitios buenos de aquellas calles, y en uno de los mejores restaurantes que había en el centro de aquella gran urbe, nos fuimos a cenar aquella noche. Yo creía que pedirían una sopa con pescado y poco más; pero qué va, pidieron una mariscada, a altas horas de la noche, para rociarla con un buen vino, el mejor que había, terminando con una tarda helada, café y un brindis de champán, que más bien fue un brindis al Sol: Porque no tenían ganas de irse de aquel restaurante, o por lo menos no tenían ganas de pagar aquella opípara cena; que más bien fue un banquete.

Yo me fui al reservado para contar el dinero que llevaba en la cartera, viendo que no era suficiente; así que en un descuido de ellos llamé a Matilde para que me trajese más dinero al restaurante. Yo hacía tiempo para dejar a Matilde que llegase con el dinero, y los dos comensales no hacían más que quererse ir, hasta que por fin llegó el barman anunciándome que tenía una llamada de teléfono. Me levanté de mi silla, como por un resorte, para irme rápidamente al hall del restaurante, viendo allí a mis dos condiscípulos acompañados de Matilde.

Menos mal que me traían el dinero necesario que hacía falta para pagar yo el banquete de aquella noche, marchándose por la mañana siguiente padre e hija una vez había terminado la petición de subvención para el olivar. Enterándome que se daban subvenciones para el olivar; pues era la primera vez que se concedían tales dispensas.

No quiero acordarme lo que pasó por la noche en nuestro piso; ya que todo el dinero que teníamos para comer los días que quedaban en el mes se los había llevado aquel restaurante de lujo. Salí corriendo para ver qué cenaría aquella noche Matilde, y en general estaba igual que nosotros: Sin cena y sin dinero.

Yo tenía que comprar un nuevo libro, como alguna instrumentación, así como bata nueva, pidiendo el dinero a mi papá, llegándome al siguiente día de la imposición del giro en Correos y eso que era postal. ¡Ya!; ya teníamos dinero para adquirir algunas viandas que llevarnos a la boca, pudiendo comer nosotros tres en el piso y también Matilde en el suyo.

Pero sin esperarlo, llamaron a la puerta el día siguiente siendo Matilde que quería entrar en el piso; aunque los moradores fuésemos chicos. Yo presentí alguna encerrona por parte de mis condiscípulos comandados por Matilde; que tal vez no me querían ver arrastrarme de esa manera como lo hacía delante de Lucía.

Nos sentamos todos, algunos en el sofá y otros en sillas, mirándonos fijamente a la cara; pero nadie rompía el hielo de aquel mutismo tan exacerbado como teníamos en reunión aquella misma noche.

Yo veía que Matilde se movía mucho en la silla donde estaba sentada; pues no se quiso sentar en el sofá por algún motivo precedente; ya que enseñaba demasiado al estar sentada en el sofá, y así haría más fuerza de intuición a aquello que me tuviese que decir.

Inclinándose un poco hacia adelante Matilde, me cogió de las manos; como para que no me escapase, hablándome sinceramente a mí persona.

MATILDE -. Hijo: ¡Ninguna!

MIGUEL -. ¿Qué me quieres decir?

ROGELIO -. Que no das ninguna en el blanco.

SEBASTIÁN -. ¡Vamos!; que cambies, si no vamos a llorar.

No sabia yo qué quería decir Sebastián con aquello de “cambiar”: Si es que era de sitio con la silla, o por el contrario ese lloro al que se refería dicho chico era a consecuencia de tenerme compasión o no; pero lo cierto fue que recapacité enseguida y respondí a tal indirecta.

MIGUEL -. ¡AH!; no. A mí no hay que tenerme pena alguna; pues si yo me dejo hacer o llevar es parte de mi voluntad.

MATILDE -. Enflaquecida.

MIGUEL -. ¿Qué me quieres decir?

MATILDE -. Que tienes la voluntad agotada para hacer por ti lo que te conviene, o lo que tú quieras hacer: ¡No lo puedes hacer!

ROGELIO -. A no ser que te abramos esa cabeza de chorlito que tienes.

Comprendí bien los que yo era en manos de Lucía y hasta en manos de sus padres; pues si así se portaban conmigo, cundo tomasen más confianzas; no podría ni hablar en casa por falta de no tener yo alguna decisión que me pusiese en mi sitio, donde me correspondía.

Dejé pasar el tiempo, cuando llegó llamándome Matilde; pues mi mamá la había dicho a la chica que estuviese en el teléfono del piso de ésta media hora más tarde, ya que me llamaría para saber de mí, por no tener nosotros teléfono en nuestro piso.

Nadie lo diría; pero lo cierto era, que cuando la llamó mi mamá a Matilde, ésta chica se explayó con todas las confianzas diciéndola lo que ella creía por haberlo visto: “Que si era Lucía una dominante, apoyada por sus padres, que si hacía de mí un pelele que nunca podría hablar en casa para nada; pues ella no lo decía porque me quisiera, que sí me quería. Pues Lucía no era mala, no; era una chica buena, pero con el concepto

de amistad confundido: Creía que podía tener dominio sobre mí de tal manera que no preguntaba nada de sus decisiones; hasta el punto que cuando cumplir años, ella pedía su regalo en vez de mandarme uno a mí: Que hacía y deshacía a modo y manera".

Así se expresó Matilde cuando mi mamá la llamó por teléfono, diciéndola que no dijese que ella me quería; pero mi mamá, que las cazaba al vuelo, me lo dijo sin contemplaciones algunas; para que yo decidiese y eligiese al mejor postor de mi vida.

Mi mamá quería para mí todo lo mejor; y lo mejor para ella serian las fincas y las casas, pero si Lucía se portaba conmigo como la dijo Matilde: Tal vez no sería la mejor decisión que yo tomase en mi vida. Por lo tanto dejó que yo tomase la decisión; pues como la dijo Matilde, que yo no la había dicho nada a Lucía, no había hablado de amores con ella según se había enterado por mí. Y como a ella tampoco la había hablado de amor, yo estaba en condiciones de elegir pareja para vivir con ella toda la vida y darla todo su cariño.

En fin, que mamá se había enterado bien de todo lo que me pasaba con respecto a Lucía y con las mimas relaciones que traía con ella, Matilde, ya que tendría que dejar correr el tiempo, pues en el paso de la vida se vería cual chica me convenía mejor para que fuese mi mujer.

Embrollo, tras embrollo con respecto a Lucía trascurrió el tiempo, viendo mi mamá la realidad de lo que la dijo Matilde el día de la llamada telefónica a su piso para que me llamase a mí en media hora. Así que no pudo por menos mi mama que hablar con mi papá al respecto de la conversación que había sostenido con Matilde el día de la llamada.

¡OH!, mi papá; cuando se enteró de lo acaparadora que era conmigo Lucía, montó en polvorilla no dejándome que la escribiese, que tal vez la olvidaría al transcurrir el tiempo; que yo podía hacer lo que quisiera, pues iba a ser la decisión de mi

vida, esa decisión que se toma para siempre: No habiendo vuelta a tras en aquellos años sesenta del siglo veinte.

No pude dormir en tres días, y mientras tanto sacaba las asignaturas a trancas y barrancas; creyendo yo lo estaba poniendo bien todo aquello que me preguntaban en mis exámenes, ya que a la salida del aula hacía una copia de lo que yo había puesto en dicho examen: Así se me quedaba bien gravado en la memoria la materia preguntada, pues la tenía bien estudiada y estaba seguro de saberla bien; pues si no seria peor hacer lo que yo hacía al quedárseme los conceptos mal estudiado en mi memoria.

Un día me llevé a Matilde para dar un paseo por el parque, por estar nuestra economía decaída, reposando Matilde la cabeza sobre mi pecho notándola yo hasta su respiración: Viendo su cabellera lisa, con esos pelos tan suaves y tan bonitos como los tenía cuando la daban los rayos del Sol, tenían una irradiaciones sublimes a mi vista; así como aquella manos sedosas y aquellos pies de hada buena.

Yo la estaba mirando a su tripa, como subía y bajaba en la respiración y cuando se movía, cómo se iban para los lados sus pechos: Hasta tuve la idea de tocárselos, pero me contuve por ser un caballero de aquella época, donde todo o casi todo era pecado, según nos decían nuestros mayores.

Como se aproximaba La Semana Santa, me insistió Matilde para que fuese a mi pueblo; que no desistiera ir, así vería la pura realidad de lo que estaba pasando con Lucía, que según ella parecía me quería, pero a su manera. Y vaya manera de expresarme su amor Lucía; pues parecía que ordenaba y mandaba a diestro y siniestro.

Y sí; marché aquella Semana Santa al pueblo, donde me estaban esperando para ocupar un asiento en el autobús que habían contratado los feligreses de aquel pueblo, a través de La Parroquia. Pero lo peor fue cuando me dispuse a pagar la cuota que me pertenecía abonar según las personas que íbamos a dicha excursión en Tierra Santa.

Yo había calculado la parte proporcional que debíamos abonar cada excursionista, sabiendo que teníamos que pagar el autobús entre todos, amen las noches que hiciésemos en las hospederías pertinentes. Pero cual no fue mi sorpresa cuando me pidió Don Antonio el doble de dinero que me correspondía a mí solo; ya que como había dicho Lucía, que su parte la pagase yo, por eso me estaba pidiendo el cura la parte proporcional de dos personas, no teniendo bastante dinero en la cartera. Así que tuve que volver a casa para recabar más dinero a papá, y papá ya tenía bien aprendida la lección y lo que me tenía que decir; pues se lo veía yo en la cara, al retener los nervios de la misma: Pero me dejó marchar a la excursión, preparándome yo a la regañona que me echaría mi papá a la vuelta.

Pagué las dos partes proporcionales, la mía y la de Lucía, marchando con los demás a Tierra Santa esos tres días de vacaciones que tenía yo.

Todas las personas que iban en el autobús coincidían de que Lucía me quería mucho, que me portase muy bien con ella: Ya daban por hecho el noviazgo entre Lucía y yo; no sabiendo que nuestras relaciones estaban prendidas con alfiler, al no saber yo a qué se debía el comportamiento de Lucía conmigo. Un comportamiento un tanto dominador; creyéndose fuese la señora de mi persona, y mi persona ya estaba dolida por dicho comportamiento, además de que la huía por tenerla miedo, mucho miedo por lo que me pudiese hacer sin yo esperarlo. Poniéndome en guardia en el autobús y sobre todo una vez que habíamos llegado a Tierra Santa; aunque presentaba otra cara delante de las personas del pueblo.

No sé si era un hotel pequeñito o una residencia para los peregrinos; pero lo cierto fue que me gustó mucho aquel edificio pequeño, pero acogedor. Lo único malo que había era el compartir habitación con dos personas más; y así nos pusieron a tres chicos en la misma habitación.

Y así como a media noche, me llegó uno de los chicos que compartía conmigo dicha habitación diciéndome, que me llamaba mi novia al hall del hotel. Me tuve que levantar, vestirme después de lavarme para bajar las escaleras casi a oscuras.

MIGUEL -. ¿Qué haces aquí?

LUCÍA -. Dime mejor, ¿Qué quiero?

MIGUEL -. Pues eso; ¿qué quieres?

LUCÍA -. Salir esta noche de paseo.

Yo había oído algo, como que era peligroso alejarse del hotel por la noche; no sé si sería verdad, lo cierto fue que me entró un recelo personal para oponerme a salir en horas altas de la noche, y así se lo hice saber a Lucía.

LUCÍA -. Pues entonces saldré yo sola.

E iniciando el camino hacia la calle, abrió la puerta del hotel y en un santiamén se encontraba en plena acera de aquella vía donde nos alojábamos nosotros.

No sé si era valentona o no recapacitaba nada sus hechos; haciéndome salir del hotel a altas horas de la noche, no encontrando apenas a nadie en la calle: Ni tan siquiera veíamos luz en las ventanas de los edificios, pensando que estaría todo el mundo acostado en aquella hora de sueño.

Pero no, no estaba durmiendo todas las gentes de aquella ciudad encantadora y bonita, ya que la tuve que apartar un poco de la acera porque se nos echaba un coche encima. Un coche, un coche destartalado paró donde nos encontrábamos nosotros

ofreciéndonos sus servicios para llevarnos a un lugar de recreo en aquella hora nocturna y de sueño a la vez.

LUCÍA -. Sí.

Miré a Lucía, una vez que ésta chica había dado el sí con todas sus fuerzas; entrándose, sin pensarlo, en aquel coche que parecía siniestro. ¡Ya!: Ya me estaba metiendo donde yo no quería aquella chica, guapa como ninguna; pero impulsiva como ella sola.

Apenas podía arrancar aquel coche, pero lo hizo, lo hizo a duras penas; llegando a un refugio de gentes, en donde se fumaba y se bebía más que se respiraba; habiendo un ambiente enrarecido, como de gentes con ganas de fiesta. Pero cuando iba pasando el tiempo, me parecían de lo más simpáticas aquellas gentes: Pues eran muy amables, siendo esa misma amabilidad la que hacía presentir un carácter abierto.

¡Qué gentes!, ¡qué gentes!, aquellas personas tan hospitalarias y tan bondadosas; pues nos ofrecían todo lo que ellas tenían, aunque fuese en un medio ambiente no muy boyante, más bien empobrecido. Pero abiertos al Mundo totalmente por medio de ese mismo carácter hospitalario: Allí pasamos unas horas inolvidables Lucía y yo; pues nos hicieron reír y pasarlo lo mejor que podíamos entre aquellas personas, viendo allí mismo a más gentes de otros países.

Y después de pagar la fiesta, que habíamos celebrado buscamos al chofer para que nos llevase, de vuelta, al hotel, no pudiendo hacerlo por no arrancarle el coche: Y qué boca tenía el buen hombre, para con el coche. Y eso sí; nosotros nunca le oímos una palabra mal dicha sobre algo grande; solamente se metía con las ruedas, el motor y hasta con el volante.

Después de estar esperando un buen rato para ver si arreglaba el coche, decidimos desandar lo andado por nuestra cuenta, comenzando a caminar por donde nosotros creíamos nos había traído a ese sitio en el coche aquel buen señor.

Yo veía que aquel camino estaba durando demasiado; pues si el coche nos había llevado a veinte por hora al lugar de recreo: Desde el lugar del recreo al hotel no podíamos estar tardando tanto, y así lo comprobamos; ya que vimos estábamos saliendo de aquella bonita ciudad. Ahora, sí que sí; pues no sabíamos dónde nos encontrábamos, ni el camino que teníamos que tomar de vuelta al hotel.

La hice una indicación con la mano a Lucía para que se estuviese quieta en el sitio que se encontraba; pues me pareció ver la luz de algún quinqué dentro de una casa, no confundiéndome para nada, ya que se abrió la puerta dejando ver una figura enjuta y como extraña.

Aquel señor se vino derecho a donde nos encontrábamos Lucía y yo, para ofrecernos su apoyo por si tal vez nos podía ayudar en algo, mirándonos Lucía y yo a la cara, sin saber lo que decir; pero con la alegría metida en nuestro cuerpo al darnos cuenta que una persona se ofrecía a llevarnos al hotel.

Cuando llegamos al hotel se esperó aquel señor con alguna idea, diciéndola yo a Lucía si tenía algo de dinero para dárselo al señor que nos había traído, a pie, hasta el hotel. Lucía me dijo que confiaba que trajese yo el dinero que nos haría falta para cualquier evento; así que no tenía dinero en su bolso ni en su cuarto: ¡Qué hacer!; se me ocurrió llamar a Don Antonio que se encontraba en su cuarto durmiendo, levantándose el cura como asustado por créese que nos pasaba algo malo alguno de nosotros dos.

¡UF!, cuando se enteró aquel cura que habíamos salido a altas horas de la noche perdiéndonos por las calles de esa Santa Ciudad. Aquello fue el no va a más; pues sin alzar mucho la voz hasta quería que por la mañana siguiente fuésemos a confesar

nuestros pecados, como si fuesen muchos los pecados que habíamos cometido la noche anterior en nuestra correría por aquella bella ciudad.

Pero eso sí, nos prestó Don Antonio un poco de dinero para que fuésemos a dar la propina al señor que nos había guiado hasta el hotel; y así lo hicimos, saliendo al hall del hotel al tiempo que se estaba alejando aquel señor del establecimiento, dándole el dinero que nos había prestado el cura, haciendo gestos con la cabeza de agradecimiento, aquel señor se alejó del hotel con suma facilidad.

No tuvimos escapatoria, haciéndonos confesar Don Antonio aquella misma mañana, para salir directo al Altar donde se encuentra la estrella en el mismo lugar que nació Jesús: El niño de Dios. Y como tardamos toda la mañana en visitar aquel lugar y las postrimerías del mismo; ya que fuimos a esconder un ruego que hicimos entre unas piedras, pasaron varias horas en ejecutar y ver todo lo que teníamos que hacer y observar en esos lugares Sagrados.

Si tardamos fue porque nos fijábamos en las gentes, en los gestos y en todo lo que hacían, estuvimos en esos sitios mirando para una parte, para la otra; y así toda la mañana, sin querernos ir de aquel sitio tan atractivo.

Por la tarde, preludio de volver otra vez a nuestra casa, nos dispusimos a dar unos paseos por las atractivas calles de esa Ciudad, y al marchar a poco tiempo en grupos nos despistamos del resto de las personas de ese grupo. Pero con todo y eso no nos dio repelo para nada, siguiendo nosotros dos, Lucía y yo, visitando las calles y sus tiendas.

Y como nos habíamos alejado un poco de la periferia de La Ciudad, Lucía se sentó en una piedra que había en el mismo lugar donde nos encontrábamos, haciéndome indicaciones con la mano para que yo me sentase también; ya que cabíamos los dos en la misma piedra, por ser de tamaño considerable.

Lucía hacía gestos como nunca la he visto yo de hacer; pues hasta se mordía los labios y hacía muecas con la cara, no sabiendo yo a qué venía tales gestos. No, no lo sabía y se lo tenía que preguntar; pero no hizo falta alguna que yo se lo preguntase, que ella me lo dijo en dos palabras.

LUCÍA -. ¿Cuanto tiempo salimos juntos?

MIGUEL -. Más bien, vamos y venimos de un sitio a otro, o visitamos tal o cual evento.

LUCÍA -. Pues eso: que vamos y venimos a cualquier sitio junto.

MIGUEL -. No me acuerdo: Mucho tiempo hace ya de eso.

LUCÍA -. ¿Y todavía no hemos hablado de nosotros dos?

Sí, si comprendí lo que me quería decir Lucía con aquella conversación, pero yo me hice el despistado: Así no contestaría y no daría pie a que se formalizase aquella relación, que tenía visa de quebrar en cualquier momento, debido a las muchas renuncias que la había cogido yo a Lucía, en el tiempo que estábamos paseando la calle, ella y yo, a solas. Pero la chica no cesaba en hablarme sobre el tema, como queriendo que yo me implicase en dicha conversación; pero yo no daba mi mano a torcer, no la contestaba nada a sus preguntas; hasta que levantándose y dando una gran voz enorme repuso en aquel preciso momento de agobiada espera para ella.

LUCÍA -. ¿Es que no me quieres?

MIGUEL -. No es eso.

La hacía señales con las manos para que se volviese a sentar en la misma piedra, a donde yo estaba sentado, y lo hablásemos con más calma aquel tema. Diciéndola: Que

tal vez lo que nos había pasado en la noche anterior y lo que nos estaba pasando en ese mismo momento lo sabría el pueblo, nada más que llegase la expedición al mismo.

LUCÍA -. ¡Qué pueblo!, ¡qué pueblo!: Si nosotros no hemos hecho nada.

A mi parecer Lucía quería decir que no habíamos hecho nada bueno llegando a Tierra Santa; pareciéndome mentira que no comprendiese ésa chica dónde empieza lo bueno y dónde termina esos actos buenos, para saber cuando comienza lo malo. Ahora sí que me había dado cuenta de que a Lucía la pasaba algo dentro de sí, que debía ser tratada por el especialista.

No tardé mucho tiempo en ver a Don Antonio llegar a donde estábamos nosotros a paso ligero y como asustado; con un agobio en todo su cuerpo, que parecía le iba a dar algo a ése cura.

DON ANTONIO -. Sois peligros: No se os puede llevar de viaje a ninguna parte del Mundo.

Aquello lo decía el cura, con todo el sentimiento del mundo, ya que él creía nos había pasado alguna cosa mala. Pero nada más lejos de aquella realidad, que se había formado el cura en su cabeza.

Le acompañamos al cura a donde se encontraban las gentes del pueblo, esperándonos en una calle estrecha y como rezando. Y nada más vernos aquellas gentes hacían gestos con la cabeza, como no dando su consentimiento favorable a lo que nosotros dos, Lucía y yo, habíamos hecho en la noche pasada y en ese preciso momento, que íbamos para ver dichas calles.

Me pareció que las gentes de mi pueblo estaban hablando de nosotros dos, Lucía y yo. Por las muchas miradas que nos echaban de desaliento al haber acometido aquellos actos sin haberlos pensado. Y sí; tal vez no los habíamos pensado, por eso había salido corriendo Lucía la noche anterior, buscando algo diferente en su vida para poder hablar de ella una vez llegase al pueblo. ¿Pero, y lo de ahora?; aquello sí lo había pensado Lucía, el quedarse a solas conmigo para poder hablar de nosotros mismos.

Yo duré poco tiempo en el pueblo; pues las clases comenzarían al día siguiente sin esperarme a mí, teniéndome que apurar mucho por las notas tan ridículas que estaba sacando en los exámenes parciales: Que si eso siguiese así, no podría hacer ninguna especialidad en medicina.

Duré poco, como digo; pero lo bastante para saber que todo el pueblo hablaba de nosotros dos, de Lucía y de mí, con la suficiente soltura de sabernos unos cara duras y unos pillines de cuidado. Y antes de marcharme me habló mamá sobre el tema que estaban sacando las gentes del pueblo sobre dicho viaje.

Tuve la ocasión de decir a mamá toda la verdad de lo que me había pasado en el viaje que hicimos a Tierra Santa, viendo en mis palabras mi mamá que yo no había tenido la culpa de habernos escaqueado por la noche de nuestro hotel, ni tan siquiera habernos perdido en el paseo que había formalizado el cura por las calles de aquella preciosa ciudad, y entrañables sitios de pasión bíblica. Que si tuviese la suerte de volver a viajar a esos lugares de pasión lo haría de buena gana.

A los pocos día de estar en La Capitalísima Ciudad llamó mi mamá a Matilde, con la sola idea de saber algo sobre mi amistad con Lucía; diciéndola Matilde que ella sabía lo que yo solamente la decía; pero por mi carácter se deducía que no estaba muy a gusto con aquella chica, introvertida a más y mejor, dominante como ninguna y sin pensar en los actos que hacía.

Así se lo dijo por teléfono Matilde a mi mamá un día que la llamó al piso donde vivía dicha chica y así me lo contó Matilde sin omitir ni una sola coma de la conversación que sostuvo con ella, aquel día por teléfono.

Yo creo que también estaba enterado mi papá de toda aquella historia; pues cuando mi mamá me exoneró delante de las personas del pueblo diciendo que, no había sido yo el inductor para que saliese Lucía del hotel en la peregrinación que hicimos a Tierra Santa, que fue totalmente al revés que todas las personas se habían creído en el pueblo: Sentándola muy mal a la madre de Lucía, que formó una orquestación en todo el pueblo, de que yo era el que inducía a su hija para hacer y deshacer todo lo que a mí se me ocurría.

Pues miren ustedes lo que se me ocurrió en aquellas fechas fatídicas sobre los preludios que acarrearon dichas salidas con Lucía en varias veces que fui detrás de ella para que no la pasase nada, ya que ni siquiera la contestaba a las cartas que me escribía a mi piso. Yo quería que supiese me encontraba enfadado y no deseaba saber nada de ella, por más que me escribiese Lucía.

Creo que aquellas relaciones, entre Lucía y yo, estaban terminando mal, pero que muy mal; debido al mucho desatino que tuvo dicha chica para acometer aquellos hechos, a expensas mías.

Yo veía a Matilde como más serena, como si estuviese ganando ella alguna contienda; no sabiendo yo qué clase de contienda sería la que estuviese ganando, y contra quién la ganaría. Hasta que me habló Rogelio, una mañana, al acompañarme a clase aquel día de primavera.

ROGELIO -. Estamos llegando al final de nuestros estudios, por este año.

MIGUEL -. Lo estoy presintiendo.

ROGELIO -. ¿Y qué?

MIGUEL -. Si esto sigue así, me veo repetir alguna asignatura.

ROGELIO -. ¿Por qué no pides revisión de los hechos que acometiste aquel día en la ciudad donde estudiábamos?

MIGUEL -. ¿Tú crees?

ROGELIO -. Pues sí.

MIGUEL -. ¿Y para qué va a servir?

ROGELIO -. Para nada en tu vida; pero sí en tus estudios.

Pensé bien lo que me había dicho mi condiscípulo Rogelio, que estaba a vueltas con aquello que me concernía; ya que sabía mucho más que yo de mi vida, que yo mismo. Y si él me había dicho, que no serviría para nada en mi vida, pero sí en mis estudios; era porque esperaba que se produjese un acto compatriota con respecto a mi persona, dejándome estudiar en paz, al saber la realidad de los hechos.

Yo no estaba muy seguro de que se fuese a producir; pues había sido inducido por un acto meramente diplomático: Pero me confundí. Allí no había habido la presión de ninguna mano diplomática; por lo tanto comenzaron a irme mejor mis estudios, revalorizándome mis exámenes con mejores notas.

Pero eso sí; había sido decisión del claustro de profesores que yo trasladara mi matrícula a otra Universidad, dentro de otra Facultad, donde yo pudiese seguir mis estudios; ya que al parecer era un buen estudiante.

Pudiéndome dar cuenta, que lo que hice en La Capitalísima Ciudad también lo había podido hacer en aquella otra Ciudad, donde yo estudiaba; cosa que no se me ocurrió, al no saber que la decisión la habían tomado mis profesores, no por consejos de

alguna influencia exterior. Pero ya me encontraba en otra plaza, habiendo arrastrados a mis condiscípulos a ella, con idea de seguirme ellos a donde yo fuese.

Me tenía que recuperar y tomar fuerzas de flaquezas en mis estudios, si quería aprobar la mayoría de las asignaturas, y para ello no dejé ni un solo instante de estar frente a los libros estudiando; era así tanto, que si quería verme Matilde tendría que ir al piso donde yo vivía, que era cerca de donde vivía ella.

Un sábado que salieron mis condiscípulos a disfrutar aquella noche de ensueños, sonó el timbre de la puerta, yendo yo abrirla para encontrarme en el quicio de la puerta a Matilde.

MIGUEL -. ¡AH!; eres tú.

MATILDE -. Te vengo a ver.

MIGUEL -. Estoy solo en el piso.

MATILDE -. No te preocupes, que no pasaré.

Malos años, para que una señorita pasase a un piso donde estuviese solo el chico; no, no pasaba la que se apreciase, que eran la mayoría de las chicas de aquel tiempo, y así estuvimos hablando, en el umbral de aquel piso, como unos diez minutos; pues si acaso tardaba más la chica de despedirse del chico ya estaba siendo señalada.

Cuando supo Matilde que había aprobado química clínica, volvió para darme la enhorabuena por aquel fenómeno prodigioso que había logrado al estudiar mucho aquella asignatura; pues hasta en la misma radiología había sacado buena nota: Aquel era el camino para poderme graduar en alguna rama de la anatomía.

La faltó tiempo a Matilde para llegar a mi piso y darme un abrazo, sin saber lo que hacía por haberme sacado aquellas notas tan buenas; pues, según ella, yo era un

buen estudiante, siendo totalmente receptivo para asimilar las materias. No sabía lo que iba hacer aquella chica de la alegría que tenía metida en su cuerpo al saber que yo estaba obteniendo notas en mis estudios.

Daba saltos alrededor de mí, Matilde, alegrándose como si las notas las estuviese sacando ella, así que aquella chica tenía todo a su favor con respecto a mi amistad; hasta el punto que yo me aconsejaba de ella y ella de mí en todas las decisiones que tomábamos: A parte que la llamaba mamá por teléfono con frecuencia. Parecía que se estaban haciendo buenas amigas, mamá y aquella chica tan modosita, tan sensible, tan buena para mí y tan noble de corazón.

Un día me encontraba estudiando en el salón de la casa, por haberse ido mis condiscípulos al gimnasio, sonando el timbre de la puerta y cuando la abrí, ¡OH!, sorpresa: Se encontraba allí mi mamá con Matilde. Ya había ido antes mi mamá para buscar a Matilde: Algo significaba aquel impulso que había hecho mi mamá, para buscar a Matilde antes de verme a mí.

Llegó alegando, mi mamá, que había recalado en La Capitalísima Ciudad por motivos de tenerse que comprar un vestido para asistir a la boda del hijo de un compañero de papá; lo malo era que el doctor Garrido tenía que agenciarse otro traje, no dándole tiempo para llegar a la gran Ciudad y agenciarse el traje que llevaría a la boda: tal vez se lo compraría en La Ciudad más cercana.

Mamá quería saber en las asignaturas donde estaba yo más flojo, diciéndola enseguida Matilde que era en química clínica y en farmacología; aunque en esta me estaba recuperando, siendo en general buenas las notas parciales que me sacaba en mis exámenes: No se tenía que preocupar para nada mi mamá, ya que si seguía sacando aquellas notas podría especializarme en alguna rama de la anatomía como yo quería.

Todo se lo dijo Matilde a mamá, no hizo falta que abriese yo la boca para nada; ya que dicha chica me quería echar una mano, pues mis papás sabían que dicho año estaba sacando notas medianas, sin saber por que.

Y como mamá nos había invitado a cenar a todos, y al decir todos; digo a Rogelio a Sebastián, además de a Matilde y a mí por supuesto: Todos, todos fuimos al restaurante aquella noche de gala vestidos, sin esperar que mamá quisiera ir de paseo, por aquella gran urbe una vez habíamos terminado la cena.

Visitamos los atrios más ilustres de los estudiantes, aquellos donde la noche se confunde con el día; aquellos garitos donde la juventud estudiantil y la que no lo era se divertían a plena satisfacción por saberse merecedores de dicha fiesta, todos los sábados del año.

Al pasar por uno de esos garitos, oímos cantar a pleno pulmón; pareciéndome a mí reconocer dicha voz. Y cuando entramos en aquel establecimiento de bebidas exóticas, supe que no me había confundido para nada; pues era un condiscípulo mío afines a la tuna de medicina a la que participaba hacía ya tiempo.

Todos los condiscípulos se nos quedaron mirando al vernos vestidos de fiesta, como si aquel evento mereciese tales complementos en las vestiduras. Y en vez de irse, mi mamá, para ocupar una mesa que había sin gentes en el interior del establecimiento, se sentó con todos en reunió.

No cabía duda alguna, mi mamá quería recabar información sobre la chica que yo estaba acompañando aquella noche; sacándola para que no hubiese confusión alguna de que la chica que decía mi mama era Matilde, ya que todos ellos la tenían delante de sus ojos.

Fue inmejorable los datos que dieron de Matilde todos mis compañeros de estudios; pues hasta uno de ellos, el más tirado hacia delante, la dijo que sino se hacía

novio conmigo, él mismo la pediría la mano: Por ser reflejo de su propia madre en cuestión.

Y así como a las dos horas, repuso mamá que nos marchásemos a nuestros pisos para poder descansar, y levantarnos al día siguiente como nuevo.

ROGELIO -. ¿No es muy pronto, señora?

SEBASTIÁN -. Nosotros nos recogemos más tarde. Disfrutamos de plena fiesta en fin de semana hasta altas horas de la noche.

MATILDE -. Yo me voy; puesto que ha dicho la mamá de Miguel que se quiere marchar para poder descansar y estar despejada mañana para su marcha.

ROGELIO -. Nos marcharemos; ya que hemos venido acompañándola.

La quedamos en el hotel que ella nos indicó, siguiendo nuestro camino nosotros cuatro hacia los bloques donde se encontraban nuestros pisos, no sin antes haberla llevado yo a Matilde hasta la puerta de su bloque. Despidiéndome de ella afablemente; pues la di un beso en las manos, al tiempo que comenzó a mirarme Matilde con ojos tiernos y mirada serena: Como pareciéndome que me aceptaba aquel beso de gloria para ella, y sintiendo algo por mí.

¡Qué noche!, ¡qué noche!; la de aquella noche. Duró poco nuestra correría por los chiringuitos de aquella bella urbe, pero fue intensa, muy intensa.

Una vez que se fue mi mamá al pueblo yo seguí estudiando como siempre, con ahínco y con esa perseverancia en mis estudios que me daba el saberme estudioso en alguna rama de la anatomía humana. Pues si seguía sacando aquellas notas, sí podría hacer el doctorado en cualquier rama de anatomía.

Matilde había ido para ver al médico de la mujer; no diciéndomelo ella, pero yo me enteré por boca de una de sus compañeras de piso una vez que me la crucé en la calle, parándose conmigo para contarme el mal que aquejaba a Matilde: Que no era otro, más que una menstruación prolongada sin saber las causas.

Inmediatamente hice por ver a Matilde, sin contarla quien de sus amigas del piso me lo había dicho; quedándose como cortada dicha chica al saber yo la enfermedad que la aquejaba. -. Eso no se cuenta -. Así respondía Matilde, toda ella colorada, al saber que me habían dicho la enfermedad que tenía ella.

Me empecé a preocupar por Matilde: Una chica buena y sencilla, noble como ella sola, e indefensa ante los avatares de la vida. Y de vez en cuando la preguntaba por su problema indiscretamente, así, para que nadie supiese de qué la estaba preguntando. Hasta que un día me llegó una compañera de piso alertándome que Matilde se encontraba en observación en el hospital. Salí rápido para el hospital, ya que en el centro de la gran urbe no había otro más que a donde yo me dirigía en esos precisos momentos.

No la pude ver a Matilde por estar en la sala de observación, pero sí pude enterarme que se la había cortado la hemorragia; quedándome yo más tranquilo por aquella noticia que me dio el doctor.

A los dos días sonó el timbre de la puerta y cuando la abrí vi delante de mí a Matilde, con la cara pálida y blanca a la vez, como si la faltase la sangre totalmente; estando toda ella débil, muy débil, como si la faltasen las fuerzas y no pudiese resistir de pie mucho tiempo.

La entré en el piso y la senté en un sillón que teníamos en el salón para poderla ver mejor y poder hablar con ella sobre su enfermedad.

MATILDE -. No te preocupes; esto es normal en la mujer que ha sufrido dicho episodio patológico.

Sería normal aquello, aunque ya lo sabía yo; pero si a caso tiene una enfermedad algún pariente de uno o una persona conocida, se sufre mucho más: Eso fue lo que me pasó a mí, que se me encogió hasta el corazón al saber lo que la podía pasar a Matilde si acaso no se la cortaba la hemorragia.

Yo la preguntaba, siempre, a Matilde si con el tratamiento que la había mandado el doctor se había curado, y ella me decías que sí; tal vez para que no me preocupase mucho o poco, ya que Matilde era una fiel cumplidora en sus estudios y posiblemente olvidaría algún día tomarse la dosis que la había mandado el doctor en su auscultación previa.

Pero, con todo y eso, yo veía que estaba saliendo de su enfermedad Matilde; pues la había vuelto el color a la cara, ya estaba más rosada aquella piel suave de su faz, miraba con ojos más serenos y se la veía menos preocupada que cuando estaba en todo su apogeo la enfermedad que la aquejaba.

Tenía síntomas de estabilizarse su cuerpo y sus hormonas; así que a mí también me entró el descanso en todo mi cuerpo, al ver a Matilde ser una vez más una mujer cabal y con toda la fuerza que la daba el cuerpo. Y para que no hubiese dudas la pregunté por su estado anímico en el que se encontraba dicha chica.

MATILDE -. Me encuentro muy bien; no tienes por qué preocuparte.

Y para saber qué fuerzas tenía en su cuerpo, ya que yo sabía no había vuelto ir a

La consulta del doctor, la hice caminar como un kilómetro y medio por las calles adyacentes al paraninfo de La Universidad.

Matilde estaba refortalecida por el tratamiento que la había puesto el doctor, pero todavía no se debía confiar mucho; ya que un decaimiento en su enfermedad seria grave. Viéndola yo con sus fuerzas necesarias como para llevar una vida normal, dentro de su pequeña existencia en el Mundo.

Apretaba cada vez más en mis estudios, estudiaba hasta la extenuación sin tener noche ni día; así que cuando llegaron las evaluaciones finales y los exámenes finales, con los ejercicios finales saqué una nota que no me lo esperaba de buena: Eran todas de notables para arriba.

Ahora sí que podía celebrarlo con mis condiscípulos, llamando un día a Rogelio, Sebastián y a Matilde para que me acompañaran a celebrar mis buenas notas; pese a que Rogelio había cateado una asignatura, creyéndose la aprobaría en Septiembre, si hubiese exámenes; oyéndose en aquellos días, que tal vez quitarían los exámenes de Septiembre.

Como mi mamá me había mandado dinero, los invité a cenar aquella noche de regocijo para mí, y de preocupación con respecto a Rogelio; pero nada dificultó él para que celebrásemos por todo lo alto la fiesta aquella noche de ensueño y de primores, ya que esos notables y sobresalientes me daban el pase para presentarme a la especialidad de lo que yo quisiera.

No había despertado muy bien, cuando se presentó en el piso Matilde acompañada de mi mamá, con la sola idea de llevarme aquel verano a la casa de tía Juana, en un pueblecito alejado de donde nosotros vivíamos: Más bien en una finca de campo, en donde se hacían innumerables trabajos de agricultura. No esperando yo que mi mamá se hubiese decidido llevarme a dicho sitio de campo.

Quise contactar con Matilde, pero en ningún momento se separó mamá de dicha chica; ya que Matilde tendría que saber el por qué me llevaba mamá a ese sitio tan alejado del pueblo, y sobre todo con tía Juana; ya que no la había visto desde hacía dos años por lo menos.

Mi tía Juana, es bien sabido que vivía en La Ciudad donde yo me fui a estudiar, alojándome en su casa todo lo bien que pude, pero había cambiado su domicilio al heredar una tierra de su difunto marido; ya que no tenía parientes ninguno y se lo había quedado toda la herencia a su señora, a mi tía Juana.

No era yo muy de campo de modo que no sabía lo que hacía allí; pese a que mi tía Juana tenía bodegas enormes y vendía un buen vino, como así también cosechaba unas buenas uvas, y no quedaba ahí todo, que con una manada de vacas que tenía se gestionaba todo el avituallamiento de su casa con la venta de la leche. Así mismo tenía algarrobos, nogales y castaños; más castaños que nogales, haciendo unos dulces de ese fruto seco que endulzaba el paladar a toda la persona que probaba del mismo.

Serpenteaba un río por entre la finca, que era una delicia; aunque a un arroyo le llamaban río y en general así lo recogía la geografía española. Como río.

Yo no hacía más que pasear por aquellos campos, para retirarme un poco más y poder subir y bajar montes y montes; ya que la orografía de aquel terreno solamente costaba de montes tras montes. Hasta que un día di con una alameda insuperable, pues debía estar dentro de la finca; ya que no había visto yo vaya alguna que separase dicho terreno del de otra persona. Y cuando llegué a casa de mi tía Juana la pregunté por aquella alameda, diciéndome esta que correspondía a la finca; sacando buenos dineros en la poda y tala de esos álamos. No sé conque idea me dijo mi tía aquello de, que sacaba buen dinero: No lo sé ni lo quiero saber; si era tal vez buscando herederos. Pero que no mirase para mí, que yo no era gustoso con quedarme con aquella finca para

nada, pues, como he dicho, el campo no me gustaba mucho. Un poco sí que me gustaba, en cuanto se podía pasear por el, eso nada más.

Cuando me cansaba repasar mis asignaturas, y el concepto, en general, de todo lo que había estudiado hasta la fecha, me iba a dar unos paseos por el campo hasta la hora de merendar. Parecía como si fuese un completo labriego al verme con los pantalones raídos y a veces rotos por el matorral que había en el campo, otras veces se me presentaba a la vista un suelo verde y precioso, que daba ganas de quedarse allí todo el día contemplándolo.

A mí me tenía mamá en casa de tía Juana hacía ya bastante tiempo, de modo que comencé a sospechar algo, pero me lo callaba; pues iba en ello la felicidad de mi vida, no queriendo decir a mamá que tenía ganas de ver a los amigos del pueblo, los amigos de la infancia. Pese a que yo entraba de vez en cuando en el lagar para ver embasar el vino en las botellas, sacándolas de las barricas y pese a que yo andaba por toda la finca a modo y manera; pero siempre existen las fibras del corazón atrayéndote hacia las personas conocidas.

Llevaba tales pensamientos aquel día por un camino que a penas cogía un coche cuando vi llegar un vehículo hacia mí, parándose a pocos metros de donde yo me encontraba, viendo bajarse a Matilde y a mis dos condiscípulos. Yo no pude más, pero tampoco pudo Matilde; ya que iniciamos una carrera el uno hacia el otro para terminar abrazándonos efusivamente, como si hiciese años que no nos veíamos. Comenzando aplaudir mis dos condiscípulos al ver aquel acto de cariño que nos estábamos dedicando Matilde y yo.

MIGUEL -. ¿Cómo vosotros por aquí?

MATILDE -. Venimos para alertarte de una cosa.

MIGUEL -. Tú me dirás.

ROGELIO -. Tal vez te visitará Lucía y su padre.

MIGUEL -. ¿Y qué?

SEBASTIÁN -. No los hagas caso, y estate con tu tía Juana.

Miré para Matilde, que permanecía callada; como si quisiera que aquello me lo dijesen mis dos condiscípulos y no ella, para hacer más presión en las palabras, y al saber que, antes, habían pasado por la casa para saludar a mi tía Juana me monté con ellos en el coche para llegar a dicha casa antes de la merienda.

Cuando entré en el salón de la casa, ya estaba puesta la mesa como para seis comensales, que éramos nosotros cinco con mi tía Juana: Sus copas de vino bien detalladas, sus platos de porcelana noble, la cubertería bien elegida y sobretodo, el mantel; aquel mantel noblemente bordado a mano, que estaba haciendo las delicias de la mesa a la que tapaba.

Todo resultó a las mil maravillas, pera cuando fuimos a tomarnos el café y las copas quedarnos los chicos a solas hablando en el salón de la casa; ya que mi tía Juana y Matilde se marcharon para que visitase la casa dicha chica. Ya estaba haciendo de las suyas mi tía Juana; pues quería, con aquel gesto, que Matilde tomase posesión de la casa en una hora: Lo daba todo por hecho; y como Matilde era una chica prudente, se la veía como con humildad y prudencia, mucha prudencia en las formas que presentaba.

No quería Matilde pecar de larga en la conversación que sostenía con mi tía Juana, ni mucho menos creerse que todo estaba hecho; pues estaba por medio Lucía, aunque no había ido al pueblo todavía, ni sabía yo si iría algunos días en ese verano.

Se quisieron ir mis condiscípulos, juntos con Matilde; pero eran unas horas inapropiadas para salir a la carretera; así que los invito mi tía Juana para que durmiesen

aquella noche en casa, ya que había habitaciones suficiente para alojarlos a ellos. Teniendo una sobremesa agradable entre todos nosotros: Y todavía hubo tiempo para hablar de la chica de mi pueblo, Lucía.

A mí me parecía mentira que se hablase así, sin trabas en la lengua delante de Matilde: Aquello me dio hincapié para pensar que todo estaba hecho; que mamá, mi tía Juana y Matilde ya habían hablado sobre el mismo tema. Sí, ya venía Matilde aleccionada para saber lo que me tenía que decir: Y claro que me dijo, que tuviese cuidado al visitarme Lucía, pues ya era bastante lo que me dijo Matilde.

A la mañana siguiente se fueron mis condiscípulos acompañados por Lucía, quedándome solo con mí tía Juana; pero ésta mujer más bien se debía a sus negocios vinícolas, a su ganado vacuno y a su castaños y nogales. Pese a que me quería mi tía Juana; pues siempre que me veía me daba un beso, con alguna que otra palabra de alivio al verme vagar solitario por la finca: Nunca me había preguntado si me hacía falta alguna cosa que yo echase de menos, ni si notaba algunas necesidades de no tener tal o cualquier cosa; parecía como si respetase a mamá y no la quisiera hacer daño en mi persona.

Aquella tarde, después de haber visitado el enorme viñedo que tenia tía Juana, recreándome en los gajos de uva tan bien formados y con tanto brillo en sus frutos por ser una uva especial, me fui a casa con la sola idea de hablar con mi tía Juana: Y como al llegar a casa estaba en ella el administrador de la finca no la quise distraer a mi tía Juana hablándola de mí, así que me retiré a mis aposentos para reflexionar mejor en lo que yo la iba a decir.

Cuando llegó una doméstica anunciándome que era la hora de la merienda, bajé las escaleras de dos en dos decidido hablar con mi tía Juana sobre mi estancia en aquella

casa: Que aunque yo me sentía a gusto en ella, no sabía las causas del por qué era esa dilatación en el tiempo para no llegar a por mí mi mamá.

No tardé muchos días en saber por qué no venía a por mí mi mamá; pues a los tres días se presentó en la finca Lucía con su padre, viniendo expresamente a por mí, sin decírselo a mamá. Tía Juana se quedó perpleja al ver aquel impulso que hubo tenido aquella chica tan extrovertida, en formas y en hechos, para llegar diciendo que me llevaba con ella al pueblo; que era allí donde yo debía estar.

No solamente tomaba fuerzas la decisión de aquella chica, si no que también tomaba fuerza la decisión del padre; ya que subió a mi cuarto obligándome hacer las maletas cuanto antes, pues nos íbamos al pueblo.

SR. PACO -. Me llevo al chico al pueblo: No se hable más.

Yo no era muy gustoso de que aquella decisión la tomaran los padres de Lucía, con ésta misma chica, y mientras más avanzaba el coche, más nervioso me estaba poniendo; preguntándolos a los dos por el itinerario del coche.

MIGUEL -. ¿Dónde vamos?

LUCÍA -. ¡Tú a callar!

¡Ay madre mía!; ahora sí que supe cómo era Lucía. Dominante como ella misma; no dando su brazo a torcer.

Y así fue cómo llegué al pueblo aquel verano tan bonito para mí; ya que lo único que había hecho era dar paseos por el campo en aquella finca, viendo viñedos, con esas parras tan frescas y esos gajos tan enormes que parecía decirme: Cómenos.

Pero mi tía Juana ya había alertado a mamá de que yo iba a llegar al pueblo en unas horas, a través de la centralita telefónica de La Ciudad, estándome esperando mi mamá en el quicio de la puerta, sin querer salir de ella; para que no sospechase nadie nada, por si acaso aquella decisión que tuvieron padre e hija se abortaba.

Pero qué va: Llegué a mi pueblo en el coche del padre de Lucía, acompañado de ésta chica; y cuando me bajé del coche todas las personas que había en la calle se quedaron mirándome, como si yo fuese un bicho raro. Y hasta hacían gestos de no estar conformes con lo que habían hecho el padre y la hija, no aceptando que me trajesen a la fuerzas aquellas dos personas; pues como ellos decían, el amor no se impone, tiene que venir por sí solo.

Aquel acto, impropio de una persona humana, sentó muy mal en el pueblo; ya que éramos la comidilla de todas las gentes, estábamos en boca de todas las persona de aquel pueblo. Comprendiendo ahora, las gentes de aquel pueblo, que el cariño se me estaba imponiendo a la fuerza; no sabiendo yo si al que achacaban la falta de voluntad para hacer y querer era a mí, o tal vez las gentes del pueblo se había dado cuenta de la manera de ser de Lucía.

Enseguida vinieron mis amigos de la infancia para saludarme, con sus respectivas novias; pues ya se habían hecho novios oficiales todos ellos. Y según mis mismos amigos, yo también era novio: No sabiendo si era oficialmente o que el pueblo me lo achacaba de esa manera.

Mientras mis amigos de la infancia me estaban dando la bienvenida, yo me estaba dando cuenta que mis papás estaban discutiendo en la puerta de los papás de Lucía con aquellos señores, que se habían atrevido a traerme sin previo aviso, ni consentimiento de mis papás.

Tanto llegó el acaloramiento a tal fin, que se estaban oyendo lo que se estaban diciendo los padres de Lucía y los míos propios; hasta tal punto que comenzamos a oír, entre todos los que presenciamos la escena, algunas voces mal acompasadas. Así que decidí ir al lugar donde se hablaba en voz alta para poner remedio en aquella pequeña contienda que estaban sosteniendo los padres de Lucía con los míos.

SRA. MARTA -. ¿A dónde vas tú?

Ahora sí que sí; pues sin ninguna contemplación me estaba despidiendo la madre de Lucía de aquel sitio, donde se acometía aquella acalorada conversación entre mis papás y los padres de Lucía.

Desde luego, en manos de esa familia parecía yo un pelele, más bien un payaso de circo que se le maneja a modo y manera de cómo quieran los titiriteros. Y yo no era ningún bufón para que se rieran de mí aquella familia, y con ellos todo el pueblo; pues estaba estudiando una carrera y me debía a ella, no dejándome avasallar por las criticas del pueblo.

Pero si era que me sacaba Lucía arrastra de mi casa, no teniendo yo agrado alguno para salir con ella de paseo; pues el pueblo sabía de nuestras relaciones, impuestas a base de opresión por parte de los padres de Lucía.

Salimos; claro que salimos Lucía y yo una tarde para dar un paseo por las calles de aquel pueblo, para que nos viesen todas las gentes de la misma localidad: Y vaya que si nos vieron. Nos vieron discutir en plena calle muy acalorados el uno con el otro; al saberme yo dominado por aquella familia, que en vez de darme su cariño me daba sus ordenes sin contemplación; no yendo yo muy agradable paseando con Lucía por las calles de nuestro pueblo.

Veía reírse a las gentes que nos cruzaban y con todo y eso yo marchaba cerca de Lucía, para que no hubiese dudas algunas de que la estaba acompañando por aquellas calles, hasta que nos encontramos a los demás amigos sentados en un banco de una de aquellas innumerables calles, como hay en aquel pueblo.

Se los veía en la cara a mis amigos de la infancia como un cierto temor, de que aquello iba a salir mal, pero que muy mal; al no tenerla yo ese aprecio que se debe tener a la compañera que tienes al lado. Ellos lo veían así y yo también; por la compostura que tenía Lucía con respecto a mi persona: Dominante sobre todo y mandona como ella sola.

No hicimos nada en especial aquella tarde, nos limitamos a estar todos sentados en corrillo para poder hablar mejor entre nosotros; yéndonos a casa a una hora prudencial, no más de las diez de la noche, y eso que era verano.

Yo no sabía lo que hacer, cuando me vi metido en mi casa a una hora temprana de la noche: Oía la radio, veía la televisión, leía un libro y un sin fin de otras cosas como las que tenia yo a manos: Pintar un cuadro, escribir un libro.

En ningún momento me encontraba ocioso dentro de mi casa; no, para nada, ya que el mejor placer era estar atareado en algo, en algún trabajo manual o intelectual; y ahí estaba yo, en ese maremagno de hacer tal o cual cosa, tal o cual manualidades en mi vida vacacional: Ya que si yo me veía parado, mi Espíritu tomaría el concepto de no hacer absolutamente nada, mermando mi intelecto sobre todo.

No sé por qué; pero aquella mañana me levanté pronto, muy pronto; como presintiendo un algo que iría a pasar en mi vida: Y vaya que si pasó; pasó que llegó Matilde con mis dos condiscípulos a mi casa, saludando a mi mamá y preguntando por mi papá para luego buscarme a mí en mis aposentos. Dijeron de salir, y salimos todos juntos a dar un paseo por las calles de aquel pueblo.

Les estaba gustando mucho a mis condiscípulos mi pueblo; ya que era un pueblo pequeñito pero lleno de atractivos en sus casas y en sus calles. Sus gentes acogedoras y su manera de ser frescachona: Formaban un conjunto maravilloso de formas aquellas gentes de mi pueblo.

No tuvimos más remedio que pasar por la calle donde vivía Lucía, viéndonos a través de las ventanas, elevando el visillo de las mismas para que supiese yo que nos había visto pasar; y no solamente se conformó con eso, que salió a la puerta llamándome a voces.

Y como en el grupo, que íbamos paseando por las calles, no había otro Miguel más que yo, tuve que contestar a Lucía con un: ¡EH!; mal dado. Molestándola mucho a Lucia aquella interjección, con la que yo la había contestado. Parecía como si yo la quisiera decir: Márchate ya.

¡UF!; con la furia que recibió aquello Lucía, si parecía un torrente de voz mal acompasado: Ya que aquella chica se había dolido en sus entrañas por el saludo tan apelativo con que yo la había saludado en aquella bella mañana.

Se vino derecha hacia donde se encontraba Matilde y sin mediar palabra alguna agarró de los pelos a Matilde tirándola al suelo, sin ninguna clase de contemplaciones y sin que Matilde lo pudiese remediar.

Menos mal que allí nos encontrábamos nosotros, pues si no hubiese pasado lo peor que se puede uno imaginar. Pues rodando por los suelos vimos a aquellas dos chicas tan celosa de mis cariños; y mis cariños todavía no había dicho ni una sola palabra para que se portasen así aquellas chicas.

Las separamos. A duras penas, levantándolas del suelo para que se pudiesen ver cómo habían quedado de harapientas y llenas de polvos al rodar por los suelos. Andrea sacó de su bolso un espejo para que se pudiese mirar Lucia y cuando se vio de tal guisa

salió corriendo hacia su casa; cosa que no la tuvimos que dejar hacer; pues en aquella acción que hizo atrajo el interés de su madre, saliendo a la calle como una flecha y con más orgullo que nunca. Que, ¿quién se atrevía hacer de menos a su hija?; una niña estupenda donde las hubiese. Que -. ¿Quién era la guarra que se portaba así con su hija?, que la quería ver. Y así un sin fin de improperios inculturales como para tener los oíos tapados, para no oír tales disparates.

SRA. MARTA -. ¡Guarra!; que es una guarra la que está haciendo de menos a mi hija.

Así se expresaba a voces, en la misma calle, la madre de Lucía; sin tener cuidado de las gentes que la estaban oyendo en plena calle; no asustándonos nosotros solos, pues también se asustaron todos los transeúntes que cruzaban dicha calle, donde se encontraba la madre de Lucía.

¡Qué bien!; pero que bien se estaba significando aquella señora en todo el pueblo; pues la habían oído muchas gentes de aquel pueblo, y la que no la había oído lo sabría de pleno, porque se lo contaría la persona que lo había oído.

Ya sabía todo el pueblo lo que pasaba; hasta el carácter fuerte que tenía la niña, que ¡vaya niña!. Pero con todo y eso, seguí saliendo con Lucía hostigado por Matilde, al decirme de que aquella urbe era un pueblo y no dejaría pensar de otra manera más que como pueblo. Bastante me dijo Matilde en aquel día; pues la comprendí todo lo que ella me trasmitía con aquello de, -. Que era una urbe pueblerina -.

Tenía que tener yo mucho cuidado con lo que iba hacer a Lucía en mi pueblo; pues nunca más la saldría novio en dicha urbe, por la manera de pensar de todas las gentes de ese pueblo.

La dejaría, o no la dejaría; esa era la cuestión, pues si la dejaba la hundiría para siempre en el olvido del cariño y de la alegría de tener hijos: ¿Qué hacer?; no sabía lo que hacer, debatiéndome en un mal de lágrimas al saberme secuestrado por aquella familia de poco entendimiento.

Llegaron las fiestas del pueblo y con ellas un sinfín de atracciones, cada cual más apetitosa para deleitarse en ella: Sus chiringuitos de trecho en trecho y sus actos religiosos, en donde Don Antonio nos tomaba como suyo para no dejarnos hasta que se terminasen las fiestas; ya que cada día había algún acto en La Iglesia, cuando no se celebraba una procesión, teniéndonos como apoyo y ayudantes aquel cura.

Habíamos celebrado una procesión aquel día, cuando se nos ocurrió irnos al campo para dar un paseo por el, con todo y eso que estábamos vestidos de galas, como de día de fiesta. Siendo un camino llano, al principio; para volverse más pedregoso mientras más avanzábamos por el, hasta el punto que nos estábamos perdiendo los unos de los otros por la espesura de la flora.

Nadie decía nada, ni tan siquiera una voz más alta que la otra para saber dónde nos encontrábamos en ese momento de agobio y desatino para nosotros: Era como si mis amigos de la infancia supiesen muy bien donde se encontraban en cada minuto; pero yo me encontraba perdido en medio de aquel frondoso bosque de meigas, a mi parecer.

Sería mejor no avanzar más por aquella espesura, y así se lo iba a comunicar a Lucía cuando la vi que al dar un paso caía por un precipicio, emitiendo unos quejidos de espanto. Yo me asomé, separando el follaje de los árboles y la espesa capa de hierba que había en aquel sitio, viendo un panorama poco agradable para mi vista.

Lucía se quejaba amargamente de un tobillo, ya que como ella me decía no tenía nada roto, solamente era un esguince.

Pero con todo y eso no podía dar un paso en aquel terraplén donde estaba sumida en desesperación Lucía; pero ni tan siquiera podía ponerse de pie. ¿Qué hacer?, si yo me encontraba solo en aquel declive peligroso: Pues si intentaba llegar a donde se encontraba Lucía tenía que ser como lo había hecho dicha chica, dando vueltas por el resbaladero de rocas que había hasta llegar abajo de dicho terraplén.

Comencé a pedir auxilio a voces y al cabo de un buen tiempo me contestaron los amigos de la infancia, diciéndome que era dificultoso el paso a donde nos encontrábamos nosotros, pero que irían al pueblo a pedir ayuda a los agricultores de la misma urbe; ya que se las saben todas.

Yo la daba ánimos a Lucía para que estuviese tranquila, ya que se aproximaba la noche; pues cada vez se veía menos y desde luego terminó por no verse nada: La noche nos acompañaba en aquellas horas intempestivas de tanto sufrimiento, como tenía Lucia por su esguince de tobillo.

Comencé a pensar que no fuese solamente un esguince de tobillo lo que tuviese Lucía; pues la chica no se podía poner de pie por dolerla mucho, contra menos dar un paso hacia delante. Pero presentía el miedo que estaba pasando Lucía al encontrarse sola en aquella pequeña planicie formada por el saliente de la gran roca donde había caído dicha chica.

LUCÍA -. ¿Y los lobos?

MIGUEL -. Me visitarán antes a mí que a ti. A donde te encuentras tú no bajan los lobos.

Así hablábamos ella y yo, al ver que la estaba entrando un miedo enorme a Lucía por verse sola a diez metro de donde yo me encontraba.

Ella quería verse en mis brazos, que yo la abarcase todo su cuerpo con mis brazos para sentirse protegida; porque eso sí, Lucía tendría tal o cual carácter fuerte, pero confiaba en mí de todas por todas.

Yo no la quería dejar hablar a Lucía para que se sintiese protegida, pese a los metros que había de separación entre ella y yo; y así como a altas horas de la noche sentimos el ruido del motor de un camión quedándose el comienzo en la cuesta por donde subimos: Tal vez la espesura no dejaba subir al camión hasta donde yo me encontraba. ¡Qué va!; no podía subir aquel camión hasta donde yo me encontraba debido al mucho matorral y al mucho follaje que tenían los árboles.

Llegaron dos hombres con unas cuerdas enormes, parecidas a maromas, atándosela uno por la cintura para comenzar a bajar por aquel terraplén tan escarpado como había en aquel lugar. Cuando bajó el señor que se había atrevido a escalar en aquel sitio tan repentino, nos hacía señas con la mano; como que algo malo la pasaba a Lucía, pues según aquel señor no solamente tenía un esguince en el tobillo si no que se la notaba el pie partido.

Poco a poco fueron elevando hacia arriba a Lucía entre otro hombre que había llegado al siniestro lugar y el que estaba antes; ya que el señor que había bajado la había atado la cuerda a la cintura, tirando de ella los dos señores que se encontraban en la cima del precipicio, y a duras penas pudieron elevar a la cima el cuerpo inmóvil de Lucía; ya que no se podía mover por sí sola.

Y en una especie de parihuela, formada por dos ramas de árbol paralelas con otras tres por travesaño, bajaron a Lucía a las falda de aquel monte, lleno de matorral y tupido de ramas de los árboles. Y ¡UF!, cuando bajaron a Lucía de esa manera; no quiero decir lo que formaron sus padres al ver a su hija traída en parihuela: Que si yo la quería matar, que si no estaba a gusto con ella lo dijese y un sinfín de barbaridades más.

No dando crédito aquellos hombres a lo que estaban oyendo, y como yo no podía más enseguida repuse a lo que estaban diciendo los padres de Lucía.

MIGUEL -, ¡Señora!

SRA. MARTA -. Ni señora, ni nada.

Pero como a Lucía no se la había ido la voz, podía hablar, enseguida replicó a su madre, sentándola a ésta mal lo que la había dicho su hija.

LUCÍA -. ¡Mamá!; que Miguel no ha tenido la culpa. He sido yo, que he pisado en falso; pues se abría una grieta a mis pies y ni me di cuanta alguna.

SRA. MARTA -. ¡Qué grieta, ni ocho cuartos!. Ése te ha empujado al precipicio.

Se refería a mí la madre de Lucía, echándose para atrás todos los señores que estaban allí en ese momento; pues eran todos del pueblo y sabían muy bien, que quien me estaba empujando al precipicio era ella, la madre de Lucía, al acusarme impúdicamente.

Se quiso incorporar Lucía, como para decir ella algo y no pudo. Pero vaya si lo dijo; dijo que -. Yo era el hombre más bueno de los mortales, y que de aquí en adelante sabría agradecérmelo -. rematando con aquello de que -. Me había portado correctamente con ella, haciendo el sacrificio que ella hacía: El quedarme esperando solo en la cima de aquel declive montañoso para que no se sintiese sola -.

A mí se me ensancharon los pulmones al tomar una bocanada de aire fresco; pues el aire que tenia dentro de los pulmones era viciado, no podía seguir viviendo con el al oprimirme todo mi pecho las palabras que pronunció la madre de Lucía.

Llevamos a casa a Lucía y en unos días estaba andando con muletas por las calles del pueblo, acompañándola yo a todas las partes que quería ir dicha chica, para que no se cayese y se rompiese algún hueso más.

Cuando estuve en mi casa, al siguiente día en la sobremesa de la comida se acercó a mí mi papá con la sola idea de ver si yo la había aconsejado bien a Lucía.

DOCTOR GARRIDO -. ¿La aconsejarías bien a Lucía?

MIGUEL -. ¿No te entiendo, papá?

DOCTOR GARRIDO -. Que se auscultase ella misma para saber lo que la había pasado en su caída de diez metros.

MIGUEL -. Solamente eso y nada más.

Papá se enfadó mucho con mi pobre decisión; pues él sabía que yo ya había hecho de médico otra vez, habiendo tenido decisiones buenas y decisiones regulares en la patología de otro compañero enfermo. ¿Cómo se habría enterado de eso papá?; era inexplicable; pues cuando decidí suplantar a un licenciado en medicina fue lejos de aquel pueblo: A parte que tomé ese impulso por creerme me lo pedía mi santo deber de compañero y amigo de la persona enferma.

Cuando se retiró mi papá para iniciar su consulta en la casa, se arrimó a mí mi mamá con la sola idea de hablarme de Lucía; y al parecer ya había hablado mi mamá con Matilde, diciéndome mi mamá lo que esa chica la había dicho sin pronunciar su nombre, para no hacer que era de ella esas palabras que me estaba diciendo en aquel preciso momento. Pero no: No me creía yo que mamá estuviese doblando su brazo para en un segundo cambiar de parecer; ya que estaba admitiendo, otra vez, a Lucía. Aquella decisión tenía que ser influenciada por Matilde y por nadie más.

Como merendamos temprano tomé la decisión de ir para ver a Lucía, mejor dicho: Iría a preguntar por Lucía; ya que solo no me dejaría su madre entrar a verla, en aquellos tiempos se veía muy mal que entrase el chico solo en la casa de la chica sino iba acompañado de otra chica.

Pero cuando me dispuse a salir de casa me llamó papá para poder tener una pequeña conversación conmigo.

DR. GARRIDO -. Miguel, siéntate en el sillón un momento; quiero hablar contigo.

MIGUEL -. Sí papá, como usted quieras.

Me puso una mano encima del hombro para apoyarse en sus palabras y hacer más presión en lo que me iba a decir.

Comenzó diciéndome, que ya se tenía que ver lo bueno o lo regular que iba a ser como médico; pues si no había sido capaz de decirla a Lucía lo que tenía que hacer en su tobillo, era mejor que hiciese alguna especialización en alguna rama del saber humano en cuanto a la anatomía.

Yo le dije, que no estaba dispuesto a ver desidias humanas, respondiéndome papá que en una especialidad iría a ver más desidias todavía.

En definitiva: Que no iba a ser tan buen médico como papá, que le venían a visitar desde pueblos cercanos; por haberse corrido la voz de lo buen médico que era.

Al terminar dicha conversación; que no fue mucha, como dijo mi papá, me fui para saber cómo estaba Lucía.

Cuando llegué a la casa de Lucía me paré delante de la puerta, no sabiendo si preguntar por ésa chica o preguntarla a alguna amiga suya. Pero por fin llamé al llamador de la puerta, abriéndome su madre de Lucía con cara alegre.

No sabía yo a qué se debía tal predisposición, como la que presentaba la madre de Lucía; pero cuando pregunté por su hija, ésta me sorprendió con una respuesta.

SRA. MARTA -. Pasa hijo; así la ves.

¡Madre mía!, si me llamo hijo; no sabiendo yo a qué se debía aquel apelativo que me había dado aquella señora. Pero sin pensarlo ni una sola vez entré en la casa de Lucía con el solo propósito de poder saber algo de ésa chica.

Sin que me acompañase ninguna amiga de Lucia, entré yo solo en su casa para dirigirme rápidamente a su cuarto, viéndola tumbada en la cama con la pierna totalmente estirada.

SRA. MARTA -. Dejad la puerta del cuarto abierta.

Así lo hicimos comenzando una conversación muy grata entre Lucía y yo, comunicándonos nuestras dudas sobre las relaciones que habíamos sostenido de aquí para atrás.

LUCÍA -. ¿Me he portado contigo mal, verdad?
MIGUEL -. Unnng. . . Poco, poco.

Así la respondía yo a Lucía, con una indecisión; para que no se diese cuenta lo mucho que me había hecho sufrir con tantos nervios y tanta grandeza como había demostrado delante mi persona. Pues mi persona parecía un esclavo de sus antojos y de sus hechos, siendo un Pierrot delante de las gentes del pueblo.

LUCÍA -. Lo comprendo. ¿Pero quién te infunde a seguir conmigo?

MIGUEL -. Yo. . . (Arrascándome la cabeza y haciendo gestos no controlados con las manos).

LUCÍA -. Sí, a ti: ¿Quién es la persona que te anima para seguir conmigo?

Al no saber responderla me encogí de hombros, como dándola el palmito de que había una persona que me animaba para seguir con ella. Pero aquella chica tenía ganas de saber qué persona era la que me infundía para tal fin.

Seguí sin contestarla, y ella ponía oídos para saber la persona que me animaba para seguir con ella, y como no la contestaba hacía gestos con las manos como sacándome el nombre de dentro de mi ser.

MIGUEL -. No sé. Bueno, mejor dicho. . . Entre todas las personas del pueblo.

LUCÍA -. No. Hay una persona que infunde en ti respeto y admiración, y esa persona es Matilde. ¿Me confundo?

MIGUEL -. Es ella la que me impulsa a tu lado.

LUCÍA -. ¿Porque me quedaría para vestir Santos?

Así se decía en el pueblo llano, a la chica que había sido novia con un chico, o tan siquiera había paseado con un chico por la calle: A ésa chica no se la volvía arrimar ningún chico del pueblo, quedándose soltera. Y al saber quien era la chica que estaba abogando por ella se puso seria, muy seria, Lucía; parecía como si estuviese pensando lo que hacer con su vida, sentándome yo en un lado de su cama para cogerla las manos y apretárselas con fuerzas, como diciéndola: No te preocupes que aquí estoy yo.

No sabía para qué estaba yo allí; si Lucía comenzó hacer unas figuras con la cara que eran de espanto, me estaba asustando con dichas muecas hechas en la cara de ella, y como tenía que marchar a La capitalísima me despedí de ella con pesar de mi corazón.

MIGUEL -. En unos días no me verás, porque marcharé mañana a la gran urbe para formalizar mi matrícula en quinto de medicina.
LUCÍA -. Tú sabrás lo que tienes que hacer.

Y sin mediar palabra alguna salí de su casa raudamente, como corriendo, para no pensar si me tenía que seguir quedando con aquella chica o por el contrario tenía que cumplir con mi deber: Matricularme en La Universidad en quinto de medicina. Yéndome a la gran urbe con la sola idea académica metida en mi cabeza; pero cuando llegué a secretaría de La Universidad estaba allí Matilde intentando matricularse ella también en cuarto de medicina.

Los parabienes que nos dimos Matilde y yo fueron muy efusivos: Que si unos besos en los carrillos, que si unos abrazos de amistad; que cómo estás, pues hace mucho que no te veo, y así un sinfín de cordialidad saliéndonos de nuestra boca, pero pensados con sumo agrado por nuestro cerebro.

El corazón palpitaba a mayor ritmo que siempre, parecía que se nos iba a salir de la caja torácica, estaba a cien todo el. Y para aplacar tales sobresaltos en aquella mañana, me llevó Matilde a donde se encontraban mis condiscípulos: Rogelio y Sebastián, siguiendo con los saludos tan cordiales como lo habían sido hacía unos momentos antes con Matilde. Y para que no decayese tanta exaltación como teníamos todos metidos en nuestro cuerpo, nos fuimos a visitar un lugar de recreo que había cerca de La Facultad, un parque de ensueño.

Nos sentamos en unos de los bancos que hay en aquel parque para poder hablar mejor entre nosotros dos, entre Matilde y yo; ya que mis condiscípulos se fueron a sentar un poco más lejos de nosotros dos, cerca de unas féminas que había allí.

Matilde me veía pensativo, que no serio; me parecía a mí, por lo tanto no se pudo callar la pregunta que la asaltaba en la cabeza.

MATILDE -. Te veo pensativo, o tal vez serio.
MIGUEL -. No, para nada. Solamente pienso.

La dije la verdad a Matilde despertándola ese afán que se lleva dentro de querer saber más sobre lo que se ha respondido a la pregunta que se ha hecho; no dejándome atosigar para que la contase toda la realidad de ese pensamiento que yo estaba teniendo en aquel preciso momento, que no me dejaba hilar la conversación con ella.

No sabía yo cómo decírselo, y armándome de valor la comencé a preparar para quitar hierro al asunto, un asunto muy escabroso al parecer; pues la otra chica, Lucía, se había quedado pensativa.

La comenté, que Lucía había captado la ayuda exterior que la estaba ofreciendo alguien, pensando en que posiblemente fuese ella con dar su braza a torcer, en cuanto a los amores entre nosotros dos. Se quedó aquella chica seria, muy seria, al decirla yo aquello; pues eso era un secreto entre Matilde y yo.

Me cogió de una mano, poniéndome la otra en un hombro diciéndome que tuviese cuidado con Lucía, pues podía hacer algún acto no bueno.

Cuando nos pareció nos fuimos de aquel parque tan maravilloso a los lugares de encuentro juvenil y estudiantil, en el centro de aquella gran Capital, La Capitalísima Ciudad como yo la llamaba a aquella urbe enorme.

Nos adentramos en La Ciudad por las calles más concurridas y con más escaparates que nunca había visto yo, hasta llegar a unas travesías de la calle principal en donde se da cita todo el mundo, jóvenes, menos jóvenes y hasta peques en general.

Estaban todos los establecimientos abarrotados de gentes, ya que todavía era verano y las personas tienen que explayarse con otras en ciertos lugares de recreo; pues una evasión de lo cotidiano era necesaria para que una persona se sienta agradable en su vida, echando todo lo que le corroe afuera, hablando con los demás amigos.

Y desde luego, nosotros nos evadimos de nuestros pequeños problemas cotidianos asistiendo en dichos mesones y chiringuitos al bullicio ensordecedor de todos ellos, para en un sitio apartado poder sostener una conversación con alguien que hacía tiempo no le veías. Y hasta a nosotros mismos nos costó hablar de lo que habíamos hecho o dejado de hacer en el tiempo que había durado nuestra separación corporal; pero con todo y eso logramos saber los unos de los otros lo que habíamos hecho en el mes y medio que estábamos separados.

Pude contactar mejor con Matilde en un mesón donde había personal más comedido en cuanto a la conversación; ya no era dar voces, así hablaban con más sosiego las personas unas con otras. Enterando yo a Matilde del giro personal que había dado Lucía conmigo, al saberse defendida por mí la noche del accidente.

No gustándola mucho a Matilde los hechos que yo la estaba narrando en aquella hora de recreo juvenil. Seguía sin gustarla nada la aptitud que había tomado Lucía con respecto a mi persona, tal y cual se lo estaba yo contando; pues según iba narrando los hechos, ella se iba poniendo cada vez más nerviosa, para terminar diciéndome, una vez más, que tuviese cuidado con aquella chica: Pues la parecía a ella que aquel consentimiento vespertino que había tenido Lucía no era para bien, pareciéndola un poco raro aquella posición de quietud que había tomado Lucía.

Me dio qué pensar aquello que me estaba contando Matilde de Lucía; ya que las dos eran mujeres y conocían bastante bien el pronto que tomaba una persona en cuanto se veía dañada en su amor propio, al ser relegada por otra más atractiva que ella.

A mi pequeño agobio en el pensamiento que me influyó Matilde al contarme algo sobre los cuidados que debía tener con Lucía, se añadió estos mismos pensamientos que comencé a tener con respecto a la chica del pueblo. Pues pese a que fuese pueblerina, tenía su propio corazoncito.

Por aquel entonces, se clasificaban a las gentes si eran de Capital o de pueblo, sin tener que ver, para nada, el grado de cultura que tuviese metida en su intelecto. Y sí; sí era de pueblo Lucía, pero a mucha honra, ya que yo también era de pueblo y no me lo decía nadie.

Menos mal que Matilde no había hablado, ni una sola palabra, de que Lucía era de pueblo; porque entonces ya sería buena: No se lo permitiría para nada que la achacasen aquel apelativo, “de pueblo”.

A una futura maestra nacional, no se la podía llamar pueblerina; pues entonces se lo teníamos que llamar a la mayoría de las personas que estaban, en aquella hora de recreo, en los mesones.

MIGUEL -. No se la debe considerar pueblerina a Lucía.

MATILDE -. Yo no he dicho nada de eso.

Era verdad; pues Matilde no la había clasificado como pueblerina a Lucía, la tenía un gran afecto y por eso la respetaba; sabiéndose respetada Lucía por Matilde, así que no quería echar más leña al fuego, ya que las aguas estaban calmadas entre las dos chicas: La una Matilde y la otra Lucía.

Pero fuesen o no fuesen de pueblos las gentes, todas tenían su qué encima de sus Almas. Tenían su Espíritu bien formados para una buena convivencia entre ellas, portándose con sumo respeto y dignidad, que es el preludio de una buena cultura.

Sí, tenía culturas también las gentes del pueblo llano, y la que más y la que menos había estudiado un algo para poder valerse por sí misma en la vida, y la que no; había hecho una pequeña carrera que la permitía tener el Don ante las demás personas en el pueblo, que era la máxima aspiración que podía una persona anhelar en el seno de su familia y entre la sociedad de ese pueblo donde vivía esa persa. . .

. . .Yo pasé mucho tiempo pensando qué podía hacer en el pueblo, sentado en un borde de la cama de Lucía cuando no en los pies de la cama, dándola ánimos de flaqueza para que no decayera su Espíritu maltrecho por la incidencia de aquel día, el día que nos fuimos al campo para disfrutar de su ambiente y de su buen acomodo para la juventud en sus rincones más escuetos.

Hasta la sacaba a pasear por las calles del pueblo con mucho cuidado, para que no se cayese Lucía y me pudiese salir la bilirrubina en los pómulos de la cara. Y recuerdo un día, que saqué a Lucía en contra de su voluntad, que se me pudo caer al suelo al pisar mal el bordillo de la acera por donde íbamos paseando: ¡UF!, Jesús; que susto recibí aquel día de contraindicaciones del uno hacia la otra. Yo sacaba todos los días a Lucía para que diese un paseo, después de haber oído al doctor Garrido, papá, que era conveniente que Lucía se moviese, estando ya en los días postreros para quitarla la escayola que tenía puesta.

Pero como aquel día se resistía Lucía para salir de paseo, yo me culpaba de lo que la podía haber pasado a aquella chica, si acaso se hubiese caído con el bordillo de la acera; y menos mal que estuve a ojo avizor no se calló Lucía, comenzando hacer gestos de haberme puesto nerviosos, llevándome las manos, repetidamente, al corazón.

El verano estaba dando fin con mis vacaciones; pues pronto volvería a La Facultad, con idea de estudiar, y estudiar mucho para poderme especializar en una rama de la anatomía que ya tenía yo decidido cual sería, pero me lo callaba por prudencia; no fuese a ser que no pudiese hacer tal especialización, teniéndome que decidir por otra.

En aquel último tramo del verano pisamos bien el acelerador todos los amigos del pueblo, pues cuando no estábamos asistiendo a un evento cultural, estábamos formando parte activa de una feria del pueblo más cercano, cuando no en el nuestro.

Un día se la antojó ir a la piscina a Lucía, mirándola los demás amigos y amigas a la pierna escayolada, como diciéndola, qué quería hacer ella allí. Pero con todo y eso, nos fuimos a la piscina del pueblo más cercano al nuestro; sentándose Lucía en una gradería que había en el lateral de aquella piscina, una piscina particular.

Parecía como si fuese un pararrayo la escayola que llevaba Lucía en su pierna, pues acudieron todas las gentes que estaban en el recinto de aquella piscina para poderla firmar la escayola.

LUCÍA -. Que me vais a ver la rodilla.

Así clamaba Lucía, tapándose la pierna con su bata, queriendo guardar sus impunidades para el hombre con quien se casase, sin saber que estaba en una piscina y toda chica que se quería bañar lo hacía con camisón de dormir de hilo fuerte para que no se la viese nada; pero como el agua es muy tuna, de vez en cuando venía una pequeña onda levantándola el camisón un par de dedos, para estar atentos todos los chicos, en ese mismo momento, y verla parte de la pierna, no iban a ver siempre el tobillo a la chica. ¡Tiempos!; qué tiempos; y menos mal que aquel pueblo tenía una pequeña piscina familiar, claro, porque no podía ser otra cosa.

Aquel día no la vieron la rodilla a Lucía porque no se metió en la piscina, quedándose sentada en la gradería indicada, pero sí la pudieron ver unos jóvenes que había en aquella piscina, invitados por la familia de la casa donde estaba dicha piscina, que su entendimiento novedoso, era el no enseñar ni los tobillos, cuanto más la rodilla.

Salimos de aquel recinto como unos verdaderos incultos, pese a que más tarde los informaron a aquellos jóvenes, que el que más y el que menos estaba estudiando una carrera universitaria. Para ellos, esos mismos chicos, los era igual que alguno de nosotros estudiásemos una carrera universitaria; si no habíamos dado el do de pecho en cuanto a la innovación cultural.

Salí de aquel lugar con suma vergüenza dentro de mí, al verme hecho un pueblerino de los de aúpa, por no decir otra cosa más fuerte todavía. Y ya en nuestro pueblo dejé en su casa a Lucía, para correr a la mía todo constreñido y avergonzado por el trato que habíamos recibido de gentes forasteras, con otra cultura.

Al siguiente día no sabía si ir para ver a Lucía y poderla sacar; ya que si estuviesen todavía en el pueblo aquellos chicos, nos volverían a tratar como retrógrados dentro de la sociedad. Y aquella sociedad no quería yo que me tratase de esa manera; aunque no comulgaba yo mucho con dicha sociedad: Una sociedad que corría mucho en su tiempo, se adelantaba a la época que estábamos viviendo, no ajustándose a la realidad de los hechos.

Y la realidad de los hechos estaban siendo los que dictaban nuestros religiosos, el cura Párroco y el coadjutor de nuestro pueblo, con todo el clero que había en La Nación. No podían estar muy confundidos, en cuanto todos los curas nos daban charlas al respecto para que nos portásemos bien los unos con los otros, dentro de un marco legal sin trabas ni impedimento para que cada uno hiciese lo que buenamente su conciencia le indicase.

No duraron mucho aquellos chicos en el pueblo, siguiendo con nuestra monotonía en cuanto a nuestras relaciones sentimentales en la vida; pero que al parecer habían formado mella en la conciencia de mis amigos de la infancia.

ANDREA -. ¿Así son fuera de éste pueblo?: Pregunto yo.

MIGUEL -. No te preocupes, que como éstos chicos se han manifestados, no son los jóvenes en otra Ciudad, en otro pueblo; éstos son los mínimos.

ANDREA -. Ya decía yo. . .

¿Qué diría Andrea con aquel galicismo popular?; si cuando yo quise reponerme de mi sobresalto que tuve en la conversación, ya había respondido Antonia con una menos negación a lo natural de aquellos chicos. Si para decir que algunos estábamos en el inicio de nuestra carrera decían debut, o para referirse a la jerga con la que hablábamos decían argot, y hasta el mismo color lo llamaban beige.

Así que no se quedó a gusto Antonia, para remachar mejor lo que la había negado momentos antes, en cuanto todas las personas no hablaban de esa manera.

ANTONIA -. No hija: Todas las personas no son así, ni hablan de esa misma manera.

ANDREA -. Me quitas un pesar de encima; pues yo creía que nosotras éramos las que estábamos atrasadas.

ANTONIA -. ¡Calla!; que va. Hay muchos pueblos más atrasados que el nuestro.

Al decirla aquello Antonia a Andrea ésta chica comenzó a respirar mejor; parecía como si contuviese hasta la respiración, no fuese que hiciese daño a alguien con el expulsar el aire que contenían sus pulmones.

A mí me agradó oír hablar así a Antonia, pero me desagradó no oír hablar a Lucía para nada; parecía como sino estuviese allí, o que su mente estaba perdida en el infinito pensando alguna cosa que no nos quería decir.

Quedó sentado que todos los pueblos éramos iguales en aquella fecha, que por haber llegado a nuestra urbe unos jóvenes queriendo ser más que las personas de nuestro entorno, no iban a ser iguales todas las gentes de otro lugar distinto al nuestro.

Y para que aquellas gentes viesen claro cómo eran las personas de otros pueblos, el cura coadjutor, Don Antonio, organizó una excursión a una Ciudad un poco alejada de nuestro pueblo, y allí que nos fuimos las personas de nuestra urbe que se habían apuntado a dicha excursión.

Ni tan siquiera estaba en nuestra provincia aquella Ciudad donde fuimos de excursión un par de días, teniendo nuestra residencia en un albergue cercano a la urbe de nuestro destino. Viendo las personas de nuestro pueblo, que no era tan diferente el trato que se daba en aquella Ciudad al trato que nos dábamos en nuestro pueblo.

Siendo lo que más me gustó en aquella excursión, el saber que Andrea se había dado cuenta de la igualdad y similitud que había de un pueblo a una gran Ciudad; no pudiéndose considerar pueblerinas. Aquel apelativo adjetivado de pueblerinas, se vio que solamente lo tenía la prole metida en su cabeza, siendo contraria a lo que ellos decían; pues todos sabíamos, todos éramos iguales ante Dios y todos hacíamos las mismas cosas que hacían Ciudades alejadas a nuestro pueblo.

Quedó bien sentado que para nada se nos debía considerar pueblerinos a todos los habitantes de nuestro pueblo, así como a los demás pueblos restante de la piel de toro; ya que habíamos visto que los demás pueblos se portaban igual que nosotros.

Desde entonces se sintió una calma, un poco tensa, en la conformación de aquellas gentes. Y al decir que era tensa aquella calma, nos referimos a que todavía no

se creían muy bien, las gentes de nuestro pueblo, fuésemos iguales todos los pueblos; ya que en el nuestro había mucha carencia de cosas.

Me quedé conforme y con el Espíritu totalmente relajado; así que aquella noche me fui a costar temprano, con la conciencia tranquila por saber que tenía el deber hecho y la moral elevada. Pero así como a altas horas de la noche comencé a pensar en la hija de la señora doméstica; ya que hacía mucho tiempo no la veía.

No sé cuantas vueltas di en la cama, aquella noche; pero lo que sí sé que me dieron las cinco de la madrugada pensando en aquella niña, que aunque tenía su padre no dejaba yo de pensar en ella; porque esa niña era mía.

Pensé que la quería, que la aceptaba de buenas ganas: ¿Pero y ella, me aceptaría a mí?. Ese era el dilema que tenía mi persona con respecto a dicha niña, que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Y tal vez no la conocería si me cruzaba con ella a solas, al no ir acompañada de su madre.

Me levanté por la mañana, me duché y salí raudo a la calle para poder ver a la niña que me quitaba el sueño; pero aquella niña no se encontraba en la calle, por más vueltas que di yo aquel día alrededor de su casa. Y así como a las diez y media de la mañana, sin haberlo pensado estaba en la puerta de Lucía abriéndome su madre para invitarme a pasar en su casa.

Lucía no se encontraba en su casa, ya que había salido a oír Misa aquella mañana tan soleada y tan alegre por ser mañana de estío; aunque ya el verano estaba dando fin a esos días tan soleados.

Las vacaciones estaban dando fin a mi estancia en mi pueblo, pues dentro de unos días me tenía que marchar a La Capitalísima para iniciar mis estudios, y créanme que tenía pesar por marcharme a la gran Ciudad dejando a mis amigos de la infancia en el pueblo y sobretodo a Lucía.

Nada más que llegué a La Capitalísima Ciudad busqué a Matilde para que supiese de mí, de que me encontraba dispuesto para estudiar más que nunca pero no la pude ver, en cambio sí pude ver a mis dos condiscípulos, Rogelio y Sebastián, en el mismo piso que habíamos tenido el año pasado; pues permanecía desalquilado por nuestra suerte, ya que allí vivimos muy bien el año pasado y al saber que viviríamos también este año era motivo de regocijo por nuestra parte.

No pude saber dónde se había metido Matilde, o si la estuviese pasando algo malo a ella o a su familia; ya que tampoco me supieron decir mis dos condiscípulos dónde se encontraba ésta chica. Lo único que me alegraba la existencia eran las cartas que recibía de Lucía; aunque ya no eran tan efusivas como antes, parecían cartas mandadas a un amigo, en vez de a un amigo íntimo, como se decía antes.

No tenía con quién consultar, de modo que me lo callaba sufriendo doblemente esa opresión que se siente en el pecho cuando alguien te hace mal, hasta que por fin llegó Matilde a mi lado diciéndome que había tenido un problema en su casa; ya que se había puesto malo su papá, pero que por fin se había curado.

Ahora sí que podía explayarme con Matilde enseñándola las cartas que me había mandado Lucía hasta ahora, viendo ella también un motivo en desafecto moral hacia mi persona: Era como si el afecto se la estuviese terminando a Lucía con respecto a mí; y en cambio yo la comencé a querer en aquel verano último.

Me aconsejó Matilde que esperase un tiempo para ver el resultado verdadero de toda aquel decaimiento de atención que tenía Lucía para mí; que ya se vería los derroteros que tomaba aquel trato y la forma y compostura de Lucía mientras me fuese escribiendo. Y al decirme aquello, de que mientras “me fuese escribiendo” sufrí un doble desvanecimiento en mi persona con respecto a la relación que yo estaba sosteniendo con Lucía.

Habían comenzado las clases en la facultad, cuando recibí una carta de Lucía un día que tenía yo una prueba parcial en la facultad, así que no la pude abrir aquella carta, pasando toda la mañana en la facultad, sin volverme acordar de la carta que había recibido de Lucía; pues sería una más de tantas como recibía de ella.

Llegué al piso sin fuerzas ninguna, por el doble esfuerzo que había tenido que hacer aquella mañana en las pruebas de la facultad que me olvidé de la carta; ya que no tenía ganas de nada, ni siquiera de cenar.

Pero lo que sí me puso nervioso fue cuando pasaron tres días sin volver a tener noticias de Lucía; pese a que yo la escribía asiduamente. ¿Qué estaría pasando con Lucía?, si ella me escribía todos los días. Y como los condiscípulos me vieron decaído, me preguntaban por las causas de aquel desánimo mío; ya que al parecer no tenía apego a nada; pues si yo seguía así, dejaría tener apego a mis estudios.

No olvidaba lo que me dijeron Rogelio y Sebastián, "que si seguía con aquel decaimiento, no teniendo apego a nada, terminaría no teniendo apego a mis estudios". No pudiendo dormir yo más de dos horas en la noche, al provocarme una situación de desamparo en mis estudios aquellas palabras que me dijeron mis condiscípulos.

Me aconsejaron que llamase a Matilde, una chica buena donde las hubiesen; para que me aconsejase ella y no decayera más en un panteísmo pragmático en mi vida: Pues estaban viendo que yo quería llevar mi pensamiento hasta las últimas consecuencias.

Era como si alguien me estuviese aleccionando y esas enseñanzas que me estaba dando quisieran que las llevase a término. Yo debía desechar fuera de mí tales conceptos de amistad con respecto a Lucía. Y estando en estas divagaciones me llegó Matilde un día para poderme hablar mejor a la cara, así, a solas; sentándose en un sillón que nadie le usaba, poniéndose cómoda para poderme oír mejor y darme ella misma sus consejos de amiga.

Yo me quedé sin poder decir nada, debido al mucho agobio que tenía en mi cuerpo metido, por no saber si a Lucía la estaría pasando algo o tal vez sería que se había cansado de mí; de modo que cuando me vio así Matilde no tuvo más remedio que replicarme aquella forma de ser.

MATILDE -. ¿A ti te está pasando algo?

MIGUEL -. El poco apego que está teniendo Lucía en las cartas para con mi persona.

MATILDE -. ¡Vamos a ver!: ¿A ti te ha pasado algo con Lucía?, o es que te lo figuras tú, que ésa chica te ha dejado de apreciar.

MIGUEL -. Que yo sepa, nada.

Matilde parecía que no se encontraba bien sentada en aquel sillón, levantándose un poco para remeter su vestido en el sillón cuando sacó entre las manos una carta no leída por mí: Era de Lucía, y enseñándomela la flaneaba al aire diciendo.

MATILDE -. Mira tú por donde vamos a saber la respuesta verdadera por qué no te ha escrito Lucía hace ya una semana.

Y claro que la supimos: Supimos enseguida el por qué de su silencio; y era que Lucía había ingresado en un convento para tomar los hábitos. Qué decepción sufrir aquel día que me comunicaba su decisión Lucía.

MATILDE -. Aquí tienes la respuesta a todos tus males afectivos.

Tenía la respuesta en una carta que se me había olvidado abrir hacía ya una

semana por medio de las pruebas sufridas en la facultad días anteriores, y ahora me estaba matando más el saber que Lucía había ingresado en un convento de monjas, que no el esperar cartas de ella que no llegaban.

Según Matilde se había quitado del Medio Lucía para darla el palmito a ella, en cuanto me pudiese conquistar a mí en el sentido amoroso; tal vez no se veía a la altura de mis conocimientos, por aquel entonces, no siendo digna de mi persona.

Por esas mismas causas, no di todo lo que podía haber dado en las pruebas patológicas de la cirugía; estaba siendo corto en explicaciones, y otras veces escueto en mis decisiones con lo que tenía entre mano. Solamente me limitaba a llenar la brocha de Formato para limpiar la carne muerta.

Siendo lógico que no me centrase en lo que estaba haciendo, decidido a decírselo a Matilde nada más que la viese, y al día siguiente vi a Matilde esperándome a la salida de clase, viéndome dicha chica con una cara que no era de estar bien, sobre todo de estar a gusto conmigo mismo.

MATILDE -. ¿Qué te pasa?

MIGUEL -. No hago más que pensar en Lucía.

Solamente la dije aquello a Matilde, valiéndola como una indirecta para que me ayudase en mis indecisiones en cuanto a las materias que estaba dando aquel año en quinto de medicina. Y claro que me ayudó; me ayudó Matilde en todo lo que ella podía, que no era poco. Me conformó en mi pesar, elevándome mi Espíritu al infinito; al decirme que todo era correcto en esta vida: Que no me debía asustar por nada de lo que

me pasase, que debía hacer frente a todas mis vicisitudes, y un sin fin de conformismo como me infundió en mi ser, en mi cuerpo.

¡Qué conformista!, que estaba siendo Matilde con mis preocupaciones con respecto a la chica que estaba saliendo con ella, Lucía. Tal vez era porque no conocía muy bien a dicha chica; que si no se hubiese expresado de otra manera.

Sabía yo muy bien que Lucía no volvería, si era que había tomado aquella decisión concienzudamente; consultándolo con la almohada primero, para después consultándoselo a Don Antonio; pero no, a quien se lo consultó fue a Don Arturo, que fue el que la dio la dirección del convento, según supe por Don Antonio en una carta que me mandó en contestación a la mía.

Toda aquella trama se iba hilando, pues se lo comuniqué a Matilde todo lo que yo me había enterado, diciéndome ésta chica que tal vez había sufrido un golpe de efecto Lucía en algo bueno que yo la había hecho, y por eso actuaba de esa manera una vez que se había quedado prendada de mi persona.

Lo único que yo hice por Lucía, fue el no abandonarla para nada aquella noche del accidente fortuito que había sufrido dicha chica, y el no separarme de los pies de su cama, mientras estaba escayolada. Eso fue todo lo que yo hice por Lucía, una chica a la que yo tenía afecto solamente, pero no el cariño necesario como para hacerla mi mujer, al igual que Lucía: Me apreciaba y nada más hasta el día del accidente, que me comenzó a tener más que afecto.

Tal vez tenía razón Matilde al decirme, que alguna cosa buena con respecto a su persona había visto de mí para cambiar aquella chica en unas horas de parecer sobre nuestras relaciones estancadas que teníamos. No viendo yo otra salida en la crisis amorosa entre Lucía y yo, más que aquella que me indicó Matilde y yo comprendí enseguida, al darme cuenta que estábamos prendados los dos, el uno por la otra y la otra

por el uno. No viendo ninguna clase de impedimento para que no nos pudiésemos seguir apreciando de dicha manera.

Ya se vería lo que pasaría con Lucía, si se quedaba en el convento o se salía de el; al ver que aquello no era su manera de ser, ni su manera de pensar. Esa confirmación tenía yo metido en mi pensamiento, al no estar yo muy seguro de que Lucía tuviese claros sus pensamientos.

Pasaron unos días sin ver a Matilde, no sabía yo dónde estaría dicha chica; e ir a preguntar por ella a su piso me daba corte; pues verían las compañeras del piso lo muy interesante que estaba yo por ella.

Y en esos días nos llevaron al hospital para ver una operación de hernia inguinal: Diciéndonos los catedráticos que era la operación más sencilla de todas las que se pudiesen dar en el quirófano. Tocándome a mí con otros dos condiscípulo ayudar en el quirófano, para presencial la operación los demás condiscípulos.

Parece ser que no lo hice mal; pues yo le daba toda clase de instrumentos que me pedía el señor catedrático sin haberme confundido en ninguno; como así, me preocupé en saber cómo iba la operación estando cerca del paciente, según me dijo el señor catedrático: Vamos, que lo hice bien. Médico general, tal vez no sería una lumbrera; pero como cirujano iría a valer para dicha profesión: No sabiendo yo si sería bueno, bastante bueno o tal vez mediocre: de todas las maneras me atraía más aquella profesión de cirujano. ¿Pero en qué?; ese era el dilema: Ahora tendría que saber cual de las ramas de la cirugía me convenía escoger, pues no todas me serían propicias para ejercer la cirugía, en la patología quirúrgica.

No sabía lo que hacer, ni en qué órgano u órganos especializarme. Dejaría pasar el tiempo para darme cuenta dónde me desarrollaba yo mejor, en qué sentido me vería más conforme, en donde sería yo más eficaz; pues no todas las ramas del saber me

venían como perilla en dulce. Aunque yo, al decir bien, me inclinaba más por la cirugía del estómago; ya que era un órgano al que se le podía manejar mejor que a otros órganos, al tener la posibilidad de maniobrar mejor en aquella víscera.

Cosa extraña; pues al día siguiente recibí una carta del cura Párroco de mi pueblo, Don Arturo; diciéndome, que le había visitado la condiscípula que yo había llevado al pueblo algún día de fiesta, preguntándole por Lucía. Y que por el bien de Lucía debería dejar que la vida transcurriese lo mejor que pudiese en Lucía; pues había elegido bien su camino devoto para su salvación: La salvación de su Alma.

Los consejos de nuestro cura Párroco del pueblo, era que Lucía debía seguir en el convento tomando el hábito de madre en cuanto pudiese y supiese llevar bien la cruz de Cristo. A mi parecer tenía bastante cruz al haberse dado cuenta de que me apreciaba lo suficiente como para vivir conmigo toda su vida, que bastante cruz sería ya.

Esperé, con interés, a que llegase Matilde a mi vera; para que me explicase lo sucedido, lo que ella había gestionado en mi tierra, un poco alejada de donde estábamos estudiando, a consecuencias mías. Maldije aquel día en que quise quedar bien alto el pabellón de nuestra Nación, al defender a Matilde de unas acechanzas innocuas de aquel chico pedante. Pero ya no tenía remedio alguno; me los había traído a La Capitalísima sin más ni más a mis tres condiscípulos.

Matilde me explicó que también se había llegado al convento, no estando tan cerca de nuestro pueblo; pues costaba de ciertas leguas la distancia del pueblo al convento. Quedándome aquella noticia que me estaba dando Matilde como anonadado, sin ganas de nada; ni tan siquiera de hablar. Pero Matilde seguía y seguía hablándome como si yo la estuviese escuchando, estando mi pensamiento lejos, muy lejos, de aquel sitio donde nos encontrábamos: Estaba con Lucía, en una celda pequeña y fría donde

ésta chica rezaba por mí todos los días. Y yo pedía por ella todos los días, también, a nuestro Señor; para que la guiase y la aconsejase lo mejor para ella.

Cuando más descuidado estaba en mis estudios, oí el timbre de la puerta; creyendo fuese algunos de mis condiscípulos, pues me encontraba solo en el piso y cuando fui abrir la puerta vi que eran los padres de Lucía. ¡No me lo podía creer!; estaban allí los padres de Lucía, con no sé qué idea; pero lo cierto era que llegaban con gran nerviosismo a mi piso.

SRA. MARTA -. Déjame pasar, hijo.

SR. PACO -. Perdona que llegue mi mujer con este nerviosismo que demuestra.

Yo comprendía muy bien ese nerviosismo, ya que perdían a la única hija que tenía según su intelecto; así que les intenté calmar un poco escuchándoles todo lo que me tuviesen que decir los padres de Lucía.

MIGUEL -. Siéntense y cálmense: ¿Qué es lo que me tienen que decir?

SR. PACO -. Mi mujer está inquieta y tiene su Espíritu negro por haber perdido a su hija.

MIGUEL -. ¿Ustedes creen que han perdido una hija?

SRA. MARTA -. Claro que sí.

MIGUEL -. Ustedes han dado una hija para una buena causa y han ganado indulgencias ante Cristo; ya que ahora va a ser su regidor espiritual.

Se sentó en el sofá por ser más amplio que el sillón la madre de Lucía, llorando a lágrimas vivas, no tenía paz para su cuerpo; la calma que demandaba ella no la llegaba,

pese a que yo la quise convencer que había ganado más que había perdido. El padre de Lucía la quería consolar sin lograrlo y yo no sabía la manera de que me hiciese caso a aquello que yo la decía.

Aquellas escenas que provocó la madre de Lucía estaban siendo un cuadro para enmarcarlo en la pared y no olvidar nunca lo que allí se había dado: Un agobio personal por parte de la madre de Lucía.

Se había sentado en el sofá con las piernas casi abiertas, como diciendo, aquí estoy yo. Aquella mujer hacía gestos como de estar nerviosa y a la vez querer retener a su hija, fuese como fuese, para sí misma. ¡Vamos!; que si coge al que la infundió a Lucía irse al convento le hace algo.

La saqué un baso de agua para que se aplacase, logrando que se estabilizase en parte aquella señora, pero entonces comenzó a tener nervios el padre de Lucía; parecía que estaban en completa armonía aquel matrimonio con respecto a su hija: Sufrir por no tenerla consigo para nada. Ellos lo que querían era tener físicamente a su hija, y al no verla sufrían los dos en forma de armonía paterna.

Lo peor fue cuando llegaron mis dos condiscípulos, Rogelio y Sebastián; pues no sabían si volverse a marchar del piso o quedarse allí presidiendo aquel drama de completo sollozos, como los que tenían los padres de Lucía.

Aproveché la ocasión para irme a la cocina y coger algo de la despensa para llevarme a la boca, viendo en la alacena queso y jamón; así que comí un poco saliendo cuanto antes de la cocina; no fuese a ser que se incrementase el mal que aquejaba aquel matrimonio.

Cuando yo salí al salón del piso, se encontraba el padre sumido en una depresión mayúscula y la madre con las manos sujetándose la cabeza, como si estuviese pensando alguna cosa favorable para ella. No sabiendo yo qué cosa fuese favorable para dicho

matrimonio, si no tenían consuelo alguno aquellas dos Almas piadosas, pero en esta ocasión un tanto incrédula, debido a sus muchos intereses sobre Lucía; una chica buena donde las hubiesen y una hija mejor, por querer a sus padres con delirio. Aquella situación me estaba poniendo a mí, también, de los nervios; no sabiendo yo lo que hacer ni a dónde ir para calmarme.

Y de repente comenzó a dar unos chillidos la madre de Lucía que nos hacía levantar el bello de punta a todos los que estábamos presidiendo aquella escena de espanto. Yo, sin saber lo que hacía, me senté al lado de la madre de Lucía intentándola calmar, cuando sonó el timbre de la puerta, siendo Matilde que quería entrar en el piso en ese preciso momento.

Yo la indicaba con los ojos y hasta con la cara a Matilde para que desistiese entrar en el piso, mirando dicha chica al fondo del salón y viendo a los padres de Lucía llorar como nunca lo había visto en una persona. Pero con todo y eso, entró Matilde en el piso, y al verla los padres de Lucía se pusieron de pié, como queriendo salir de aquel salón, más que corriendo, con todas las fuerzas de su cuerpo.

Matilde corrió para sostener de un brazo a la madre de Lucía, mientras con palabras la aliviaba la pena que tenía adentro de su Alma.

MATILDE -. Siéntese señora.

SRA. MARTA -. No, no me siento. . . No puedo estarme quieta.

MATILDE -. ¡Siéntese!. – Sentando Matilde a la madre de Lucía en un sillón- ¿No ve usted, que su hija está a gusto en el convento; pues ha tenido la llamada de Cristo y esas enseñanzas no se olvidan nunca?.

Yo la hacía señas a Matilde para que no siguiese por ese camino, que tal vez la iría a liar mucho más; y claro que se lió. Se lió una buena con ella misma, por parte de la madre de Lucía, al querer consolarla Matilde con la excusa de que su hija había oído la llamada de Cristo en las enseñanzas que nos dejó con su vida.

Se volvió a levantar la madre de Lucía queriéndola dar a Matilde con el bolso que llevaba, no consiguiéndolo por que nosotros estuvimos atento a sus gestos; pero sí la cogió a Matilde el padre de Lucía por los pelos, ya que donde la quiso coger, era de un brazo para retirarla un poco de su mujer.

MATILDE -. ¡AH!; eso no.

MIGUEL -. No, Matilde: Éste señor te ha querido separar, solamente, de su señora. Al irte a coger de un brazo has hecho tú una especie de quite yéndote hacia un lado y él te ha cogido de los pelos por casualidad.

MATILDE -. Pero me ha hecho daño.

Ya sabía yo que la había hecho daño el padre de Lucía al cogerla por los pelos a Matilde, por el chillido tan agudo que había emitido ésta chica; al parecer, según los padres de Lucía tenía toda la culpa que su hija se hubiese metido a monja.

SRA. MARTA -. ¿Pero quién es el que la ha dado la dirección de ese claustro?

Nadie contestó, no podían contestar las demás personas que estaban en el piso por no saber quién la había facilitado las señas a Lucía para irse a dicho convento de monja.

SRA. MARTA -. ¿Quién es? ¡Por Dios!

Así atronaba con su voz la madre de Lucía por todo el piso, siendo un acto patético, mal entendido por su parte, y mal recibido por la nuestra.

En cuanto supe los días de estancias que iban hacer uso los padres de Lucía en el piso se me ocurrió una cosa trascendente para nosotros.

MIGUEL -. Voy a comprar el pan.

SR. PACO -. Voy yo contigo.

Le convencimos al padre de Lucía para que se quedase en el piso, ya que sería mejor fuese yo sólo. Habían cazado la indirecta mis dos condiscípulos, reteniendo al padre de Lucía en el piso.

Salí como una flecha buscando Correos para mandar a Don Arturo un telegrama informándole de la estancia de los padres de Lucía en el piso; para después agenciarme el pan para las comidas de aquel día.

Cuando llegué al piso estaba, todavía, la madre de Lucía llorando a lágrimas viva; parecía que no tenía medidas dicha señora con su llanto, que por otra parte era mal entendido su agobio personal en cuanto a la posición de su hija Lucía.

SRA. MARTA -. ¡AY, que agobio!. Ya me parecía a mí que vivís muy cerca el uno del otro.

Así se expresaba la madre de Lucía mirándonos a la cara a Matilde y a mí, despidiéndose dicha chica de nosotros con idea de volver a su piso para hacer la

merienda; pero a la suspicacias de mis condiscípulos, al invitarla a merendar con nosotros, Matilde accedió a quedarse una vez que la madre de Lucía dio su consentimiento. Yo temí por las buenas relaciones que había habido hasta ahora en el piso; ya que a mi parecer, la madre de Lucía preguntaría por el estatus social que tenía Matilde en el seno de nuestra amistad.

No me confundí; pues en los postres se removió la madre de Lucía en su silla, como pensando en algo, o queriendo preguntar alguna cosa que la era de suma importancia para ella.

SRA. MARTA -. ¿Y tú, niña, qué relaciones tienes con éstos chicos?

Nos miramos a la cara todos los condiscípulos, hasta Matilde hizo un gesto como queriéndose echar para atrás, en dicha pregunta, al no haberla gustado nada, pero que nada esa pregunta tan indiscreta para ella.

Pero en ese mismo momento la fue al quite su marido, para que no hubiese mal entendido entre ninguno de nosotros.

SR. PACO -. Mujer: Son compañeros de estudios.
SRA. MARTA -. Quiero saberlo por ella misma.

Lo supo; claro que lo supo, supo que nuestra amistad venía por ser condiscípulos todos nosotros, estudiando la misma carrera, aunque Matilde estuviese en un curso inferior al nuestro.

Como tenía costumbres aquel matrimonio de acostarse temprano se fueron al cuarto asignado por nosotros; que era mi misma habitación, quedándome yo en el sofá

del salón. Pero antes estuve estudiando un poco en la mesa del salón: Más bien estuve pensando en la que se podía liar, con los padres de Lucía, en cuanto supiese quién la había dado la dirección del convento a su hija. La mañana la pasaron ellos solos en el piso, no sabiendo yo si habían salido alguno de ellos a la calle para tomar el pulso a la vía pública en toda aquella manzana.

Cuando llegamos de la facultad, ya estaba la comida hecha; y al parecer sí había salido uno de los dos del piso para comprar los ingredientes de aquella comida tan opípara como nos estaban presentando los padres de Lucía.

Pero al no ver en el piso a Matilde, la madre de Lucía repuso con una buena indicación de que debíamos llamar a Matilde, cosa que a mí me escamó mucho; por los intereses tan enormes que tenía aquella señora en saber algo más de Matilde. Y como mis condiscípulos me vieron sobrecogido, enseguida abortaron la idea que tuvo la madre de Lucía, diciéndola algo así como, que Matilde tenía un examen parcial en la facultad y se había quedado a estudiar un poco en las primeras horas de la tarde, para apostillar mejor dicho examen.

SRA. MARTA -. No me encuentro yo muy conforme de que no asita la señorita Matilde a la mesa en este día.

Así se expresaba la madre de Lucía, queriendo retorcer algo con sus manos sin tenerlo en ellas, un gesto característico de un cuadro sicótico por medio de una psicosis emocional; temiendo yo por Matilde si acaso la encontraba a solas aquella señora.

Cuando terminó la merienda fregamos los platos entre los condiscípulos y barrimos el salón del piso, que era donde habíamos comido todos juntos, en una mesa un tanto mayor que la que teníamos en la cocina; para más tarde sentarnos todos en

aquel salón esperando nosotros tres a que sonase el timbre de la puerta, para ir a retener a Matilde y no dejarla entrar en el piso. Nuestro sacrificio nos costó al estar pendiente de la puerta del piso, pues no estudiamos nada en aquella tarde ninguno de los condiscípulos, perdiendo una bella ocasión para expandirnos mejor en el examen parcial que sufriríamos al siguiente día en la materia de medicina interna.

Eran ya las últimas horas de la tarde cuando llamaron al timbre, y ¡OH! sorpresa cuando abrimos la puerta. Se encontraba allí nuestro cura Párroco del pueblo Don Arturo, de pie, enfrente de la puerta de entrada al piso; y como los padres de Lucía le habían visto, se levantaron de sus asientos para poderle saludar muy cordialmente.

Yo le saludé como se saludaba en aquellos años a un cura, besándole las manos y haciendo una genuflexión con la pierna en señal de sumisión por ser nuestro confesor espiritual, invitándole a que entrase en el piso sin más ni más. Pero aquel cura entró en el piso sin soltarme de la mano, como queriendo que yo le sirviese de intermediario ante los padres de Lucía.

Sabía muy bien aquel cura a lo que se exponía viniendo a la Capitalísima para hablar con aquel matrimonio que teníamos en el piso, sin trazas de quererse ir de allí hasta que no le devolvieran a su hija.

SRA. MARTA -. ¡AY!, Don Arturo. La pena que tengo metida en mi cuerpo,

DON ARTURO -. Lo comprendo, ya que tú, hija, no comprendes a tu hija.

SRA. MARTA - ¿Y qué he de comprender, padre?

DON ARTURO -. Lo que ha sido la voluntad de tu hija, enfrentándose al Mundo entero; porque hay que tener bastante voluntad para dejar ésta vida placentera y copiosa en bienes. Hay que tener mucho valor y haberlo pensado muy bien para decidir ingresar en un convento para hacerse monja.

SRA. MARTA -. ¡AY!, Don Arturo.

DON ARTURO -. Déjate ya de lamentarte y alégrate por tener una hija religiosa; ya que es la ilusión de todas las familias: Tener un hijo o una hija religiosa.

Sería lo que Don Arturo dijo a la madre de Lucía; pero ésta señora no dejaba llorar ni un solo momento. Se veía que algo grave la oprimía el pecho a dicha señora, no teniendo amparo alguno; por lo menos así me parecía a mí lo que aquella buena mujer estaba mostrándonos con tanto llanto.

Don Arturo no tenía dónde estacionarse en aquella gran urbe, así que le invitamos para que se quedase en el piso, acostándonos los condiscípulos en donde pudimos, uno en el sofá, otro en un sillón para descansar el tercer condiscípulo en otro sillón medio destartalado que teníamos en el salón del piso.

Por la mañana temprano, ya había levantado Don Arturo al matrimonio con idea de llevárselos al pueblo, y así lo hizo; quedándonos solos nosotros tres, Rogelio, Sebastián y yo en el piso, acoplándonos mejor en el, como siempre habíamos estado.

El examen de medicina interna, en cuanto a la patología médica, lo hice bien, a mi simple opinión bastante bien; pues era un tema que me había interesado, aunque no gustado, y me lo preparé concienzudamente.

Cuando vi a Matilde, dos días después de irse los padres de Lucía llevados por Don Arturo, ésta chica hacía muecas con la cara como queriéndome decir algo que yo no sabía, o no podía comprender muy bien por falta de explicaciones dadas a mi persona, vamos; que no se me había dicho.

MIGUEL -. ¿Cuéntame?

MATILDE -. No te enfades.

Cuando me dijo aquello Matilde se me pusieron las carnes de aúpa, como irritadas por comprender que algo muy sustancioso me tenía que decir Matilde de Lucía, poniendo yo oídos a lo que me tuviese que decir mi condiscípula.

Como yo esperaba para que hablase Matilde de eso que ella me quería decir, con ese tono de, "no te asuste"; me estaba asustando cada vez más, por la indecisión que estaba tomando Matilde por tardar en decírmelo cuanto antes, aquello que ella me quería comunicar en ese preciso momento.

MATILDE -. Como sabes, hablé con Lucía.

MIGUEL -. ¿Y qué?

MATILDE -. Comprendió que te quería; pero también comprende que no es digna de ti cuando te ha hecho pasar tanto, en sus relaciones afectivas hacia ella. Así, que ha tomado la decisión de ser monja de todas por todas.

Supe que nunca más volvería a tener el afecto de Lucía y la compañía de ésta chica en la vida; ya que ella se debería a causas no terrenales, mientras yo pisaba tierra con todos mis sentidos: No veía otro modo de ser, más que seguir en sociedad donde yo me encontraba.

A mí me descolocó un poco el no haberme dicho antes Matilde lo que habló con Lucía; no sabía yo el motivo que tuvo para callarse lo que Lucía la había comunicado en sentido categórico, de haber pensado concienzudamente el ingresar en un convento. Tal vez algún día sabría la verdad del por qué aquel mutismo de Matilde con la realidad de Lucía.

Yo veía que la vida seguía alrededor de mí; de modo, por qué no iba yo a seguir con mi vida, si era mía. Pensaba mucho en Lucía; pero también comencé a pensar que otros derroteros me estaban esperando en el Mundo, no debiéndome arredrarme ante las dificultades afectivas, y mucho menos ante un revés en la vida como el que había sufrido yo con Lucía.

Ahora tendría que tomar iniciativas en mi vida para saber cual chica me convenía, pero no lo pensé ni un sólo momento; ya que la chica que me convenía y yo apreciaba la tenía delante de mí: Era Matilde, aquella chica que me acompañaba a todas las partes de aquella gran urbe sin decir ni una sola palabra. Iba detrás de mí con una sumisión de buena fraternidad y mejor afecto que cuando estaba por medio Lucía.

Yo me podría enamorar de aquella chica, o tal vez estaba ya enamorada de ella; pues Matilde era simpática, serena de Espíritu, noble y buena en sí: ¿Qué más podía yo pedir de aquella chica?; sino era el que ella me quisiera a mí. Pero a mi simple entendimiento Matilde me tenía mucho afecto, tanto como para cargar conmigo en su vida: No la importaría nada vivir el resto de su vida conmigo.

No es que yo me hiciese ilusiones; era una realidad que estaba al alcance de la vista por todas las personas que nos conocían y sabían de nuestras relaciones afectivas; por lo tanto yo comencé a tratarla con afecto exquisito a Matilde, dándose ésta chica cuenta de mi prioridad hacia ella.

Un día, cansada Matilde de aquel trato tan exquisito, pero a la vez esforzado como la hacía mi persona, me cogió de las manos diciéndome algo que yo no olvidaré nunca.

MATILDE -. Trátame como siempre. No te esfuerces que soy la misma de antes.

Aquello me lo dijo con una voz deliciosa, ya que a media voz me comunicó la opinión que tenía con respecto a mi relación con ella; pero con una voz dulce, tan dulce que se me entró en el Alma y nunca más he sido capaz de volverla a sacar dentro de mí.

Los condiscípulos veían el trato tan primordial que comencé dando a Matilde, por lo tanto lo tomaron como si ya fuésemos algo más que amigos.

Del pueblo me llegaron noticias adversas para Don Arturo; pues una vez que los dijo a los padres de Lucía que había sido él el que dio la dirección a su hija del convento, se enturbiaron tantos las relaciones entre ambos, que por poco no lo cuenta nuestro Párroco, dándole un espasmo a la vez que cayó malo por el mucho pensar en la poca fe que tenían los padres de Lucía.

La enseñé la carta a Matilde, diciéndome ésta que teníamos que ir al pueblo para hacer una visita al cura Párroco y a la vez hablar con el coadjutor; ya que él sabría mejor lo que le había pasado a Don Arturo. Y un fin de semana, nos fuimos todos a mi pueblo en son de formalizar las paces entre el cura Párroco y los padres de Lucía.

Nada más llegar al pueblo, lo primero que hicimos fue visitar a mis papás que se alegraron mucho al vernos, sobre todo a mí. Para más tarde ir para ver a Don Antonio, antes que a Don Arturo; así nos explicaría mejor lo que le estaba pasando a nuestro cura Párroco.

Don Antonio no se encontraba en el pueblo, pues había marchado con un grupo de feligreses al pueblo cercano para dar unas charlas a la juventud de aquel pueblo; yéndonos a la casa del cura Párroco, Don Arturo, alegrándose mucho al vernos.

Estuvimos tomando café en la casa de Don Arturo y hablando de los feligreses de La Parroquia, de la manera que era ese conformismo que tenían metidos en sus Almas aquellas gentes del pueblo. Parecían como si todo lo tuviesen ganado o perdido;

les importaba poco cualquier cosa; ya les dijesen marcha para adelante, como marcha para atrás.

Yo indiqué una prioridad a todo lo que se estaba diciendo, al relatar la labor tan excelente que estaba haciendo con las gentes del pueblo Don Antonio, afirmándomelo Don Arturo categóricamente. Añadiendo él mismo el trato tan exquisito que tenía su coadjutor con todas las gentes del pueblo.

Ya no fue en sí tanto cuando le indiqué que tenía una prioridad en cuanto a las relaciones que llevaba él con los feligreses, quedándose Don Arturo serio y mirándome a la cara, como queriendo decirme que me callara. Y en vez de callarme, le rogué que nos acompañara a la casa de los padres de Lucía.

A lo primero le pedí a Don Arturo que nos acompañase a la casa de los padres de Lucía, para terminar rogándoselo; y ni por esas accedió nuestro cura Párroco a dar su brazo a torcer: Allí pasaba mucho más que una simple discusión, y yo lo tendría que saber, yéndome a la casa de los padres de Lucía con una sola idea; el llevar a los padres de Lucía a la casa de Don Arturo.

Al parecer, fue una bendición el que nosotros hubiésemos llegado al pueblo para saludarlos a ese unido matrimonio, como eran los padres de Lucía. Nos agasajaron con todas las viandas que tenían en casa; pues abrieron la alacena cogiendo de ella toda clase de comida que había dentro de aquel hueco en forma de armario.

Terminaron sirviéndonos el café; pues entre toda la comida que nos presentaron nos había valido como una buena merienda, siendo una merienda en frió, y como se había servido, también, un buen vinillo yo creí que era la ocasión para hablarlos a los padres de Lucía de Don Arturo.

¡UF!; cuando les comencé hablar a los padres de Lucía de Don Arturo: No querían oír nada de ese hombre. . . Como ellos decían. Hasta se enfadaron mucho aquel matrimonio, no queriendo escuchar nada de lo que yo les decía.

Pero tanto les insistí a los padres de Lucía para que me acompañasen a la casa del cura Párroco, que al final accedieron a mi pretensión.

No lo debía haber hecho; pues nada más que los vio en su casa Don Antonio montó en polvorilla contra ellos; al no ser dignos de su confianzas, según decía nuestro cura Párroco.

DON ARTURO -. ¡Apostatas!; que sois unos apostatas.

Lo que estaba diciendo nuestro cura Párroco me sobrecogió el Alma, decayéndome mi Espíritu al suelo; pues no sabía yo que los padres de Lucía eran unos apostatas: Pero si hacía una semana estaban en el seno de La Iglesia Católica y romana. ¿Cómo que apostatas?: Qué pasaba allí; si yo no comprendía nada de lo que les estaba diciendo Don Arturo a los padres de Lucía.

Yo veía que el padre de Lucía se estaba poniendo colorado todo él, haciendo unas muecas con la cara de no estar conforme con aquel apelativo que le estaba achacando Don Arturo.

SR. PACO -. No somos ningunos apostatas. Nos han visitado una secta y nada más.

DON ARUTRO -. ¿Entonces?

SR. PACO -. ¡Nada más!

DON ARTURO -. Se decía en el pueblo. . .

SR. PACO -. ¡Nada más!

Se le comenzó a ver más alegre a Don Arturo; se le ensanchó la cara y hasta el cuerpo, tomando una bocanada de aire fresco en sus pulmones, que los tenía como asfixiados por no exhalar el aire que necesitaban aquellos pulmones. Alegrándome mucho por aquel acontecimiento; ya que yo veía se iba a resolver todo a favor de una buena amistad entre el cura Párroco y los padres de Lucía, en cuanto se calmasen los ánimos un poco.

Pude ver a Don Antonio por la noche, al llegar del pueblo cercano; saludándole cordialmente, diciéndome éste que tenía abandonado mi trabajo en la congregación cristiana en dicha Parroquia. Que aunque estuviese lejos, muy lejos del pueblo, todo lo podía resolver con alguna que otra carta y escribiendo en la revista parroquial algún artículo de fe.

Tenía razón aquel cura; pues yo no hacía por interesarme en las cosas de La Parroquia hasta que estaba en el pueblo; creía que todo estaba en hacer acto físico en La Parroquia, si no sería un fracaso todo lo que hiciese por la congregación católica dentro de aquella Parroquia.

Comprendí inmediatamente que no hacía falta que yo estuviese físicamente en La Parroquia y máxime cuando los demás creyentes me pidieron que colaborase con dos o cuatro cuartillas que imprimían anualmente escribiendo un artículo en esos papeles.

Parecía como si todo el pueblo me estuviese agradecido por haber facilitado la amistad que tenían los padres de Lucía con nuestro cura Párroco, Don Arturo; pese a que todavía no habían olvidado a Lucía, la amiga entrañable de todo el pueblo. Y alguna persona así me lo dijo: No debía estar orgulloso en el pueblo, pese a que hiciese buenas cosas, ya que no olvidaban nunca a Lucía; pues había sido mi novia y la había dejado por la chica de La Capital.

Una vez más afloraba la idea de que si eras de La Capital eras alguien, de lo contrario poco podías hacer pese a que supieses más que nadie en el Mundo. Sí; aquella idea estaba totalmente difundida en la capa social más baja de nuestra Nación: Todos nuestros compatriotas tenían metidos en la cabeza la idea de querer ser oriundo de una Capital si querías ser alguien.

Entre una de cal y otra de arena marché a La Capitalísima Ciudad con el semblante constreñido por el peso abrumador de aquello que me había dicho algunas gentes de mi pueblo. Tratando en la facultad de la enfermedad de los ojos; pues momentáneamente no sabía yo ni donde se encontraba la retina.

Tenía que sobreponerme; pues al siguiente día se me preguntaría sobre la enfermedad nerviosa, no sabiendo yo mucho de aquel tema: Así que pasé toda la noche estudiando dicho tema para poder responder mejor a la mañana siguiente cuando me preguntase el señor catedrático. Que por otra parte estaba cayendo bien en el claustro de catedráticos, ya que veía yo se me encargaba algún que otro trabajo adicional en cuanto a las aulas. Desde entonces no faltó nunca más tiza y encontrando los señores catedráticos sus sillas en perfecto estado, así como su mesa, al llegar yo una media hora más temprano que todos a nuestra aula.

A la salida de clase, un día, me estaba esperando una condiscípula mía para ver por donde salía yo una vez que se me hurgaba en mi pundonor, y después de dejar al señor bedel que cerrase la puerta del aula, quise dar dos o tres pasos hacia adelante en aquel largo pasillo, no pudiendo por dificultar mi paso aquella chica, Alicia.

Se me vino hacia mí dicha chica, y cuando se percató el señor bedel la quiso cerrar el paso; pues ya sabía cómo venía aquella chica a mi persona: Con los nervios totalmente desatados y con la cara blanca, como si la pasase algo. El señor bedel no consiguió cerrarla el paso aquella chica, pero sí consiguió que mi condiscípula no le

viese bien y le diese un empujón tirándole al suelo todo lo largo que era; pese que aquel bedel ya tenía sus años encima, pues se iba a jubilar, que por eso me aconsejaron a mí que le ayudase en todo lo que pudiese.

SRª. ALICIA -. ¿Tú, quién crees que eres?

MIGUEL -. Tu compañero y nada más.

SRª ALICIA -. ¿Mi compañero?. Me di justa que me lo digas en términos sociales; al igual que les di justarán a los señores catedráticos.

MIGUEL -. He querido decir: Tú condiscípulo.

SRª ALICIA -. ¡Ya!.

En aquel momento se levantó el señor bedel sacudiéndose los pantalones para irse derecho a donde se encontraba la señoriíta Alicia, con idea de quitarla ese pensamiento de la cabeza; pues yo no había cometido incorrección alguna, sabiendo los señores catedráticos cómo era yo: Bueno, creyente y bondadoso.

¡UF!, cuando oyó hablar así al señor bedel aquella chica: Montó pie en polvorilla diciéndole algunos que otros improperios de mal gusto para la persona de aquel señor tan avanzado en edad.

MIGUEL -. ¡Ya está bien!, señoriíta Alicia

SRª ALICIA -. Sí, ya está bien; porque si no. . . No sé qué sería de ustedes dos. Y para remediar lo que ha pasado aquí éste día le invito a tomarnos un café en la gran urbe, señoriíto Miguel.

Yo no tenía la idea de ir a tomarme un café en aquella hora, ni quería pasar a un bar, ya que lo único que quería era estudiar y no complicarme la existencia.

Pero tan concienzuda se puso aquella señoriíta que me llevó a un bar, ya en las calles de la gran urbe, sentándose conmigo en una mesa de aquel establecimiento de recreo para los mortales. No apartaba su vista de la mía; parecía como si me quisiera estudiar, y así era; pues hizo un inciso a lo primero no hablando absolutamente nada, para más tarde abordarme con preguntas sobre mi vida.

SRª ALICIA -. ¿Te gusta ésa chica?

MIGUEL -. Nuestra condiscípula es muy noble y sencilla.

SRª ALICIA -. ¿Te complementa ella?

Al decirme eso la señoriíta Alicia por poco salto de la silla donde estaba sentado tomándome un café aquel día. Y a mi simple negativa, se puso nerviosa aquella chica, levantándose de la silla para comenzar a decirme algo que yo no entendía, pero lo decía en voz alta; como si quisiera que se enterase todas las personas que estaban en aquel establecimiento, café – bar, en aquel día.

Se tiraba de la blusa, pues parecía que se la iba a romper, y daba como saltos en el aire a la vez que pronunciaba: Te confunde, te está confundiendo esa chica.

No sabía yo en qué me estaría confundiendo Matilde, pues era de ella de quien se trataba por parte de Alicia, llamándola casi mentirosa. Yo no podía consentir que la señoriíta Alicia la llamase mentirosa a Matilde; así que la cogí de un brazo llevándomela hacia la puerta para indicarla el camino de salida en aquel establecimiento.

MIGUEL -. Yo pagaré la consumación.

Había aceptado hasta ahora a la señoriíta Alicia, porque todos los condiscípulos decían, que era de gente grande en España y bien situados en la sociedad moderna. Pero esos insultos dados a la persona de Matilde, eran demasiado para mí; no aceptando, en forma alguna, esos mal dichos improperios echados a la persona de Matilde.

SRª ALICIA -. ¡Me las pagaras!

Así se fue con su bravata a otro lugar la señoriíta Alicia, una chica engreída, petulante, poco humilde y poco noble para la persona con quien se juntaba; al sentirse con más poder que su interlocutor. No era muy alta, aquella chica; pero tenía un algo en la cara que la daba un aire de grandeza ante los demás seres mortales que se aproximaban a ella. No viendo la posibilidad de que se la acercase un chico con buenas intenciones y con los papeles debajo del brazo, como dicen las gentes de mí pueblo.

Aquella chica estaba tirando los últimos cartuchos de su vida para conquistar a un chico, fuese el que fuese; la importaba poco elegir chico, solamente quería un chico y nada más, y a ese juego no me apuntaba yo para nada del Mundo.

Cuando se marchó la chica de aquel establecimiento, una chica que había permanecido en la barra tomándose un café cerró el libro que estaba leyendo para venirse hacia mi persona, que fue cuando conocí de quien se trataba. Era nada más ni menos Matilde, que se había estado ocultando detrás del libro abierto y de unas gafas solares el mal de negras, por tener aquellas gafas los cristales opacos y casi negros del todo; así que no la podía reconocer hasta que estuvo cerca de mí.

Me levanté, indicándola con la mano para que se sentase, y una vez ya juntos los dos, puso el codo encima de la mesa apoyándose en el para cogerse con la mano la cabeza y permanecer un cierto tiempo mirándome fijamente a la cara.

No podía comprender por qué era esa mirada que me estaba echando Matilde en aquella hora de desaliento para mí; al tener que rechazar a una chica que tenía unos poderes impresionantes antes las personas y antes sus catedráticos, contra más con sus condiscípulos.

Pero sí; allí estábamos Matilde y yo en plena armonía, como siempre. No queriendo añadir yo más leña a la lumbre para que ardiese esa llama viva como es el querer entre un hombre y una mujer. Aunque el fuego iba por dentro de ella y también de mi persona; ya que ardíamos en un mal de llamas por el influjo del querer humano, sin saber qué decirnos.

Yo veía que cada vez alargaba más las manos Matilde, con ganas de cogerme las mías, hasta que en un momento determinado tenía sus manos tan cerca de mí que no pude hacer otra cosa mas que cogérselas y acariciárselas con las mías, para quedarnos fijo con nuestras miradas clavadas en los ojos. Tierna, muy tierna estaba siendo aquella situación que sosteníamos Matilde y yo al mirarnos a los ojos con dulzura y sentimiento afectivo.

No sabía yo si esos sentimientos eran afectivos o se irían a trasformar, el día de mañana, en sentimientos amorosos, entre un buen entendimiento de ella para mí, o de mí para ella: Solamente Dios lo sabría; sabría lo que pasaría entre Matilde y mi persona.

Pero cuando llegué aquel día me estaban esperando mis condiscípulos, Rogelio y Sebastián, para enterarme que aquella tarde tendríamos un examen parcial de las enfermedades de la Laringe, Oídos, Fosas nasales. ¡Pues qué bien!; ya que dicho examen había sido puesto sin habernos avisado a toda la clase, que aunque éramos ya pocos, estábamos allí para que se nos informase de los proyectos, directrices y decisiones que se tomasen en nuestros estudios. Aquel examen fue pospuesto para

nueva orden que diese el señor catedrático de esa materia, que aunque se trataba de ojos: Poca vista tenía dicho catedrático con nosotros, al no informarnos de nada en particular.

Matilde no quería irse de mi vera para nada, no fuese a ser que me volviese abordar la señoriíta Alicia con alguna que otra idea, para hacerme claudicar en sus pensamientos menos puros, que tal vez tenía metido en la cabeza. Y para eso, me preguntaba a cada hora dónde iba a estar yo; para seguirme a todas las partes que fuese y no abandonarme para nada a mi suerte con aquella chica.

No sabía yo de qué familia era aquella chica, la señoriíta Alicia; pero pronto lo supe por mi condiscípulo Sebastián.

SEBASTIÁN -. Su padre ha sido diplomático en una embajada, creyéndose que ha sido el embajador de alguna Nación importante, o tal vez algún Ministro consagrado de nuestra Nación.

Sebastián no me supo dar buenas explicaciones sobre el padre de la señoriíta Alicia; pero bastante me dijo con lo que él me había comentado aquella tarde que nos vimos a solas en el salón del piso; ya que se tuvo que marchar Rogelio para tomar algunos apuntes con otro condiscípulo nuestro en casa de éste.

Tendría que tener mucho cuidado con la señoriíta Alicia, para no saber de algún que otro rapapolvo que me echasen encima en secretaria de La Universidad, ya que eran como una especie de consejos dados a los estudiantes. Y siempre se encargaban los mismos, en dar dichos consejos a los estudiantes; parecía como si saliesen de ellos y no del cuerpo rector de La Universidad.

Ya había caído una vez y no quería volver a caer más en una torpeza mía; no podía consentir tropezar dos veces en la misma piedra; pues ya sería un acto irreflexivo

por mi parte, al no haber podido saber, muy bien, qué era lo que me convenía o qué cosa no podía adquirir por no estar al alcance mío.

Mi vida siguió en los estudios, no pensando en nada más, ni metiéndome en muchos eventos humanos que luego no pudiese salir por sí mismo de aquel mare mágnum donde me había metido, por mi santa voluntad.

Pero con todo y eso, un día vi venir derecha a donde yo me encontraba a la señoriíta Alicia, con alguna idea metida en su cabeza. Miré para todos sitios queriendo ver a Matilde, pero no conseguí ver a dicha chica; en cambio sí dio tiempo para que llegase donde yo me encontraba la señoriíta Alicia.

SRª ALICIA -. ¡Pero qué "pachan" estás hecho!.

Así atronaba la voz de la señoriíta Alicia en el medio ambiente donde yo me encontraba, mirando enseguida todos los condiscípulos que había a menos de cinco metros: Y era que se me había descompuesto las formas, ya que al mucho recelo que tenía yo con respecto a dicha chica, se unió el mucho miedo que tenía yo dentro de mis entrañas.

MIGUEL -. Me alegra verla, señoriíta Alicia.
SRª ALICIA -. Déjate de monsergas.

Al decir aquello me cogió de un brazo arrastrándome, por así decir, hacia la salida de la facultad; lográndolo porque yo no puse ninguna clase de resistencia: Ya que parecía tenía aquella chica una férrea voluntad para hacer y deshacer estruendos en la vida. Y conmigo no quería yo que se explayara totalmente; aunque su comportamiento

hasta hora, en aquel día, no era ni mucho menos galante para con mi persona que la respetaba en todo momento.

No sabía yo dónde me quería llevar aquella chica, pero pronto lo supe; ya que me llevó a secretaría preguntando algo insulso, pues aquello que preguntó ni tan siquiera lo sabían en secretaria de La Universidad, consiguiendo entrar en el claustro de los señores catedráticos, saludándola los señores que se encontraban en aquella sala. En vez de saludar ella a los señores catedráticos, eran los señores catedráticos quien la saludaban, nada más verla.

Me moría de vergüenza; pues yo no sabía qué hacía allí, dentro del claustro de los señores catedráticos: Y ella, en vez de arredrarse me cogió del cuello casi arrastrándome a la puerta para salir de aquel claustro más que corriendo. Ahora sí que sabía para qué me requería aquella chica: Como perrito faldero.

Me llevaba y me traía a su modo y manera; siendo eso decadente para mi honra y para mi voluntad; ya que allí no tenía yo ninguna voluntad, me la anulaba por completo ella. Y como sin yo saberlo, aquella chica se había atrasado un poco saludando a un condiscípulo conocido de ella, yo miré para atrás aprovechando para seguir mi camino y despistarme de ella.

Cuando me vi sin ella, apreté el paso; no fuese a ser que me alcanzase y volviésemos a las andadas, en aquel torpe ir y venir conmigo a ninguna parte en concreto, solamente era para que la viesen dominando a un condiscípulo de la facultad.

Cuando volví a casa ya estaba en ella Matilde, contándoselo todo lo que aquella buena chica me había hecho o dejado de hacer aquella misma mañana: Además no hacía falta alguna que se lo contase yo; pues se me veía en la cara, el soponcio mayúsculo que llevaba. Ya que al parecer se asustó hasta Matilde, no queriendo preguntarme nada para no hurgar más en la herida.

Matilde tenía deferencias conmigo, ya que me respetaba siempre y si podía me ayudaba a pasar los malos tragos de la vida.

Pero el resto de condiscípulos no olvidaban que yo me juntaba con la señoriíta Alicia, e inclusive había estado en el claustro de profesores con ella; no dándome tregua para saber cómo eran las relaciones entre ellos y yo, al no saber qué clase de amistad les ofrecía yo.

Con el círculo de mis amistades me conformaba, pues me encontraba muy bien con mis tres condiscípulos, que a parte sabían la verdad de todo lo que me estaba pasando con la señoriíta Alicia, que no era poco.

Un día que fui solo al tablón de anuncios para ver las nota que se me había puesto en el examen parcial de enfermedad de La Laringe, Oídos, fosas nasales, todos los condiscípulos que estaban mirando a tablón de anuncios se fueron de mi lado: Parecían como sino me quisieran hablar, como si los diese miedo relacionarse conmigo.

También pesaba mucho el tener que ayudar yo al señor bedel en parte de sus funciones, y tal vez eso sería unas de las causas por las que tuviesen reparo mis condiscípulos para juntarse conmigo, la otra causa era la amistad tan absurda que tenía con la señoriíta Alicia.

Yo seguí sacando notas en mis exámenes y seguí con mis tres condiscípulos, que tan buenas relaciones me aportaban para mi descanso personal; así que no tenía que pensar mucho en los demás condiscípulos, aunque me dolía aquella posición que habían tomado conmigo.

Un día recibí carta de Lucía: ¡Bueno!, era mucho decir que dicha carta fuese de Lucía; pues la letra difería algo de la que ella tenía. ¿Quién sería la persona que me había mandado aquella carta?; aunque en la misma misiva me ponía que se la había dado a sus padres para que me la mandasen.

¡Pues nada!; no me ponía otra cosa, más que fuese correcto con los compañeros de estudios y tuviese por bandera la dignidad y la honra. Cosa insulsa por parte de Lucía, conociéndola yo como la conocía; pues si no diría que había cambiado mucho dicha chica. Ensañando la carta a Matilde, que la tachó de pedante para una aspirante a monja.

Cosa así me había parecido a mí; por lo tanto no me quedé conforme guardando dicha carta para cuando fuese al pueblo presentar parte de aquella letra a nuestro cura Párroco; él diría de quien era aquella letra, que se parecía mucho a la de Lucía.

Por aquel entonces se estilaba en hacer una especie de colectas entre todos los estudiantes para ayudar a las personas más necesitadas, pensando nosotros tres que la mejor manera de ayudar a dichas personas sería una buena enseñanza; ya que nosotros no teníamos mucho dinero, a parte que el que tuviésemos lo empleábamos para comprar tal o cual libro que nos sirviese para nuestros estudios.

SEBASTIÁN -. ¿Qué crees tú que sería la mejor labor que hiciésemos con esas personas?

MIGUEL -. ¿Me lo preguntas a mí?

SEBASTIÁN -. Sí, a ti.

MIGUEL -. La mejor labor que haríamos con esas personas sería, enseñarlas a leer.

Cuando oyó Rogelio lo que yo había dicho, se levantó como nervioso sin saber yo las causas de aquellos nervios. Y como no paraba de dar vueltas y vueltas en el salón del piso le intente preguntar por el motivo que le inducía para dar tantas vueltas alrededor de la mesa de aquel salón, aunque no hacía falta alguna que se lo preguntase.

ROGELIO -. ¡UY!, ¡UY!

No sabíamos qué significaba aquella interjección tan expresiva como era la que había dado nuestro amigo y compañero Rogelio.

SEBASTIÁN -. ¿Qué significa eso?
ROGELIO -. Que si el Estado hubiese querido, ya sabrían leer dichas personas; pues son pobres, no tontas.

Buena premisa fue la que dijo Rogelio en ese preciso momento, en el que fue preguntado por Sebastián; olvidando Rogelio algo que tenía que haber sabido; pues era la comidilla de todas las gentes.

MIGUEL -. No precisamente tienen que saber leer todas las personas.
ROGELIO -. ¿Y eso?
MIGUEL -. ¿Por qué crees que hay tantas necesidades de Maestros nacionales?
ROGELIO -. Te las sabes todas.

Así quedó, que no había la cantidad suficientes de Maestros Nacionales para enseñar a todas las gentes de nuestra piel de toro, y por eso nos iríamos a ofrecer nosotros para tal fin: Proponiéndolo en la junta, que tendríamos, en la facultad.

La junta de la facultad nos dio luz verde para tal fin, intentando, un buen día, enseñar a las personas de un poblado suburbano la práctica de la lectura, no de la escritura; que eso sería otro fin más arduo. Pero sí enseñamos a escribir su nombre algunos de los más adelantados; así ayudarían a las demás personas de su entorno.

Yo veía que las necesidades más urgentes era la comida; pues cada vez que nos acercábamos al poblado suburbano, nos pedían algo de comer, teniéndolos que llevar alguna vianda para que tuviesen comida los niños y ellos mismos. Y así nos estábamos acercando cada vez más a ellos. Era así, pues tuve carta de Don Arturo, el cura Párroco de mi pueblo felicitándome por tal incorporación a la acción social de la Iglesia; ya que para poder impartir las charlas para la enseñanza de la lectura tuve que visitar antes al cura encargado en aquel poblado suburbano para ofrecerle nuestro apoya incondicional, y así era, quedando al cargo de la Parroquia de aquel poblado de chabolas.

Don Arturo me volvió a escribir con motivo de mi buena acción pastoral que estaba haciendo, con un grupo de condiscípulos, en parte de aquel poblado de chabolas, dándome algún consejos; como que me hiciese caso del cura encargado de aquel poblado, Don Patricio pues así se llamaba el cura de aquel poblado, y por otra parte me decía mi cura Párroco en la carta que Don Antonio me deseaba fuerzas para seguir con mi labor más encomiable en la vida, como era el ayudar a otras personas, teniéndome presente en sus oraciones.

Por supuesto les extendí, muy cordialmente a mis condiscípulos las felicitaciones del cura Párroco de mi pueblo; ya que se había enterado de la labor pastoral que estábamos haciendo en el poblado de chabolas por Don Patricio, el cura encargado de dicho poblado.

Un día, y cuando menos lo esperábamos, nos llamaron a secretaría para felicitarnos en el buen manejo que teníamos en nuestro trabajo elegido por nosotros; siendo totalmente personal aquel trabajo, no formando parte de La Universidad para nada, ya que habíamos sido nosotros los impulsores de tal trabajo.

Aquello que nos dijeron era verdad; pues fuimos todos los condiscípulos de mi facultad los que habíamos ideado ayudar a las personas más apuradas en la vida

económicamente. Desde luego, como ya dije, se proliferaban tales hechos entre los grupos más pudientes o los que pudiesen hacer frente a tales proyectos, como éramos los estudiantes de La Universidad, en la medida que pudiésemos. Y desde luego, nosotros cuatro, Matilde, Rogelio, Sebastián y yo, no que fuésemos muy pudientes, ya que nos estaba haciendo falta el poco dinero que nos mandaban nuestros padres, pero ahí gozaba el privilegio de poder pensar en la manera de ayudar a las gentes menos pudientes de la sociedad. Y sobretodo el valor que tuviesen las personas que querían ayudar a dichas gentes; ya que sentados en una piedra los impartíamos las charlas sobre la lectura a aquellas personas desvaídas y decaídas de la sociedad.

Me encontraba sentado en la piedra, más bien una pequeña roca aquel día, y sobretodo con un grupo considerable de participantes a mis charlas, cuando vi a otro grupo arrimarse a nosotros de gentes ya conocidas por mí. A la cabeza de aquel grupo venía Don Antonio, el cura coadjutor de mi pueblo y detrás de él le seguía medio pueblo para ver la labor pastoral que estaba haciendo una persona de su congregación en aquel poblado de chabolas.

Los saludos fueron prolíferos de unos y de otros; presentando las gentes de mí pueblo a las personas que asistían, en ese mismo día, a la charla que les estábamos dando sentados en una roca, al aire libre y a punto de llover.

Las personas de mi pueblo comprendieron enseguida que aquel trabajo había salido de nosotros, al decirlos que eran unas charlas en vez de que estábamos implantando la lectura en aquellas personas del poblado; ya que no se podía considerar una práctica de enseñanza: Allí nadie estaba enseñando nada oficialmente; pero sí estábamos haciendo una labor de gigante, en cuanto estábamos logrando que aquellas personas supiesen leer, ya que aprender no lo podíamos decir.

Parabienes de unos, parabienes de otros; en cuanto nosotros trabajábamos por nuestra cuenta, y en cuando las gentes de mi pueblo habían fletado un coche de línea para llegar a donde nosotros nos encontrábamos.

Cuando se fueron las personas de mi pueblo y me quedé, aquella noche, solo en mi cuarto no podía dormir pensando en una y en mil cosas a la vez. Me asaltaba, en el cerebro, la idea de seguir con mi labor pastoral por todo el Mundo; o más bien por donde pudiese, ya que por aquellas fechas no teníamos unas organizaciones bien definidas para hacer tal labor pastoral. Sobre todo cuando se necesitaba tanto dinero y no lo tenían aquellas organizaciones; solamente tenían para editar unos panfletos en forma de que supiésemos que estaban allí ellas.

Me repuse de mi evasión corporal en un par de días, apretando en los estudios; ya que los exámenes finales estaban cerca, pues cada día levitaba menos y conseguía poner los pies en tierra mentalmente, siendo bueno para mis estudios. Pues hasta en las prácticas realizadas en medicina interna, en la patología médica, era un discípulo muy aventajado.

Pero con todo y eso yo sabía que no iba a ser un buen médico: Me lo dijo mi papá un día y así lo comprendía yo. Para ser alguien en medicina tenía que hacer algún doctorado que me gustase y que me viniese bien a mi medida, para no fallar.

Sí, porque había a veces que repudiaba la patología, siendo síntoma de no gustarme nada aquella rama de la medicina. Y si era médico general sería la panacea de mi vida; ya que sin ser un buen patólogo en medicina mala mente sabría la enfermedad que les aquejaban a mis pacientes, no pudiéndonos mandar el medicamento necesario para su curación.

No sé yo si fue de casualidad o me lo tenían preparados mis condiscípulos; para que me diese cuenta de la clase de médico que fuese a ser yo. Pues un día estábamos

tomando un refresco, todos juntos, en un bar cuando se nos vino hacia nosotros una persona de una etnia pidiendo ayuda médica. Mis condiscípulos se echaron para atrás indicándome a mí que se la diese, esa ayuda que demandaba aquella persona.

Al principio no la entendía bien a aquella señora, pero cuando puse el oído más cerca de su boca supe qué me quería decir, cogiendo una servilleta de aquella barra del bar para reseñarla en ella tres medicamentos necesarios para la recuperación muscular y de su cuerpo. En ese preciso momento, cogieron la servilleta los demás condiscípulos sabiendo muy bien que había dado en la clave. Y para redondear, saqué dinero del monedero y se lo ofrecí a aquella señora tan necesitada de fortalecimientos físicos para su cuerpo y un correcto alivio para su Alma.

Diciéndome mis condiscípulos, los tres, Matilde, Rogelio y Sebastián, que había hecho bien no emplear el argot médico en aquella señora; que en los pacientes se debía hablar llana y sencillamente para que le entendiesen a uno. Ya se lo había oído decir aquello al catedrático de patología médica.

MIGUEL -. ¿Y ahora qué hacemos?

Quise romper el hielo que se estaba formando en nuestra conversación, o para mejor decir en nuestra manera de entendernos bien en ese preciso momento; que era el no hablar nada entre nosotros. Y como ninguno respondía afirmé yo por todos ellos, diciendo que tal vez lo mejor era marcharse al piso para seguir estudiando las materias obligatorias de nuestro curso, y al decir aquello también miré para Matilde, aunque estuviese en un curso inferior al nuestro.

Estábamos a expensa de que decidiesen los señores catedráticos elegir los días de los exámenes finales del curso; pues aquel curso se estaba alargando un poco, a la

espera de una Ley que iba a dar el Ministerio; ya que no sabían el modus operandis que tenía que desarrollar secretaria en los exámenes finales. Consiguiendo el claustro de profesores ponernos nerviosos a toda la clase.

Por fin llegaron los ansiosos exámenes finales; poniéndonos todavía más nerviosos los señores catedráticos al preguntarnos materias que no habíamos dado durante el curso: ¿Qué se pretendía con ello?.

Algunos condiscípulos se salieron del aula donde se celebraban los exámenes, pero yo me quedé para desarrollar las materias preguntadas; ya que algunas materias las tenía yo muy trilladas. Y al cabo de los tres días llegué donde se encontraban los tablones donde se irían a poner las notas, no viendo allí, en aquel pasillo, ninguna nota a disposición de los estudiantes.

CHICO -. Es el catedrático de Laringe, Oídos, Fosas Nasales el que está retrasando las notas.

Así se expresaba uno de mis condiscípulos aquel día por la mañana temprano; al no ver las notas puestas en los tablones que habían puesto para tal medio. Hay que ver lo que puede formar un solo catedrático en el ánimo de sus pupilos; pues por una simple reyerta con su mujer, no había podido corregir los ejercicios, como si nosotros tuviésemos la culpa de lo que les pasaba al matrimonio. Esto lo oí, también, de boca de otros condiscípulos, creyéndomelo por completo; ya que en el transcurso del año se comentaba mucho las causas que tenía aquel catedrático en sus indecisiones para convocar exámenes, así como para corregirlos.

Llegué al piso decaído en Espíritu y deshecha toda mi Alma, por no poder decir a mis dos condiscípulos la nota que tenían; ya que yo había ido para ver mis notas, pero

también las de Rogelio y Sebastián. Tan decaído me vieron mis dos condiscípulos, que me pusieron un café bien cargado para que me animase el cuerpo maltrecho por las indecisiones de aquel catedrático.

No podía dormir en los días que faltaron para poner las notas en el tablón de anuncios de la facultad; así que una mañana me levanté decidido a saber qué pasaba con aquellas notas, pues los condiscípulos se estaban poniendo demasiados nerviosos.

Parecía como si ya nos estuviesen esperando en nuestra llegada los señores bedeles, muy bien aleccionados como para no decir nada a nadie, y callarnos en el momento que algún estudiante de medicina dijese algo fuera de lo normal; pues a mi pregunta de qué estaba pasando con las notas, se me vinieron hacia mí así como tres bedeles malmirados por hacer yo las preguntas, cuando tenían que ser los señores catedráticos, como ellos me dijeron. Separándome de allí casi a empujones; pues me estuvieron dando empellones todo el tiempo, hasta que consiguieron sacarme a las afuera de La Facultad de Medicina.

Lo malo no fue ahí eso, pues lo malo para mí era que entre los tres bedeles que había aleccionados, uno de ellos era el bedel que yo ayudaba, por ser ya de una edad un poco avanzada. Y cuando le miré a la vista bajó la cara aquel bedel en señal de estar totalmente avergonzado de su comportamiento conmigo.

Los demás días preguntaba desde la puerta de entrada a la facultad, que si estaban ya las listas puestas al público, y así uno y otro día; hasta que una mañana, cuando llegué a la facultad, vi que entraban los condiscípulos sin traba alguna en la facultad.

Me lo supuse: ¡YA!, ya estarían puestas las notas en el tablón de anuncios por pasar mis condiscípulos sin ninguna clase de impedimento; así que no pregunté nada pasando, en la facultad, sin dar tan siquiera los buenos días.

BEDEL -. ¡BUENOS DÍASSSSS!

Con un torrente de voz descomunal me daba un bedel los buenos días, sin yo haberle dicho nada; no conociéndole para nada a dicho bedel, solamente le hice una inclinación de cabeza como que le aceptaba esos buenos días tan sublimes que él me había dado.

No había comenzado a caminar por aquel pasillo, cuando me llamó la atención dicho bedel para que fuese, si hacía el favor, a dónde él se encontraba, cosa que me chocó a mí mucho; pues tantos pasos había de donde yo estaba a dónde él se encontraba en aquel preciso momento. No obstante me llegué a su lado, diciéndome aquel bedel que se me había comido la lengua un gato; no comprendiendo yo nada de lo que me quería decir aquel bedel, hasta que crucé al pasillo donde se encontraban las notas viendo el desencanto de mis condiscípulos y el agobio de algunos por haberse creído que habían hecho bien los exámenes.

Existían como un murmullo un tanto débil para más tarde irse incrementando al tiempo que se decían algún que otro improperio dirigido algún catedrático. Ahora sí que comprendí por qué se encontraba en la puerta aquel bedel tan forzudo y tan consenso de sí mismo. Ahora sí que comprendí lo que estaba pasando allí; sobre todo cuando leí las notas que estaban expuestas a la vista de todos los condiscípulos: Habían aprobado pocos condiscípulos, y a mi simple parecer se lo tenían merecidos al emplearse más en las fiestas que en los estudios; pero esto no lo podía yo decir para nada, enfadaría a todos mis condiscípulos.

Yo había sacado unas notas muy buenas, pues eran notas altas y algunas altísimas; alegrándome el Alma aquellas notas, y cuando estaba en estado de shoch por

las notas se acercó uno de mis condiscípulos diciéndome: -. Enchufado, que eres un enchufado -.

No fue ese sólo el que me molestaba con su verborrea, pues a ese chico le siguieron otros y otros con idea de que yo me pusiese nervioso, no consiguiéndolo, para marcharse afuera de la facultad todos mis condiscípulos.

Cuando me quedé solo en aquel pasillo y delante de las notas no sabía si llorar o salir corriendo de allí; hasta que me calmó una voz conocida, siendo la voz del señor bedel al que yo ayudaba, pronunciando unas palabras de alivio para mi persona. Le estreché las manos y salí de la facultad con algo más de moral, por las palabras que me había dicho aquel bedel. Pero comprendiendo que al siguiente año lo iba a tener difícil mi convivencia con el resto de mis condiscípulos, al creer todos que yo había aprobado con notas el curso por haberme encargado un señor catedrático para que ayudase al bedel más anciano que había en la facultad.

Cuando estaba ya en el Paraninfo de La Universidad, oí como unas voces que estaba dando una chica, y al aproximarme más comprendí que era una arenga que estaba dándolos aquella chica, que en general no sabía yo quién era, por no verla muy bien; al estar todos mis condiscípulos apiñados oyendo a la chica.

No sabía de quién se trataba a lo primero, pues cuando me acerqué al grupo, haciéndome pasar hacia donde se encontraba aquella chica pude darme cuenta de quien era la chica; nada más ni menos, que se trataba de la señoriíta Alicia.

SRª. ALICIA -. Ya hubiesen estudiado todos ustedes como ese chico; que no tenía ni día ni noche, no tenía fiestas algunas para seguir estudiando y poder aprobar el curso, como en sí lo ha hecho.

Comprendí de quien hablaba la señoriíta Alicia: No podía ser otro estudiante más que yo.

Me arrimé a la señoriíta Alicia cogiéndola de un brazo y llevándola de allí deprisa, no fuese a ser que los ánimos de mis condiscípulos no aguantasen más y fuesen a obligarla para irse de aquel sitio sin contemplaciones algunas.

Me la estaba llevando del sitio donde estaba echando la arenga a todos mis condiscípulos, cuando me di cuenta que estábamos alejándonos de aquel sitio a pie; habíamos dejado pasar a varios autobuses urbanos, que nos llevarían a las primeras calles de la gran Ciudad.

Tanto esfuerzo había hecho la señoriíta Alicia, que en un momento determinado se echó sobre mis hombros con su cuerpo, notándola yo toda su persona rozando la mía. Qué situación, ¡madre!; que situación tan embarazosa para mí, pues si nos viese Matilde no sabía yo cómo iba a responder dicha chica.

Miré para un lado, miré para otro y así sucesivamente repetía las miradas, como queriendo ver en algún sitio a Matilde mirándonos desesperadamente, pero por suerte no se encontraba allí Matilde; así que no sufrió nada al vernos tan cogiditos de nuestros cuerpos, Alicia y yo.

De esta manera la llevé hasta las primeras calles de la gran urbe, sin saber por donde íbamos, ni por dónde andábamos, con nuestras pisadas, solamente Dios lo sabía y nadie más. Y si hacía poco que la señoriíta Alicia se había encontrado en un estado nervático, no era menos que ahora se encontraba en un estado excepcional para ella.

Me quise despedir de la señoriíta Alicia, pero ella se aferraba a cogerse más a mi persona, al principio me cogía de un brazo, pero más tarde me cogió de la cintura llevándome como si fuese un mono de peluche por toda la acera de aquella calle; provocándome a mí una vergüenza que no me dejaba mirar a nadie a la cara, por si

fuesen adivinar lo nervioso que yo estaba con aquella chica. Y aunque yo hacía lo posible y lo imposible por desembarazarme de aquella situación, la chica no lo hacía.

Hasta que llegamos a unos grandes comerciales, entrándonos en ellos para ver si se podía comprar algunas cosas que la valiesen como de adorno al pelo, así como algún pañuelo para el cuello, viendo yo el Cielo abierto por la gran cantidad de gentes que había en aquel gran comercial.

SRª. ALICIA -. Mira, mira que pañuelo tan lindo.

Así una de tras de otras cosas me señalaba para tomarme a mí el parecer de si se lo compraba o acaso no me gustaba para ella: Y entre sí y que no, se nos fue la mañana en aquella gran superficie comercial, para la venta de cosméticos, ropas y un sin fin de detalles; tanto para el hombre como para la mujer.

Y todavía quería que merendásemos en un restaurante cerca de allí, más bien era un bar restaurante. Y yo con más miedo encima que no me podía aguantar por creer que me iría a ver alguien conocido diciéndoselo a Matilde.

Tuve suerte, mucha suerte; pues en aquella bella mañana no encontré a ningún conocido mío para que la pudiese decir a Matilde lo bien que me había visto con la señoriíta Alicia, y lo a gusto que me encontraba acompañándola a dicha chica. Pero con todo y eso yo no me creía que no me hubiese visto alguna persona conocida por mí, así que hacía fuerzas con las manos, como limpiándome el sudor de ellas.

Y al verme tan cohibido, se despidió de mí la señoriíta Alicia, con una excusa un poco inocente; que su papá no la dejaba estar en la calle después de las dos, y a las dos mismamente me dio un beso en las mejillas iniciando su camino a solas. Yo no sabía lo que hacer, si irme al piso para merendar o tomarme un bocadillo en el bar restaurante

donde me había dejado la señoriíta Alicia. Decidí hacer lo primero, irme al piso para merendar, así no hablarían nada mis dos condiscípulos; ya que yo me había atrasado por causas de mis estudios y haber tenido que ayudar al bedel que tenía yo encomendado por un catedrático para que prestase alguna que otra ayuda a dicho bedel.

Habíamos terminado de merendar cuando sonó el timbre de la puerta, queriendo entrar en el piso Don Patricio el cura encargado del barrio suburbano; pues traía en las manos una carta para mi cura Párroco, Don Arturo. Traía en su cabeza una sola idea, el que nos reuniésemos las dos congregaciones aunque la suya era pequeña.

DON PATRICIO -. ¿Qué medio de trasporte tenéis para llegar al poblado desde tu pueblo, hijo?

El medio que nos proporciona nuestro medio de vida; y así quedó sentado que era difícil que las personas de mi pueblo volviesen de vez en cuando al poblado de chabolas, haciendo una labor pastoral de lo más entrañable que había. Y por supuesto, menos podían ir de un sitio a otro aquellas personas de feligreses en la capilla que le habían asignado a Don Patricio.

Quedamos en ir una vez más al poblado para impartir unas charlas sobre la lectura y cuando llegamos al poblado pudimos ver una riña entre dos personas de aquella etnia, más desamparada por la sociedad. Se decían de todo lo malo del Mundo, hasta se tiraron de los pelos aquellas dos señoras, rodando por los suelos.

Lo mismo que cuando entramos en el poblado nos hacían camino, diciendo; “ya están aquí los señoriítos”: En el momento que quisimos separar aquellas señoras que se encontraban enseñando sus vergüenzas en el suelo, nos rodearon para que no hiciésemos nada por ellas, ya que aquella reyerta era una riña de honor.

Hasta vimos fluir la sangre en una de ellas, la más joven de aquellas señoras; pues se había descuidado poniéndose bien la bata para que no la viésemos todas sus formas al no llevar ropa interior. Y ahora sí que aquel cura no dejó que continuasen en su pugna aquellas dos señoras; ya que al parecer llegarían al máximo con su empeño, que era hasta que una de ellas desvaneciese en la contienda.

La misma pequeña roca que cuando íbamos a impartir las charlas, hacía ya un tiempo; por lo menos hacía ya que no íbamos al poblado unos dos meses; cuando comenzó a ponerse serios nuestros estudios, por no decir cuando los señores catedráticos nos hacían exámenes un día sí y el otro también.

Aquel día hubo un grupo mayor que nunca asistiendo a nuestras charlas en la lectura, pero cuando el "Páter", que así le llamaban a Don Patricio se dispuso a celebrar en una especie de chambado; pues solamente tenía cubierta para que no se mojasen aquellas personas, se comenzó a marchar la mayoría de aquellas personas de allí.

MIGUEL -. ¿Qué hacemos?, Don Patricio.
DON PATRICIO -. Celebrar la misa: ¿Qué vamos hacer?

Ayudado por mí, como monaguillo, ya que Don Arturo nos había enseñado tales prácticas, y como fieles que asistían a la misa, Rogelio, Sebastián y tres señoras que se quedaron en aquel zaguán para escuchar misa.

Cuando terminó la misa nos despidió allí aquel cura tan simpático y tan entregado a su labor pastoral, pese a que aquel cura era ya de una edad un tanto avanzada. No comprendíamos por qué le tenía allí la diócesis, si había curas más jóvenes que él. Tal vez seria por que ese cura había visitado con frecuencia aquel poblado, aunque su Parroquia dependía de otro barrio.

Era bonachón aquel cura, así que tal vez lo había pedido él que le encargasen de aquel barrio de chabolas.

Yo no sabía por qué le llamaban aquel cura "Páter", si no era militar; tal vez sería porque algún feligrés había hecho el Servicio Militar acampando en aquel poblado una vez que había terminado su mili.

Haciendo indagaciones, en el mismo poblado y antes de irnos de allí, pregunté por la denominación de aquel cura; el por qué le llamaban "Páter", si era un cura de una diócesis no militar.

Antes de marchar al pueblo esperaba ver a Matilde, pero no pude verla aquella tarde, no sabía yo dónde estaba dicha chica, ni lo que podía estar haciendo; de modo que dormí un poco inquieto aquella noche por no haber podido ver a Matilde. ¿Dónde estaría dicha chica?, si a mí no me había dicho nada de asistir a tal o cual evento o reunión familiar en aquella tarde.

No pude más y me levanté temprano, muy temprano, a la mañana siguiente para poder ver a Matilde y despedirme de ella; pero siguió la misma senda para mí de sufrimiento por no poder saber dónde se encontraba Matilde, yéndome al piso donde vivía, encontrando allí a una sola compañera de piso, que todavía no se había marchado a su ciudad natal con sus papás. No, no se encontraba allí Matilde, ni tan siquiera sabía su condiscípula dónde podía estar; pues al parecer no había dormido en su cama, ya que cuando se dirigió al cuarto de Matilde su condiscípula pudo ver la cama hecha: Como sino se hubiese deshecho por la noche.

Yo sí tenía a mis dos condiscípulos conmigo, todavía; así que corrí a mi piso para llorarlos a lágrimas vivas, por no saber dónde estaba Matilde y qué había sido de ella.

SEBASTIÁN -. ¡Pues sí que te ha dado fuerte!

ROGELIO -. No: No le atosigues más, que para él es lo más grande que tiene.

SEBASTIÁN -. Si yo le entiendo.

ROGELIO -. Si es para nosotros la señoriíta Matilde como de la familia, sufriendo por ella si la pasa algo: ¿Cómo no va a sufrir nuestro condiscípulo Miguel por su chica?

Así se expresaban los dos para que yo no sufriese; pues al parecer de ambos, Matilde estaría en sitio conocido por ella, y con su mismo beneplácito; con ese derroche encantador que tiene en su cara y en su trato, que todas las personas con las que se relaciona la aprecian y la veneran.

Tenía los músculos ateridos, no me podía valer por sí solo viéndome los dos condiscípulos de esa manera me propusieron buscarla por los lugares donde ella solía ir conmigo, o tal vez sola. Pero cuando íbamos saliendo por el portal de nuestro bloque, vimos venir como corriendo a la compañera de piso de Matilde. Traía en las manos una cuartilla, al parecer escrita por los renglones que se veían en ella.

CHICA -. ¡Esperar!, esperar; que traigo noticias de Matilde.

Me entregó aquella cuartilla escrita por Matilde, poniendo en ella; que se la había llevado su padre a La Ciudad donde vivía, ya que se encontraba en la gran urbe gestionando unos asuntos para su economía personal. No sabiendo yo qué clases de negocio tenía el padre de Matilde para presentarse momentáneamente en La Capitalísima Ciudad.

Aquello me tranquilizó un poco, pues era la letra de Matilde que la había dejado encima de la mesa del salón no viéndola de momento su condiscípula, hasta que por fin

se dio cuenta de aquella misiva dejada en aquella mesa; por lo tanto ya me podía marchar a mi pueblo en cuanto yo quisiera. Y después de despedirme de mis condiscípulos a la mañana siguiente me dispuse para marchar a mi pueblo; no sin antes haberlos invitado para que fuesen en la feria de ese pueblo tan acogedor como era el mío, y sobretodo en verano.

Con bombo y platillo, no es que se me recibiera en el pueblo puesto que yo tuve que ir a buscar a mis amigos de la infancia; pues por otra parte nada haría estando entre ellos, ya que todos eran amigos los unos de los otros y yo no tenía a nadie para salir con una chica en mi pueblo.

Pero con todo y eso me fui a buscarlos y los encontré a medio camino; pues venían a mi casa para sacarme, cosa que me agradó mucho: Sabiendo yo que mis amigos de la infancia me admitían con ellos, tuviese yo amiga o no tuviese ninguna amiga para salir con ella.

Bueno, eso creía yo; ya que a poco de estar con mis amigos de la infancia se presentó una chica, prima de Casimiro, morena y muy bien apañada; muy melosa.

Me la presentaron y sin apenas hablar nada, iniciamos ella y yo el camino donde iban los demás del grupo. Yo la miraba de reojos, como queriendo saber de quien se trataba; porque no las tenía yo todas consigo, ya que otro fracaso más sería lo último que hiciese yo en el pueblo. Un pueblo donde lo más mínimo se miraba mucho y se comentaba más las cosas que pasaban en él.

Aquella mañana del principio de verano nos fuimos a la alameda donde había pasado aquel incidente a Lucía, yendo yo un poco receloso notándomelo la chica, diciéndome algo que me llegó al Alma.

CHICA -. Sino te encuentras a gusto con mi persona, lo podemos dejar.

MIGUEL -. No mujer: Es por otro motivo lo que voy un poco serio.

Y como esperaba contestación aquella chica, la tuve que decir la verdad de lo que allí había pasado a Lucía, un día de verano soleado; pero que para mí se ocultó el Sol por completo.

A la chica la sentó mal lo que yo la dije, o no me había comprendido; ya que al parecer creyó que había sido yo el causante del accidente que la pasó a Lucía aquel día de excursión a los álamos. Viendo yo que cada vez se alejaba más aquella chica de mí, hasta el punto de juntarse con sus amigas en un mal momento para ellas.

MIGUEL -. Tu prima: ¿Cuánto tiempo va a estar en el pueblo?
CASIMIRO -. Una semana. . . Ya se va.

Parecía como si me hubiese entendido mi amigo Casimiro, al contestarme sin titubear que se iba su prima dentro de unos días, como para que yo me quedase tranquilo y no sufriera más: Ya que Casimiro conocía muy bien a su prima, y podía saber cómo se había portado conmigo, o si hubiese habido alguna discordia entre nosotros dos, su prima y yo.

Para quedarle más tranquilo le dije, que no había habido ningún roce entre su prima y yo; solamente era que me había entendido mal una explicación que la había dado yo a su prima: Diciéndome Casimiro, que como esas miles. Ya sabía yo cómo era la prima de Casimiro, respirando un poco el día que se marchó a su Ciudad, quedándonos solos sin ella en el pueblo.

Tan solo nos quedamos, que parecía que allí sobraba yo; pero vuelvo a decir que me volví a confundir, ya que me llamaban todos los días mis amigos de la infancia para

que saliese con ellos de paseo; no sabiendo yo cuando se encontraba a solas aquellos chicos y chicas bien allegados, pues tendrían necesidades de verse a solas todos ellos y por mi culpa tenían que ir a sitios conocidos por otras personas.

Aquel verano comenzó siendo sombrío para mí, sin ningún acontecimiento que sirviese la pena de ser contados años más tarde por todos nosotros; hasta que un día se presentó Lucía en el pueblo acompañada por una monja, con un vestido blanco que parecía irradiar los rayos solares en todo su esplendor por la cara y por sus manos, que eran lo único que se la veía fuera de los hábitos.

Todos nos aproximamos a la casa de Lucía, para ver qué pasaba con ella; oyendo unas voces descomunales por parte del padre de Lucía, y hasta la misma madre alzaba su voz en señal de no estar conforme con algo, ya que desde la puerta no lo oíamos bien, por ser de madera gruesa.

Cuando se volvió abrir la puerta de Lucía salió la monja sola, sin la aspirante a monja, Lucía. No sabíamos qué abría pasado dentro de la casa de Lucía, que salía la monja con una cara de espanto y con los hábitos de Lucía en las manos.

Nos quedamos apostados cerca de la casa de Lucía, como esperando algún acontecimiento que nos sirviese de narración el día de mañana, no tardando en acontecer algo insólito para nuestras pobres cabezas. Se presentaba la monja seguida del cura Párroco de nuestro pueblo, Don Arturo. Y éste iba con cara de haberse llevado un gran disgusto por parte de los padres de Lucía.

Nada más que llamó a la puerta Don Arturo se entró al abrirse una hoja de aquella entrada a la casa, sin ser invitado ni tan siquiera para que pasase dentro de la morada de los padres de Lucía, cerrando tras de sí la puerta de inmediato para que nadie supiese lo que se iría hablar allí en esa precisa hora.

Y sí que hablaron, ¡Si!, pues se oían las voces en todo lo largo de la calle donde vivían ese matrimonio.

Hasta el punto que salió Don Arturo a paso ligero, seguido de la monja para la Iglesia, haciendo acto de presencia momentos después con la monja; pero la monja traía en sus brazos el hábito de Lucía, que momentos después salía Lucía con los hábitos puestos acompañada de la monja y Don Arturo. Todos los que presenciamos aquellas escenas aplaudimos sin cansar, por saber: ¿Qué mejor hay que tener una religiosa en la familia?. Pues los padres de Lucía no lo comprendían así; o por lo menos, si lo comprendían no querían quedarse solos sin su hija.

Todo el pueblo se quedó más tranquilo al saber que volvía al convento Lucía, siendo su intención de terminar el periodo de aprendizaje para ser monja; pues así la demandaba su conciencia, creyendo en Cristo y en sus enseñanzas a ciegas. Por lo tanto se la tenía que dejar seguir su voluntad y no obligarla a abandonar los hábitos por una cabezonada de sus padres de ésta. . . ?. . . Sí; por qué no decirlo: Monja.

Vimos partir a Lucía con aquella monja a su destino, acercándome yo a la puerta de la casa de Lucía; diciéndome su padre algo que me llegó al Alma.

SR. PACO -. Por tu culpa ha pasado esto.

El padre de Lucía me achacaba a mí la culpa de que su hija se hubiese ido a un convento, dejándolos a ellos solos y sin ninguna clase de amor que los amparase, como era el de su hija.

MIGUEL -. ¿Usted cree?

SR. PACO -. Pues claro que creo.

MIGUEL -. ¿Entonces, por qué no cree que su hija haya tenido esa tendencia para irse de monja?. Es una devoción, no una imposición.

Aquel señor se quedó pensando en lo que yo le había dicho, como si a caso tuviese razón en ello; ya que su ofuscación no le dejaba ver con claridad más para allá de sus narices. Y era así porque en pocos días vimos llegar otra vez a Lucía al pueblo, pero esta vez sola, sin acompañante.

¡Qué raro!, todo aquello; que Lucía llegase sola y haciendo tan poco tiempo que había venido para ver a sus padres; por lo tanto yo tenía que saber lo que pasaba y cuando me dirigía a casa de Lucía me salieron, Antonia y Lucía, cortándome el paso.

MIGUEL -. ¿Qué haces aquí?

LUCÍA -. Probar si mi vocación es realidad. Si verdaderamente tengo la fe suficiente como para abrazar los hábitos de monja.

MIGUEL -. ¿Y qué?

Aquella chica no me contestó nada; pues Lucía estaba siendo muy recatada, en cuanto a su forma de ser con el convencimiento que tuviese para ser monja. Pero lo cierto fue que aquella mañana salió con todo el grupo de amigos de la infancia.

Yo iba como raro; me notaba algo que no cuadraba en mí, como que no sabía por dónde iba a salir aquello, de que Lucía abandonase los hábitos por una mala creencia de que yo la iba hacer, otra vez, frente. Y en realidad, sí me hacía tilín aquella chica; pero yo no sabia cómo reaccionaría una vez que se presentase en el pueblo Matilde; ya que la había invitado a la feria con el resto de mis condiscípulos, Rogelio y Sebastián.

Yo no hacía otra cosa más que escuchar todo lo que me decía ella, hasta el punto que cuando nos tuvimos que recoger, solamente había hablado tres palabras.

Siendo una de las palabras que dije, “si”, y la segunda, “no”; para despedirme con un “adiós” entrecortado. No sabía si lo iría a comprender Lucía el carácter tan frío como la demostré aquella mañana: Pero a mi simple opinión, que no se había dado cuenta de mi alejamiento, con respecto a su persona. Creyendo yo que Lucía no volvería nunca más al convento de monjas.

¡Pues qué bien!; qué bien seria el estarla viendo todos los días a Lucía, y ésta chica esperando algo de mí que al parecer no llegaba: Esa palabra que dijese: Te quiero, o tal vez te adoro. Y la reía la gracia de vez en cuando, pues Lucía era muy abierta de carácter, haciéndose querer por toda la persona que la trataba.

Quedaba mucho tiempo para que se terminase el verano; pues no habíamos hecho más que empezarlo: Los primeros calores fueron en la trilla de la era, con aquellos aventadores del grado para separarlo de la paja, y cuando pasó dicho tiempo ya hacía yo que me encontraba en el pueblo unos días. Siendo Junio uno de los mejores meses para pasar el calor en mi pueblo; pues al lado de infinidad de fuentes y berzas íbamos paliando el calor que se nos avecinaba en los sucesivos días.

Aunque había a veces que me entraba un escalofrío por todo mi cuerpo al no ser capaz de hablarla a Lucía rectamente, pues unido al mucho bochorno que comenzó hacer en aquellos días, era para mí motivo de agobio notándomelo Lucía, pero ésta chica se callaba para su bien; parecía que quería llevarse hacía sí todo mi afecto quitándoselo a Matilde, la buna de Matilde.

Y aunque la feria estaba lejos, yo me estaba poniendo cada día más nervioso; sobre todo, cuando me decían las gentes a mi paso: -. Ya tienes aquí a la novia -. Pues sí, tenía allí a la novia como decía la mayoría de las gentes de mi pueblo.

Lo malo sería cuando se presentase Matilde en el pueblo: ¿Haber qué novia dirían, entonces, que tenía yo?, si Lucía o Matilde. O que tal vez no me habían bautizado y por eso hacía frente a las dos.

¡Qué barbaridad!: Si no me cogía la camisa en mi cuerpo; no por el calor que hacía, pero sí por los nervios que me estaban entrando al pensar que se juntarían las dos chicas en el pueblo, sin saberlo ellas.

Y una mañana que habíamos salido a pasear todos los amigos por el campo, yo deshojaba una margarita delante de Lucía, y siempre me salía lo mismo.

LUCÍA -. ¿Qué, me aprecias o te aprecio?
MIGUEL -. Siempre me sale lo mismo.
LUCÍA -. Ya lo he visto. Te sale que sí; alguien te tiene afecto.

No sabía ella quien de las dos me tenía más afecto; pues yo deshojaba aquella margarita pensando en Matilde no en su persona, ya que Lucía era muy suspicaz entendiendo las cosas. Por lo tanto no podía desvelar, por quien estaba yo deshojando la margarita; ya que Lucía estaba completamente segura que era por Matilde, en vez de por ella. Eso era lo que no me gustaba a mí de Lucía, ese recelo para los que la estaban hablando: No se creía apenas nada. Y menos me iba a creer a mí, que en una ocasión se me había escapado el nombre de Matilde cuando la llamé a ella. Teniendo que tener mucho cuidado para no volver a fallar nunca más delante de Lucía en ese sentido y máxime cundo ésta chica parecía que me quería.

Un día, cuando iba a buscar a Lucía para llevarla con el resto de los amigos, vi llegar hacia mí a Matilde: ¡OH! sorpresa que recibí aquella mañana al ver a mi condiscípula; pero a la vez se me encogió el corazón al comprender que aquella visita

que estaba teniendo sería el preludio de algunos problemas para mí, ya que como he dicho, Lucía era muy suspicaz: Como para que entendiese que aquella aparición era una visita de cortesía para ella.

MIGUEL -. ¿Qué haces aquí?

MATILDE -. Vaya recibimiento que me haces, hijo.

Y dándome un beso en las mejillas me cogió del brazo iniciando el camino hacia la casa de Lucía, aunque ya estábamos cerca de ella; pudiéndonos haber visto Lucia a través de los ventanales. ¡Pues claro que nos había visto!, si estaba esperándome, como no nos iba a ver.

Salió como una centella de su casa Lucía, con la sola idea de saber por qué se encontraba en el pueblo Matilde, y sin haberla saludado se dirigió a mí con mucho topete y con mucha idea de saber las causas de la llegada de aquella chica.

LUCÍA -. Invitas a todo el mundo sin ser las fiestas del pueblo: ¿Verdad, Miguel?

MIGUEL -. Tal vez.

Respuesta mal dada por mi parte, ya que no evadí aquella pregunta que me hizo Lucía ni tan siquiera di un rodeo excusándome en mi poca suspicacia de que Matilde iría a venir en esas fechas al pueblo. Aquella respuesta reveló a Lucía en contra de Matilde; ya que tuve una pequeña indecisión por no saber contestar mejor a su pregunta.

No supe contestar bien a la pregunta que me hizo Lucía, evadiéndome un poco o un mucho de su concepto: ella creía que la iba a decir, que no sabía nada de aquella

visita, en cambio eludir los términos para hacerla creer que la había invitado yo, con una prepotencia supina por mi parte.

Lucía hizo por volverse a entrar en su casa, pero la cogió de un brazo Matilde con una sola idea.

MATILDE -. Seguidme.

No sabíamos dónde la teníamos que seguir, pero cuando más avanzábamos por aquellas calles nos dimos cuenta que era a la casa del cura Párroco, Don Arturo, donde nos estaba llevando Matilde. No sabía yo con qué idea hacía aquello Matilde; pues tal vez el Sacerdote tenía que estar compinchado con ella, pues sino no se entendía muy bien que Matilde nos estuviese llevando a la casa del cura sin haber contactado antes con él.

Claro que ya había hablado Matilde con Don Arturo; pues antes de llegar a la casa, ya tenía abierta aquel cura la puerta para que entrásemos en su residencia habitual.

Lucía se mostraba indecisa para entrar, tenía reminiscencia en su voluntad para entablar una conversación, aquel día, con nosotros tres; pero con todo y eso accedió a entrar en la casa del cura, con esa poca de timidez que da el no saber lo que se iba a comentar allí en esa hora de sobresaltos para ella.

DON ARTURO -. Pasar, hijos; no os quedéis en la calle.

También se había dado cuenta Don Arturo que Lucía no estaba por la labor de entrar en su casa, así que nos invitó a los tres para que entrásemos y no nos quedásemos en plena calle.

Una vez en casa de Don Arturo, nos hizo sentar en las sillas que tenía a tal efecto en el salón, para comenzar una charla con nosotros; a lo primero de fútbol, ya que era el medio más propicio para entablar una buena conversación derivándola más tarde por otros derroteros. Y por otros derroteros se derivó la conversación que estábamos sosteniendo con nuestro cura Párroco, al momento que éste se puso serio, muy serio para decirnos algo que ya esperábamos todos.

Mirando a las dos chicas con cara de circunstancias, inició una charla lo más cordial que pudo y sin alzar la voz para nada.

DON ARTURO -. Hijas. Contarme la verdad de lo que está pasando entre vosotras.

Se lo preguntaba Don Arturo a las dos chicas, así como así; queriendo que le contasen la pura realidad de lo que estaba pasando entre ellas, y ellas como si no fuese la pregunta que lanzó nuestro cura Párroco con ellas para nada. Esperó y esperó hasta que ya se cansó, viéndoselo por los gestos que comenzó hacer, y cuando iba para volver a preguntar lo mismo, una de ellas respondió.

MATILDE -. Por mi parte no pasa nada; pero absolutamente nada.
DON ARTURO -. ¿Entonces? ¿Qué es lo que pasa?

Esto último lo refirió mirando a Lucía para que ésta chica dijes algo y poder saber sus intenciones de entrarse a monja en un convento; que era la idea principal que tenía aquel cura con respecto a Lucía. Y Lucía seguía callada sin querer decir nada de lo que ella estaba pensando en ese preciso momento de un acuerdo bilateral entre ambas chicas, por parte de Don Arturo.

Don Arturo hizo un silencio asombroso en su conversación, no oyéndose a nadie hablar nada; siendo aquel silencio el que estaba poniendo un tanto nerviosa a Lucía, que se comenzó a remover en la silla donde estaba sentada. Y con un acople que le era general a Don Arturo la volvió a insistir, implícitamente, a Lucía para que hablase.

DON ARTURO -. ¿Y qué?

Mientras la decía eso Don Arturo, éste cura movía la cabeza de arriba a bajo como pidiéndola que hablase Lucía, que estaba ya ésta chica a punto de abrir su boca para emitir unas palabras que supiésemos lo que ella pensaba, y así fue.

LUCÍA -. Yo. . .

DON ARTURO -. Sí, tú hija. ¿Qué nos quieres decir?

LUCÍA -. Yo he tenido desde pequeña la idea de ser monja; me atrae la religión y creo en las enseñanzas de Cristo.

DON ARTURO -. ¿Y qué?

LUCÍA -. Cuando fui mayor y conocí mejor a Miguel, no es que se me quitasen las ganas de ser monja; pero más me atraía la idea de ser la mujer de Miguel: Era solamente para saber qué es eso de ser la mujer de un hombre.

DON ARTURO -. ¿Solamente?

LUCÍA -. Solamente.

Así quedaron claro las ideas que tenía Lucía conmigo; pues no la desvelaba nada de mi persona, siendo solamente las ganas de saber qué era ser mujer de un hombre una vez que nos hubiese casado Don Aturo. Pero era bien sabido por todo el pueblo, que

desde el día del accidente que sufrió Lucía me comenzó a tener una especie de atracción personal en mi forma de ser: Ella me veía como un gran héroe, aquel caballero medieval que había rescatado a su princesa de las manos de un desarmado. No era como una atracción física la que sentía Lucía por mí, era mejor; como una impresión brutal que sufrió Lucía en aquel día de su accidente, al verme portar de esa manera como me porté con ella.

Ahora la tocaba a Matilde hablar; puesto que Don Arturo se volvió para donde estaba ella, preguntándola por sus sentimientos para con mi persona.

DON ARTURO -. No te digo nada.

MATILDE -. Con eso ya me lo está usted diciendo todo, padre.

DON ARTURO -. Te quiero escuchar.

MATILDE -. Entre Miguel y yo no se ha hablado ni una sola palabra de amor: Ni se ha dicho, te quiero u otra similitud afines al sentimiento personal.

DON ARTURO -. ¿Pero y la procesión?

MATILDE -. Va por dentro.

Qué forma tan personal tuvo aquel cura para preguntarla a Matilde si me quería, y sin pronunciar ni una sola palabra de amor hacia mi persona, tuvo la amabilidad de responder a mi cura Párroco los sentimientos que ella me tenía. De su boca no había salido, todavía, ese pronunciamiento de afecto en el amor como para que yo oyese un, le quiero.

A unísono bajamos todos la cabeza como pensando en algo, y sobre todo en lo que se iba a decir de aquí en adelante; pues sería trascendental en nuestras vidas todo lo

que se añadiese, esa mañana, en la conversación que sosteníamos entre todos en la casa de Don Arturo.

Aunque al decir verdad, parecía que aquel cura lo tenía ya todo muy claro para emitir un juicio categórico sobre nuestras relaciones personales, como éramos entre Lucía, Matilde y yo. Ese juicio que se estaba formando dentro de la mente de Don Arturo, sí era un juicio categórico, pero también apodíctico en cuanto hay una proposición de afecto no correspondido, al contrario del primer juicio en cuanto hay un predicado que la afirma.

DON ARTURO -. Una última pregunta: ¿Hasta qué punto os comprometeríais por Miguel?

MATILDE -. Yo, hasta la saciedad.

LUCÍA -. Yo, hasta que no se pusiesen nerviosos mi padres.

Para Don Arturo estaba siendo claro lo que se daba entre las dos chicas y mi persona, pues dejando el bloc encima la mesa, se dispuso a dar su juicio a tales pretensiones entre aquellas chicas y yo.

DON ARTURO -. Mi consejo es: Que tú Lucía vuelvas al convento y tú Matilde sigas con los verdaderos afectos para con Miguel.

LUCÍA -. ¿Esto lo sabrá alguien?

DON ARTURO -. Sobre la conversación que hemos sostenido aquí hoy no se sabrá nada; si vosotros, hijos, no lo decís y tenéis la suficiente amabilidad como para callaros.

Solamente la inquietaba a Lucía que se supiese lo que allí se había hablado aquella mañana, no pensando en nada ni en nadie de su entorno: Eso me estaba diciendo a mí quien de las dos chicas me tenía mejor afecto sentimental.

Al terminar de darnos sus consejos Don Arturo se metió en la cocina sacando una jarra de limonada para que nos sirviese de refresco.

DON ARTURO -. Los limones son de un limonero que tengo en el patio de la casa.

Así nos quiso aplacar los calores que estaban haciendo aquella mañana de verano, en la que no se encontraba casi a nadie por la calle: Solamente íbamos nosotros tres, Lucía, Matilde y yo, dirigiéndonos hacia la casa de Lucía; pero en un momento determinado insistió Lucía para que la llevásemos a la alameda donde la había ocurrido el percance hacía ya tiempo.

Matilde y yo nos miramos a la cara como queriendo saber el por qué de aquel antojo que había tenido Lucía en ese momento, no comprendiendo nada de su férrea voluntad; pues se cerraba en banda no transmitiéndonos ninguna idea, tanto negativa como positiva para que supiésemos a qué ajustarnos en la realidad de los hechos.

Pero con todo y eso la llevamos a la alameda, entrándonos por el mismo camino que paseamos aquel día de desgracia para Lucía; pero ésta chica iba con el pensamiento fijo en algo, que nosotros no veíamos bien.

Cuando estábamos cerca del precipicio, donde se cayó Lucía, salió corriendo ésta chica con alguna que otra idea maligna. Yo no esperé a que llegase al precipicio Lucía y salí detrás de ella corriendo, dándola alcance antes que llegase al precipicio dicha chica.

¡Por Dios y María!; la oí decir a Matilde, que santiguándose se arrodilló para invocar al Cielo, cuando yo tenía agarrada a Lucía por la cintura; ya que de los brazos se me escapaba. Y con un movimiento de cadera la hice girar hacia donde habíamos venido para irla bajando por aquel camino poco a poco para no hacerla daño alguno.

Cuando llegamos al pueblo, ya nos estaba esperando Don Antonio, el cura coadjutor de La Parroquia con motivo de saber qué bien nos había hecho las charla de Don Arturo; diciéndole yo a aquel cura, que nos había sentado de maravillas, ya que habíamos hecho entre nosotros las paces. Y en ese mismo momento llegó una persona de la casa de los padres de Lucía llamándola a ella, no sabía yo con qué carácter de urgencia la llamaban en su casa a dicha chica, despidiéndose Don Antonio de nosotros.

Lo cierto fue que nos quedamos solos Matilde y yo por haberse tenido que ir Lucía a su casa llamada por sus padres. Viendo yo una cara de sorpresa en Matilde, tenía las formas de no creerse nada de lo que estaba pasando con Lucía. Comenzando a mirarme fijamente a la cara con idea de que yo la preguntase algo, por lo menos la preguntase por sus conjeturas en sus pensamientos frívolos para con Lucía.

MIGUEL -. Veo que estás teniendo unos pensamientos vanos con respecto a Lucía: ¿Qué te aqueja de ella?

MATILDE -. El baladí que ha representado entre nosotros dos esta mañana Lucía.

MIGUEL -. No serían tan pueriles dichos hechos, en cuanto los ha querido ejecutar delante de nosotros dos.

MATILDE -. Pero sí eran nimios dichos actos que ha querido acometer Lucía en nuestra presencia.

Verdaderamente eran largos los hechos que Lucía había querido acometer

delante de nosotros dos, si los hubiese llevado a cabo; siendo el apelativo de largo en cuanto nos venían anchos de entendimiento para nosotros dos, Matilde y yo, si Lucía hubiese logrado su objetivo.

Se lo hubiese quedado de más, si hubiese logrado Lucía lo que la dictaba su cabeza en aquella hora maltrecha para la credibilidad de dicha chica ante nosotros dos; ya que entonces, no podíamos considerarla creyente, ni mucho menos ecuánime para con su persona.

A poco tiempo de entrar en su casa Lucía, vimos salir de ella a la monja que la había acompañado en su día, el día que llegó Lucía al pueblo con idea de saber la realidad de su porvenir, y su porvenir estaba en el convento; según la dijo Don Arturo a Lucía: Pues si no, ya se veía la manera que estaban teniendo entre los curas y los padres de Lucía para que ésta volviese al convento y tomase los hábitos.

MATILDE -. A ésta chica la hacen monja.

MIGUEL -. Ya la has oído: Lo tenía pensado desde pequeña.

Y así debía ser; pues no tomaba a nadie en serio, ni tan siquiera a mí me tomó nunca en serio: Era totalmente diferente a Matilde aquella chica; mientras Matilde me oía con sumo agrado y estudiaba lo que yo la decía, ¡vamos!: Que recapacitaba en ello. Lucía, por el contrario, nunca me oyó con ese interés todo lo que yo la decía y mucho menos me hacía caso alguno a mis propuestas. ¡Claro!; se quería ir al convento, y así lo tenía decidido sin decir nada a nadie: Ni tan siquiera en su casa lo sabían.

Estaba siendo funesto para mi, tales juntas con Lucía: Nunca me hubiese hecho caso alguno a mis comentarios, ni a nada de lo que yo la dijese; por lo tanto estaba bien dentro del convento.

Para hacerlo bien, tenían que llevar los padres de Lucía a su hija al convento; con el consentimiento de ellos mismos, así que se fue la monja sola al convento esperando a que llegase Lucía.

Dimos pasos a ninguna parte Matilde y yo, preguntándola por su estancia en mi pueblo, diciéndome ésta chica que tenía pensado marcharse por la tarde; ya que sus padres no la daban más permiso para quedarse en dicha urbe. Yo escarbé un poco en la intuición para salirme si darme cuenta algo así como: Quédate por lo menos otro día.

No había consultado a mis papás para que se quedase otro día Matilde; pero la confianza era mucha entre mis papás y yo, por lo tanto decidí por ellos, yéndonos a buscar la centralita de teléfono para llamar a los papás de Matilde: Mostrándose éstos un poco indecisos en cuanto a dejar en el pueblo un día más a su hija.

Y sí, se quedó Matilde un día más en el pueblo haciéndome compañía; ya no hacía falta alguna que me buscasen una chica para salir en dicho día con todos los amigos. Así conoció Matilde a mis amigos de la infancia, sosteniendo entre ellos unas buenas relaciones de amistad y comprensión.

Mis amigos de la infancia, aquella tarde parecían que no querían ir a ninguna parte de los contornos de aquel pueblo o en el mismo pueblo; ya que solamente se limitaron hablar con Matilde. Eso sí, hablaban mucho y mientras iba transcurriendo el tiempo la iban preguntando cosas más íntimas, como si tenía novio. Al preguntarla por el novio, Matilde se la subió la bilirrubina a la cara, mostrando colores rosados en los carrillos, esas mejillas como pimientos morrones, y hasta en el orbicular de los ojos mostraba esa sensación indecisa de no saber qué responder; al mismo tiempo que me miraba a mí Matilde, como para saber qué responder. Y como yo no me podía quedar callado, apostillé de inmediato una buena premisa para ella. Pero antes hice hincapié de querer hablar para que todas las personas presentes me escuchasen.

MIGUEL -. No lo tiene; pero lo va a tener.

Al decirlos yo aquello, se me quedaron mirando a la cara fijamente todos mis amigos de la infancia, como comprendiendo lo que yo les quería decir: Pero en todos ellos se veía ese pesar del que no sabe lo que hacer cuando le cambian de parecer. Era una situación, para ellos, embarazosa; ya que de un día al siguiente tenia yo otra novia que no era Lucía. Aquello lo estaban admitiendo muy mal mis amigos de la infancia; pues al parecer no cambiaban a Lucía por otra chica, pero lo tenían que hacer.

Mientras más corría el tiempo, iban admitiendo de buenas ganas a Matilde aquellos chicos y chicas; viendo yo que Matilde se había ido con el grupo de las chicas para hablar con ellas de sus cosas, ya que en el momento que estuviésemos más de diez minutos juntos, se hacían dos corros, el de los chicos y el de las chicas.

ISIDRO -. ¿Qué has querido decir con eso de, lo va a tener?

MIGUEL -. Se comprende fácilmente.

CASIMIRO -. Si no nos lo dices, no lo comprendemos; o por lo menos, aunque lo intuyamos no lo podemos afirmar rotundamente por falta de que tú no nos has dicho nada más que, lo va a tener.

Me callé y no dije nada, para no romper el fatuo tan elevado que se estaba dando en ese preciso momento allí mismo, entre mis amigos de la infancia y yo al querer saber éstos algo más sobre el novio que iba a tener Matilde. Presunción que se estaba dando entre todos los chicos, al pensar que dicho novio sería yo sin haberlos hablado ni una sola palabra sobre si me gustaba Matilde o me dejaba gustar.

El caso era, que a mis amigos les desagradaba la idea de que yo tuviese otra novia distinta a Lucía; pues dicha chica había sido asignada por el pueblo como mi novia y así tendría que seguir, ya que todas las personas de aquella urbe coincidían de que Lucía se saldría del convento donde se había recluido: Siendo ese aislamiento momentáneo, hasta que ella misma recapacitase.

Y para sarda de los demás: No veían con buenos ojos a Matilde, la chica que me estaba separando de Lucía, su paisana. Pues en aquel entretejimiento del pueblo había una mano amiga que siempre me cogía de los pelos, por así decir, sacándome del atolladero en el que me encontraba. Esa mano no podía ser otra más que la de Casimiro, un amigo entrañable donde los haya; diciendo a todo el pueblo, que olvidasen ya a Lucía y se centrasen en la señoriíta Matilde, pues de aquí en adelante sería la que iban a ver: No existiendo otra mujer para mí más que esa chica.

Seguían las gentes del pueblo sin comprenderlo; pues habían tenido metido en su cabeza a Lucía desde que era niña, cuando paseaba conmigo por la plaza. Aunque poco a poco se fueron calmando los ánimos de repulsa hacia Matilde al ver la verdadera realidad de lo que estaba pasando entre ésta chica y yo.

SEÑORA -. ¿Pero es verdad que has dejado a Lucía?

Así me preguntaba un día una señora al cruzarse conmigo, bajando yo la cabeza como en son de afirmar aquella pregunta, haciendo un gesto característico con la cara y los ojos. Pero cuando se dio cuenta aquella señora de mi respuesta no me habló nada, se santiguo siguiendo su camino moviendo la cabeza de un lado al otro, susurrando algo como reprochando la forma con que yo había despachado de mi vera a Lucía y el poco decoro que había tenido Matilde para sustituirla.

Aquello lo oí claramente; pues hablaba en voz alta aquella señora una vez que se estaba alejando de mí; sabiendo más tarde que aquella señora era la prima del padre de Lucía: Y por eso se alejó de mí diciendo esas cosas.

Hacia ya dos semanas que se había marchado del pueblo Matilde, cuando me llegó una carta suya anunciándome que sus papás se tenían que ir para visitar a una tía suya que se encontraba mala en su pueblo: Que si yo quería me quedase en mi casa se lo tendría que decir a vuelta de Correos, y que antes consultase con mis papás sobre dicho tema, que no hiciese nada por mi cuenta; pues luego resultaría malos los hechos que yo hiciese por mí solo.

Corrí para hablar a mamá y me faltó tiempo para decírselo a papá, una vez que mamá me remitió a papá: -. Si tu padre acepta, acepto yo -. Así me comunicó mi mamá, que la última decisión la tenía siempre mi papá en la casa. Corrí para echar en Correos la carta de vuelta a Matilde, y a los dos días entró mi papá en mi cuarto seguido de mamá; con la sola idea de que le escuchase.

DR. GARRIDO -. Escúchame, hijo.

MIGUEL -. Usted dirá, papá.

DR. GARRIDO -. Si traes a la señoriíta Matilde a casa, es como aceptar que ya sois novios. Por otra parte no entiendo como sus papás de ésta chica la dejan venirse contigo a nuestra casa. . .

MIGUEL -. Papá: Es mi casa también.

DR. GARRIDO -. Sí, hijo; sí. Es tu casa también; pero siempre que vivas tú solo bajo el techo de esta casa, donde viven tus papás. . . ?. . . Se ve muy mal, en estos tiempos que estamos, que una chica se vaya a vivir a la casa del chico sin estar casados: ¿Qué me cuantas, hijo?.

Yo no sabía qué era lo que yo tenía que contar a papá, si ya había enviado la carta por Correos a Matilde para que ésta chica no tuviese ningún reparo venirse a mi casa una vez que se fuesen sus papás de ella para visitar a su tía enferma.

Mi papá recibió como respuesta mi mutismo, comprendiendo que ya había llamado a Matilde y que la carta la tendría en sus manos; pues desde que mamá me remitió a papá y éste tuvo esa respuesta dentro de su mente, al pensar que aquello estaría mal hecho, ya habían pasado dos días. En fin, que Matilde estaría preparando la maleta para venirse a nuestra casa.

DR. GARRIDO -. ¡AH!; pero es que has mandado ya la carta.

MIGUEL -. ¡PAPAAAÁ!: Ha vuelta de Correos.

DR. GARRIDO -. ¡Muy bien!

Y dando media vuelta se fue a su consulta sin decirme nada más; yo no sabía aquel "bien", que dijo mi papá qué sería, ni en qué concepto lo dijo: Si en son de amenaza, o en son de involucrase él en dichos hechos. Con el tiempo lo sabría qué era lo que había querido decir; así que dejaría correr el tiempo para saber cómo se iban a portar con Matilde mis papás.

No pasaron tres días cuando Matilde hizo presencia en mi casa; recibiéndola todo lo bien que pudieron mis papás: Pues allí no hubo ni una pega para que Matilde se quedase en casa todo el tiempo que durase la visita de sus padres en casa de su tía, congratulándome yo con esa decisión que habían tomado mis papás.

¡Qué tiempos aquellos!; si fueron maravillosos para mí, aunque todas las personas del pueblo nos miraban y nos señalaban con el dedo a nuestro paso por donde

se encontraban ellos. No sospechando yo que hubiese una conjura por parte de los padres de Lucía en contra de mi persona.

Yo era el joven más agraciado de todos los chicos; pues no lo había celebrado nunca como lo estaba haciendo hasta el día de la fecha; creyendo que no lo hubiese celebrado tanto si me hubiese tocado la lotería: Yo era el mortal más feliz del Mundo entero, con Matilde en mi casa.

Coincidió con las fiestas del pueblo la estancia que estaba haciendo Matilde entre nosotros, viniendo a tales eventos mis dos condiscípulos, Rogelio y Sebastián; teniendo yo una alegría mayúscula metida en mi cuerpo, al ver allí a las personas que más apreciaba y a la vez quería tener conmigo.

Fuimos a todos los sitios que merecía la pena visitar, y un día cuando estábamos tirando al blanco con una escopeta de plomo, y en el fragor de tanta alegría, oímos decir a una persona: -. Malas entrañas-. Yo no sabía qué quiso decir con aquello la persona que vociferaba así en el real de la feria, ni tampoco sabía a quién se lo diría; hasta que volví la cabeza viendo que aquella persona se refería a Matilde con saña y rabia a la vez, produciéndome un revulsivo dentro de mí, que por poco la contesto.

MIGUEL -. Marchémonos de aquí.

Fue lo único que dije, siguiéndome mis condiscípulos allí donde yo los llevase; pues seguro que era un lugar pacífico y con agrado de todos ellos. Así que nos fuimos a sentar en unos veladores que había en el real de la feria, en una caseta de bebidas refrescantes, pues falta nos estaba haciendo tomar algo fresco, después del bochorno que habíamos recibido todos nosotros al ver a una persona expresarse así delante de Matilde.

No hacía mucho tiempo que estábamos sentados en la mesa de la terraza en el real de la feria, cuando vimos dirigirse a nosotros al señor Paco, el padre de Lucía con no menos impulsos como para parecer que llegaba para saludarnos. No, no fue así; pues poniéndose cerca de nuestra mesa discrepaba de nosotros por el recogimiento que tenía su hija en el convento.

SR. PACO -. ¡Qué!: ¿Te parece bonito donde está mi hija y dónde te encuentras tú?

No dije nada a tales provocaciones; me limité a callar para no destacarme como lo estaba haciendo el padre de Lucía; pero no a poco vimos correr a la señora Marta, la madre de Lucía, con la sola idea de llevarse de allí a su marido. Mientras la madre de Lucía se llevaba a su marido de donde nos encontrábamos nosotros, éste no dejaba tirarme piropos de maldad a mi persona; mirándonos todas las gentes que se encontraban cerca de nosotros con cara de sorpresa.

Lo malo fue, que algunas personas asentaban con la cabeza; como diciendo que el culpable de lo que la estaba pasando a Lucía era yo. Como si a Lucía la estuviese pasando algo malo; siendo lo más bonito y grandioso engrosar las filas de la gran familia religiosa.

Cómo sería lo que allí dijo el padre de Lucía, que al poco rato llegó Don Antonio, sentándose con nosotros sin previo aviso. Quería saber aquel cura lo que había pasado allí momentos antes de su llegada; contándoles nosotros toda la realidad de los hechos.

Una vez que se calmaron los ánimos, nos propuso Don Antonio un viaje a un pueblo cercano al nuestro, por así decir, para que le acompañásemos y nos relacionásemos con la juventud de aquel pueblo; pues los mayores lo harían por su

cuenta, esta vez no quería el cura que nos juntásemos todos para impartir las charlas Dominicales entre congregaciones, hermandades, y para ello tenía decidido la hora que íbamos a relacionarnos con la juventud del pueblo elegido por Don Antonio.

Llegó el Domingo y con el nuestra marcha al pueblo asignado por el cura coadjutor, yendo todos mis amigos de la infancia y nosotros cuatro, para poder charlas una hora con la juventud de aquel pueblo.

Mientras la charla todos los jóvenes de aquel pueblo nos miraban mucho a nosotros cuatro, Matilde, Rogelio, Sebastián y a mí; sin saber yo con qué carácter sería aquella mirada que nos propinaban los jóvenes del pueblo donde fuimos a impartir unas charlas con ellos.

Pero al tiempo de terminar nuestras charlas llegaron las personas mayores con una sola idea: Que les auscultásemos sus enfermedades, y para males de colmo algunas ya no tenían soluciones sus males que les aquejaban.

Dijimos a algunas personas las causas de su mal y cómo se debía tratar su enfermedad, pero habían otras personas que por falta de instrumentación no supimos decirlos qué clase de enfermedad tenían, saliendo de allí como que éramos unos médicos mediocres por no haber dado en la clave de su enfermedad.

A la vuelta íbamos consultando unos con otros lo que pasaba en algunos pueblos con los Médicos; pues si no tenías instrumentación, o no los hacías un simple análisis de Sangre, no podías saber qué mal le aqueja al paciente: Ya eras mal Médico; tenías que decirle al paciente, nada más verle, la enfermedad que tiene.

Me entró unas ganas locas de dejar la carrera de medicina, o por lo menos no ejercer como médico de familia; ya que lo mío era ser cirujano: ¿Pero de qué?. No sabía yo qué rama elegir para ejercer como cirujano; aunque para decir verdad, la ciencia que más me gustaba era la del estómago.

Me parecía que había menos complicaciones en una cirugía estomacal, que en una del corazón; como así en unir venas y seccionar músculos para desunir una anastomosis entre ellos.

Pasaron las fiestas de mi pueblo y ahora lo único que nos urgía era formalizar la matrícula en La Universidad, y allí que nos fuimos los cuatro en el coche del papá de Sebastián; pues se le había dejado para poderme visitar.

Llegamos a la secretaría de La Universidad de la gran urbe en el momento de estar en ella la señoriíta Alicia, propinándome dicha chica sendos besos en las mejillas sin contemplaciones algunas para después darme un abrazo de lo más cordial que pudo, separándose de mí un poco para darme ánimos en mi persona.

SRª ALICIA -. Qué bien te encuentro: Te conservas bien.

¡UHI!; aquello último que dijo Alicia no la sentó nada de bien a Matilde, que echándose para atrás respiraba con más dificultad que nunca, cerrando y abriendo las manos simultáneamente; como reteniendo nervios para no decir nada, no fuese a ser que no me gustase lo que ella dijese a la señoriíta Alicia.

Aunque se había marchado de allí la señoriíta Alicia, Matilde no se tranquilizaba para nada; como si se la hubiese hecho una gran ofensa a la que nunca podía perdonar, por parte de aquella chica con aquel saludo que me hizo tan efusivo. De vez en cuanto respiraba con dificultad Matilde, como si estuviese pensando en los besos que me había dado la señoriíta Alicia y el abrazo tan personificado que me propinó aquella chica a mí persona.

Yo también me comencé a poner un poco nervioso, viendo el cariz que tomaba los ánimos de Matilde tan exaltados.

Pero todo se fue calmando una vez que salimos de la secretaría de La Universidad; habiendo formalizado ya nuestras matrículas en los correspondientes cursos, y por cierto, había sido el año en que se había cambiado las materias de los cursos, y sobre todo ya no se estudiaba séptimo de carrera, solamente se estudiaba sexto para hacer la tesina. Y como yo estaba preparando mi tesina, no tenía problema alguno; lo peor sería cómo íbamos a repartir las horas de estudios, dando los cursos completos que nos faltaban, ya que de ciertas asignaturas dimos medio curso en quinto, y ahora no sabíamos a qué acogernos.

Como vimos un grupo de condiscípulos cerca del rectorado, nos añadimos a el para preguntar a los señores catedráticos las directrices que seguiríamos en el sexto curso de carrera, teniéndolo que leer dichos catedráticos el Boletín Oficial de Estado y en las circulares que los mandasen el Ministerio para tal fin.

Salimos de allí más tranquilos; pues ya se nos diría el modus operandis que tendríamos que hacer en el año nuevo que entraba a funcionar dentro de unos días, en nuestros estudios.

Y para celebrarlo, nos fuimos a tomar unos refrescos aquella mañana en unos bares que había cerca de la Universidad, y allí volvimos a encontrar a la señoriíta Alicia, que pasaba por allí de casualidad, según nos dijo ella. No queriendo yo que se volviese a enfadar Matilde, puse delante de mí a Rogelio como pararrayo; para que retuviese en su lado a dicha chica tan opulenta de forma y de alcurnia.

No pudo Rogelio retener por mucho tiempo a. . . Alicia; pues se le escapó en un descuido colándosele por retaguardia, ya que la tenía descuidada y así llegó donde yo me encontraba con Matilde en el espacio pequeñito de la barra.

SRª ALICIA -. ¡Qué bien!: Otra vez nos hemos encontrado.

Pues sí; nos volvimos a encontrar una vez más pese a la oposición que presentaba Matilde en contra de aquella chica, que por su parte no daba su brazo a torcer, ni se quería dar cuenta de que entre Matilde y yo no era bienvenida.

Cuando se fue la. . . Alicia, decidieron los dos condiscípulos visitar a un conocido suyo; de modo que yo me tuve que quedar con Matilde para que no estuviese sola aquel día. Saliendo también de aquel bar, donde nos encontrábamos para dar un paseo por las calles de aquella gran Ciudad y bonita urbe.

Íbamos mirando escaparates, viendo los dos, Matilde y yo, que no podíamos comprarnos nada de lo que nos presentaban aquellos comerciales donde paseábamos por sus aceras; hasta que llegamos a un parque repleto de personal sentados al Sol: Unos leían un libro, otros el periódico y algunos se recreaban con los rayos del Astro Rey en esa mañana tan hermosa.

En aquel momento no teníamos nada que contarnos Matilde y yo, por estar embelesados en la infinidad de gentes que había en ese parque: Pero yo ya tenía algo metido en la cabeza, que era necesario hablarlo entre los dos.

MIGUEL -. Nunca hemos hablado de una cosa importante para los dos.
MATILDE -. ¿Tú dirás?

Bajé la cabeza como avergonzado, no sabiendo si había hecho bien en iniciar aquella conversación que yo quería se desarrollase entre Matilde y yo; mirándola a la cara, primero, para después mirarla fijamente a los ojos, queriendo que me trasmitiese aquella chica un algo positivo para seguir hablándola de la cosa tan fundamental que había entre nosotros.

La vi temblar, y con la cara como compungida y la mirada fija, puesta en mi persona; como esperando que yo la dijese algo bueno sobre nosotros dos. Más tarde la miré a las manos, que las estaba frotando una con la otra debido al sudor que se la estaba produciendo en esos momentos. Y hasta yo creo, que temblaban un poco sus piernas.

MIGUEL -. ¿No sé si estarás preparada para lo que te voy a decir?

MATILDE -. ¡SÍ!: Sí que estoy preparada; pero desde mucho tiempo que estoy preparada.

No sabía como iba a racionar dicha chica a aquello que yo la dijese en ese preciso momento; de modo, que quería probar el afecto que me tenía dirigiendo la conversación hacia otro derrotero, hacia otra cosa.

MIGUEL -. ¿No sé cómo decírtelo?

MATILDE -. SÍ. . .

MIGUEL -. Pues bien. . . ¿Tú te atreves a venir conmigo esta tarde para llamar a mis papás por teléfono desde una central telefónica?

Vi que se desinfló Matilde de momento; pues ella creía que yo la iba a decir otra cosa referente a los dos, que nos sirviese de guía para el resto de nuestras vidas.

MIGUEL -. No, perdona: No es lo que yo te quiero decir.

Volví para ver a Matilde frescachona y alegre como ella se ponía, siempre que

iba a recibir una noticia favorable para ella; y con todos sus sentidos puesto en lo que yo la iba a decir en aquel preciso momento de indecisión por mi parte. Otra vez creía aquella chica que era referente a la dirección que tomarían nuestras vidas de aquí en adelante; pero como yo tardaba en hablar se volvió a poner otra vez nerviosa. No quise ponerla por más tiempo nerviosa.

MIGUEL -. Cuanto. . . ¿Cuanto tiempo hace que nos conocemos?

MATILDE -. Años.

MIGUEL -. ¿Y nunca hemos hablado de cuanto o poco nos apreciamos?

MATILDE -. Nunca.

Otra vez se estaba poniendo nerviosa Matilde con mis indecisiones; no sabía cómo decírselo lo que yo estaba pensando en aquel día; así que armándome de valor, eché toda el ascua a la sartén y mostrando pecho la dije lo que yo quería decirla.

MIGUEL -. Es hora de hablar sobre nuestros afectos personales del uno hacia el otro.

MATILDE -. ¿AFECTOS?

MIGUEL -. Bueno: Sobre. . .

MATILDE -. ¡Qué hombre éste!. ¡Vamos!, dilo ya.

MIGUEL -. ¿Qué por qué estamos tan bien juntos, que por qué nos buscamos, que por qué me haces caso?

MATILDE -. Y tú a mí; ¿por qué me haces caso?. ¡Vamos!: ¿Dímelo ya?

Me quedé totalmente cortado y sin saber lo que decirla a Matilde, que estaba esperando mi contestación con los nervios a flor de piel.

MIGUEL -. Porque. . . Te. . .

MATILDE -. Una chica no lo puede decir; tiene que ser el chico. ¡Anímate!

MIGUEL -. Te quiero.

MATILDE -. Ahora sí puedo yo hablar: ¿Ese cariño que me tienes, es amor?

MIFGUEL -. Te quiero y te amo, te adoro y te idolatro y quiero vivir siempre contigo.

Por fin me lancé y la dije a Matilde todo lo que yo sentía por ella; hasta el punto que la pedía en matrimonio explícitamente al decirla: -. Que quería vivir con ella toda mi vida -.

Matilde se dejó caer sobre mi pecho, abrazándola yo con todas mis fuerzas, como si nunca más la quisiera soltar de cómo la tenía a dicha chica, hasta que en un momento determinado vimos a nuestros dos condiscípulos mirarnos detrás de un árbol de aquel parque; entonces sí que solté a Matilde muerto de vergüenza.

En una carrera que dieron nuestros condiscípulos se pusieron a nuestro lado, frente de nosotros dos y con voz plausible nos instaron a los dos, Matilde y a mí, para que pagásemos aquel medio día la merienda a todos ellos; felicitándonos en nuestro nuevo estado de enamoramiento y afecto del uno hacia el otro.

Se habían dado cuenta que nos queríamos Matilde y yo, nuestro condiscípulos y por eso aludieron un ardid para no seguir aquella mañana con nosotros dos; cosa que los agradecimos en el Alma.

Y como lo prometido es deuda, nos fuimos a un restaurante, donde acudían los estudiante, para merendar aquel medio día y aunque el menús no era boyante la alegría que teníamos todos en nuestro cuerpo suplía aquella comida insulsa que nos sirvieron.

Pasaron los días de celebraciones por habernos comprometidos Matilde y yo, cuando llegó Rogelio con una noticia que nos importaba mucho, referente a nuestros estudios.

ROGELIO -. Se dan cursos completos.

Aquello ya era otra cosa; pues lo que nos había dicho Rogelio suplía ese vacío que iba a quedar en nuestros conocimientos, al ser cursos completos y no medio curso en las asignaturas más fundamentales para nuestra carrera. Por lo tanto fuimos a ver qué asignaturas eran las que íbamos a dar en sexto curso y último de nuestra carrera, viendo yo que tal vez podría comprar algunos libros que yo no tenía; claro está, pidiendo el dinero a papá.

Como en aquel curso tenía que sacar notas y buenas notas para que me contasen en los inicios de mi doctorado, no me fui al pueblo aunque quedaba unos días para el comienzo del curso nuevo. Me quedé en la gran urbe repasando materias y adquiriendo conocimientos nuevos, a la vez que estudiaba los que ya tenía aprendidos de memoria en otros cursos; que tal vez los necesitaría para afianzar mejor las materias estudiadas en el nuevo curso.

Hice bien en repasar todas las materias estudiadas, pues a eso se añadieron los nuevos conocimientos que adquiriría en el último curso de mi carrera: Así empezaría el curso con más conocimientos y más seguro de mí mismo.

El curso empezó con un acto académico asistiendo en el salón de La Universidad todos los catedráticos, y a esa apertura de curso siguió la primera clase en el aula que nos correspondía en la facultad. Un aula pequeña; pues ya éramos pocos los que estábamos estudiando sexto de carrera; pero con todo y eso nos conocían los

catedráticos a todos como si fuésemos de la familia, ya que hacía varios años que nos estábamos tratando todos juntos en aquellas aulas, compartiendo conocimientos nuevos unos y los otros impartiéndonos esos conocimientos, que nos hacían falta para desarrollar nuestra carrera.

Como no podía faltar, no faltó hasta la señoriíta Alicia; ya que estudiaba ella también el sexto curso de carrera. Mirándome con ojos de gavilán que ha atisbado su presa para poderla coger en un tiempo determinado. Ahora no me debía yo descuidar como para ser la presa de aquella chica, tan despampanante y bella; pero a la vez tan peligrosa para sostener yo mis relaciones con Matilde, una vez que ya se había formalizado nuestro compromiso de noviazgo.

Yo no esperaba a mis compañeros una vez que se terminaba la clase y salía como corriendo a mi lugar de destino, que no era otro más que irme al piso para poder repasar las lecciones y poderme poner a la altura deseada, en cuanto a mis conocimientos de medicina.

Un día, que no asistió a clase la señoriíta Alicia, tuve una ligera sospecha por qué sería aquella ausencia; saliendo con mis compañeros de estudios para que no me pudiese separar del grupo aquella chica, que estaría esperándome en la puerta de salida a los pasillos desde el aula que impartíamos las clases. Y así fue; pues la señoriíta Alicia me estaba esperando en la puerta del aula, sin darla vergüenza por no haber asistido a clase aquel día; y sobre todo cuando era una materia crucial para nuestros conocimientos de medicina la que se había dado en ese día.

Yo hice un gestos con los ojos a mis dos condiscípulos, entendiéndome éstos a la suma perfección y cuando dicha chica me quiso separar del grupo, llamándome un poco fuerte, mis condiscípulos me alertaron de que teníamos que repasar una materia entre nosotros; ya que sería mejor estudiar en grupo, que no uno solo.

Así me pude escabullir de la señoriíta Alicia, a duras penas; pues parte de nuestro camino lo hizo acompañándonos a nosotros; ya que íbamos a pie por falta del billete del autobús, o del tranvía. Pero con todo y eso hizo opción por llegarse a nuestro piso, estando atentos mis dos condiscípulos, Rogelio y Sebastián, que alegaron motivos de decencia en nuestras relaciones; ya que una chica no podía entrar sola en un piso que estuviese habitado por chicos, y así pudieron convencer a dicha chica para que desistiese de su empeño: Venirse con nosotros a nuestro piso.

SEBASTIÁN -. Pero esto para siempre: ¡EH!

Con una cortesía un poco vulgar la dijo a la señoriíta Alicia, que aquello valía para siempre. Se refería a lo que se la dijo de guardar las composturas; ya que era una chica y no debía estar a solas con los chicos en un piso.

No tendría cortesía con las palabras que despidió mi condiscípulo Sebastián a la señoriíta Alicia, pero a mí me hizo la fuente plata en cuanto aquello valía ya para siempre; dándome a mí hincapié para, con mucha amabilidad, despedirme de aquella chica siempre que me viese en apuros por quererse venir conmigo al piso.

Aquella situación, tan embarazosa, no podía seguir entre la señoriíta Alicia y yo; así que aleccioné a mis condiscípulos para que la informase a dicha chica de que yo tenía novia, y así lo hicieron un día a la salida de clase y cuando aquella chica quiso acompañarnos todo el trayecto hacia la gran urbe Rogelio dijo una indirecta.

ROGELIO -. Ahora que me acuerdo. Miguel, tu novia me dijo que fueses a la biblioteca que estaría ella.

SRª ALICA -. ¡AH!; ¿pero es que tienes novia?

MIGUEL -. Sí; tengo novia.

SRª ALICIA -. ¡Vaya!, vaya con ésa chica.

Aquello lo decía, la señoriíta Alicia, como pegando saltos de sufrimiento y sin saber por dónde la había caído dicha noticia; enterándose de momento y sin haberla esperado.

Por poco se ríen mis condiscípulos, al verla tan apurada y haciendo gestos como de no retenerlos, por el mucho sufrimiento que estaba adquiriendo en su cuerpo; por eso mismo se retuvieron mis dos condiscípulos para no hacerla de menos a aquella chica.

Pero como, mis condiscípulos, no las tenían todas consigo decidieron seguirme a la biblioteca, en donde, por supuesto, no se encontraba Matilde y en cambio sí se encontraba la señoriíta Alicia, que nos había seguido a distancia para que no nos diésemos cuenta alguna y así poder tomar el pulso a Matilde, en cuanto si era o dejaba de ser mi novia.

Cuando pasaba el tiempo sin ver aparecer a Matilde, la señoriíta Alicia tomaba una risa sarcástica, que la salía de lo más adentro de sí; como cogiendo fuerzas por creer que todo había sido una patraña, urdida por mis mejores amigos en los estudios, con idea de despedirla a ella.

Parecía que hasta se ensanchaba aquella chica, tomaba más formas su cuerpo de lo ordinario; vamos, que se hacía más mujer en nuestra presencia. Dándonos a nosotros vergüenza verla de esa manera: Como retándonos a todos nosotros para que la presentásemos a Matilde como si fuese mi novia; cosa que ella no creía, por falta de evidencia.

Bien hubiese yo querido que se encontrase en la biblioteca Matilde; así sabría la señoriíta Alicia que sí era mi novia Matilde.

Salí de aquel lugar constreñido del todo al no haber podido presentar a la señoriíta Alicia a mi novia Matilde, y desde luego me veía obligado a presentársela lo más pronto posible; para que no me volviese a buscar nunca más, ya que en la facultad había otros chicos tan opuestos como yo y mereciéndolo también como yo.

Bueno, no la pude presentar en aquella ocasión a mi novia; pero sí tuve otra ocasión tres días más tarde saliendo de clase, pues me esperaba en la puerta del aula Matilde. Yo hice por tardar en salir del aula, así que también tardó por salir la señoriíta Alicia, que se quedó muda al ver darme dos besos en las mejillas a Matilde y cogerla yo por la cintura, llevándomela a las afueras de la facultad.

Pero con todo y eso, nos siguió la señoriíta Alicia más de medio camino; ya que se cansó vernos tan acaramelados a Matilde y a mí, montándose en un autobús que la conduciría a las primeras calles de la gran Ciudad. Y al verme solo con Matilde la dejé coger por la cintura, ya que hacía calor aquel día y así la respetaría delante de los demás condiscípulos y todos los estudiantes de La Universidad con quién nos cruzásemos en nuestro camino.

El respeto era lo más principal entre nosotros dos, Matilde y yo; para llevar una buena convivencia entre ambos; no existiendo una palabra más alta que la otra, para sostener conversaciones ecuánimes y nunca desequilibradas, que tanto mal acarrean a las parejas que se quieren.

Sentados las bases de que yo tenía novia, me podía dirigir sin ninguna pega a todos los sitos y todas las partes que yo quisiera, sin miedo a ser abordado por la señoriíta Alicia: ¡Eso creía yo!; ya que un día que se me ocurrió marchar solo hacia la biblioteca se me unió en mi trayecto de la facultad a la biblioteca aquella chica despampanante y tan hermosa. No sabiendo yo lo que hacer con aquella chica, que en todo momento no se separaba de mí.

Cuando entramos en la biblioteca ella no presentó la documentación deseada, por el rectorado, de modo que se tuvo que conformar quedándose en las puertas de la misma biblioteca, en son de esperarme para cuando yo saliese afuera de dicho centro de lectura.

Yo no me arredré y pregunté, una vez que terminé leer unas páginas de un libro, si aquel centro de lectura tenía alguna que otra puerta de salida, que no fuese la principal: Diciéndome, que tenía la puerta del servicio; importándome poco salir por dicha puerta, ya fuese del servicio o de otra cosa que se le pareciese, puesto que yo era, también, un servidor de La Sociedad, en cuanto estaba estudiando medicina e iba a ser Médico de familia.

Salí con la sola idea que había tenido momentos antes: Que yo sería y soy un servidor de las demás personas, no me valía por sí mismo, no podía encerrarme en mis treces para eludir la sociedad que me rodeaba; en cuanto yo iba a ser Médico debiéndome a las demás personas.

Vaya idea que se me había ocurrido aquel día de escapismo ante la señoriíta Alicia, con el pensamiento de eludir su persona para que no me viese dicha chica salir de la biblioteca.

No tuvimos ocasión para tener expansión corporal en las noches de aquella gran Ciudad; pues en pocos días se nos había puesto un examen parcial por parte del catedrático de Medicina Preventiva; para saber el señor catedrático cómo estábamos formados en dicha materia, y por la cara que puso el señor docente no estábamos ni mucho menos formados para salir solos en la vida.

Yo no sabía en qué había fallado, al igual que mis condiscípulos; puesto que ellos, a mi simple parecer, habían dado en la clave de la patología que les había

presentado el señor catedrático, al igual que yo puesto que me lo sabía de memoria toda la materia de aquella patología.

Cuando estuvimos en el piso hablamos entre nosotros del examen y de cómo estábamos preparados, coincidiendo todos de que sí estábamos bien preparados; pero que tal vez no sabíamos expresarnos como quería aquel catedrático. Teníamos que saber expresarnos en público para que todos nos entendiesen y nos creyesen que en sí les íbamos a curar los males que presentaban en el cuadro clínico de cada persona.

Pero cuando me retiré a mi cuarto comencé a pensar por mí mismo, una vez que me vi solo; si valdría para ser Médico o por el contrario tendría que desistir de aquella carrera tan ardua para algún que otro estudiante, y hasta después de haber terminado la carrera.

Pensaba en una y en mil cosas a la vez; pues las personas no te daban una pizca de confianzas cuando en sí ven ellas que no se están curando por los medicamentos que tú los hayas mandado. No, qué va; para nada te vuelven a dar esa confianza que al principio te ha ofrecido llegando a tu consulta. Y algunos: ¡UHI!, algunos, si parecen que te van a comer con la vista cuando no están satisfechos contigo.

¡Vamos!, que no; que no me apetecía nada ser Médico de familia y mucho menos hacer ese sacrificio de no tener ni día ni noche libre; para el Médico no hay fiestas, todos los días tiene que asistir a sus enfermos y nada más.

Pero por otra parte se me estaba poniendo muy difícil que yo me especializase en alguna parte de las materias estudiadas por nosotros; ya que el Ministerio exigía un número de años considerable para ser cirujano y haber sacado unas notas insuperables.

Ya me lo dijeron a mí, en otro centro oficial de estudios de medicina; donde yo estudié los primeros años, cerca de mi pueblo: Que no podía especializarme en nada, no sabiendo yo por qué me decía aquella premonición un catedrático de esa plaza.

No había conseguido dormir ni una sola hora en aquella noche de insomnio para mí; ya que mi mente estaba flatulenta, muy ardiente y como mareada a la vez por el mucho esfuerzo que hice para que no fuese verdad todo lo que yo estaba pensando en aquella fatídica noche.

Salí a clase aquel día con un solo pensamiento, y era el superarme a mí mismo en mis estudios, para llegar hacer una especialización; ya que era toda mi preocupación, me invadía todo mi ser el pensar hacer una especialización, dentro de la rama médica. No sabiendo yo cómo lo iría hacer; si todo lo tenía en contra de mi persona, no en sí de mi saber académico por sacarme unas notas muy buenas.

Aquel día me enteré cuanto costaba una matrícula en las especialidades de aquella ciencia, viendo lo lejos que quedaba para mí aquella liquidez tan abultada como era el sostener mi papá un piso de alquiler, no en sí un colegio mayor, y hacer frente a las tasas exigidas para la matriculación en cualquier rama de ese saber.

Si yo ni tan siquiera había estudiado el bachiller con becas; enterándome que solamente había dos becas en el pueblo, dándola una a Lucía y la otra a. . . No sé quién.

Y cuando estaba pensando que había empezado la casa por el tejado, como se suele decir, me paró Matilde que ni siquiera la había visto, y eso que estaba puesta en medio de mi camino.

MATILDE -. Te veo muy pensativo, pero a la vez muy presuroso.

MIGUEL -. Voy pensando en algunos problemas que me he dado cuenta de ellos.

MATILDE -. ¿Cuales son, esos problemas que te invaden todo tu ser, hijo?

MIGUEL -. No voy a poder especializarme en ninguna rama del saber médico.

MATILDE -. Lo tenemos cuesta arriba: Ya lo sé.

Y tan cuesta arriba que lo teníamos, por las exigencias del Ministerio y por falta de liquidez suficiente como para hacer frente a mi estancia en La Gran Urbe, y el poco dinero que tenía mi papá por tener pocas igualas en mi pueblo: Un pueblo agrícola y ganadero a la vez. Entre berzas y vacas se componía todos los ingresos que tenían aquellos habitantes del pueblo.

¡Pues estaba bien!: Tener que ejercer una carrera que nada me decía, y a la que yo tenía mucho miedo por si yo fallaba con algún paciente. ¿Qué me diría?, ¿qué me haría?; esas y otras miles de cosas pensaba yo en aquellos días. Hasta el punto que me llamó una mañana temprano un catedrático a su despacho, echándome una arenga para que no me viniese abajo; ya que hasta él mismo se había visto en tal atolladero.

Dándome cuenta a la salida del despacho del señor catedrático cuando me estaba esperando Matilde quien había sido la promotora de aquella llamada: Nada más ni menos que Matilde. Sí, ella había sido la que había infundido las inquietudes en aquel catedrático para que me llamase a su despacho.

MIGUEL -. ¿Has sido tú, verdad?

MATILDE -. Yo. . . Pues. . .

Claro que había sido ella la que había alertado al señor catedrático en mis indecisiones para tomar el mejor camino para mí, viéndome imposibilitado para ser un buen Médico, ni tan siquiera mediocre.

Estaba en lo más bajo de mis pobres ánimos, no dando ni un ápice de seguridad de que yo iba a ser un medico querido por todos sus pacientes; como para vivir sin contratiempos ni sobresaltos algunos en el pueblo donde yo ejerciese mi carrera; que por otra parte, yo quería ejercer en mi pueblo una vez que se jubilase mi papá. Resistiría

en otra localidad, tal vez cercana a mi pueblo, con la sola ida de trasladarme a dicha plaza ocupando el puesto de Médico de familia.

Nadie sabe qué le deparará la suerte, y mi suerte estaba ya echada, sin contemplaciones ninguna; buscando con todo mi empeño a Matilde que no sabía yo dónde se había metido ésta chica. Y para el colmo de males, tampoco sabía dónde estarían mis condiscípulos en aquella mañana.

Me veía solo, muy solo en clase, y cuando terminó esta salí raudo a mi piso para que nadie me retuviese hablando de alguna cosa que apenas me importaba; lo único que me importaba saber dónde estarían mis condiscípulos, que yo no los veía y tampoco veía a Matilde, poniéndome nervioso por momento.

Ya estaba esperándolos como dos horas en el piso sin que llegasen mis condiscípulos, aunque aquella mañana había salido pronto de la facultad, pues solamente había habido una clase. Me cansé esperar a mis dos condiscípulos bajando a la calle para tomar algún que otro bocado en los bares que había en aquella calle; ya que éramos conocidos de los barman. Cuando entré en el bar pregunté por mis dos compañeros de piso, no sabiendo darme paraderos de ellos el barman de aquel bar.

Como en aquel establecimiento de bebidas y de café servían unos buenos bocadillos, así merendé yo aquel día solitario para mí; esperando para que llegasen mis condiscípulos al piso y me contasen algo de lo que ellos habían hecho aquella mañana, ya que yo me estaba poniendo nervioso, muy nervioso.

Como no podía estarme quieto en el piso y solo, me fui a dar un paseo por aquellas enormes calles y preciosas vías urbanas; en donde nadie se conoce, ni nadie te da los buenos días, ni las buenas noches: Vamos, en donde no hablas con nadie que se te cruce en el camino. Iba buscando con la vista a mis dos condiscípulos, por si acaso los veía en algún café celebrando algo que yo no supiese de antemano: Pero qué va, no veía

a mis dos condiscípulos en ningún café, dentro de esos establecimientos solamente había personas desconocidas para mí; así que la decepción fue mucha, aumentando mi desconfianza por creer que los hubiesen pasado algo malo a esos dos chicos.

Cuando me cansé de recorrer el centro de aquella gran Ciudad, volví al piso; encontrándome allí a mis dos condiscípulos con cara alegre, como si no hubiesen hecho nada malo. Y para mí no había otra cosa más mala que quedarme sin mis dos condiscípulos, que tanto me ayudaban y me apoyaban en mis decisiones.

MIGUEL -. ¿Os parece bonito no decirme dónde estabais?

SEBASTIÁN -. Creímos que se tratase de poco tiempo lo que habíamos decidido hacer.

MIGUEL -. ¿Y qué es lo que decidisteis hacer?

ROGELIO -. Poca cosa.

No me quisieron decir lo que habían decidido hacer aquella mañana; así que yo sospeché por si acaso hubiesen ido hablar con algún catedrático sobre mi problema: ¿Pero y Matilde, dónde se encontraba?; eso era otro enigma para mi pobre entendimiento.

No quería preguntarlos por Matilde, ya que yo subiría aquella misma tarde a su piso; pues estábamos viviendo en el primer piso donde nos alojamos por vez primera en La Capitalísima Ciudad, ya que nadie nos reprocharía nada.

Cuando llegó la hora prudencial, una vez que aquellas chicas habían merendado y habían descansado del mucho ajetreo en la facultad, me dispuso a subir al piso donde vivía Matilde para preguntar por ella, y así lo hice; abriéndome la puerta una hermosa criatura, compañera de piso de Matilde, diciéndome que allí no se encontraba dicha

chica, y que ya sabía ella quien era yo; que posiblemente se encontrase al día siguiente por la tarde en aquel piso.

Me quedé peor que estaba; pues a mi agobio personal se unió el no saber dónde se encontraba Matilde y lo que estaría haciendo allí donde estuviese. Tal vez estaría llevando a cabo una buena labor pastoral, dentro de un grupo desfavorecido de personas que les faltaban ese apoyo y ese cariño como los estuviese dando Matilde.

Me conformaba solamente pensando en aquella posibilidad, de que Matilde estuviese haciendo el bien común a un grupo de personas necesitadas, como para que otra persona los echase una mano en sus vidas. Pero por otra parte no comprendía yo, muy bien, el por qué pasaría allí la noche Matilde; sino era por causa mayor aquel sacrificio que estaba haciendo mi chica.

No dormí nada aquella noche, ni a penas probé la merienda que había hecho Sebastián al llegar primero al piso, por falta de interés en ello, en la comida: Me interesaba más saber dónde se encontraba Matilde y lo que estaba haciendo, que las viandas que pudiese yo comer.

Y cuando estábamos todos en el piso, di una gran voz alegando que no sabía dónde se encontraba Matilde.

MIGUEL -. ¿Dónde estará Matilde?. . . ¡DIOS!

A ese Dios le siguió un puñetazo en la mesa, que di con muchas fuerzas saliendo de mis adentros; comenzando a mirarme mis dos condiscípulos con cara de sorpresa, pero calmados sus ánimos, como si supiesen dónde estaba Matilde. Y al ver yo la expresión de sus caras me quedé más conforme; pues con sus facciones me decían lo que yo estaba suponiendo, que se encontraba Matilde haciendo un acto bueno.

Al poco tiempo de estar en el piso llamaron a la puerta, siendo Matilde que llegaba como si hubiese hecho un viaje largo, muy largo, saliendo yo para abrazarla y darla la bienvenida por mi parte.

MIGUL -. ¿Dónde has estado?

MATILDE -. En mi casa. Se había puesto malo papá y he ido para ver qué le pasaba, y al verle mejorado me he venido a la gran urbe.

No me lo creía; pero me lo tenía que creer para no darla sospecha alguna de no tenerla confianza en aquello que ella decía y si me decía que había ido a su pueblo, como si me decía que había ido al canto del Mundo, me lo tendría que creer por el buen desarrollo completo de nuestra amistad: Así iría todo a pedir de boca; no habiendo roce alguno entre nosotros dos.

Yo hice por sacarla aquella tarde un rato para pasear por las grandes vías de aquella Ciudad, pero ella se opuso alegando motivos de tener que repasar las materias ya dadas el día anterior por el señor catedrático. Y como en su piso había una condiscípula suya la dejó los apuntes que hizo en el aula el día anterior.

Mi idea fue fallida: El sacar a Matilde conmigo solo para que me contase algo de lo que ella había hecho o dejado de hacer el día anterior en su pueblo o en donde hubiese estado. Pero en cambio, sí me valió al día siguiente a la salida de la facultad; ya que la tuve yo que esperar, pese al peligro que me exponía estando solo y esperando a Matilde para que saliese de su aula después de haber dado clase en ella. Sí me veía en un grandísimo peligro por parte de la señoriíta Alicia, que me seguía a todas los sitios que yo fuese. Pero en ese día no se encontraba allí aquella chica, calmándome los nervios un tanto al verme solo y sin ser seguido por la señoriíta Alicia.

Cuando salió Matilde me fui derecho a ella, con la sola idea de irnos a pie, por aquel descampado, a nuestro piso y así poderla sonsacar la verdad de dónde había estado el día anterior, lejos de mi persona.

Primero la hablé de nuestros estudios para más tarde seguir la conversación sobre los amigos que teníamos en común; aquellos amigos buenos y bondadosos donde los haya, para más tarde abordarla con la conversación del día anterior, una vez que ya estaba ella confiada en mis palabras.

MIGUEL -. ¿Dime la verdad: Dónde estuviste ayer?

MATILDE -. En tu pueblo.

MIGUEL -. ¡Quiero la verdad!

MATILDE -. Ya te la he dicho.

¿Dónde habría estado Matilde el día anterior, que no me lo quería decir?, teniéndolo yo que averiguar por mí mismo; así que decidí saber los pasos que había dado Matilde el día anterior preguntando a los condiscípulos y a sus condiscípulas: Vamos; que lo tendría que averiguar por cabezonería, no porque no confiase en ella.

Por supuesto aquella contestación que me dio Matilde no me gustó nada, pero que nada; ya que yo me merecía un respeto, no divagar en cosas banales, para que yo no me las creyese. Por lo tanto puse una cara como de no estar medianamente conforme en lo que ella me había dicho.

MATILDE -. ¡UF!, Jesús: Qué cara.

Pues sí, tenía una cara un poco alegre y sí tristona; para que ella se enterase de

mis problemas personales con respecto a lo que me decía, queriendo yo que otra vez me contase la verdad y no me contase alguna milonga que no me gustaba nada. Y para hacer hincapié en mi posición con respecto a Matilde fui casi toda la tarde callado; demostrándola a mi chica que me interesaba más que ella creía.

Al despedirnos, se despidió con una premisa indefinida por su parte, ya que yo no lo entendí muy bien aquello que me decía.

MATILDE -. ¡Adiós!, incrédulo.

No supe qué quería decir Matilde, con que yo era incrédulo; si ella las tenía todas en una, confiando en su persona más que en nadie. Quedándome quieto, impasible en la escalera del bloque, viéndola subir las escaleras hacia su piso, a la vez que me preguntaba, qué quería haber dicho Matilde con aquello de, “incrédulo”.

Al siguiente día fui llamado por un catedrático, el de Medicina Preventiva, dándome una charla de lo más agradable en la vida: Alzándome mis valores sentimentales y también los humanos; pues según él, yo era digno de ser un buen Médico, a su simple parecer. Le escuchaba a aquel catedrático con la ignorancia que tiene el reo cuando le van a ejecutar si no ha sido el culpable de tales hechos.

Poco a poco me fue entrando la incertidumbre en el cuerpo; al no saber por dónde me había llegado eso: Que me llamase aquel catedrático para aleccionarme en mi carrera e insuflarme un soplo nuevo de valor para que terminase mi carrera sin grandes contratiempos, ni dudas en ella.

Salí del despacho del señor catedrático con la incertidumbre del que no sabe y quiere saber. Con ese pesar dentro de sí, por no haber podido saber dónde se encontraban mis condiscípulos el día anterior, cuando yo los buscaba.

¡AH!; compañeros de piso; que a mí no me la dan. Ellos habían sido los que alertaron a dicho catedrático para que me confortase en mis ideas de saber que yo no valgo para ser Médico de familia, y eso no me lo quita a mí nadie de la cabeza. Tendría que hacer alguna especialidad en cualquier rama de la anatomía humana para poder descansar con mis pobres pensamientos.

El curso estaba ya muy adelantado, tan adelantado estaba que llegamos a La Semana Santa, allá por el mes de abril, yéndome yo a mi pueblo para ver a mis papás y saber de ellos. Pero era raro que Matilde decidiese ir a su pueblo para ver a sus papás: ¿Si hacía poco tiempo que había estado allí?.

Cuando llegué a mi pueblo, todo fueron parabienes en mi casa y alegrías de mis amigos de la infancia al verme llegar a donde estaban ellos; pero poco me duró aquella junta con mis amigos, ya que me llevó mi papá con él para visitar enfermos y así poder adquirir más conocimientos y para saber auscultarlos mejor a las personas enfermas.

No tenía ni noche ni día siguiendo a mi papá allá donde le llamaban, ya fuese subir o bajar calles; que teníamos que estar dónde se encontraba el enfermo. Siendo incansable el ánimo con que servía a todos sus pacientes mi papá. Y yo al ver aquello me estaba animando también.

A la siguiente noche nos llamaron a las dos y a las cuatro y media para visitar un enfermo, y allí que nos presentamos los dos, mi papá y yo; con toda la ilusión del mundo al sabernos valedores de los valores humanos en cuanto servíamos a nuestros pacientes, con ánimo y alegría en la cara.

Llegó el día en que tenía que volver otra vez más a la facultad, para terminar el último curso con notas: Poniéndome a estudiar con todas mis fuerzas y con todas mis ganas, cuando se quedan mejores los estudios que haga uno, por tener esa amabilidad en lo que estás haciendo. No teniendo ni día ni noche para cesar de estudiar y así sacarme

mejores notas para poder comenzar una especialización en cirugía. Cosa que lo tenía cuesta arriba por falta de liquidez mi papá para estar pagando un piso todos los años que yo estuviese con la especialización; sabiendo que casi todos sacaban alguna especialización, no en los años que marca la Ley de estudios en la materia, más bien siempre se repetía algún curso que otro, y cuando se comenzaba la tesis doctoral: Eso era ya el no va a más.

Nada, Médico de familia y nada más; eso era lo que yo iba a ser por no tener medios económicos, ni fiabilidad para ver claro cómo me iba yo a gestionar aquellos estudios, si no era un potentado.

Pensé, y pensé por mi cuenta; que mi tía Juana tenía una casa de recreo en un pueblo cercano a dicha Capitalísima Ciudad, pero me faltaba un medio de transporte, un coche que me trajese y me llevase a la casa de mi tía Juana. No podía ser tampoco; aquello lo tendría yo que desecharlo de mi cabeza por ser una idea descabellada: Sin coche nada podría hacer al respecto; puesto que el pueblo donde se encontraba la casa de mi tía Juana distaba de la gran urbe como veintiocho kilómetros. ¡De donde!; si no era seguir viviendo en La Capitalísima Ciudad.

Dios diría lo que pasase conmigo; así que no me tendría que preocupar mucho por saber si podía hacer una especialidad o por lo menos iniciarla, aunque luego cayera en el camino.

En estas zozobras estaba, cuando me llegó Matilde con idea de reunirnos a los tres condiscípulos, Rogelio, Sebastián y yo; ya que ella había abierto brecha en afincarse en un trabajo referente a su carrera, y ahora quería que nosotros tres la acompañásemos en esos menesteres.

No sabía yo qué clase de trabajo había encontrado Matilde, pues era lo que a mí me estaba haciendo falta si a caso no me quitaba horas de estudios.

Matilde tenía un tío carnal con una clínica en la gran urbe, deseando emplearnos a los cuatro como sanitarios en dicha clínica; no teníamos la categoría de Médico, pero era algo ya que no nos quitaba horas de estudios ni nos quitaba asistir a nuestras asignaturas; parecía como si Matilde hubiese hablado con su tío previamente.

Llegué a casa alegre por que iba a tener medios económicos para gestionarme parte de mi especialidad en la carrera, y al entrar en el portal del bloque vi que en el buzón del piso había una carta. Abrí el buzón encontrando una carta de mamá: Me había escrito mi mamá, abriendo dicha carta una vez que entré en el piso y entre otras cosas me decía: -. Que no me arredrase en cuanto auscultar a mis pacientes, que todos los Médicos tenían miedo al principio de fallar mandando los medicamentos adecuados a la dolencia de los pacientes; y que hiciese caso a Matilde, pues aquella chica me quería, ya que lo había visto el otro día cuando llegó sola a casa anunciándonos tus indecisiones en cuanto a ser buen Médico y saber bien la materia -.

¡AHÍ!, que no me lo podía creer que hubiese ido a mi casa Matilde unos días antes de Semana Santa; pues por eso se había portado papá así conmigo, enseñándome todo lo que él había aprendido a lo largo de su carrera: Por eso decían los pacientes que era buen Médico.

Pero no menos sorpresa recibí cuando me llamó un catedrático, con la sola idea de ayudarme hacer la tesina, diciéndome: -. Que no tuviese prisa en hacer la tesina, que él me ayudaría -.

Vi en ese momento que todo se me estaba poniendo a pedir de boca, se me estaban despejando las ideas; aquellas ideas malas de no poder hacer una especialización, ni siquiera empezarla por falta del sistema monetario. Pero se me volvieron a decaer los ánimos cuando me dijo aquel catedrático; que ya sabía de mis indecisiones, en cuanto a ser buen Médico o mediocre galeno.

Aquel catedrático no podría saber de mis indecisiones sino se lo hubiesen dicho mis condiscípulos. Otra cosa más que me amargaba la vida; el no poder tener guardado ningún secreto, pues se enteraban siempre las gentes de mis problemas morales: Ya fuese por unos o por otros, cerrándome en banda para no volver a decir nada a nadie de lo que me pasase.

Por otra parte, comprendí que mis condiscípulos junto con Matilde me querían ayudar; lográndolo a través de una tercera persona, y si yo no me abría a ellos, no los decía lo que me pasaba, malamente iba yo solo a superar mis problemas morales.

Yo atisbaba un panorama bastante bonito para mi persona; en cuanto podía gestionarme parte de mis estudios con el trabajo que me había encontrado Matilde, ya que como me dijo mi mamá por carta: Aquella chica me quería.

Volví a pensar si acaso los pasaban a todos los que terminaban la carrera de medicina lo que a mí me pasó: Que me arredré y tenía mucho miedo de fallar con mis pacientes; era un caso moral el que yo estaba teniendo por librar en mí ese preludio de la fe y la creencia en algo superior, que no me dejaba hacer daño a ninguna persona.

En pocos días estaba empleado a fondo en todo lo que me propuse: Ya fuese el empezar mi tesina, como en trabajar como sanitario en la clínica del tío de Matilde, ganándome mi sueldo con mucho trabajo y hasta ayudando a los Médicos de dicha clínica en sus menesteres.

Yo estudiaba por la noche hasta altas horas de la madrugada y me levantaba temprano para asistir a clase, ya que mi piso estaba a una distancia de la facultad un tanto considerable: Tenía que coger dos autobuses para llegar a la facultad.

Me quedé muy delgado en aquellas fechas, a punto de terminar el sexto y último curso de mi carrera; ya que se había suprimido el séptimo año de carrera en medicina,

estudiando cursos completos en algunas materias para alcanzar los conocimientos necesarios en aquellas materias que solamente habíamos estudiado medio curso.

No sé como fue; pero un día se montaba una obra en uno de los mejores teatros que había en La Capitalísima Ciudad, presentándose Matilde con dos entradas para que fuésemos a ver aquella obra que era muy afamada y de un buen escritor de renombre.

Yo me resistía para ir al Teatro; pues eran horas de estudios las que me quitaba aquella representación teatral, pero por otra parte podía más mi interés por ver aquella representación tan afamada como estaba siendo en aquellas fechas: No pudiéndome resistir por más tiempo, así que a la hora indicada me fui con Matilde al Teatro.

Nunca lo hubiese creído que existiese obras como la de aquella representación teatral, fue un gran montaje el que se hizo para el desarrollo de todas sus escenas. Saliendo del teatro alegre como yo mismo. Y todavía pensaba en aquel montaje teatral estando en mi cuarto, aquella noche, pues no podía estudiar; mi cerebro no me dejaba al estar fijo en un solo pensamiento: En la obra que había visto hacía un par de horas antes en un buen Teatro de aquella gran urbe.

Amaneció el siguiente día y yo me encontraba dormitando con la cabeza encina de mi escritorio y con el libro abierto por donde yo le dejé, que era lo último que yo había estudiado en el.

ROGELIO -. Venga, señor. Despéjese y lávese la cara que es hora de asistir a clase.
MIGUEL -. ¡EHHHH!.

Me despejé sobresaltado por aquella indicación que me estaba dando mi condiscípulo Rogelio; pues no sabía yo muy bien dónde me encontraba al no haberme despertado en la cama y sí encima del escritorio. Tenía poco tiempo para asistir a clase,

así que me lavé la cara saliendo del bloque más que corriendo; llegando al aula al tiempo que se estaban cerrando las puertas de aquella aula.

No me valía por sí mismo cuando llegó la tarde de aquel día, pero como tenía que ir para ver al catedrático que me estaba ayudando en la tesina allí que me fui sin pensar en otra cosa que no fuese aprender bien y seguir con mis adelantos en mi tesina, que por otra parte había elegido un tema arduo bastante difícil en cuanto a la materia dada.

Saqué con muchos apuros lo tratado en aquel día; ya que mi cabeza no estaba para lo que se la requería, yéndome temprano al piso para reconciliar el sueño de la noche anterior, que no le había tenido; por lo menos como se suele hacer en las noches, acostándose la persona para poder descansar del mucho ajetreo del día.

SEBASTIÁN -. Miguel; que ya se ha ido Rogelio a la facultad: Despierta y marchemos juntos para dar clase.

Así atronaba la voz de Sebastián; pues aunque mi compañero me lo decía en voz baja, me retumbaba en los oídos su timbre de voz, como si me lo dijese con una fuerza descomunal debido a mi mucha somnolencia que tenía en mi cuerpo metida.

Y cuando estábamos bajando las escaleras del bloque para salir a la calle vimos en el buzón una carta, dudando yo si cogerla o dejarla para cuando llegásemos a merendar aquel medio día; adelantándose Sebastián a mi indecisión abrió el buzón cogiendo la carta que había en el.

SEBASTIAN -. Toma: Es para ti.

Era del cura encargado del poblado de chabolas, Don Patricio, que nos requería para que asistiésemos a algunos enfermos cuya enfermedad no requería muchos tratamientos, ni muchos cuidados: Por ser un simple constipado, un mareo pertinente, tensión arterial. . . Y así un sinfín de enfermedades poco llamativas.

Una vez que la leí se la dejé leer a Sebastián, que se la guardó en el bolsillo con idea de hacérselo saber a Rogelio, que ya se encontraría en la facultad. Y desde luego, cuando nosotros llegamos al aula ya estaban sentados todos los condiscípulos para escuchar las explicaciones del señor catedrático.

Fui abordado por Rogelio a la salida del aula, con motivo de saber mi poco apego por las clases, cual era.

ROGELIO -. ¿A ti, qué te pasa?

MIGUEL -. A mí, nada.

ROGELIO -. Llevas unos días que te está costando levantarte y llegar a clase.

Tuve que convencer a Rogelio que a mí no me pasaba nada, pero absolutamente nada; por lo tanto todo quedó en eso, que no me pasaba nada. Y al decir verdad, que algo me estaba pasando con aquellas indecisiones que yo tenía en mi cuerpo metidas, como para dejarme caer la moral y faltarme el aliento tanto que me importaba poco no asistir a clase.

Sí; mi condiscípulo me lo había notado en la cara y en mis hechos; que yo no me valía para nada; no es que me pasase nada, que no me valía para nada mi cuerpo. La apatía que tenía en la vida me estaba haciendo decaer en mi voluntad férrea y en mi mucho interés que yo tenía para con los estudios: Unos estudios que se me estaban haciendo cuesta arriba por mis indecisiones sin ninguna clase de fundamentos.

Cuando estuvimos en el piso, subió Rogelio al piso de arriba, donde estaban las chicas, bajando con Matilde después de un buen rato. Yo comencé a sospechar algo fuera de lo normal; pues lo normal hubiese sido que se presentase Rogelio solo por haber ido a pedir o a decir tal o cual cosa a Matilde, no que tuvo que venir con ésta chica y sobre todo con cara de circunstancias.

Se sentaron frente de mí, mirándome a los ojos sin apartar su mirada, tan fija como la tenían en mí, que me dio miedo aquella manera de ser. Poniéndome bien en la silla, como esperando alguna arenga por parte de ellos.

MATILDE -. ¿Qué te pasa, hijo?

MIGUEL -. A mí, nada.

MATILDE -. No puedes decir que no te pasa nada, cuando te está costando levantarte todos los días para asistir a clase: Y sobre todo, tener esa apatía como demuestras en clase. Tú nunca has sido así: Tu ánimo estaba por encima de todo y tu celo en los estudios eran admirable. . .?. . . ¿Qué te pasa, hijo?

Y al decirme aquello se vino a donde yo me encontraba, en mi silla, para arrodillarse a mi lado, sosteniéndose con los codos en mis muslos para no caerse y echándome su aliento cerca de mí. Aquel aliento, que tanto necesitaba; parecía como si fuese un bálsamo dándome fuerzas de flaquezas en mis estudios. Qué bien me sentí yo aquel día con Matilde echada sobre mis muslos y dándome ánimos para que no desfalleciese en mis empeños, que era sacar buenas notas para la continuación de mis estudios.

No solamente di las gracias a Matilde por haberme elevado la moral, si no que los agradecí a mis dos condiscípulos lo que estaban haciendo por mí. Escapándoseme en

aquella ocasión el secreto que guardaba en mis adentros de saber lo que ellos habían hecho por mí delante del catedrático: Quedándose los dos condiscípulos con el corazón un poco encogido, y ya que les había descubierto mi secreto a mis dos condiscípulos también se lo descubrí a Matilde extendiéndolas las gracias por haber visitado a mamá en Semana Santa. No se lo tenía que haber dicho, pero se lo dije con todas las de La Ley para que se diese cuenta, aquella chica, que me importaba mucho todo lo que ella hacía por mí; pero también me importaba ella mucho más.

Yo creía que todo iba a quedar ahí, en aquellas palabras que me había dicho Matilde, pero no; pues cuando se levantó dicha chica de la posición en la que estaba, comenzó una plática verbal mi condiscípulo Rogelio dándome ánimos para que siguiese igual que siempre, tan fiel y con tanto amor a los estudios como había tenido hasta ahora. Al terminar de hablarme Rogelio miré a la cara a Sebastián que se disponía para decirme cosa, como que la dignidad es lo primero y es el preludio de hacer a una persona honorada y buena, y así otras tantas cosas que a mí me estaban quedando más pequeño que una hormiga, por así decir.

Una vez que les agradecí a todos ellos lo que me habían dicho y lo que habían hecho por mi, me fui a mi cuarto para estudiar con ganas e ilusión lo que restaba de aquel día. Solamente pensaba en una cosa, en estudiar y estudiar mucho para sacar buenas notas y así estarían orgullosos de mí mis condiscípulos y también Matilde.

Al siguiente día me levanté con las mismas ganas que siempre lo había hecho, con ilusión en mis estudios y con fe en mis docentes, aunque no tanta en mí mismo; pero que de aquí en adelante tendría la moral suficiente como para elevar el ánimo y no decaer en mis estudios pensando si sería un Médico bueno, que valiese la pena, o por el contrario no sabría ser un buen Médico por falta de impulso y decisión en mis auscultaciones con mis pacientes.

Por la tarde no asistí a los ejercicios con el señor catedrático, por haberle enseñado yo la carta del cura encargado del suburbio, en aquellas chabolas; diciéndome mi docente, que era mejor asistiese a la llamada de aquel cura pues las asignaturas que tocaríamos aquel día teníamos tiempo de darlas.

Don Patricio nos estaba esperando con todo el interés del Mundo; ya que se lo estaban demandando los moradores de aquellas chabolas, no sabiendo aquel cura lo que hacer si acaso no encontraba algún que otro Médico para que pusiera remedio a los males que aquejaban a aquellas personas, que la mayoría de los males eran causas nerviosas o famélicas.

Nosotros le hicimos saber al cura que no podíamos recetar ningún medicamento todavía, pues nos faltaba aprobar el curso y hacer nuestra tesina los tres condiscípulos; así que aquel cura ni se inmutó, ya tenía él la solución. Había buscado, en una hermandad en otra parroquia a una chica, que se encargaría de escribir, en unas cuartillas, lo que nosotros la dijésemos referente a la enfermedad que tuviese el paciente auscultado por nosotros.

Nos pareció bien, así que empezamos la consulta sin falta de tiempo; siendo un completo desorden toda la consulta, ya que no guardaban número para que les pudiésemos ver bien detenidamente: Entraban en la consulta de dos en dos, y a veces de tres en tres; como si a los tres les pudiésemos mandar lo mismo.

Y al correr el tiempo vimos llegar al señor catedrático, solo sin acompañante alguno, a donde nos encontrábamos nosotros, que era en el chambado que habíamos impartido las charlas a aquellas personas, que en otro tiempo vinieron para oírnos y ahora venían para que los sanásemos. Cuando llegó el señor catedrático a donde nos encontrábamos nosotros nos quitó el fonoscopio alegando que ya tendríamos tiempo de ejercer como Médicos.

También le informó a Don Patricio que esa práctica de medicina era ilegal; puesto que todavía no éramos Médicos, pudiéndonos acarrear serias consecuencias ante el colegio oficial de Médicos. También le dijo que faltaban pocos días para terminar el curso y a la vez hacer nuestra tesina; y que entonces, y solamente entonces podríamos asistir a aquellas personas de su incumbencia.

Así que nos fuimos a casa con el Espíritu deshecho por no haber podido ayudar a las personas de aquel poblado de chabolas; y sobretodo cuando oímos algunos de ellos protestar por no tener el cura bien hecho las cosas: Aquellas cosas que ellos demandaban, que era traer a un Médico que los curasen y no a unos sanitarios de poco monta.

Cuando llegué a casa no dejaba pensar en aquel cura, Don Patricio, si le hubiesen dado la espalda aquellas gentes al no verse respaldados por un buen Médico que curase sus males corporales; aunque para decir verdad, más que males corporales, eran males psíquicos por falta de no tener casi nada en la chabola.

ROGELIO -. ¿En qué piensas?

MIGUEL -. En el cura de las chabolas, Don Patricio.

ROGELIO -. Tiene un duro problema, en cuanto han visto las gentes de las chabolas que tiene poco carisma para llevarlos un Médico de verdad.

Aquello sí que me partió el Alma por la mitad, como se suele decir; quedándome pocas fuerzas para poder pensar en qué sería de aquel cura de aquí en adelante sino encontrase pronto a un Médico. Y por aquello que la casualidad era mucha, mi papá llegó de improviso para ver cómo iba yo en mis estudios, a la vez para saber de mí y de mis indecisiones; si todavía me quedaba alguna.

Alegó mi papá que venía a la gran urbe para ver a un viejo amigo, a un doctor que le había escrito muy cordialmente; cosa que yo no me llegué a creer del todo ya que mi papá tenía un color de cara un tanto amarillo, síntomas de una erupción hepática, pues se cansaba mucho y hasta le costaba respirar.

Ya tenía otra preocupación más en mis pesares: Saber si papá estaba bien o se encontraba aquejado de alguna enfermedad; cosa que él no me iba a decir por supuesto, pero lo tendría que descubrir yo.

No quiso que le acompañase al doctor que había venido a visitar, alegando que en otra ocasión me presentaría a dicho doctor; pero que por ahora era mejor estuviese al margen para facilitar el encuentro de dos viejos amigos. Amigos o no, yo me quedé pensando si lo que me había dicho papá fuese verdad, en tal caso me quedaba más conforme.

Pero cuando iba de la facultad al piso, después de haber dejado el primer autobús vi venir calle abajo a dos personas, ya conocidas por mí: Eran, nada más ni menos, que papá y Matilde; pues a lo primero no les había reconocido por llegar cogidos del brazo pareciendo una pareja.

No les quise interrumpir en su paseo y me resguardé en un café que había allí mismo, viendo lo afable que iban hablando aquella pareja; pero en sus formas se veía que la chica le respetaba y al parecer, a la vista de las gentes, tal vez sería su hija. Sí, Matilde más bien parecía que era la hija de papá según iba agarrada del brazo suyo: Con ese respeto de familia como tienen las hijas para con los padres.

Matilde tenía un tío que era doctor, el mismo que me había contratado en su clínica y estaba yendo con mi papá algún sitio que previamente habían elegido ellos dos para no sé qué obra o cualquier opción que ellos supiesen de antemano: Ahora me tocaba a mí averiguar qué habían hecho los dos en aquel día.

Me fui derecho al piso; pues yo no sabía si iban o volvían de lo que ellos hubiesen querido resolver, esperándolos estudiando en mí cuarto para disimular mi mucho interés que tenía con motivo de saber dónde habían ido mi papá y Matilde.

No me dijeron nada sobre dónde habían ido ellos aquel día, así que me quedó un pesar en mi Alma más que si me lo hubiesen aclarado; ya que no sabía yo quien sería aquel doctor al que mi papá había visitado, junto con Matilde, que tal vez no podía ser otro más que el tío de ésta chica.

Todavía me costaba decir "mi chica", como todos los chicos dicen; pero yo no era de ese mismo parecer, refiriéndome a Matilde como "ésa chica".

MIGUEL -. Qué bien que habéis llegado juntos.

MATILDE -. Sí.

MIGUEL -. ¿Y tú, Matilde, que has hecho esta mañana?

MATILDE -. He ido para visitar a mi tío.

No había más que hablar, ya sabía yo que venían, aquella misma mañana, de casa del tío de Matilde; si venían por el camino donde se iba a la clínica del tío de Matilde: ¿De dónde iban a venir, si no?.

A papá le pasaba algo en su fortaleza corporal; pues no se entendía muy bien que hubiesen ido para visitar al tío de Matilde, aquella misma mañana, sino fuese por una enfermedad, y sobretodo a un especialista.

Papá se fue un tanto alegre, no sabiendo yo a qué se debía aquella alegría con la que me había despedido para marcharse al pueblo; así atendería mejor a sus pacientes, que no los podía abandonar por nada del Mundo, aunque los estuviese tratando, momentáneamente, el otro Médico del pueblo.

Me volví a quedar solo en mi cuarto, pensando y pensando si Matilde me quería decir la verdad, o se la tenía yo que sacar por mayéutica, para que no se diese cuenta alguna de que yo les había visto juntos aquella mañana.

Pero no hizo falta que yo la sacase a Matilde con preguntas retóricas y recargadas de efectos secundarios, si mi papá había ido a visitar al doctor por alguna enfermedad que él tuviese; que al día siguiente se sentó enfrente de mí Matilde una vez que entró en el piso cuando estaba yo en el solo.

MIGUEL -. ¿Hace falta que te lo pregunte?

MATILDE -. No; para nada.

MIGUEL -. ¿Entonces?

MATILDE -. ¿Te has dado cuenta, verdad?

MIGUEL -. Totalmente.

Pero con todo y eso Matilde me azotaba con la más indiscreta indiferencia del mutismo, no diciéndome nada sobre mi papá; así que no sabía yo de qué me había dado cuenta, si era de que mi papá tenía alguna enfermedad o de que ella había hecho algo que yo no sabía: Por lo tanto tenía que descubrir a solas, aquello que me había dicho Matilde, de si "me había dado cuenta".

¡Pero cuanta de que!; de qué me tenía que dar yo cuenta, si no sabía de lo que se trataba la conversación que estaba sosteniendo con Matilde aquella tarde a solas en el piso.

MATILDE -. ¿Y qué piensas?

MIGIUEL -. ¿Hacer o decir?

MATILDE -. ¡Hacer!; hacer, por supuesto.

Ahora el que la azotaba con el látigo de la indiferencia era yo; ya que me callé un buen rato, como pensando en algo que yo no podía comprender, ni bien ni mal, pero que debía saber cuanto antes mejor.

MATILDE -. ¡OH!, chico.

MIGUEL -. ¿Qué?

MATILDE -. ¿Está tu padre enfermo y no dices nada al respecto?

MIGUEL -. Que ya lo sabía.

Sí; ahora sí sabía muy bien lo que le pasaba a papá, que se encontraba con alguna enfermedad y por eso llegó a la gran Ciudad sin falta alguna para poderse curar de la docencia que le aquejaba. Y por supuesto, sin haber dicho nada saqué en la conversación con Matilde a ésta misma chica que a papá le aquejaba alguna dolencia en su cuerpo; por eso había llegado a La Capitalísima Ciudad para ver a un especialista que le pudiese curar su mal.

No quise entrar más en polémicas que no era lo mío; lo mío era estudiar y llevarme bien con aquella chica, tan modosita y buena; haciéndome caso en todo lo que yo la decía y siguiéndome a mí como si fuese una autómata, sin replicar ni reprochar nada al respecto.

Aquel día no iba a ser menos, yéndose a su piso nada más que terminamos de hablar de la llegada de papá a nuestra gran urbe; así me dejaría estudiar a mis anchas, ya que los exámenes finales, en algunas asignaturas, los tendría en pocos días y no se sabía si en otras los sufriría en esos mismos días: No creyendo que valiesen el conjunto de las

notas de aquel mismo año para darnos el resultado proporcional a lo que nosotros habíamos merecido en aquel año.

Yo, por mi cuenta seguí asistiendo a las explicaciones que me daba el señor catedrático, en cuanto a mi tesina. Que por otra parte, no quería adelantar la materia que había yo elegido para tal evento; ya que era ardua y difícil de llevar, para desarrollar mi tesina, posterior al aprobado de aquel curso.

También seguí asistiendo como sanitario en la clínica del tío de Matilde; ya que me hacía falta el poco dinero que cobraba en aquel centro de salud para mi estancia en la gran urbe. Y para sacar unas buenas notas en mis estudios no salía ni los sábados ni los domingos: Mi vida se componía en estudiar y nada más.

Y llegaron; claro que llegaron: Los primeros exámenes, que los otros no se sabía cuando serían. Y con todo ello, fueron por partes: La práctica por un lado y la teórica por otro lado. Aquello se dilataba mucho en el tiempo, poniéndonos nerviosos a todos; ya que no sabíamos qué materias nos iban a preguntar y de qué manera.

Por lo menos ya tenía una materia aprobada en su totalidad, iniciando los exámenes de otra con sus prácticas; no sabiendo cuando sería la parte teórica de aquella materia, y al cabo del tiempo nos examinaron de otra materia en su totalidad, no hizo falta dividirla.

Para no confundirme de lo que tenía que seguir estudiando por no haber sufrido los exámenes finales, yo apartaba los libros o los apuntes, según lo que tuviese, y así sabía lo que me quedaba por estudiar en aquellos días.

Era dilatar demasiado el tiempo; por algo me dijo aquel catedrático, que no corriese mucho en hacer mi tesina. No sabiendo yo cómo me iría a matricular en alguna especialización que me interesase. Y al verme aquel catedrático nervioso, me preguntó por las causas, diciéndole yo que se me iba a pasar la matriculación para empezar

alguna especialización que yo eligiese. Aquel catedrático me calmó un poco, cuando me dijo que no se empezaba hasta nueva orden y que ellos se encargaban de hacernos la reseña en las materias que habíamos elegido para especializarnos a todos los que estudiásemos alguna rama de aquel saber científico.

Por fin terminaron los exámenes que habíamos tenido y con ellos el curso último de nuestra carrera; haciendo su tesina Rogelio y Sebastián acto seguido, no en cambio yo, que la estaba formalizando con ayuda de mi docente. Y para que no me encerrase en sí mismo, me dio aquel catedrático unos días de permiso para poderme evadir de tanto estudio como estaba teniendo.

No sé cómo se enteraron en la clínica donde yo trabajaba, que también se me dieron los mismos días que me dio el señor catedrático; así que tenía unos días para marchar al pueblo, no esperando acontecimientos algunos me marché a mi pueblo con la alegría metida en mi cuerpo.

Cuando llegué a mi casa ya me estaban esperando mis amigos de la infancia, con sumo interés por saludarme y saber de mí; ya que ellos sabía que solamente tendría unos días entre ellos. Y la decepción que sufrieron al verme fue morrocotuda; ya que yo había adelgazado varios kilos sin haberme dado cuenta alguna de ello. Si hasta la cara la tenía desfigurada y con otro carácter que no era el mío.

Y para paliar mi delgadez, mamá se dispuso a que yo engordase unos kilos en aquellos días y así lo decía, sin contemplaciones algunas a todas las gentes del pueblo; ya que me veían famélico.

SRA. FELISA -. A éste niño le haré engordar unos kilos en los pocos días que esté conmigo.

En los pocos días: sí, sí; pero si se presentó de improviso Matilde con mis dos condiscípulos, que al parecer los habían dado permiso para que se viniesen conmigo, a mi pueblo, y así poder descansar un poco del mucho estudio y muchas malas noches como nos habíamos dado.

Yo no dejé salir con mis amigos del pueblo, ni tampoco mis condiscípulos; ya que se conocían entre ellos. Y al saber que mis dos condiscípulos habían hecho la tesina y que yo estaba por hacerla, vi en la cara de mis amigos del pueblo una disconformidad, como que no me lo merecía; teniéndoselo que explicar a todos ellos por qué no había hecho mi tesina, conformándose todos ellos con la explicación que yo les di.

Supe, en aquellos días que Lucía era ya novicia y a punto de vestir los hábitos de su convento: Pues qué bien, que a Lucía la fuese a pedir de boca su vocación religiosa; ya que en la sociedad no la tuvo, no tuvo fe en el medio ambiente que la rodeaba.

Dichosa alameda, una vez más nos fuimos un día a la alameda para tomar aire fresco, que tanto nos hacía falta a los que estábamos viviendo en La Capitalísima Ciudad; ya que allí se nos ensancharon los pulmones tomando el oxígeno que nos hacía falta, y hasta se nos refortalecieron los músculos al andar por el campo.

No quería, pero llegamos Matilde y yo al lugar siniestro en donde había tenido el accidente Lucía; recordándomelo Matilde, como si yo no me acordase de ello. Pues siempre que íbamos de excursión los amigos y yo a dicho término de aquella alameda me acordaba del accidente que sufrió Lucía un día por falta de no saber que debajo de ella no había suelo alguno.

Y para que no la sucediera lo mismo a Matilde me fui tras de ella para apartarla de aquel lugar tan siniestro, quedándose Matilde como asustada; pero a la vez me miraba con cara de alegría al saber lo mucho que yo la quería, por haberla apartado de aquel precipicio por donde se cayó Lucía.

Como en la vuelta había un señor cultivando berzas nos dio unas coles y unos repollos de admiración para que nos lo comiésemos entre todos juntos; ya que a parte era tío de Andrea, la chica de Isidro.

Llegamos contentos al pueblo, aquella tarde, y con ganas de estar todos juntos para podernos tomar aquellas coles y repollos con algo más, que no fuese una sola ensalada de berzas. No me había dado cuenta, pero también nos había echado el tío de Andrea unas hojas enormes, que eran las verdaderas berzas en otras regiones.

Se dirigieron todos a una nave que tenía el padre de Casimiro para poder hacer una merienda en condiciones, al son de aquellas berzas, quedándome yo solo para anunciar a mamá lo que se nos había ocurrido, a todos los amigos, en aquella buena hora de hermosa amistad entre todos nosotros.

Iba con el Espíritu alegre y fiestero, cuando vi aproximarse a mí la madre de Lucía, llevando en las manos un sobre, que al parecer contenía algún escrito que la hubiese mandado su hija Lucía desde el convento: Pero qué va; si me llamó por mi nombre, aquella buena mujer, entregándome la carta que portaba en las manos diciéndome, -. Toma y léela, que es para ti de mi hija Lucía -.

¡NO!, no y no y mil veces no; aquello no me podía estar ocurriendo, que la madre de Lucía me entregase una carta de su hija, conteniendo unos renglones diciéndome algo para que yo lo supiese. Pero con todo y eso la cogí, la abrí y al tiempo de abrirla no supe dónde se había metido la madre de Lucía, que había desaparecido como por encanto: No se encontraba en ningún sitio de aquella calle.

Con los ojos llenos de lágrimas y la mano temblorosa comencé a leer aquella carta, con no menos recelos por mi parte al saber que allí me ponía alguna cosa que ya no podía ser.

Pues no: Solamente me decía que la iban a trasladar a la gran urbe para tomar los hábitos; pero que por otra parte necesitaba su convento un Médico; así, que yo sabría lo que hacer para que todas las madres tuviesen un Médico en el convento a ciertas horas.

Me lo pedía como siempre: Con imperativo categórico; no teniendo yo opción como para alegar cualquier parecer mío; tenía que haber un Médico a disposición de aquellas madres del convento en una hora determinada y nada más. Así, como siempre; ordeno y mando.

Desde luego la enseñé a Matilde la carta de Lucía, diciéndome mi chica algo que nunca olvidaré: "Si había sido mi novia, mi acompañante, mi primera ilusión; debía hacerla caso en lo que pudiese". Así, sencillamente, por solo haber sido mi acompañante en la juventud, Lucía: Yo la debía hacer caso si pudiese y buscar el medio para cubrir las necesidades del convento donde se encontraba ella, que era el buscarla un Médico.

Se lo dije a Sebastián, que era el Médico que iría abrir una consulta en fechas posteriores, nada más que encontrase una oficina un poco decente; ya que mi condiscípulo y amigo Sebastián era el que no haría ninguna especialidad; diciéndome éste, que ya vería lo que él podía hacer, que no me preocupase de nada.

Una vez en la gran Ciudad, yo seguí con mi tesina con el catedrático, estando solo en el piso; ya que mis dos condiscípulos seguían los días de vacaciones en sus respectivas ciudades; pero seguían pagando el piso, para que no se me hiciese una carga insoportable: No volviéndolos a ver más hasta por lo menos unos días antes de sufrir la gran prueba de lectura de mi tesina. Y al saber que había pasado, con notas, mi tesina me felicitaron los dos colegas por haber superado con creces aquella prueba.

Ya éramos los tres Médicos de familia; ahora veríamos si nos fuesen a llamar algunos de los dos, Rogelio y a mí, para empezar nuestro ciclo en la especialidad que habíamos escogido.

No tardé en escribir a Matilde diciéndola que ya era Médico de familia, como se solía decir en aquel antaño, presentándose ésta al siguiente día para darme un abrazo que me dolieron todos los huesos, de lo fuerte que apretó aquella chica. Y por supuesto nos fuimos todos a celebrarlo, por la noche, a un buen restaurante; pues yo tenía dinero del trabajo que hacía en la clínica del tío de Matilde.

Y ahora sí, que no sabía yo cómo nos iba a contratar aquel doctor, el tío de Matilde; siendo ya Médico de familia los tres, aunque se quedase como sanitaria Matilde, pues no estaba licenciadaza para ejercer la medicina.

Rogelio pasó a otra clínica, con una recomendación del tío de Matilde, quedándose conmigo, en la misma clínica, Sebastián; ya que en dicha clínica no se podía admitir más que dos Médicos: Viniendo un día muy alegre Matilde a mi vera, con la proposición de saber dónde se alquilaban unas oficinas, que nos podrían servir como consultas a los tres por tener varias habitaciones.

MIGUEL -. ¿Qué dices?

MATILDE -. Lo que oyes: Y es verdaderamente barato dicho alquiler.

Sería barato el alquiler de aquellas oficinas; pero sino quisieran abrir su consulta particular mis dos colegas, no valdría para nada que fuese barato como caro el alquiler de dichas oficinas. Pero cuando se lo dije a Sebastián le pareció bien, aunque no estuviesen en el centro dichas oficinas; en cambio no le pareció tan bien a Rogelio, por estar dichas oficinas en la periferia de La Gran Ciudad. No le quité la idea a Rogelio, por estar yo empeñado en dichas oficinas; pero cuando le dije de cuantas personas se componía aquel barrio, eso ya le pareció mejor, debido a que era un barrio sumamente elevado en densidad demográfica.

La sorpresa más grande nos la llevamos cuando vimos que las oficinas estaban en una de las calles más céntricas de aquel barrio: O trabajar en un pueblo, o trabajar en la gran urbe; aunque sea en un barrio de la misma gran Ciudad. Ese era nuestro dilema, al que le teníamos que poner premisa, siendo la misma la de querer trabajar y nada más para podernos costear el alquiler del piso.

Nos pusimos horas en las que teníamos que estar uno o todos asistiendo a la consulta; pues estábamos haciendo un trabajo en equipo: Si alguno de nosotros faltaba un día, vería a los pacientes el que estuviese de guardia aquel día y así íbamos rotando las ausencias de los otros, por el trabajo de la clínica. Hasta que por fin fui llamado por el señor catedrático, el que me había dirigido en mi tesina: No que me la hubiese hecho él, más bien la hice yo en su totalidad, legal, muy legal todo. Pues ese catedrático se las sabe todas, repasándome mis apuntes y proporcionándome otros de mi incumbencia, para que yo me hiciese una idea de lo que tenía que poner o quitar en mi tesina.

Me dio la enhorabuena por la tesina que había hecho, tan ardua y difícil como ninguna: Me había metido en un campo que pocos se habían atrevido; y gracias a la buena tesina que hice se me había escogido para comenzar mí doctorado, sin tener ningún sitio donde desarrollar mis conocimientos, junto a los colegas que habían querido estudiar la misma rama del saber que yo.

CONDISCÍPULO -. A este paso vamos a recibir las explicaciones en el Paraninfo de La Universidad, por falta de no tener un aula asignada para nosotros.

Así se expresaba uno de mis colegas de medicina familiar, cuando supo que no se nos había sido asignada un aula para desarrollar nuestra labor en los estudios, y hasta tuvimos sospechas si acaso recibiésemos dicha ciencia sentados en donde veíamos hacer

las operaciones a los pacientes, como así fue. Y otras veces en la misma sala de disecación, en la misma mesa de disección. Bien íbamos a estar en contacto con la rama que habíamos elegidos; pues a veces, nos cogían, algunos de nosotros, como ayudantes en las operaciones, siendo turno rotativo.

Entre que no y que sí; nunca sabíamos dónde íbamos a estar el día siguiente; pero yo sí sabía lo que le estaba costando la especialización a papá, que se desvelaba por conseguir más igualas teniendo que hacerse valer, con su simpatía y su buen hacer, en el pueblo.

Era interminable las charlas que nos daban aquellos catedráticos, así como el curso; pues mientras el curso oficial se había terminado nosotros seguíamos asistiendo como ayudantes en las operaciones y recibiendo el saber en las salas de disecación para estar más ducho en el saber de aquellos órganos en los que nosotros teníamos que rajar, añadir, coser o eliminar cualquier parte dañada de ese órgano.

Un día que tuve que ir a la carnicería, vi como partía la carne el señor carnicero, semejándose a lo que yo tendría que hacer, por decir así; ya que mientras él lo hacía con una piqueta yo lo tendría que hacer con un bisturí o. . . Para sanar al enfermo de su dolencia.

¡Vaya comparación que hice!; no contándoselo yo a nadie porque me llamarían la atención enseguida mis otros compañeros de estudios, o los mismos catedráticos; tan correctos con el diccionario de la lengua española. Pero a mí se me metió aquello en la cabeza, no teniendo tregua para quitármelo de ella: El ver partir de esa manera la carne, por parte del señor carnicero.

Hacía calor, mucho calor en aquel tiempo de estío; siguiendo nosotros con nuestro camino en el saber de aquella ciencia, y hasta tuve carta del pueblo de mis

amigos de la infancia diciéndome, -. Que no sabían nada de mí y que sino iba yo a verlo, vendría ellos a verme a mí -.

Así fue, pues un día se me presentaron todos mis amigos en el piso; no sabiendo yo dónde alojarlos y lo bueno fue que tuvo una buena idea Sebastián; ya que como las oficinas costaban de varias dependencias, en una de ellas, en donde curaba a los pacientes Matilde podían hacer noche algunos de ellos.

Entre Matilde, que se llevó a Andrea, y mi cama que acogió a Antonia y a una hermana de ésta, que había traído para que viese la gran Ciudad; los demás dormíamos como pedíamos, yo en el sofá del piso, para irse a las oficinas Isidro con Casimiro, quedándose Rogelio y Sebastián en sus habitaciones respectivas.

La primera noche que estuvieron en la gran Ciudad mis amigos de la infancia, no sabíamos qué hacer; hasta que se le ocurrió decir algo a Isidro.

ISIDRO -. ¿Qué hacemos esta noche?

CASIMIRO -. ¡AY Dios!: sábado, es sábado.

Sí: Todos entendimos lo que quería decir Casimiro con aquello de que era sábado aquella noche.

MIGUEL -. ¿Y qué?

CASIMIRO -. Que he oído se dan en La Capitalísima Ciudad las noches de Camelia, y si te descuidas. . .

MIGUEL -. ¿Si te descuidas, el qué?

CASIMIRO -. Una gran orgía.

¡Vaya por Dios!, con el bueno de Casimiro; y todavía no quedó ahí la cosa, que hubo alguno de nosotros que abortó la idea de ir solos de copas y quedarse en casa a las damiselas. Apostillando otro, que si se enteraban las chicas, ya tendríamos que ver con ellas al quererlas quedar en el piso sin que visitasen la gran Ciudad y sobre todo por la noche un sábado de fiesta.

Un sábado por la noche en la gran Ciudad, de bohemios y por supuesto de copas; allí donde se reunían toda la juventud y los que eran ya mayores, un grupo de chicos con ganas de divertirse y de pasarlo bien. Bueno, eso de pasarlo bien era ya un decir; pues a donde existe el alcohol existe el ánimo subido, teniendo a nuestro lado en la barra de uno de esos mesones a un joven que no hacía otra cosa más que molestar a Andrea la chica de Isidro.

Yo estaba viendo que Isidro se estaba impacientando por atosigar aquel joven a su chica, hasta el punto de llamarle la atención, no haciendo caso alguno aquel chico a Isidro, que le dio un empujón yendo a parar el joven casi al otro lado del mostrador de aquella barra del mesón.

CHICO -. ¿Lo habéis visto?

CHICO-2 -. Iros a vuestro pueblo y no vengáis a La Capitalísima para estorbar.

Al oír nosotros aquello que nos decía aquel chico, se nos subió un pavo a la cabeza no circulándonos bien la sangre en ella por la mucha bilirrubina aglomerada en los pómulos de la cara. Teníamos todas las caras rosadas por la mucha vergüenza que nos había dado al oír que estábamos estorbando.

Se adelantó Isidro unos pasos haciéndose el gallito aquel chico con mi amigo, y éste se creció en contra de aquel chico tan chulo y pendenciero; saliéndose el chico del

establecimiento de ocio retando a mí amigo Isidro. Y como también salió Isidro, salimos todos para abortar aquella contienda tan absurda, como era la que habían provocado los dos contendientes amorosos de Andrea.

Frente a frente, sí; así estaban el uno del otro, reteniendo nervios Isidro para no hacer una tontería que luego le pesase.

CHICO -. Aquí estamos: ¿Y qué?

ISIDRO -. No aguanto esto por más tiempo.

Propinándole Isidro a aquel chico un empujón con la mano, a la vez que le alejaba de él para no hacerle daño alguno; ya que mi amigo Isidro usaba la cabeza para saber bien lo que tenía que hacer en aquella hora de nervios.

CHICO -. Pero si pega y todo. ¿Es agresivo?

ISIDRO -. Te he separado de mí.

Ahora sí que entramos nosotros a poner paz en aquel estruendo tan desordenando como estaban teniendo los dos jóvenes amorosos, y nunca lo hubiésemos hecho; pues a la vez entraron en la discusión que sosteníamos con el joven todos los amigos que estaban en aquel establecimiento con él.

Unos que no sabían hasta donde iba a llegar aquello, otros que si te doy amagando solamente para hacerse el gallito de esa hora de rifirrafe entre todos nosotros.

Y mientras tanto nosotros no sabíamos por donde nos había caído aquel compromiso que teníamos con los jóvenes que nos habíamos encontrado en el mesón que habíamos entrado unos momentos antes de dicha reyerta, más bien verbal.

Yo hice una indicación con la cara y con los ojos a Casimiro para que nos marchásemos de allí, yendo Casimiro hacia Isidro para cogerle de un brazo y separarle de aquel chico, y a duras penas se le pudo llevar de aquel lugar tan obsceno y bullanguero.

Una vez que ya estábamos lejos de aquel mesón y habíamos perdido de vista al chico que no se encontraba bien, por haberse tomado una copa de más, me preguntaba Casimiro por mis gestos.

CAMISIRO -. ¿Qué me querías decir, con tantos gestos como me hacías?

MIGUEL -. Aquí es costumbre de amagar y no dar; todo lo contrario de lo que estaba haciendo Isidro.

CASIMIRO -. Quieres decir: Que daba lo suyo.

MIGUEL -. Y tanto.

Nos fuimos lejos de allí, a otro bario cercano en donde existían otros tantos jóvenes celebrando la noche del sábado; pero allí parecían que los ánimos estaban más tranquilos: Ya no era eso de estar tomando por tomar copas y copas. Se veía que aquellos chicos sabían estar en su sitio; pues al parecer eran buenas gentes y de estudios la mayoría de ellos, y el que no era le arrastraban los demás chicos, que sí eran estudiantes y con la vergüenza en la cara.

Ya las conversaciones no se oían a distancias, hablaban entre ellos en voz baja para que no les oyeran los de la mesa más cercana.

Cuando se fueron mis amigos de la infancia, tuvimos que revisar nuestras posiciones en la consulta particular; ya que Sebastián pasó para atender a las monjas,

dejando yo el trabajo en la clínica del tío de Matilde, englobando la nómina dicha chica por mi renuncia.

SEBASTÍAN -. Madre Superiora; desde hoy en adelante será la señorita Matilde la que asistirá en el convento a las madres y novicias.

MATILDE -. Madre, soy yo la que vendré para asistir a las demás madres,

MADRE SUPERIORA-. Ya me lo he imaginado, hija. ¿Y cómo ha sido eso?

MATILDE -. Por imperativo categórico.

MADRE SUPERIORA -. Ya entiendo; la madre Lucía: ¿Verdad?

MATILDE -. No podía ser otra madre más que ella, la madre Lucía.

La reestructuración estuvo hecha a base de las horas que nos retenían nuestros estudios a Rogelio y a mí; ya que asistiríamos en nuestra consulta particular alternativamente el uno como el otro. Y eso que a mí me daba menos tiempo para poder auscultar a mis pacientes, pero como el deber llama en la conciencia de cada uno; allí me encontraba yo siempre que tenía libre las mañanas que no tuviésemos prácticas o alguna explicación suscita en la materia que estábamos dando.

Recuerdo un día que me llegó la vecina de una paciente preguntándome por la enfermedad de ésta, mi paciente, no queriéndosela dar yo; ya que me estaba vetado toda explicación que no fuese al mismo paciente por el juramento hipocrático, en nuestra graduación; no comprendiéndolo aquella señora lo que yo la estaba diciendo y comenzando a dar unas voces descomunales en mi consulta, pues hasta acudió, al reclamo de esas voces, Sebastián y Matilde que estaba auscultando en otra consulta cercana a la mía.

La señora cogía el pisapapeles y lo dejaba caer sobre la mesa, dando patadas al aíre diciendo, que lo tenía que saber por motivos personales y a la vez morales, y al decir eso aquella señora supe de qué se trataba: Tal vez su vecina estaría en cinta de algún pariente suyo; pero yo no se lo podía decir, no podía faltar a mi juramento hipocrático, y mucho menos con intenciones que tuviesen aquellas vecinas sus más y sus menos.

Aquella señora se fue de mi consulta echando por la boca toda clase de improperios para con mi paciente, que en realidad sí se encontraba en cinta.

SEÑORA -. ¡Ya veremos!; ya veremos quien ríe el último.

Así se despedía de mí aquella señora, que con el puño cerrado parecía como si quisiera pegar a alguien con el en la cabeza; no sabiendo yo a quién estaba amenazando, más bien sería a su vecina: Digo yo, que era la embaucadora del caso que la concernía a ella.

Había anécdotas como esas a montones, pero no trasfería los medios visuales y particulares como para ser contadas, por falta de interés por parte de los oyentes. Estándome curtiendo en los menesteres de la medicina; sin que yo lo buscase me venían los casos a mis manos como si fuesen un racimo de olivas en una rama verde de algún olivo. Y hasta otros casos, me vinieron diciendo que los operase; ya que ellos o ellas estaban muy malos, mostrándome síntomas de cansancio y agobio a la vez: Psíquicamente yo no los podía hacer nada y mucho menos mandarlos al especialista de los nervios si se daban cuenta. Había a veces que debía estar muy templado de nervios para no saltar en discordia con algún paciente; pues se merecían algunos que los hablasen claros y no darlos rodeos en su enfermedad, que en sí no tenían.

Como yo había aconsejado en la tesina a Matilde, sabía lo que había hecho dicha chica; así que la comencé hablar un día, cuando estábamos sin pacientes en la consulta de la posibilidad para que ella iniciase una especialización.

MIGUEL -. Matilde. ¿No crees que debías hacer una especialización?

MATILDE -. Y terminarla dentro de otros seis años. ¿Tú quieres eso?

MIGUEL -. No sería tanto.

MATILDE -. ¿Cuánto haces que tú has empezado la primera etapa de tu especialización?

MIGUEL -. Ni me acuerdo.

MATILDE -. ¡Ya ves!. Iríamos con bastón, los dos, paseando por las hermosas calles de la gran Ciudad.

No sería para tanto; pues como yo decía, que todo lo que se empieza se termina aquello se terminaría un día: Pero pensándolo muy bien, no sabía yo cuando se terminaría; si yo había empezado esa primera etapa, o curso, hacía ya muchos meses y todavía no la había terminado.

Tal vez tenía razón Matilde para hablarme de esa manera como me habló; pues en ella había un solo pensamiento y era el podernos casar: Más seguro de eso, ya que en su mente siempre ponía esa énfasis de cordura en sus palabras; como queriendo saber el día y la hora de nuestro casamiento.

Cuando pensé en ello me puse nervioso, saliéndome de la cara ese estado rosado que sale cuando una persona se pone nerviosa por recibir ese flujo de más de bilirrubina prestada por el hígado. Pero en esa ocasión me supe retener y refortalecer en mi ánimo de constancia, en cuanto a seguir frente a Matilde como si nada pasase.

Aquel día salí de la consulta más compungida que nunca, al pensar que tal vez tendría razón Matilde: Que nuestro matrimonio estaría aplazado para sine díe, y todavía me dio más nervios cuando la vi entrar en el piso con cara de no saber dónde estaba o lo que hacer. La tendría que hablar sobre nosotros; así que inicié la conversación, una vez que me aseguré de que estábamos solos en el piso.

No sabía como desviar la conversación que estábamos teniendo Matilde y yo; pero la hice un giro cuando se cayó un momento mi chica para abordarla con lo que nos estaba incumbiendo, que era nuestras nupcias en los años venideros: ¿Pero cuando sería ese año en que nos podíamos desposar Matilde y yo?; eso era un enigma si todo siguiese igual que estábamos presenciando hasta ahora.

MIGUEL -. Matilde. . . Escucha, Matilde. Te tengo que decir algo referente a nosotros dos.

MATILDE -. Me lo imagino.

MIGUEL -. Podemos ver la manera que tenemos para formar pareja nosotros dos.

Al decirla yo eso a Matilde agudizó el sentido para escucharme mejor; ya que lo que ella se creía, la sonaba a campanas de boda: ¿Pero cómo y cuando?.

MIGUEL -. Es muy sencillo lo que te quiero decir.

MATILDE -. Imposible.

MIGUEL -. ¿No cobras tú algún dinero de tu consulta y yo lo mismo?: Con mucho menos se han casado otros.

MATILDE -. Que no éramos nosotros.

No sé qué quería Matilde para casarse; tal vez un piso en aquella gran urbe, que no teníamos, porque parte del dinero lo teníamos ya. No sabiendo lo que quiso decir Matilde con aquello de, que no éramos nosotros; y para colmo de males se nos despedía Rogelio de la consulta, por motivos de no tener tiempo para su especialización.

Reforzamos la consulta por falta de nuestro colega Rogelio, ya que la rotación se nos había roto por haber uno menos para auscultar a los posibles pacientes que acudieran a la consulta particular nuestra.

Tenía que retomar, una vez más, la conversación que sostuve el día anterior con Matilde sobre nuestras nupcias, por no saber qué era lo que pensaba mi chica al respecto y lo que en sí quería que hiciésemos con nuestras vidas; viendo la posibilidad de retomar dicha conversación a la tarde siguiente al salir solo con Matilde por motivos de que ésta se iba a comprar un abrigo.

MIGUEL -. Creo que ayer no te entendí bien.

MATILDE -. Pues estaba muy claro lo que te dije.

Estaría muy claro aquello que me dijo Matilde el día anterior; pero si no daba rectitud a sus palabras, yo no sabía lo que ella me quiso decir; así que apostillando mi pregunta me hice el despistado en aquella situación tan embarazosa para mí.

MIGUEL -. ¿Qué me quisiste decir con aquello de, no éramos nosotros?

MATILDE -. Está muy claro: Que nosotros no nos podemos casar de esa manera.

MIGUEL -. ¿De qué manera?

MATILDE -. Sin apenas vernos en todo el día y sin saber el uno del otro; sin las caricias del uno para con el otro y así un sin fin de dificultades y escollo que encuentro en nuestro camino para formar un buen matrimonio.

No la sobraba razones a Matilde en aquello que me había dicho; pues por falta de roce no sabíamos si haríamos un buen matrimonio, o por el contrario éramos incompatibles nosotros dos para formar ese buen matrimonio. No sabíamos nada de nuestro carácter una vez que estuviésemos juntos; ya que por relaciones esporádicas en nuestro sentimiento no podíamos saber si nos íbamos a llevar bien o por el contrario sería un matrimonio funesto, cargado de dificultades para nosotros dos.

Aquella noche estuve pensándolo muy bien, todo lo que me había dicho Matilde por la mañana y sin esperar más al día siguiente la anuncié a mi chica de que iba a dejar la especialización para poderme unir a ella en santo matrimonio.

MATILDE -. Santo desde luego; pero que dejes tú la especialización: De eso nada.

Aquello que me dijo Matilde me quedó descolocado; pues yo creía que la iba a gustar mi idea de dejar la especialización para podernos casar. Pero qué va: Nada más lejos de su idea el que nos casásemos y en tiempos inmediatos; si en sus proyectos no entraba la idea de casarse mientras no formásemos un buen matrimonio, como manda La Santa Madre Iglesia, o por lo menos estuviésemos más unidos que separados. No pudiendo más la pregunté por su pensamiento: Qué podía estar pensando en aquella hora de desánimo para ella.

MIGUEL -. ¿En qué piensas?

MATILDE -. ¿Cuánto tiempo hace que empezaste tu especialización?

MIGUEL -. Ya no me acuerdo.

MATILDE -. ¿Y te parece bonito?: Si estamos en Navidad y todavía no tiene visa de terminarse el primer curso o la primera etapa de tus estudios.

MIGUEL -. Y lo malo no es eso: Lo malo es que seguro le han asignado un aula, aunque sea pequeña, al señor catedrático no haciendo uso de ella.

MATILDE -. ¡Eso, eso!; el señor catedrático.

Sabía lo que quería decir Matilde con "el señor catedrático"; pues esta vez sí supe lo que había querido decir mi chica, no dando rodeo alguno para expresarme sus pensamientos sobre mis estudios y yo; o por mejor decir, sobre mis estudios y el señor catedrático: Que no tenía ni noche ni día para pensar en que se debía terminar la primera etapa de nuestra formación profesional y empezar la segunda, o el segundo cursos de nuestra carrera.

Sí, estábamos ya en Navidad, en donde el Niño nace y el frío hace; cuando un día nos anunció el señor catedrático, una vez que nos explicaba las venas que entraban por tal o cual sitio, de que ya estábamos en el segundo curso de nuestra especialización.

Qué manera de terminar el primer curso, la primera etapa, y empezar el segundo curso de nuestra especialización. Aquello me descolocó un poco, no sabiendo yo lo que pensar ni lo que hacer; por falta de no haber estado preparado para tal noticia. Y sin fin ninguno empecé el segundo curso, hasta que una mañana nos dio permiso unos días el señor catedrático por encontrarnos en Navidad: Fechas propicias para pasarlo con nuestras familias, los pocos docentes que quedábamos en segundo de especialidad.

Sí, atrás se habían quedado dos colegas que no habían podido pasar al segundo año de especialidad por no haber superado las notas para ello, para pasar al segundo año

de especialidad. Pareciéndonos, los pocos que habíamos pasado al segundo de especialidad, que éramos unos piratas dentro de la facultad, cuando íbamos a ella.

Yo por mi cuenta iba desarrollando mi tesina para que me sirviese como tesis doctorar; ya que como me dijo el señor catedrático, que sería mejor que desarrollase mi tesina, que me había entrado en donde pocos se habían atrevido hacerlo: Habiendo tenido repercusión académica mi tesina.

Acudí un día al señor catedrático diciéndole que al desarrollar mi tesina iba encontrando cosas nuevas para poner en mis apuntes; diciéndome el señor catedrático, que lo pusiera, que era mejor explicase todo lo que yo estaba viendo en aquella materia tan ardua y muy poco tratada a la vez.

Aprovechando los días de permiso vacacional que me había dado el señor catedrático, para marchar al pueblo y ver a mis papás; sobre todo a mi papá, para preguntarle por su estado físico, si acaso tenía alguna dolencia que yo no supiese; comencé hacer mi maleta, cuando me llegó Matilde con un mensaje de Lucía, la madre Lucia para bien decir.

El mensaje que me mandaba la Madre Lucía, a través de Matilde, era el avisarme para que la llevase a ella y a otra madre al pueblo si iba a ir en aquellas fechas tan devotamente religiosas a dicha urbe. Aquello me cayó como un jarro de agua fría en la cabeza; pues yo no esperaba tal cosa, por parte de la madre Lucía: Que me comprometiese de esa manera delante de Matilde aquella monja; ya que al parecer lo volvía a pedir como siempre. Y como siempre me lo pedía la madre Lucía, con ese imperativo categórico de ordeno y mando, no habiendo dilación al tema, y como en realidad sí iba a ir al pueblo la tuve que llevar en mi coche. Como Matilde alegó motivos sentimentales para ver a sus papás, tuve que marchar yo solo con la madre Lucía y otra monja hacia el pueblo que nos vio nacer a la madre Lucía y a mí.

El camino era largo, no aguantando mucho la madre Lucía sin probar bocado alguno, dándome el alto para que me parase y pudiésemos comer algo en un restaurante que había al lado de la carretera, y después de merendar algo, bastante bien, se la antojó que contratase una habitación para poder descansar ella y la madre que la acompañaba.

No me lo dijo ella directamente; pues cuando estaba tomándome el café se vino hacia mí la otra monja, ya que habían salido a una especie de patio para recrearse ellas dos, pidiéndome que "según dice su novia, que alquile una habitación para poder descansar nosotras dos del trayecto tan largo como estamos teniendo".

Me quedé que no sabía responder a la denominación que la dio aquella monja a la madre Lucía, "su novia". No podía respirar, ni sabía articular ningunas palabras al respecto, y como lo había oído la madre Lucía enseguida entró otra vez al comedor para apostillar lo que me había dicho su compañera, la otra monja.

MADRE LUCÍA -. Así te denominan las demás madres en el convento, siempre que te quieren nombrar.

Aquello me lo dijo la madre Lucía con una especie de rin tintín, como si quisiera apostillar aquellas frases para que yo supiese que la tenía que hacer caso, en todo lo que ella me pidiese en confianzas.

Y como tardaban en bajar a la planta de abajo me fui rápidamente para ver si las pasaba alguna cosa o tuviesen necesidades de algo aquellas dos monjas. ¡Qué va!; no necesitaban nada; solamente se recreaban al son del calor que hacía en la habitación.

Cuando llamé a la puerta me abrió la compañera de la madre Lucía, estando ésta descalza y sin apenas hábito alguno, sobre todo en la cabeza; teniendo el pelo suelto y estando preciosa como siempre Lucía, quiero decir la madre Lucía. Se encontraba

despampanante, como siempre; con sus ojos grandes, sus manos sedosas, su pelo rubio plateado por no darla el Sol y sus carnes prietas y tensas a la vez, que parecía un Ángel aquella criatura de Dios, ahora la mujer de Cristo.

¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos!; que no me retengo, pero me contuve en mis ideas y en mis impulsos, viéndomelo su compañera la otra monja que la acompañaba en el viaje: Calmándose cuando vio que todo era eso, una idea sencillamente.

Proseguimos nuestro viaje dando vistas al pueblo en unas tres horas más tarde y para el son de los demás; allí no nos esperaba nadie. Liándose una buena cuando me vieron aparecer con la madre Lucía y otra moja en el coche que me había comprado hacía pocos días.

Que si no podía ser, que si eso estaba mal, que si se alegran parte del pueblo de que la. . . Lucía hubiese colgado los hábitos y volviese conmigo: No sé qué mas; un sin fin de cosas que se dijeron en el pueblo, una vez que me vieron llegar con. . . Lucía.

Hasta sus padres de la madre Lucía se alegraron de que yo la hubiese llevado al pueblo para que ellos la viesen, teniendo una ligera sospecha en su hija al pensar aquellos padres si acaso su hija hubiese decidido salirse de monja. Diciéndome aquellos padres en voz alta: -. Gracias hijo -. Y máxime cuando oyeron a la otra monja dirigirse a mí como su novio de. . . Lucía.

Aquello ya sí que fue el detonante en todo el pueblo; pues hasta Don Arturo acudió a casa para ver qué pasaba con nosotros dos, con la madre Lucía y conmigo; ya que la otra madre me había denominado delante de mis padres y de todo el pueblo como el novio de la madre Lucía.

Me costó bastante explicar al cura Párroco de mi pueblo, Don Arturo, aquella apelación que me había designado la otra monja; pero era que también la costó mucho a la madre Lucía explicar qué era lo que había querido decir aquella monja que la

acompañaba a ella. También fue preguntada la monja que acompañaba a la madre Lucía, diciendo la madre que así me llamaban las demás monjas siempre que trataban de mí, sin ninguna clase de idea funesta, ni mundana.

Pero no dejó darla un buen rapapolvo Don Arturo para la Madre Superiora, con idea de que cortase de inmediato aquel apelativo con el que se me designaba, siempre que se hablaba de mi persona. Sabiendo todos que aquello estaba mal, pero que muy mal.

Como papá se tuvo que ir a consulta y maná tuvo que preparar la cena, salí a la calle con idea de encontrarme a mis amigos de la infancia, que ya era hora estuviese con ellos unos días. Pero al primer amigo que vi, fue al coadjutor de Don Arturo, que me estaba esperando en la calle para que yo saliese de casa.

DON ANTONIO -. No me he enterado bien: ¿Explícamelo tú?

MIGUEL -. Está muy claro; ya se lo he explicado a Don Arturo.

DON ANTONIO -. ¿Y. . . ¿. . .

MIGUEL -. Usted sabe, que ordeno y mando.

DON ANTONIO -. Lo sé. La madre Lucía no tiene termino medio para pedir por favor una cosa; pero no por ello te tienes que presentar con ella en el pueblo.

Ahora sí que me había dado la puntilla Don Antonio, por decirme aquello de que no debía haberme presentado con la madre Lucía en el pueblo; siendo verdad lo que me decía aquel cura, que pese a ser joven, se las sabía todas.

Tanto era así, que se las sabía todas; que me llevó donde se encontraban aquella tarde mis amigos de la infancia, no teniendo ninguna clase de reparos para quedarse con

todos nosotros y poder participar en las conversaciones que tuviésemos así como donde fuésemos aquella tarde.

Nosotros esperábamos que nos dijese algo aquel cura cuando fuese a despedirse de nosotros, y así fue; pues nos propuso un viaje a un pueblo cercano al nuestro para relacionarnos con aquellas gentes, pero antes preguntó al tesorero de aquella congregación o hermandad que habíamos formado si había dinero suficiente para afrontar dicho viaje. Cuando le dijo el tesorero, que era Casimiro a Don Antonio, que el único que faltaba por cubrir las cotas de aquella hermandad de fieles y feligreses de aquella Parroquia era yo, el Mundo desaparecía de mis pies.

Pues claro que teníamos para ir al pueblo elegido por Don Antonio, y por supuesto yo pagué aquellas cotas de inmediato al siguiente día, engordando la cuenta de aquella hermandad que habíamos formado en el pueblo.

Estaba mal que yo fuese con mi coche y Casimiro con el camión de su padre, que lo tenía todavía; pues era hacerle de menos a él y a todos los que en ese día nos acompañaban al pueblo elegido por Don Antonio, alquilando un autobús de La Capital para que nos llevase a relacionarnos con las gentes de aquel pueblo.

Cuando íbamos entrando en la urbe vimos que era una villa nuestro nuevo destino; pues se componía de varias casas en la carretera y poco más, en donde había un bar y en el un salón que servía de baile y de sitio de reunión a la vez. Allí tuvimos las charlas con aquellas gentes tan sencillas y buenas, pese a ser una villa un poco mayor que las otras; pues se daban una serie de circunstancias en ella para no poderla considerar pueblo, pero tampoco era como las villas de los alrededores, ya que esas villas tenían unas casas más o menos y la que estábamos en ese preciso momento tenía así como dos villas, pero no tanto como para formar la característica de pueblo.

¡Qué gentes tan sencillas!, y qué buenas a la vez; ya que si les preguntábamos por algún pasaje de La Biblia no dudaban en respondernos con sumo detalle, así si les preguntábamos por su fe: ¿Qué entendía ellos por fe?. Ellos nos dijeron que no tenían fe, más bien era FE con mayúscula, quedándose mirando al cura encargado de la villa Don Antonio como dándole las gracias por lo bien formados que tenía a sus feligreses.

Nos fuimos a nuestro pueblo con el corazón lleno de bondad de aquellas gentes tan sencillas y tan buenas a la vez, y como el autobús que habíamos contratado no podía esperar más salimos del pueblo antes de tiempo, quedándose como llorando aquellas gentes de la villa en la que habíamos recalado aquel día para charlar los unos con los otros de cosas de Cristo y de La Iglesia.

En aquella carretera de piedra fui pensando, al son de saltos, en la respuesta que nos dieron aquellas gentes tan bondadosas con las cosas religiosas: Ellos no comprendían la fe por la fe; tenía que ser una fe global y participativa, no teniendo ninguna clase de cortapisa para la inteligencia humana, fuese la más obtusa del Mundo entero, que allí tenían que saber todos los fieles de aquella pequeña Parroquia lo que querían.

Llegamos al pueblo sin haber abierto la boca ninguno de nosotros, pensando en lo que nos habían dicho aquellas gentes; que pese a ser de una pequeña villa, no dejaban ser enormes en sus conocimientos religiosos, teniendo tal vez la culpa de tal asimilación de conocimientos religiosos el cura de aquella villa tan bonita y con tanto atractivo como tenía.

No me quería separar de nuestro coadjutor para indicarle que me había gustado mucho haber ido a tal villa; pues en ella había aprendido a ser un buen cristiano.

MIGUEL -. ¿Ha visto usted, Don Antonio, que gentes tan sencilla y con tantos conocimientos adquirido de ser un buen cristiano?

DON ANTONIO -. Lo tienen muy trillado.

Lo tenían muy repasado los conocimientos de La Santa Madre Iglesia aquellos feligreses; pero lo cierto era que nosotros los teníamos también, y en cambio había personas entre nosotros que no tenían así de afianzadas las lecciones de La Iglesia.

No quise tardar más y me fui derecho a mi casa, para ver si se encontraba papá en el salón leyendo el periódico para poderle preguntar por su fortalecimiento físico.

Allí se encontraba mi papá, sin esperarme y como relajado del ajetreo del día; pues había tenido muchos pacientes que auscultar y algunos más de lo debido que visitar en aquel día de trabajo para él. Fue propicio aquel ambiente que existía en mi casa para hablarle a papá sobre sus dolencias.

MIGUEL -. Papá; me escuchas.

DR. GARRIDO -. Dime, hijo.

MIGUEL -. ¿A ti te duele algo, te aquejas de algo?

Se me quedó mirando mi papá entendiendo lo que yo le quise decir, pero sin mover un solo dedo, me contestó con diligencia a mi pregunta.

DR. GARRIDO -. ¡AH!; no, hijo. No me pasa absolutamente nada.

MIGUEL -. ¿Entonces?

DR. GARRIDO -. ¿Lo dices por haber visitado yo a un doctor en La Capitalísima Ciudad?

MIGUEL -. Claro que sí.

DR. GARRIDO -. Un consejo: Aunque llegues a la especialidad, siempre visita a otro colega si te encuentras con alguna dolencia. Y para tu mayor regocijo, te diré que no era nada; solamente una pequeña inflamación en la próstata.

¡UY!; ya tenía próstata mi papá y decía que no era nada: Pero bien que se hizo analizar por un especialista en la materia para saber que no era mala la causa por la cual le creció la próstata, siendo solamente una hiperplasia benigna de próstata: Que era lo que él me había querido decir.

Dio fin a los días que tenía para regocijarme con mi familia en las fechas de Navidad, llevándome a la madre Lucía y a la otra madre hacia el convento, parándonos en el mismo sitio que lo hicimos en la marcha hacia el pueblo. Pero cuando fui a llamar a la madre Lucía a su cuarto salió la otra monja parándome en la puerta de aquella habitación; pues ya había visto días antes demasiado en mí: Tenía yo mucha afición hacia la madre Lucía, según decía aquella monja.

Una vez en La Capitalísima Ciudad me puse a trabajar en mi consulta, yendo a la vez para tomar apuntes por las explicaciones que nos daba el señor catedrático; y entre mi trabajo y las prácticas con las charlas y los apuntes que yo cogía me pasaba todos los días sin tener tiempo para nada más.

No tardó Matilde en hablarme sobre nosotros dos, una vez que nos encontrábamos solos en la consulta; ya que se arrimó a mí con deseos de comunicarme algo importante para nuestras vidas.

MATILDE -. Y retomando la conversación que tuvimos hace unos días. . .

MIGUEL -. Estoy completamente en tus manos.

MATILDE -. No es eso.

MIGUEL -. ¿Dime pues?

MATILDE -. He encontrado un piso acondicionado a nosotros dos.

No sabía lo que quería decir Matilde con aquello de que estaba acondicionado a nosotros dos, no debiendo olvidar mi chica que un piso pequeño sería un escollo para el día de mañana, ya que casi todos los matrimonios tienen hijos, y nos veríamos abocados a prepararle una camita en nuestro mismo dormitorio; si acaso el piso era tan pequeño como yo estaba creyendo.

No me pude callar, preguntando a Matilde si el piso que había encontrado sería un estudio por casualidad; y por casualidad me dijo que sí: Que era un piso pequeño pero bonito y con muebles acondicionados que nosotros le pusiésemos, parecería una maravilla todo el.

¡No me lo podía creer!, que aquello me estuviese pasando a mí; sin pensar en nuestra descendencia, así que la pregunté por las causas de haber visto dicho piso acondicionado para nosotros dos.

MIGUEL -. ¿Sobre cuanto de acondicionado está ese piso que tú has visto para nosotros dos?

MATILDE -. ¿Por qué dices eso?

MIGUEL -. ¿Habrás pensado en nuestra descendencia?

MATILDE A -. ¡AH!, no. Todavía somos muy jóvenes.

MIGUEL -. Entonces seremos jóvenes para casarnos también.

Cuando la dije yo eso a Matilde, de que éramos jóvenes para casarnos frunció el ceño, como queriendo decirme que se quería casar conmigo. Aunque yo me oponía a casarme sin un buen acondicionamiento que encontrásemos para nosotros dos.

Pero con todo y eso compramos aquel estudio, que por suerte costaba de un salón principal con una habitación; teniendo la cocina en el salón con la mesita de estar y el sofá, y como cuarto de baño había un receptáculo pequeño con una taza de baño pequeña, sirviéndonos como corredera una puerta.

¡Qué bien!; que bien nos acondicionamos en aquel estudio; que aunque era mayor que otros estudios que habíamos visto, a mi simple parecer no nos serviría para mucho disfrute en su dependencia en cuanto nos viniese un bebé, que era lo más posible que nos podía pasar.

MIGUEL -. ¿Y si tenemos un bebé?

MATILDE -. Entonces le vendemos y compramos otro piso mayor.

Matilde esperaba ganar mucho dinero con nuestras consultas, no pensando que allí a penas entraba alguien, y el que entraba era tan pobre que merecía la pena le diésemos nosotros dinero en vez de él a nosotros.

No sé cómo lo vería ella; pero yo lo estaba viendo de esa manera: Un desastre para nuestra cuenta. So pena de que ella esperase que nos ayudasen nuestros papás en casi todo, por no decir en todos los gastos que tuviésemos. Así que no me quedaba otra manera de saberlo más que preguntándoselo a ella directamente, y directamente me atreví a preguntárselo.

MIGUEL -. ¿No pensarás que nuestros papás nos ayuden?

MATILDE -. ¿Por qué no?

¡AH!, no; aquello era ya demasiado para nuestros papás: A no ser que los suyos fuesen potentados; pero qué va, sus papás ganaban como los míos, y ya se veía las posibilidades que tenían para hacer frente a tanto gasto. A mi simple parecer ya había sido bastante con que nos hubiesen pagado la carrera y la estancia en el piso.

Más carga económica no podíamos echar a nuestros papás por mucho que nosotros quisiéramos; ya que el bolsillo del dinero se agotaría en poco tiempo.

Matilde estaba ofuscada por casarse y no pensaba en nada más; no pensaba en ninguna otra posibilidad para casarse más que en eso, casarse. Existían otros caminos para casarse y casarse bien: No apretando a nuestros papás en lo económico y tal vez en lo moral, al ver a sus hijos pendientes de ellos, cuando ellos creían que no nos hacía falta de nada.

Pasaron unos cuantos días sin yo poder pensar en nada que nos acogiese como un buen matrimonio, o en algo que nos valiese la pena pensar en ello para más tarde hacerlo realidad. Aquello estaba siendo un cuento de Hada, pero un cuento de Hada maltrecho por las circunstancias en que se estaba desarrollando todo el proceso de nuestra boda.

Con todo y eso me llegó un día Matilde anunciándome algo que yo no me esperaba, o por lo menos no me esperaba tan rápido; así que me cogió de sorpresa aquella idea que había tenido mi chica.

MATILDE -. Tienen que ir tus papás para visitar a mis papás

Los días sucesivos no vi a Matilde, ni supe dónde se había metido, así que los pasé solo dando vueltas por las hermosas calles de aquella gran Ciudad. Pero al tercer día me llegó Matilde con buenas noticias: Mis papás habían visitado a sus papás, llevándolos un buen presente y a la vez me enseñó una pulsera que brillaba a los ojos de cada persona que la viese, y mucho más en aquella muñeca tan linda como tenía mi chica.

Ésta chica lo hacía todo, se había ido a mi casa para hablar con mis papás, con idea de que éstos visitasen a sus papás; y de tal manera lo había hecho, que con Matilde en el coche, se fueron mis papás para visitar a los papás de mi chica.

Pero todo no quedó ahí, que en pocos días los papás de Matilde fueron para devolver la visita a mis papás, así cumplimentaban la visita que mis progenitores los habían hecho.

MIGUEL -. Estás en todo.

MATILDE -. Solamente en lo nuestro.

Pero que bien lo hacía Matilde si era solamente en lo nuestro donde ponía todo el empeño del mundo, pues estaba ella sola uniendo a nuestros padres y buscando estancia para poder pernoctar nosotros dos una vez casados.

Un día que tuve un tiempo libre me fui al estudio que habíamos comprado para pensar en los muebles que teníamos que comprar y los que caían mejor en ciertos sitios del pequeño piso, y cuando abrí la puerta vi que se encontraba en el Matilde con una amiga; siempre se acompañaban las chicas de una amiga si iban a entrar en un piso donde pudiese llegar el chico.

MATILDE -. Estoy limpiando a fondo el piso.

MIGUEL -. Siempre hay señoras que por un estipendio te ayudan a limpiarlo; así no sufrís tanto.

No me contestó, no contestó nada por que su voluntad era el limpiarlo ella sola, ayudada por una amiga; pero eso no era así, lo mejor hubiese sido que pagase a una señora para que la ayudase a ella limpiar el piso.

Una chica espabilada y ágil en todo lo que hacía; así que se presentó Matilde un día diciéndome algo que yo no comprendía, por lo menos no comprendía muy bien lo que me quería decir.

MATILDE -. Sí; que tenemos que ir al cura de nuestra Parroquia, que estamos apuntados para unas charlas post matrimoniales.

MIGUEL -. ¿No sería mejor cuando nos fuésemos a casar?

MATILDE -. El veintisiete de Agosto.

MIGUEL -. ¿Qué pasa con esa fecha?

MATILDE -. Es nuestro día de boda.

No me caí de milagro, pues me sujeté a la pared teniendo que hacer fuerza para no dejarme vencer en mis alientos; al no esperar aquella noticia que me estaba dando Matilde, con toda la normalidad que una persona tiene en un día sin contratiempos.

No era posible que ya me hubiese puesto la fecha de la boda ella sola; ya que dicha noticia me calló como un jarro de agua fría en la cabeza. No pensaba nada, no podía pensar yo en nada; por haberme bloqueado mis conocimientos y mi manera de ser, ya que aquella noticia me paralizó por completo.

Ni podía pensar, ni podía hablar; así que me salí del piso sin despedirme tan siquiera, notando yo una risa sarcástica en la cara de su amiga una vez que abrí la puerta del piso iniciando la bajada de la escalera de aquel rayano.

Salí a la calle sin ganas de nada, y sin nada me quedé aquel día de espanto para mi persona; ya que yo no estaba preparado para oír aquella noticia y tal vez ni siquiera estaba preparado para casarme en un tiempo prudencial: Lo tenía que pensar mejor, cosa que no había hecho.

He dicho que me quedé sin nada, por no haber asistido a unas prácticas que me incumbían para mi especialización: No podía asistir a ninguna práctica, y mucho menos en sitios reducidos, como eran aquellas dependencias donde nos hacían dar las prácticas para que desarrollásemos nuestros conocimientos en la materia deseada.

Me desabroché el botón de arriba de la camisa y me aflojé el nudo de la corbata, para poder respirar mejor; pues a mi pesar de tener que ejercer como Médico de Familia, se unía el saber que me quedaba pocos días para mi boda.

En mis estudios me fui atrasando a causa de los problemas, según yo, que estaba adquiriendo con los preparativos de mi boca, llamándome el señor catedrático la atención por mi falta de interés en la materia dada.

Y sin darme cuenta, por el mucho trabajo que tenía y el mucho estudio, llegó el día de mi boda y con el mi más completa satisfacción personal por casarme con Matilde, una chica excepcional donde las haya.

Allí se encontraban todos mis condiscípulos y mis amigos de la infancia, pues los había alquilado un autobús para que viniesen a mi boda; pero también se encontraba el convento en pleno de la madre Lucía, al frente de las monjas. A mí se me caían sendas légrimas de los ojos al ver a todos mis amigos tan contentos y al estar yo tan

satisfecho por haberme casado con Matilde, y así salí de La Iglesias para hacernos las fotografías pertinentes.

TODOS -. ¡Vivan los novios!

Así atronaban la calle con las voces que daban mis amigos de la infancia, seguidos de mis colegas, los cuales se complementaban con mis amigos de la infancia dando tantas o más voces que ellos, para que yo les oyese.

COLEGAS -. ¡Vivan los novios!: Que se besen.

No pude por menos que irla a dar un beso a Matilde, cuando se cruzó la madre Lucía dándoselo en un carrillo el beso que iba dirigido a Matilde; y como tal vez aquello no lo hizo la madre Lucía adrede, todo quedó en aguas de borraja. Pero no sin antes haber oído, por parte de todos los asistentes a la boda al igual que aquellas monjas un susurro como de risa por aquel hecho insólito.

Ahora sí que la di el beso a Matilde, oyendo a las madres: Todavía no le ha olvidado, ¡si era el novio!. Y a mi simple opinión y a mi pesar y parecer, que la madre Lucía no me había olvidado, como decían las madres que la acompañaba a la ceremonia nupcial.

¡Qué tiempos aquellos tiempos!; en donde un Médico tenía que poner la mano encima de la tripa del paciente dando un golpe seco con la otra mano y allí donde le dolía, según las vísceras, tenía tal o cual enfermedad el paciente de su consulta. ¡Caro!; no había otra cosa: Así que yo me mostraba remiso para auscultar a mis pacientes, pensando que tenía que haber otro medio para saber en realidad qué le pasaba al

enfermo y qué mal le aquejaba. Ahora creo que me entienden ustedes mejor, al explicarle yo eso; por lo tanto veía que no era un buen Médico: Me faltaban medios e instrumentos como los que hay ahora, ya que todo lo tenía que hacer yo con un simple tacto al enfermo. Si para una simple operación tenía yo que tener cuidado en la anestesia, y ¡ay! qué anestesia.

Lo cierto fue que tuve que repetir la segunda fase de mi doctorado, por falta de no haber asistido a la mayoría de las explicaciones como a las prácticas. Pero cuando comencé el segundo ciclo de mi especialidad de nuevo, fui escogido por el catedrático para que le ayudase en las operaciones; ya que al parecer tenía mucha experiencia en la instrumentación deseada en cada caso.

Viendo de inmediato, que cuando se está estudiando la especialización no puede uno desviar los conocimientos hacia cosas mundanas; ya que cualquier especialización es muy difícil y costosa en tiempo para que se pierda el interés en otra cosa que no sea la materia estudiada.

El último tramo, o curso, de mi especialización lo hice totalmente bien, una vez que me había asentado en lo que yo estaba haciendo, teniendo todos mis conocimientos puestos en la materia deseada. En cuanto a la tesis doctorar me costó dos años; pues el señor catedrático quería que la presentase impecable, sin enmiendas ni tachaduras, ya que era un camino por donde nadie se había atrevido a entrar, pero al final se me concedió el grado de doctorado.

FIN

CRITICA EL AUTOR.

Esta obra es totalmente ficción, siendo toda ella una obra costumbrista; en donde las ideas hay que desarrollarlas, no basta escribir a base de puntos, hay que sudar la escritura.

Se trata de las indecisiones de un estudiante de medicina y más tarde en su graduación, por no ver claro que con un solo tacto de manos se sepa la enfermedad que tiene el paciente: Él no valía para auscultar a ciegas a sus pacientes; así que se hizo especialista en una rama de la anatómica, con mucho tiempo y a duras penas.

En cuanto a los amores, se ven dos clases de cariños en las personas: El que domina y el que es dominado con absoluto cariño para con la otra persona que quiere; siendo ese cariño un amor impecable todo el.